



Universidad Nacional Autónoma de México
Programa de Doctorado en Historia
Facultad de Filosofía y Letras

***Carlos Fuentes y la Revolución Cubana: los dilemas del
compromiso intelectual en las décadas de 1960 y 1970 en América
Latina***

Tesis que para optar por el grado de
Doctor en Historia

Presenta:

Wendolin López Arriaga

Tutor principal:

Dr. Jesús Hernández Jaimes
Facultad de Filosofía y Letras

Miembros del comité tutor:

Dra. Eugenia Allier Montaña
Instituto de Investigaciones Sociales

Dr. Enrique Camacho Navarro
Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe

Ciudad Universitaria, CD. MX., abril 2022



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Los escritores tienen la fortuna de que las palabras aniden en sus lenguas –o en sus Olivettis– por un instante. Pero las palabras no son nuestras, no las inventamos, vienen de antes, ¿verdad? Y luego las retransmitimos, las devolvemos transformadas. [...] El lenguaje, como el aire, pertenece a todos; no es propiedad privada de nadie, de ningún escritor, de ningún gobernante, de ningún publicista, de ningún obispo o arzobispo.

Carlos Fuentes¹

El verdadero dilema político de Cuba y en Cuba parece ser éste: ¿es posible construir una sociedad verdaderamente libre por medios revolucionarios como los aplicados en Cuba? ¿Es posible realizar, desde una manera drástica y rápida una revolución tan fundamental como ésta sin provocar el terror revolucionario o la dictadura permanente?

C. Wright Mills²

¹ James R. Fortson, *Perspectivas mexicanas desde París. Un diálogo con Carlos Fuentes*, México, Corporación Editorial, 1973.

² C. Wright Mills, *Escucha, yanqui. La Revolución en Cuba* (formato EPUB), Fondo de Cultura Económica, 2019.

A mis padres.

AGRADECIMIENTOS

Mi amor por la Historia emana de mi profunda curiosidad por el comportamiento del ser humano. Fueron mis padres y hermano los que, antes que nadie, me arrojaron con preguntas sobre el pasado. Es gracias a ellos, en todo sentido, que esto existe.

Escribir esta historia no fue un trabajo solitario. Mi más sincero agradecimiento al Dr. Jesús Hernández Jaimes por guiarme en la construcción de esta investigación y por su apoyo incondicional. A la Dra. Eugenia Allier Montaño y al Dr. Enrique Camacho Navarro por su lectura y comentarios durante los últimos cuatro años. A la Dra. Gabriela Pulido Llano y al Dr. Rafael Rojas por las observaciones que enriquecieron esta tesis.

Al Programa de Doctorado en Historia de la UNAM y al Conacyt por su respaldo para cursar mis estudios de posgrado.

Un especial agradecimiento al Archivo Memoria, Archivo Vertical y a la Biblioteca de Casa de las Américas por su amabilidad y facilidades que me brindaron para ahondar en sus registros. Visitar Cuba fue la experiencia más valiosa que obtuve en este trayecto.

A todas las personas que dieron lectura a las diferentes versiones de este escrito. A la Dra. Nadia Lie por proporcionarme el índice hemerográfico de la revista *Casa* y a los empleados de la Biblioteca Lerdo de Tejada, infinitas gracias.

A todos mis profesores que, a lo largo de mi trayectoria académica, me motivaron a acercarme al estudio de la historia de América Latina.

A mis amigas, hermanas, que siempre están ahí.

A Gibrán, mi cómplice... por todo.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	7
CAPÍTULO 1. EL INTELLECTUAL LATINOAMERICANO EN TIEMPOS DE GUERRA FRÍA	18
Las décadas de 1960 y 1970: de intelectual a revolucionario.....	19
El intelectual, ¿autónomo o comprometido?	22
La Revolución Cubana, el paraíso intelectual.....	27
Comunidades intelectuales: los congresos de la Guerra Fría cultural en América Latina	33
La trinchera literaria de la inteligencia estadounidense	36
CAPÍTULO 2. EL CAMPO INTELLECTUAL DE CARLOS FUENTES Y SU PERTENENCIA A LA IZQUIERDA	40
El periodismo cultural de Carlos Fuentes	41
La ‘mafia’ intelectual.....	47
El escritor político de izquierda	56
<i>La izquierda según Fuentes</i>	62
CAPÍTULO 3. EL ENCANTO POR LA REVOLUCIÓN CUBANA (1960-1964)	72
La auténtica Revolución de Cuba	74
<i>Crítica al socialismo soviético</i>	75
<i>Socialismo sin tiranía</i>	78
<i>El entusiasmo por la Revolución de Cuba</i>	80
<i>Carlos Fuentes en La Habana</i>	82
La brújula de la Revolución Cubana: el descongelamiento de la Revolución Mexicana .	90
El antiimperialismo de Carlos Fuentes	97
CAPÍTULO 4. LA HETERODOXIA PERMANENTE (1964-1966).....	104
¿Pero qué debe entenderse por intelectuales? El rompimiento con la revista <i>Política</i> ...	105
Los narradores ante el público: la libertad creadora y la heterodoxia permanente.....	119
Latinoamérica, un mundo que se descompone y transforma: el primer roce con la Revolución Cubana.....	129
CAPÍTULO 5. EL PUNTO DE QUIEBRE (1966-1968).....	140
El entierro de la Guerra Fría: el Congreso del PEN.....	140
<i>Carlos Fuentes, el “comunista”</i>	142

<i>Derribar el muro</i>	147
<i>La respuesta cubana</i>	149
<i>¿Nueva izquierda o “nueya” izquierda?</i>	155
<i>Después del PEN</i>	159
<i>El inicio del desencanto</i>	163
De cómo Fuentes <i>traicionó</i> a la Revolución Cubana.....	167
<i>La situación del escritor en América Latina: Carlos Fuentes y Mundo Nuevo</i>	168
CAPÍTULO 6. EL DESENCANTO CON LA REVOLUCIÓN CUBANA (1968-1971) .	195
1968: el año de la revolución y del desencanto	195
Carlos Fuentes, el contrarrevolucionario	209
El caso Padilla y la ruptura pública.....	221
EL FIN DE LA REVOLUCIÓN IMAGINADA.....	251
CONCLUSIONES.....	256
ESBOZO BIOGRÁFICO DE CARLOS FUENTES.....	262
ÍNDICE HEMEROGRÁFICO DE CARLOS FUENTES.....	265
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS Y BIBLIOGRAFÍA	271
ANEXOS	287

INTRODUCCIÓN

Permítanme decirles en primer lugar que la Revolución defiende la libertad; que la Revolución ha traído al país una suma muy grande de libertades; que la Revolución no puede ser por esencia enemiga de las libertades; que si la preocupación de alguno es que la Revolución vaya a asfixiar a su espíritu creador, que esa preocupación es innecesaria, que esa preocupación no tiene razón de ser.

Fidel Castro³

El 30 de junio de 1961, Fidel Castro pronunció uno de los discursos más significativos respecto a las necesidades de la práctica intelectual en el continente. En un momento donde la Revolución Cubana intentaba desarrollar y consolidar su proyecto político, económico y cultural, *Palabras a los intelectuales* fue consecuencia de las preocupaciones de una joven revolución que pretendía alinear a su causa a escritores y artistas de la isla y fuera de ella. La disertación del líder cubano estableció las directrices bajo las cuales se legitimaba el compromiso del intelectual con la revolución.

Uno de los recelos más presentes por parte de los escritores heterodoxos solidarios con la Revolución Cubana fue si ésta imitaría las medidas restrictivas sobre la libertad creadora que puso en práctica la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). En febrero de 1974, Aleksandr Solzhenitsyn fue acusado de traición y expulsado de la URSS por exponer públicamente las políticas represivas soviéticas. Como él, otros escritores de la órbita soviética también serían perseguidos, detenidos, expulsados y, en los peores casos, condenados a trabajo forzado por considerarse creadores y propagandistas de material antisoviético. Una parte de dicho material simbolizaba la reivindicación de los escritores de utilizar a la literatura como vehículo de la verdad.⁴ Esta búsqueda incesante de la libertad creadora y de pensamiento caracterizó a diversos sectores culturales de los regímenes socialistas del siglo XX. Como Milan Kundera vaticinó, cualquier interferencia con la libertad de pensamiento y palabra representaba un escándalo para la literatura.⁵

³ Fidel Castro, *Palabras a los intelectuales*, México, Ocean Sur, 2011, p.7.

⁴ Robert Darnton, *Censores trabajando. De cómo los Estados dieron forma a la literatura*, México, Fondo de Cultura Económica, 2014, p. 237.

⁵ *Ibidem*, p. 239.

En la Cuba socialista de 1971, el caso Padilla fue uno de los episodios culturales más escandalosos de la historia intelectual. En abril de 1971, el poeta cubano Heberto Padilla se presentó ante una sala repleta en la sede de la Unión de Escritores y Artistas Cubanos (UNEAC) para protagonizar un acto de autoinculpación por su incapacidad de comprender la complejidad del proceso revolucionario. En aquel suceso dramático, exhortó a sus compañeros escritores a reflexionar sobre su comportamiento contrarrevolucionario. Padilla se arrepintió de haber escrito su poemario *Fuera del juego* (1966) donde evidenció las fracturas de la Revolución Cubana y el proceso de soviétización que acontecía en la isla. La autocritica de Padilla se hizo pública y se fundó así un nuevo curso en la política cultural de la Revolución.

La Revolución Cubana funcionó como elemento cohesionador de las intelectualidades latinoamericanas y europeas.⁶ La pertenencia a la izquierda revolucionaria fue fundamental para legitimar el papel del intelectual en el marco de la Guerra Fría. Aquél que osara poner en entredicho a la izquierda revolucionaria o a sus líderes políticos era despreciado por sus posturas contrarrevolucionarias, tildado de intelectual burgués, de derecha, o agente del imperialismo. El compromiso del intelectual y de su obra, que había sido sostenido por Jean-Paul Sartre, invocaba que el intelectual no perdiera de vista “la coincidencia de sus actos con el dictado de su conciencia.”⁷ Por tanto, debido a que la Revolución Cubana representaba la lucha por la emancipación de los pueblos de América Latina frente al imperialismo, para que el intelectual fuera considerado como el portador de una consciencia social debía pertenecer a la izquierda y respaldar a la revolución socialista en el continente.

El caso Padilla produjo la primera ruptura de una parte de la comunidad intelectual occidental con la Revolución Cubana. En el caso de la intelectualidad latinoamericana, el incidente agrietó la relación tan estrecha que se había formado desde 1959 con los intelectuales más heterodoxos. A partir de dicho momento, se distinguieron en el horizonte dos modos de concebir el quehacer intelectual: el intelectual revolucionario en su carácter orgánico y el intelectual crítico.

⁶ Pablo Sánchez, “Un conflicto entre ciudades letradas: la Revolución Cubana y la literatura mexicana”, *Revista de Literatura Mexicana Contemporánea*, v. 17, n. 46, 2010, p. 10.

⁷ Mario Benedetti, *El ejercicio del criterio*, México, Alfaguara, 1995, p. 129. Véase Jean-Paul Sartre, *¿Qué es la literatura?*, Buenos Aires, Losada, 1981.

Uno de los grupos intelectuales latinoamericanos que encaró al régimen cubano tras el caso Padilla, fue la élite intelectual mexicana conocida como la ‘mafia’. El ideal asociativo de dicho campo intelectual provocó una fuerte alianza con el proyecto revolucionario cubano en sus primeros años.⁸ Considerados como el grupo intelectual más poderoso que ha conocido la historia del país,⁹ los integrantes del proyecto cultural del periodista y escritor Fernando Benítez establecieron lazos muy cercanos con la Revolución Cubana desde 1959. Tras criticar el caso Padilla, enfrentaron la furia del campo intelectual cubano cuando fue puesta en duda su solidaridad con la Revolución.¹⁰ El intelectual más sobresaliente a nivel internacional de dicho grupo fue el escritor Carlos Fuentes, quien había sido un fiel partidario de la Revolución Cubana desde su triunfo. A mediados de la década de 1960, la relación entre el narrador mexicano y el campo intelectual cubano se desgastó y terminó por romperse públicamente en 1971.

En agosto de 1966, durante su participación en el Congreso del PEN (Poetas, Ensayistas y Novelistas) Internacional en Nueva York, Carlos Fuentes enterró la Guerra Fría en la literatura. Con la intención de defender la libertad artística ante las exigencias del compromiso y la ortodoxia socialista, su declaración contrastaba con los efectos calientes de la Guerra Fría que todavía azotaban al Tercer Mundo. Apenas seis años atrás, el escritor mexicano había vociferado al mundo su entusiasmo por la Revolución Cubana. Su nueva postura evidenciaba que algo había cambiado. De inmediato, desde la isla, el campo intelectual cubano arremetió contra él, puso en duda su lealtad y pertenencia a la izquierda.

Esta investigación se inserta dentro de la historiografía intelectual mexicana del siglo XX que aspira a analizar a escritores que, por cuestiones de política intelectual revolucionaria, –criticar a la Revolución Cubana– o simplemente conceptual –derecha/izquierda, revolución/contrarrevolución–, fueron deslegitimados en su práctica intelectual por los aparatos culturales de regímenes revolucionarios cuando se opusieron a las directrices de determinado proyecto cultural en un contexto de debate activo de ideas en

⁸ Pablo Sánchez, *op. cit.*, p. 10.

⁹ Víctor Manuel Camposeco, *México en la Cultura (1949-1961). Renovación literaria y testimonio crítico*, CONACULTA, México, 2015, p. 189.

¹⁰ “[...] la *mafia* le espació de modo creciente su apoyo, hasta que en estos meses, aprovechando la alharaca desatada en torno al mes de prisión de un escritor cubano, rompió estrepitosamente con Cuba. [...] en 1971, el único equipo nacional de escritores del continente en romper con Cuba aprovechando un visible pretexto y calumniando la conducta de la Revolución, ha sido la *mafia* mexicana.” Roberto Fernández Retamar, *Todo Caliban*, Colombia, Ocean Sur, 2019, p. 46.

el México contemporáneo y de la Guerra Fría. Este estudio aborda la relación entre el campo político y el campo intelectual en América Latina durante la Guerra Fría en las décadas de 1960 y 1970, y tiene como objetivo analizar la postura del escritor mexicano Carlos Fuentes respecto a la Revolución Cubana a partir de sus colaboraciones en el suplemento cultural *México en la Cultura* del periódico *Novedades*, en las revistas *Política*, *Siempre!* y en su suplemento *La Cultura en México*, así como obras ensayísticas, entrevistas y correspondencia privada.

Como sostiene Robert Darnton, “los actos del habla [...] tienen la intención de generar un efecto en el ambiente circundante; cuando toman forma escrita, no hay ninguna razón por la cual debamos asociarlos exclusivamente con la literatura.”¹¹ El *ethos* intelectual de Carlos Fuentes fue el reflejo de su visión de mundo. Mi acercamiento hacia el autor de *Aura* (1962) fue como intelectual o como escritor político—como él mismo se definió— y no como narrador literario. A diferencia de otros escritores de la época y cercanos a la Revolución Cubana, Fuentes no asumió a su literatura como comprometida. Por tanto, las fuentes primarias de esta investigación fueron fundamentalmente hemerográficas. También se recurrió a sus obras ensayísticas más representativas como *La nueva novela hispanoamericana* (1972), *Tiempo mexicano* (1971) y *Nuevo tiempo mexicano* (1995) donde, además de recopilar escritos de su etapa como colaborador periodístico, dejó entrever su posición política sobre diversos temas. Asimismo, tuve la oportunidad de ahondar en los archivos cubanos de Casa de las Américas; específicamente el Archivo Memoria, donde se revisó la correspondencia de Fuentes con la institución cubana, y el Archivo Vertical, que contiene un acervo numeroso sobre el escritor desde el punto de vista hemerográfico. Infortunadamente, por la pandemia del covid-19 que azotó recientemente al mundo, se me imposibilitó revisar el archivo de Carlos Fuentes en la Universidad de Princeton, en Estados Unidos. Queda una deuda pendiente para esta investigación, pero también una expectativa para continuar con el estudio sobre Carlos Fuentes como escritor político.

Carlos Fuentes fue seducido por el triunfo de la Revolución Cubana. Viajó a La Habana y redactó artículos laudatorios sobre su proyecto. Admiró su carácter popular, que se asemejaba al proyecto original de la Revolución Mexicana, aplaudió el ejemplo antiimperialista y emancipador que representaba para el resto de los países del continente,

¹¹ Robert Darnton, *op. cit.*, p. 15.

elogió sus diferencias con el socialismo soviético, su valentía para derrocar la estructura preexistente, y se sintió encantado por su aura democrática. No obstante, dicho encanto empezó a desvanecerse a finales de la década de 1960. En su *Melancolía de izquierda* (2018), Traverso señala que “la historia del socialismo es una constelación de derrotas que lo alimentaron durante casi dos siglos.”¹² El fantasma que recorre a Europa es el de la revolución derrotada del pasado.¹³ En los años sesenta, las esperanzas del socialismo desacreditado por la URSS se depositaron en la Revolución Cubana. Sin embargo, a inicios de la década de 1970, un clima de temor se experimentó en el ala izquierda heterodoxa y antisoviética que respaldaba al experimento cubano.

Las tensiones entre las vanguardias intelectuales mexicana y cubana se recrudecieron cuando, a partir de los sesenta, la política cultural cubana se volvió más rígida en términos de libertad creadora. Se deja entrever que el distanciamiento entre ambas vanguardias ocurrió a partir de 1971 tras el caso Padilla. Entonces los integrantes de la vanguardia intelectual mexicana fueron acusados por el campo intelectual cubano y por el mismísimo Fidel Castro de intelectuales burgueses y agentes de la CIA, lo que provocó su separación del proyecto revolucionario cubano. No obstante, en esta tesis de investigación pretendo demostrar que el distanciamiento entre Fuentes y el campo intelectual cubano se puede rastrear a partir de 1965. Como veremos, de su campo intelectual, el autor de *La región más transparente* (1958), fue quien enfatizó más esta ruptura.

Carlos Fuentes experimentó varias rupturas con la Revolución Cubana de manera cronológica. En primer lugar, la fractura con el campo intelectual cubano –comandado por Roberto Fernández Retamar– se hizo pública tras el caso Padilla en 1971. En segundo lugar, aunque Fuentes prolongó su respaldo hacia la Revolución Cubana incluso después de 1971, para la década de 1990, su ruptura con el régimen político cubano bajo el liderazgo de Fidel Castro era indiscutible. Finalmente, poco a poco su encanto hacia aquella revolución imaginada auténticamente socialista se desvanecería.

Propongo que la razón primigenia que llevó al escritor mexicano a distanciarse del proyecto cultural cubano se debió a las posturas tan disímiles que se tenían en torno a la libertad creadora y el compromiso del intelectual. Las limitaciones que el régimen cubano y

¹² Enzo Traverso, *Melancolía de izquierda. Marxismo, historia y memoria*, México, Fondo de Cultura Económica, 2018, p. 57.

¹³ *Ibidem*, p. 55.

sus defensores impusieron a la autonomía del artista y al derecho de crítica en el quehacer intelectual se opuso al carácter heterodoxo y dialéctico que defendió Fuentes a mediados de la década de 1960. El narrador mexicano no se asumió como un intelectual comprometido. A partir de ahí, se pueden dilucidar diversos aspectos que explican en totalidad el contexto que produjo la ruptura.

En primer lugar, el proceso de soviétización del régimen cubano se opuso a la visión de izquierda dialéctica y heterodoxa del escritor mexicano. Cuando hablo de izquierda me refiero a la identificación política-ideológica predominante durante la década de 1960 de tendencia socialista. Una parte de esta izquierda se asumió como marxista-leninista y prosoviética –a la cual identifiqué como ortodoxa– y otra que, aunque empleó al marxismo como un método histórico, no se asumió como prosoviética y, por tanto, se presentó como heterodoxa. Como veremos, las múltiples propuestas desde la izquierda para 1960 en América Latina estuvieron relacionadas con el respaldo o crítica hacia la experiencia soviética y con la problematización de los métodos revolucionarios para transformar radicalmente a la sociedad. Fuentes, aunque encomió los logros de la URSS como experiencia histórica, fue un férreo crítico del socialismo real soviético, específicamente del periodo estalinista por sus efectos negativos en la libertad creadora. Así que cuando Cuba comenzó a alinearse con la política soviética, fue una señal de alerta. Asimismo, aunque se asumió como partidario de la izquierda socialista, no lo fue del marxismo-leninismo que promovió el gobierno cubano como política de Estado –aunque afirmó que el marxismo le ayudaba como herramienta metodológica para entender el mundo–, ni de la revolución armada.

En segundo lugar, el carácter antiintervencionista de Fuentes es fundamental para comprender su respaldo hacia la Revolución Cubana, aun después de 1971. El narrador mexicano coincidió con el carácter antiimperialista de la Revolución Cubana y defendió el derecho de autodeterminación de las naciones. Por lo tanto, a pesar de distanciarse del proyecto político y cultural cubano, se mantuvo crítico de la injerencia estadounidense en la región latinoamericana.

Por otro lado, Fuentes tampoco se posicionó como antiyanquista y, al contrario de algunos intelectuales latinoamericanos más ortodoxos, afín a su espíritu cosmopolita, fue un admirador de la cultura anglosajona por lo que se movió ávidamente en los circuitos

culturales estadounidenses. Para 1965, la Revolución Cubana tuvo que lidiar con nuevas estrategias de la inteligencia estadounidense que, con el fin de contrarrestar su influencia en el continente, desarrolló un método de cooptación intelectual. Esto generó que la vigilancia del campo intelectual cubano se intensificara en torno a la lealtad de los intelectuales con la revolución. Fuentes, afín a su espíritu heterodoxo, adoptó una actitud más neutral en torno al juego de poder entre bloques emanado de la Guerra Fría. Como consecuencia, el escritor mexicano, quien se presentaba como un intelectual heterodoxo y antidogmático, inició su acercamiento hacia la nueva izquierda –que precisamente se presentó como un revisionismo dentro de la izquierda–, y participó activamente en los circuitos internacionales, incluso aquellos orquestados por la inteligencia estadounidense como la revista *Mundo Nuevo*. En un periodo en que la exigencia del compromiso intelectual con la Revolución era absoluta, la neutralidad de Fuentes fue el inicio del enfriamiento de su relación con el campo intelectual cubano.

En tercer lugar, se encuentra su relación con el contexto mexicano, concretamente con la izquierda y su visión sobre la herencia revolucionaria. Fuentes se enfrentó a la izquierda mexicana, específicamente con los grupos más ortodoxos de tendencia marxista-leninista. Criticó su desorganización, dogmatismo y adecuación del recetario soviético. Para 1964, ya era considerado un adversario para estos sectores, quienes pusieron en duda su filiación a la izquierda, su compromiso intelectual e, incluso, su lealtad a la Revolución Cubana. Igualmente, durante los primeros años de la década de 1960, alabó a la Revolución Cubana porque, a diferencia de la Revolución Mexicana, inconclusa y con deudas pendientes en el continente, prometía ser un ejemplo verdadero de transformación.

La investigación se compone de seis capítulos. En el primer apartado se presenta el marco histórico. En él se abordan brevemente las décadas de 1960 a 1970 como tiempo de efervescencia política y cultural en el marco de la Guerra Fría, la figura del intelectual y los debates en torno a su compromiso que implicó la aparición de la Revolución Cubana. Asimismo, se examina la conformación de la comunidad intelectual y el impacto de la lucha Este-Oeste en la configuración de las prácticas intelectuales. El segundo capítulo, que también forma parte del marco histórico, pretende examinar el campo intelectual de Carlos Fuentes, su incursión en el periodismo cultural, las características de la élite intelectual conocida como la ‘mafia’ y su experiencia como escritor político de izquierda.

Los siguientes capítulos tienen como propósito analizar cronológicamente la relación de Carlos Fuentes con la Revolución Cubana para encontrar los puntos de encuentro, quiebre y ruptura con la política cultural cubana. El tercero explora lo que denomino el proceso de encanto; en él, se presenta el entusiasmo de Fuentes por la Revolución Cubana de 1959 a 1964 debido a sus diferencias con el socialismo soviético, sus similitudes y contrastes con la Revolución Mexicana, y su carácter imperialista. El cuarto apartado analiza la consolidación de su pensamiento heterodoxo y su defensa de la libertad creadora a través de tres polémicas. Asimismo, identifica los primeros roces con el campo intelectual cubano. El quinto capítulo plantea el punto de quiebre entre el escritor mexicano y los intelectuales cubanos a partir de su participación en el Congreso del PEN de Nueva York en 1966 y su colaboración con *Mundo Nuevo*. Finalmente, el sexto y último explora el proceso de ruptura tras el año de 1968 y su distanciamiento oficial a partir del caso Padilla en 1971.

La investigación se inserta dentro de los estudios de la historia intelectual mexicana.¹⁴ Se pretende contribuir a la historiografía que retoman a los intelectuales nacionales como sujetos históricos, su relación con el poder, así como sus medios y redes intelectuales, y su conexión con el continente. El evento por analizar es la recepción de la Revolución Cubana en el campo intelectual mexicano. Se esbozará la relación entre los intelectuales y el proceso revolucionario para identificar las coyunturas entre ambos.

Las redes intelectuales se forjan en torno a fuertes personalidades, pero su constitución es compleja, ya que depende de una serie de factores, a la vez institucionales, científicos, políticos y de afinidad. Los vínculos entre individuos se forjan generalmente en el transcurso de la formación o en la militancia en distintos movimientos políticos o sociales; asimismo, la dinámica de estas redes se basa en las convicciones ideológicas de sus protagonistas.¹⁵ El lector podrá observar que, en términos metodológicos, la investigación versó en cuatro ejes: Carlos Fuentes (el autor), las polémicas y los suplementos culturales (discursos y medios), la Revolución Cubana como fenómeno histórico (contexto), y el campo

¹⁴ Véase Verónica Zárate, “La historia intelectual en México y sus conexiones”, *Varia Historia*, Belo Horizonte, v.31, n. 56, p. 401-422.

¹⁵ Sirinelli privilegió tres herramientas de investigación en la historia intelectual del siglo XX: lugares, medios y redes. Consideró que éstas permiten optar por una aproximación a la vez geográfica, sociológica e ideológica para entender la estructuración del medio intelectual, su modo de funcionamiento y su relación con la política. Véase Ory Pascal y Jean-François Sirinelli, *Los intelectuales en Francia. Del caso Dreyfus a nuestros días*, Valencia, Publicacions Universitat de València, 2007 y Jean-Pierre Rioux y Jean-François Sirinelli, *Pour une histoire culturelle*, Paris, Seuil, 1997.

intelectual (redes o comunidades). Se eligió a Carlos Fuentes como actor principal por ser uno de los miembros más sobresalientes de la élite intelectual mexicana que se alejó del proyecto cultural y político de la Revolución Cubana. Asimismo, se necesitó navegar dentro de la manera en que estos intelectuales socializaron: las revistas y suplementos culturales. A través de ellos se establecieron las comunidades intelectuales y sus respectivos debates.

La literatura sobre el compromiso del intelectual con la Revolución Cubana es numerosa. En ese sentido, los textos de Claudia Gilman y Claudia Hilb me permitieron, por un lado, ubicar las formas en que se desarrollaron las prácticas intelectuales en la Revolución Cubana y, por el otro, las fracturas de la intelectualidad de izquierda que se mantuvo adherida al proyecto cubano.¹⁶ Los textos de Deborah Cohn y Patrick Iber¹⁷ fueron importantes para ubicar la trascendencia de Carlos Fuentes en el campo de las ideas de la Guerra Fría cultural. Asimismo, los trabajos sobre Carlos Fuentes como escritor literario son nutridas; no obstante, como escritor político son insuficientes. En el caso específico de la vanguardia intelectual mexicana, autores como Pablo Sánchez, Patricia Cabrera López, Kristine Vanden Bergh, Beatriz Urías, Elisa Servín, Jorge Volpi y Víctor Manuel Camposeco, entre otros, han investigado las características de la ‘mafia’ como grupo hegemónico y distinguido su adscripción a la izquierda y su vínculo con la Revolución Cubana como una de sus principales características. Considero que la reciente publicación de Rafael Rojas, *La polis literaria. El boom, la Revolución y otras polémicas de la Guerra Fría* (2018),¹⁸ es la que mejor ha logrado indagar a Carlos Fuentes como escritor político. En él, Rojas examina las poéticas intelectuales que, en el marco de la Guerra Fría, reconfiguraron la literatura y el trabajo intelectual en América Latina, aborda la relación de Carlos Fuentes, además de otros autores, con la Revolución Cubana; sus inquietudes ideológicas y su poética literaria. Hay notorias coincidencias entre las hipótesis que sostiene Rojas y las de este trabajo. Igualmente, el trabajo de Ana Pellicer Vázquez, “Radiografía de un desencanto. Carlos Fuentes y la

¹⁶ Véase Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil*, Argentina, Siglo XXI Editores, 2003 y Claudia Hilb, *¡Silencio, Cuba! La izquierda democrática frente al régimen de la Revolución Cubana*, Edhasa, Buenos Aires, 2010.

¹⁷ Véase Deborah Cohn, *The Latin American Literary Boom and U.S. Nationalism during the Cold War*, Vanderbilt University Press, 2012 y Patrick Iber, *Neither Peace nor Freedom. The cultural cold war in Latin America*, London, Harvard University Press, 2015.

¹⁸ Rafael Rojas, *La polis literaria. El boom, la Revolución y otras polémicas de la Guerra Fría*, México, Taurus, 2018.

Revolución Cubana” (2006),¹⁹ aunque breve, aborda episodios relevantes del objeto de esta investigación. No obstante, la historiografía sobre la Revolución Cubana y los intelectuales mexicanos es escasa, en especial la que aborda a aquéllos que decidieron escindirse del proyecto revolucionario cubano. Me atrevo a afirmar que no existe un trabajo de investigación pormenorizado que retome únicamente a Carlos Fuentes, al escritor político, como objeto de estudio y, mucho menos, su vínculo con la Revolución Cubana. De ahí la pertinencia de esta investigación.

Abordar la figura de Carlos Fuentes como objeto de estudio es un proceso complejo; hacerlo como escritor político de izquierda, más. Esta aproximación se complica todavía más al insertarlo en un contexto caracterizado por la polarización y agitación ideológica como fue la Guerra Fría. En un proceso en que la consolidación de la Revolución Cubana instauró una política antagónica –revolucionario/contrarrevolucionario–, analizar a un personaje que decidió mantenerse al margen de tal maniqueísmo resulta una empresa difícil. Además, la evolución de sus posturas con el paso de los años, lo convirtió en una figura controversial. Fuentes no sólo reconfiguró sus relaciones con el poder en Cuba sino también en México. Su acercamiento al gobierno de Luis Echeverría y sus declaraciones posteriores en contra de Fidel Castro, ratificaron que no sólo su heterodoxia, sino que incluso su pertenencia a la izquierda se encontraba en un proceso de transformación. Entonces Fuentes fue atacado por intelectuales mexicanos quienes lo acusaron de sacrificar su identidad progresista y satisfacer diversas posiciones ideológicas oficiales.

Me parece fundamental separar al Carlos Fuentes del marco temporal de esta investigación del escritor reconocido y consolidado de la década de 1970 en adelante. La figura que funge como objeto de estudio de este trabajo es la de un escritor joven cosmopolita que empezaba a tejer su visión de mundo. Enfrentado por su origen burgués y cristiano, estudió el marxismo y comenzó a analizar el contexto internacional y las problemáticas que México atravesaba. Se dedicó a las letras y defendió su derecho a no asumirse como artista comprometido. Sin embargo, sus preocupaciones intelectuales lo llevaron a posicionarse como socialista y a entusiasmarse por la Revolución Cubana. Su postura intelectual empezó a consolidarse alrededor de dos peculiaridades: la dialéctica y la heterodoxia. La primera

¹⁹ Ana Pellicer Vázquez, “Radiografía de un desencanto” Carlos Fuentes y la Revolución Cubana” en *Encuentro de la cultura cubana*, Madrid, n. 41-42, 2006, p. 257-267.

entendida como movimiento y confrontación, la segunda implicaría que Fuentes no se asumiría como un intelectual comprometido ciegamente con alguna postura política, norma cultural, partido o grupo de poder. Su compromiso político y artístico serían libres de carga ideológica y proclives al movimiento y a la evolución.

Ambas peculiaridades, dialéctica y heterodoxia, impactarían en su percepción del compromiso. Se pronunció en defensa de la autonomía del escritor, pues la literatura no debía ser incendiaria ni panfletaria sino la construcción de una representación del mundo y sus relaciones. La heterodoxia y la dialéctica serían las pautas permanentes que permitirían al escritor ser libre en su quehacer artístico sin estar supeditado a dogma alguno. Sin embargo, en un periodo en que comenzó a exigirse un compromiso absoluto en las prácticas intelectuales hacia la izquierda, específicamente hacia los movimientos revolucionarios –la Revolución Cubana–, la postura heterodoxa de Fuentes no sólo pareció incómoda para la izquierda mexicana, sino que, de a poco, se empezó a vislumbrar como tibia e incluso contrarrevolucionaria para la izquierda latinoamericana procubana.

Sostengo fehacientemente que la Revolución Cubana fue un elemento fundamental en la conformación del *ethos* intelectual de Carlos Fuentes durante la década de 1960. Como veremos, a través de su lectura sobre la hazaña cubana, el narrador mexicano reafirmó su personalidad antiintervencionista, consolidó su defensa sobre la libertad creadora y estableció las pautas bajo las cuales evolucionó su perspectiva sobre la izquierda, el socialismo y la realidad mexicana. Este texto invita a reflexionar sobre los encantos y desencantos que suscitó la Revolución Cubana en un momento en que la utopía se pensó posible.

CAPÍTULO 1. EL INTELLECTUAL LATINOAMERICANO EN TIEMPOS DE GUERRA FRÍA

La Guerra Fría tuvo efectos colosales en América Latina. El duelo entre Estados Unidos y la URSS transformó a la región en una zona caliente. Durante varias décadas, los países de la región fueron el escenario de la pugna geopolítica bipolar que se tradujo en un complejo movimiento de las realidades latinoamericanas. Dicho periodo estuvo caracterizado particularmente por la injerencia de Estados Unidos para salvaguardar su zona de influencia so pretexto de contener la influencia del comunismo en el continente. Esto derivó en una serie de acontecimientos impetuosos por demás conocidos –como golpes de Estado, dictaduras militares, movimientos revolucionarios y contrarrevolucionarios, entre otros– que azotaron la región. Por su parte, la Revolución Cubana encumbró las esperanzas de la izquierda latinoamericana de exportar la revolución. Así, Cuba, y no la URSS, se convirtió en la bandera de lucha antiimperialista en el continente²⁰

El campo intelectual no fue ajeno al impacto de la Guerra Fría. La época –específicamente las décadas 1960 y 1970– reafirmó la interacción con la política como una herramienta legitimadora de la práctica intelectual. Diversas investigaciones han retomado como punto de partida las prácticas intelectuales durante dicho periodo.²¹ Se ha revisado el rol del intelectual en la política, su compromiso y los diversos debates sobre la autonomía artística. En América Latina, particularmente, se ha estudiado el papel que desempeñó el intelectual en el rompecabezas político a partir del triunfo de la Revolución Cubana en 1959.

El proceso revolucionario cubano puso sobre la mesa las discusiones sobre el deber del escritor con las tareas revolucionarias; su vinculación con la política lo convirtió en intelectual. Ante las necesidades de resistencia y consolidación del proyecto cubano, se llevó a cabo una transformación de las prácticas y espacios que impactó determinadamente el mundo de las ideas en el continente y el resto del mundo. Así, la Revolución Cubana se convirtió en el referente de aquellos intelectuales de izquierda que buscaban una

²⁰ Jorge Castañeda, *La utopía desarmada*, México, Planeta, 1993, p. 77.

²¹ Cfr. Rafael Rojas, “Anatomía del entusiasmo: la revolución como espectáculo de ideas”, *América Latina Hoy*, Número 047, España, 2007, p. 39-53, Rafael Rojas, *Tumbas sin sosiego. Revolución, disidencia y exilio del intelectual cubano*, Barcelona, Anagrama, 2006, Rafael Rojas, *La polis literaria. El boom, la Revolución y otras polémicas de la Guerra Fría*, México, Taurus, 2018, Liliana Martínez Pérez, *Los hijos de Saturno*, México, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales-Porrúa, 2006, Carlos Illades, *La inteligencia Rebelde. La izquierda en el debate público en México 1968-1989*, México, Océano, 2012, Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil*, Argentina, Siglo XXI Editores, 2003, entre otros.

transformación radical de la sociedad. Asimismo, en la lógica de la Guerra Fría, la cohesión de dichos intelectuales con el proyecto cubano provocó una guerra cultural dirigida por instituciones estadounidenses que, con el objetivo de contener la influencia del comunismo, financiaron proyectos culturales para unir a su causa a intelectuales de la región sin que éstos necesariamente supieran del origen económico o de los motivos reales de tales empresas.

Resulta importante explorar las décadas de 1960 y 1970 desde el punto de vista cultural e intelectual para comprender el espacio temporal en que Carlos Fuentes se convirtió en narrador consolidado de las letras latinoamericanas y en escritor político. Esto implica comprender el entramado histórico que lo llevó a realizar un viraje político y convertirse en intelectual: la Guerra Fría y la Revolución Cubana. Consecuentemente, es necesario dilucidar los alcances de tal periodo tan efervescente en la cultura latinoamericana que la transformó en una verdadera arena de combate: la formación de una comunidad intelectual y las estrategias estadounidenses para cooptarla con el fin de contener la influencia de la Revolución Cubana en el continente.

Las décadas de 1960 y 1970: de intelectual a revolucionario

Si bien la Guerra Fría no fue un periodo homogéneo ni continuo,²² diversos acontecimientos de mayor y menor intensidad permitieron identificar ciertas fases del periodo de la posguerra que, específicamente, dependían del estatus de las relaciones entre Estados Unidos y la URSS. Fred Halliday, por ejemplo, partió de esta caracterización para dividir la historia de esta etapa en cuatro periodos.²³ Según su clasificación, las décadas de 1960 y 1970 se situarían en la fase del antagonismo oscilatorio entre Estados Unidos y la URSS –representada por el deshielo y la coexistencia pacífica–, y la fase de la distensión de 1969 a 1979. Dichas décadas se definieron por los intentos diplomáticos de mantener relaciones menos tensas y por la desestalinización soviética que propugnaba una política interna menos férrea, aunque, a nivel internacional, específicamente en el Tercer Mundo, la Guerra Fría mantuvo su carácter beligerante.

²² Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2014, p. 230.

²³ Fred Halliday, *Génesis de la Segunda Guerra Fría*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, p. 23.

El interés estadounidense de propagar su hegemonía y consolidar su poder económico, político, ideológico, militar y tecnológico, y, por ende, conseguir el control estratégico de las áreas geopolíticamente importantes, provocó efectos desestabilizadores en América Latina, donde se exacerbaron los conflictos nacionales. En la periferia se desarrolló una guerra caliente. Estados Unidos intervino en la mayoría de los países latinoamericanos económica y militarmente para asegurar la región ante el avance del comunismo y de las políticas nacionalistas de algunos gobiernos latinoamericanos.

La propuesta socialista simbolizaba una alternativa al capitalismo mundial.²⁴ Se presentaba como una opción de organización social para las fuerzas de izquierda y movimientos populares, antiimperialistas y nacionalistas que caminaban en dirección contraria a los intereses estadounidenses. Por ese motivo, el triunfo de la Revolución Cubana en enero de 1959 redefinió el nuevo sistema bipolar y el orden internacional latinoamericano. Las políticas nacionalistas y el discurso antiimperialista de los revolucionarios cubanos convirtieron a la isla en uno de los mayores obstáculos de los Estados Unidos. Tras su declaración marxista-leninista en 1961, Estados Unidos, en los años subsecuentes, puso en práctica una serie de medidas políticas, militares y económicas, para salvaguardar a la región de la influencia cubana. La Revolución Cubana fue un terremoto ideológico y cultural sin comparación alguna en América Latina. Su triunfo alimentó las esperanzas de la izquierda latinoamericana para importar su modelo y contrarrestar el influjo estadounidense en los países de la región. Como afirmó Eric Hobsbawm en 1994:

Ninguna revolución podría haber estado mejor diseñada para atraer a la izquierda del hemisferio occidental y los países desarrollados, al final de una década de conservadurismo global; o para hacer mejor publicidad de la estrategia guerrillera. La revolución cubana lo tenía todo: romance, heroísmo en las montañas, exlíderes estudiantiles con la generosidad desinteresada de su juventud –el mayor tenía apenas treinta años–, unas gentes jubilosas, en un paraíso turístico tropical que palpitaba con ritmos de rumba. Y así era: iba a ser aclamado por todos los revolucionarios de izquierda.²⁵

Los años sesenta y setenta fueron de efervescencia política: movimientos campesinos, politización de los estudiantes universitarios, la radicalización de intelectuales, la influencia de la Revolución Cubana y de las luchas anticolonialistas en África, la revolución en Argelia

²⁴ Eric Hobsbawm, *op. cit.*, p. 253.

²⁵ Eric Hobsbawm, *¡Viva la revolución!*, México, Crítica, 2018, p. 282-283.

y la Guerra de Vietnam. Aunado a eso, el terreno de las ideas se transformó durante esta década cuando la teología de la liberación, la teoría de la dependencia y la nueva izquierda –un concepto fundamental en esta tesis de investigación y que abordaré posteriormente– hicieron eco en algunos movimientos latinoamericanos. A nivel cultural, el movido contexto se vio traducido en cambios dentro de las esferas artísticas.

La literatura adquirió protagonismo durante este periodo. El *boom* latinoamericano evidenció que la literatura latinoamericana se había institucionalizado a nivel continental y consagrado internacionalmente.²⁶ El agitado contexto político provocó que los escritores utilizaran sus producciones como discursos críticos hacia el poder y testimonios de sus inquietudes. De ese modo, la literatura dejó de ser simple entretenimiento para convertirse en una herramienta política donde se expuso la responsabilidad política de los autores. Se reivindicó el derecho y la obligación de los escritores a participar en la política.

La Revolución Cubana, que adhirió a su causa cientos de admiradores, fue un fenómeno intelectual que sirvió para debatir sobre la función de la literatura, el rol y el compromiso del escritor y la experimentación artística. De ese modo, la responsabilidad política de los escritores se convirtió en la médula de la mayoría de los debates en torno al papel de la literatura. Durante la década de 1960, la política se constituyó en el valor legitimador de las prácticas intelectuales en el continente. El conflicto ideológico generado por la Guerra Fría provocó que el escritor se hiciera partícipe de la vida pública y política de la región.²⁷

Resulta necesario distinguir dos aspectos determinantes para comprender la transformación de Fuentes de escritor a intelectual –o escritor político, como él mismo se definió–. Por un lado, es importante remarcar bajo qué características se precisó el concepto de intelectual en esa etapa: quién es, cuál era su rol y cómo evolucionó su figura. Por otro lado, identificar el impacto que la Revolución Cubana tuvo en las prácticas intelectuales, cómo se abordó el compromiso y de qué manera se constituyó la comunidad intelectual en América Latina durante la Guerra Fría a la que el escritor mexicano fielmente perteneció.

²⁶ Véase Jean Franco, *Decadencia y caída de la ciudad letrada*, España, Debate, 2003 y Ángel Rama. *Más allá del boom: Literatura y mercado*, Buenos Aires, Folios Ediciones, 1984 y José Donoso, *Historia personal del <<boom>>*, Chile, Alfaguara, 2007.

²⁷ Claudia Gilman, *op. cit.*, p. 29.

El intelectual, ¿autónomo o comprometido?

La figura del intelectual como símbolo revolucionario fue distintivo de la Guerra Fría. El escenario provocado por el enfrentamiento Este-Oeste preparó el terreno para que las diversas maneras de concebir la vida intelectual se hicieran presentes. Se discutió sobre el propósito de su creación, las contradicciones de su origen burgués, y su relación con el poder. En el caso específico de América Latina, se polemizó sobre su postura ideológica, su adhesión al socialismo soviético y su compromiso con la revolución continental.

Desde el caso Dreyfus,²⁸ se inició la conversación sobre la responsabilidad que asumieron sujetos de diversos oficios, escritores y artistas primordialmente, ante diferentes asuntos de su comunidad. Sus intervenciones en el campo político y su patrocinio a causas sociales adquirieron legitimidad. Se convirtieron en la voz denunciante del “orden establecido, interpelando los poderes y las autoridades consagradas y desmitificando las ideas dominantes.”²⁹ Así nació la figura del intelectual.

El intelectual ejerce cualquier profesión del saber; puede ser un profesor, científico, médico, ingeniero, escritor o artista. Para Gabriel Zaid, por ejemplo, el intelectual “es el escritor, artista o científico que opina en cosas de interés público con autoridad moral entre las élites.”³⁰ La característica distintiva de su quehacer es la intervención en la vida pública y la legitimidad moral o de consciencia que obtienen sus opiniones. En el marco de la Guerra Fría, dicha legitimidad, específicamente en el artista y en el escritor, estuvo vinculada con su nivel de compromiso.

En la década de 1930, Karl Mannheim formuló la existencia de un intelectual libre de ataduras que, ajeno a los conflictos de su época, podía mantener su autonomía para producir formas de conocimiento neutras y objetivas. Por su parte, años después Michel Foucault propuso la figura de un intelectual especializado que sólo se ocupaba de los asuntos de su

²⁸ Se afirma que el intelectual como grupo social y fuerza política surge a partir del caso Dreyfus. Alfred Dreyfus fue un oficial judío del ejército francés condenado por traición a la patria por entregar, supuestamente, documentos secretos a los alemanes en 1894. Se le condenó a prisión perpetua y se le desterró. Émile Zola promovió el caso con el objetivo alegar a favor de Dreyfus y de incriminar al gobierno. Dicho episodio generó un estallido en la vida pública francesa. Se considera que a partir de este momento el término intelectual se expande como sustantivo y penetra en el lenguaje común. Catalina Uribe Merino, “Sartre y la figura del intelectual comprometido”, *Ciencia Política*, v. 1, n. 2, 2006. p. 3. Véase Gisele Sapiro, “Sobre el uso de las categorías de derecha e izquierda en el campo literario”, en *DEBATS*, v. 130, 2016, p. 99-124.

²⁹ *Ibidem*, p. 30.

³⁰ Gabriel Zaid, *De los libros al poder*, México, Debolsillo, 2011, p. 100.

área. Estas propuestas son contrarias a la manera en que se concibió la figura del intelectual durante las décadas de 1960 y 1970 cuando el compromiso político era fundamental. Las ideas de compromiso expuestas por Antonio Gramsci, C. Wright Mills, Alvin Gouldner y Jean-Paul Sartre fueron básicas para comprender la naturaleza del intelectual de la Guerra Fría.³¹

La visión del intelectual orgánico de Gramsci se oponía al enfoque del intelectual tradicional especializado que sólo se dedicaba a la producción de conocimiento al margen de los conflictos políticos de su entorno. En cambio, el intelectual orgánico asumía una posición central en la lucha. Éste participaba directamente en el proyecto político colectivo, organizaba y cohesionaba al grupo a que pertenecía, militaba en la lucha revolucionaria e incluso se formaba dentro de los partidos políticos. La responsabilidad del intelectual orgánico era tal, que no se limitaban a producir conocimiento, sino que expresaba a través de su lenguaje, la cultura y las experiencias que las masas no podían articularse por sí mismas.³²

Aunada a la concepción de Gramsci y Gouldner, quienes planteaban una alianza entre los intelectuales y las clases dominadas para su liberación,³³ Jean-Paul Sartre, por su parte, trazó una propuesta del intelectual total que influyó de manera determinante en el modo de concebir la vida intelectual en las décadas de 1960 y 1970 en América Latina. Sartre formuló su concepción del intelectual en torno a su compromiso y función con la sociedad. El intelectual sartreano nació dentro de las entrañas de la cultura dominante burguesa para convertirse en su principal oposición y asumir un papel relevante en la lucha por la transformación del mundo.

Para Sartre, el intelectual europeo, miembro de una sociedad capitalista, se hallaba en un entorno lleno de contradicciones. Su origen burgués y la estructura capitalista a que pertenecía imposibilitaba que la especialización en su propio campo fuera un factor suficiente para obtener una formación intelectual. Es decir, el escritor no era intelectual sólo por ser escritor.³⁴ El intelectual lograba encontrarse consigo mismo cuando se percataba de que su

³¹ Juan Pecourt, “El intelectual y el campo cultural. Una variación sobre Bourdieu”, *Revista Internacional de Sociología*, v. 65, n. 47, p. 24-33.

³² *Ibidem*, p. 26. Antonio Gramsci, *La formación de los intelectuales*, México, Grijalbo, 1967, p. 27-48.

³³ Juan Pecourt, *op. cit.*, p. 26. Véase A. Gouldner, *El Futuro de los intelectuales y el ascenso de la nueva clase*, McMillan, Londres, 1979.

³⁴ *Entrevista a Jean-Paul Sartre* (Video), <https://www.youtube.com/watch?v=Iz76QO51bI>, (consulta: 30 de noviembre de 2018).

formación burguesa de tendencia particularista y con la finalidad de servir a la clase privilegiada y poderosa, era contraria a la verdadera vocación de su trabajo que debía conducirlo a una idea de universalidad. El intelectual era capaz de renunciar al servicio de la ideología dominante y a la presión de las clases privilegiadas anteponiendo lo universal frente a lo particular. El escritor que se liberaba de su ideología burguesa y que denunciaba dicha contradicción se convertía en intelectual:

En esa condición, como vemos, el intelectual tiene un doble aspecto. Es a la vez un hombre que hace un determinado trabajo y no puede dejar de ser ese hombre. Tiene que hacer ese trabajo, porque no es en el aire en donde él descubre sus contradicciones, es en el ejercicio de su profesión. Y al mismo tiempo, denuncia estas contradicciones a la vez en su propia interioridad y en el exterior porque se da cuenta de que la sociedad que lo ha construido lo ha construido como a un monstruo; es decir, como alguien que custodia intereses que no son los suyos, que son opuestos a los intereses universales.³⁵

La consciencia o denuncia de dichas contradicciones podemos entenderla como compromiso. El francés criticó con dureza la actitud del escritor que negaba pronunciarse, pues “eludía la coincidencia de sus actos con el dictado de su consciencia.”³⁶ Para el sartrismo, al menos antes de 1968, el intelectual debía ser el portador de la consciencia y oposición a la ideología dominante. De dicho modo, al interiorizar en sus profundas contradicciones, el intelectual podría alinearse con las clases dominadas y en conjunto comprender y enfrentar su mundo.

El sartrismo proveyó el concepto de *littérature engagée* –literatura comprometida– y, con ello, problematizó teóricamente la evolución del escritor en intelectual. Como afirma Gilman, fue Sartre quien forjó la noción de compromiso.³⁷ Para el francés, la literatura demostraba la manera en que el escritor concebía al mundo. De ese modo, el escritor adquiría una responsabilidad con el mundo y con sus lectores al transmitirles su comprensión de los problemas de la realidad. El escritor comprometido debía ser partícipe de la transformación.³⁸

Para Sartre resultaba evidente que el origen burgués del intelectual funcionaba como una barrera para que pudiera convertirse en el intelectual orgánico de las clases explotadas.³⁹ Este planteamiento se radicalizó tras los movimientos estudiantiles de 1968. Sartre realizó una autocrítica del intelectual clásico y propuso la figura de un nuevo intelectual. Para él, el

³⁵ *Idem.*

³⁶ Mario Benedetti, *op. cit.*, p. 129.

³⁷ Claudia Gilman, *op. cit.*, p. 72. Véase Jean-Paul Sartre, *¿Qué es la literatura?*, Buenos Aires, Losada, 1981, p. 80-157.

³⁸ *Ibidem*, p. 56-57.

³⁹ Catalina Uribe Merino, *op.cit.*, p. 33.

intelectual clásico, aunque fuese defensor de la revolución, era dominado por su origen burgués. Incapaz de asumirse fuera del sistema, el intelectual clásico se volvía cómplice del sistema cultural burgués al aceptar sus credos y reconocimientos.⁴⁰ En cambio, el nuevo intelectual se impugnaba a sí mismo, cuestionaba su protagonismo, e intentaba darle la palabra al pueblo.

La disyuntiva que generó la esencia burguesa de los intelectuales de las sociedades modernas fue un ingrediente constante en los debates intelectuales de la época. ¿Era el intelectual un desterrado para las clases privilegiadas y un sospechoso para las clases desfavorecidas? ¿Cómo liberarse de dicho origen? ¿Éste era un impedimento para comprender la realidad de la clase explotada? ¿El intelectual debía permanecer fuera del sistema? ¿Su postura ante el poder debía llevarlo a evadir los reconocimientos del sistema cultural dominante, así como Sartre rechazó el premio Nobel?⁴¹ El dilema compromiso político *versus* autonomía intelectual se tornó todavía más complejo cuando la lealtad hacia el comunismo soviético y la Revolución Cubana se puso en duda.

Los intelectuales comprometidos compartieron la convicción de que “las zonas periféricas del mundo proporcionaban condiciones privilegiadas para la rebelión en contra de los grupos dominantes.”⁴² De ese modo, se consolidó el papel del intelectual en la lucha revolucionaria. El intelectual sería un agente activo en el nuevo orden, era la vanguardia revolucionaria.

Una característica fundamental para la legitimación del compromiso del intelectual durante la Guerra Fría fue su pertenencia a la izquierda. Ésta se convirtió en una herramienta legitimadora de la práctica intelectual, pues el intelectual se tornaba como el portador de una conciencia social. Para ellos, el socialismo simbolizaba la racionalidad histórica, pues significaba el fin de la dominación sobre las clases explotadas. En cambio, al final de la posguerra, la derecha se presentaba desorganizada y deslegitimada.⁴³ No obstante, aunque muchos de los intelectuales latinoamericanos se identificaron con el comunismo y

⁴⁰ “Pero poco a poco se les va cambiando y, llegado el momento, una poltrona en la Academia Francesa, un premio Nobel o cualquier otra maniobra bastan para recuperarles.” Jean-Paul Sartre, “Justicia y Estado” en *Escritos Políticos*, p. 70 *apud* en Catalina Uribe Merino, *op. cit.*, p. 34.

⁴¹ Sartre se caracterizó por mantenerse distante con el poder y alineado siempre hacia la crítica. No militó en partidos políticos e incluso rechazó el Premio Nobel de literatura en 1964. *Ibidem*, 29.

⁴² Claudia Gilman, *op. cit.*, p. 60.

⁴³ *Ibidem*, p. 42.

participaron activamente dentro del partido, no todos se asumieron como marxistas; otros se alinearon con movimientos populistas radicales, o se consideraron apolíticos o conservadores.⁴⁴

La experiencia revolucionaria soviética contribuyó a que la atracción intelectual hacia el comunismo se intensificara. Los intelectuales vieron en la URSS la posibilidad de una verdadera transformación mundial y depositaron, casi de manera absoluta, su lealtad en el sistema soviético y en sus remanentes alrededor del mundo. No obstante, tras la publicidad de los crímenes de Stalin, la invasión a Praga, las divergencias en el seno de las izquierdas nacionales, o el caso Padilla en Cuba, los Partidos Comunistas iniciaron su fase de desacreditación y el comunismo soviético como modelo se puso en tela de juicio. Por un lado, la desacreditación de los Partidos Comunistas y de los sistemas políticos democráticos-burgueses provocó que algunos intelectuales se convencieran de que el único camino para llevar a cabo la auténtica revolución socialista era la violencia.⁴⁵ Por el otro, los errores soviéticos y su tendencia al totalitarismo generaron una profunda reflexión intelectual acerca de las prácticas soviéticas y su pertinencia para otros modelos revolucionarios.

De ese modo, se impulsó una transformación en las prácticas intelectuales respecto a la noción de compromiso. Por una parte, se posicionaron aquellos que, con profunda lealtad, se asumieron defensores e intelectuales comprometidos con el comunismo soviético como único modelo ideal revolucionario. Por la otra, se pronunciaron quienes, en defensa de la autonomía intelectual y el ejercicio crítico, se mantuvieron ajenos al compromiso con el poder y los partidos políticos que pudieran afectar el desempeño y la objetividad de su práctica intelectual. Estos últimos, en su mayoría, defendieron la no alineación a los bloques durante la Guerra Fría. Carlos Fuentes sería miembro de dicho grupo.

Sartre diferenció el compromiso del intelectual europeo y el del Tercer Mundo. El intelectual del Tercer Mundo, en que incluyó a la región latinoamericana, tenía como objetivo primordial servir al desarrollo de su país y, en todo caso, involucrarse con el gobierno y al partido si fuese necesario para lograr su meta.⁴⁶ A diferencia del intelectual europeo, que

⁴⁴ Alan Angell, “La izquierda en América Latina desde c.1920”, en Leslie Bethell (ed.), *Historia de América Latina*, Tomo 12, Barcelona, Crítica, 1997.

⁴⁵ Claudia Gilman, *op. cit.*, 50.

⁴⁶ *Entrevista a Jean-Paul Sartre* (Video), <https://www.youtube.com/watch?v=Iz76Q6O51bI>, (consulta: 30 de noviembre de 2018).

requería una distancia frente al poder, ya fuese el gobierno o la militancia en el partido político, el intelectual del Tercer Mundo, dadas sus circunstancias nacionales, tenía la obligación de cumplir con su papel del intelectual orgánico para obtener la transformación de su país. La presencia de la Revolución Cubana implicó que esta visión de compromiso transformara la vida intelectual. En Cuba y en el resto del continente, el compromiso del intelectual con la revolución se convirtió en una herramienta legitimadora de la práctica intelectual.

La Revolución Cubana, el paraíso intelectual

Además de Sartre, uno de los intelectuales de izquierda que más influyeron en la conformación del *ethos* intelectual de Carlos Fuentes durante la década de 1960 fue C. Wright Mills. Como presentaré más adelante, el vínculo entre el sociólogo estadounidense y el escritor mexicano fue sumamente estrecho. Durante la década de 1960, Mills y otros intelectuales de izquierda reformularon la función de los intelectuales críticos en la Guerra Fría y los procesos revolucionarios, promovieron la renovación de la izquierda y la diversificación del marxismo, principales características de la nueva izquierda. Cuando Mills se encontró con la Revolución Cubana, consideró que ésta podía ser una tercera vía en el mundo bipolar, Cuba era “la voz de la euforia revolucionaria.”⁴⁷

El triunfo de la Revolución Cubana en enero de 1959 generó transformaciones profundas en la práctica intelectual latinoamericana y del resto del mundo. La posibilidad de exportar el modelo revolucionario cubano a nivel continental provocó que los intelectuales alineados a la izquierda adquirieran un compromiso casi absoluto con la Revolución Cubana. A partir de dicho momento, la intervención en la política legitimó su estatus intelectual. Así, Cuba se convirtió en un foro propicio para debates intensos sobre la pertinencia de la revolución intelectual, la función de la literatura, el rol del escritor frente a la sociedad, la experimentación artística y los criterios normativos del arte, y la relación entre los intelectuales y el poder.

Como afirma Rojas, la Revolución Cubana, como evento intelectual de la izquierda latinoamericana, se convirtió en un espectáculo de ideas.⁴⁸ Intelectuales de diversas

⁴⁷ C. Wright Mills, *op. cit.*, p. 9.

⁴⁸ Rafael Rojas, “Anatomía del entusiasmo: la revolución como espectáculo de ideas”, *América Latina Hoy*, n. 047, España, 2007, p. 40.

procedencias y fracciones de la izquierda internacional hicieron de la isla su destino. Los autores más reconocidos de la época –artistas plásticos, escritores, sociólogos, periodistas, etcétera– se sumaron a la aventura: Ítalo Calvino, Graham Greene, Oscar Lewis, Max Aub, Jean Paul Sartre, Allen Ginsberg, C.W. Mills, Pablo Neruda, Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez, la lista de nombres es extensa. Unos interesados por los debates a nivel estético, otros por la posibilidad de exportar su formato revolucionario –la guerrilla–, aquellos que buscaban reformar los sistemas democráticos y el resto por curiosidad y admiración. Cuba se convirtió así en la *paidea* intelectual de la utopía hecha realidad en el Tercer Mundo.⁴⁹

En cuanto al compromiso del intelectual, la Revolución Cubana también implicó un cambio conceptual y de forma; en el horizonte se distinguieron dos arquetipos, el comprometido y el revolucionario. Las exigencias de la revolución forzaron al intelectual a tomar una postura activa política. Los planteamientos del intelectual tercermundista de Sartre y el intelectual orgánico de Gramsci se hicieron presentes y redefinieron el rol y la función social del intelectual. El intelectual comprometido con la Revolución Cubana tenía que ser también revolucionario.

Aparecieron, de acuerdo con Gilman, diversos modos de concebir la vida intelectual. Por un lado, el intelectual revolucionario que asumió la militancia política como el único camino válido para la transformación radical de la sociedad, y, por el otro, el intelectual que se aferró al compromiso crítico y tradicional con la sociedad que se negó a aceptar la connotación política del compromiso. De ese modo, el intelectual comprometido se transformó en intelectual revolucionario, y el intelectual no comprometido en aliado de la contrarrevolución. Algunos de los intelectuales revolucionarios incluso se adhirieron a la lucha armada. Mientras que otro sector de la intelectualidad, denominado como antiintelectualista, criticaba férreamente el origen burgués del intelectual.⁵⁰

⁴⁹ *Idem.*

⁵⁰ Claudia Gilman, *op. cit.*, 163. “El antiintelectualismo es una vituperación que traduce en términos de superioridad la serie política sobre la actividad intelectual, cultural, literaria; es un discurso, no necesariamente ‘sincero’, que surge dentro del mismo campo intelectual para abjurar de sí mismo enfrentando a sus miembros con otros paradigmas de valor, encarnados por el hombre de acción y el hombre de pueblo. Implica la problematización de la relación del valor intelectual (en el campo específicamente cultural) y la acción, entendida en términos de una intervención eficaz en el terreno político.” *Ibidem*, p. 165. En pocas palabras, la acción, la militancia política, adquirió mayor legitimidad que la palabra escrita. De esa manera, se obligó al intelectual a someterse ante la revolución.

La interpretación radical de la función del compromiso revolucionario del intelectual se hizo presente a partir de las *Palabras a los intelectuales* de Fidel Castro en junio de 1961. Las declaraciones del líder cubano se pueden considerar como la fundación de una nueva política cultural. En su discurso de clausura en la Biblioteca Nacional, el jefe revolucionario estableció una nueva fórmula para la relación entre el intelectual y el poder; con ella, indicó que el intelectual debía alinearse con la revolución.⁵¹ El espíritu creador del intelectual se expresaría de acuerdo con los principios revolucionarios: “¿Cuáles son los derechos de los escritores y de los artistas revolucionarios o no revolucionarios? Dentro de la Revolución: todo, contra la Revolución ningún derecho.”⁵² De esa manera, se instituyó el frente intelectual revolucionario y se decretaron sus normas.

Aunque *Palabras a los intelectuales* podría significar el primer paso de la nueva política cultural cubana que pretendía supeditar la libertad creadora a los intereses revolucionarios, considero fundamental abordar con detenimiento esta interpretación debido al efecto que ésta tuvo en la postura de Carlos Fuentes sobre el compromiso del intelectual que se abordará más adelante. En su análisis sobre la política cultural cubana, Gallardo propone analizar con sus respectivos matices el significado del discurso de Castro en los asuntos culturales.⁵³ En su investigación plantea que *Palabras a los intelectuales* engloba las preocupaciones de una revolución joven que buscaba cerrar filas ante las amenazas internas y externas. La labor del intelectual como vanguardia revolucionaria resultaba fundamental para la conformación de los ideales revolucionarios; sin embargo, la libertad creadora significaba una inquietud secundaria para el líder cubano. En primera instancia, señala Gallardo, la libertad formal del artista nunca se puso en duda, no así la libertad de contenido. En segunda, el discurso antagónico de “dentro, todo, contra, nada” implicaba una visión de la libertad específica en la cual era obligatorio optar por un bando, el de la Revolución.⁵⁴

Castro dilucidó la existencia de tres categorías en el trabajo intelectual. En primer lugar, estaban los intelectuales auténticamente revolucionarios; en segundo lugar, aquellos que, aunque honestos, no eran propiamente revolucionarios, pues se encontraban en contradicción; y, finalmente, estaban los enemigos de la Revolución, los

⁵¹ Liliana Martínez Pérez, *op. cit.*, p. 36 - 67.

⁵² Fidel Castro, *Palabras a los intelectuales*, p.12.

⁵³ Emilio J. Gallardo, *El martillo y el espejo. Directrices de la política cultural cubana (1959-1976)*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2009, p. 69.

⁵⁴ *Ibidem*, p. 71.

contrarrevolucionarios.⁵⁵ Los dos primeros grupos debían adecuarse a los lineamientos revolucionarios, esto involucraba someter su libertad artística individual a las necesidades colectivas de la Revolución. Tal afirmación implicó la construcción de un muro ideológico que impuso normas irrestrictas en torno a la libertad de contenido de acuerdo con lo que el contexto demandaba. Como menciona Gallardo: “Sin duda, en los momentos más represivos se ha tratado de un arma útil con la que atacar a algunos intelectuales. Porque, ¿dónde empieza lo contrarrevolucionario en un terreno tan abstracto como la cultura, en un terreno donde la riqueza interpretativa es una de las principales bazas?”⁵⁶ Esta afirmación se vería presente en los casos de Guillermo Cabrera Infante, Heberto Padilla y del mismo Carlos Fuentes.

A partir de estas directrices, la comunidad intelectual empezó a integrarse alrededor de varias instituciones que sirvieron como escenarios legítimos para que realizaran sus producciones de acuerdo con los principios revolucionarios. La creación de dichos organismos sirvió también como pretexto para vigilar los contenidos de las producciones. Así se consolidaron el Consejo Nacional de Cultura (CNC), el Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográfico (ICAIC), Casa de las Américas y la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), además de diversas revistas y Radio Habana. Éstas se aseguraron de seguir al pie de la letra el dictamen del gobierno revolucionario respecto al compromiso absoluto de la producción intelectual.⁵⁷

La UNEAC y Casa de las Américas, tanto como institución y revista, funcionaron como foros propicios para la reunión y colaboración de los intelectuales latinoamericanos. De esa manera se forjaron redes con el objetivo de institucionalizar y organizar a la comunidad latinoamericana desde el punto de vista gremial y político. Por un lado, las revistas y suplementos literarios –como la revista *Casa y Lunes de Revolución*– funcionaron como un espacio cultural protagónico para la colaboración intelectual; en ellas, los intelectuales se pronunciaron acerca de diversos asuntos de la época, desde el punto de vista estético hasta intervenciones políticas.⁵⁸ Por el otro, La Habana también se desempeñó como

⁵⁵ *Ibidem*, p. 73-74.

⁵⁶ *Ibidem*, p. 74.

⁵⁷ Liliana Martínez Pérez, *op. cit.*, p. 40.

⁵⁸ Claudia Gilman, “El intelectual como problema”, *Prismas - Revista De Historia Intelectual*, Argentina, v. 3, n. 1, 1999, p. 73-93. Véase Nadia Lie, *Transición y transacción: la revista cubana Casa de las Américas, 1960-1976*, Hispamérica-Leuven University Press, Bélgica, 1996. “La revista política-cultural constituyó un modo

un centro cultural promotor de diversos encuentros, coloquios, congresos, conferencias, que tuvieron como finalidad aglutinar la estructura intelectual latinoamericana y conseguir consensos respecto a las obligaciones del intelectual con la sociedad.⁵⁹

El Congreso Cultural de La Habana, el cual abordaré posteriormente, se realizó en enero de 1968.⁶⁰ En él se realizaron diversas discusiones sobre el papel del intelectual. Asistieron intelectuales de distintas nacionalidades que abogaron por una cultura crítica alejada de los preceptos soviéticos.⁶¹ Como consecuencia del congreso, se incitó a problematizar el trabajo del intelectual en el seno de la revolución, cerrar la brecha entre la vanguardia cultural y la revolucionaria, y desarrollar una teoría sobre el trabajo universalista del intelectual en que existiera una fraternidad con las naciones del Tercer Mundo.⁶²

La nueva praxis revolucionaria tuvo que lidiar con algunos casos de disidencia intelectual de autores que, en defensa de su autonomía y libertad creadora, rechazaron o marcaron su distancia hacia la lealtad absoluta que el régimen cubano exigía. La transición hacia un socialismo de tipo soviético provocó que la rigurosidad del régimen en cuanto a política cultural e ideología se intensificara. A partir de 1968 se inició una etapa de mayor intransigencia ideológica en que se desarrollaron diversos mecanismos de descalificación y persecución hacia producciones de artistas o intelectuales que no se alineaban a los nuevos dogmas de la política cultural revolucionaria. Así, autores como Heberto Padilla, Reinaldo Arenas, Carlos Franqui y Guillermo Cabrera Infante, entre otros,⁶³ tuvieron que sobrevivir a la ofensiva del sistema revolucionario.⁶⁴

de intervención especialmente adecuado a los perfiles de esa época y de la relación programáticamente buscada entre cultura y política como un modo de pensar la militancia en el plano cultural.” Gilman, *Entre la pluma...*, p. 77. Otro de los medios de comunicación fundamentales del régimen cubano fue la revista de corte militar *Verde Olivo*. Véase Andoni Rodríguez Vázquez, *La construcción del combatiente cubano vista a través de Verde Olivo*, México, UNAM, 2018. Tesis de Maestría.

⁵⁹ Gilman, “El intelectual como...”, p. 73-93.

⁶⁰ Véase Leonardo Martín Candiano, “El congreso cultural de la Habana de 1968. La subversión de la noción de intelectual”, *De Raíz Diversa*, v. 5, n. 10, julio-diciembre, 2018, p. 113-140.

⁶¹ Rafael Rojas, *Historia mínima de La Revolución cubana*, México, El Colegio de México, 2018, p. 156.

⁶² Jean Franco, “Del milenio efímero y la vanguardia que fue”, *Nexos*, enero de 1978, <http://www.nexos.com.mx/?p=46> (consulta: 15 de enero de 2019).

⁶³ En 1966, Pablo Neruda recibió una carta abierta de escritores cubanos que lo criticaron por asistir a una conferencia en Nueva York; el escritor de la generación *beat* Allen Ginsberg fue expulsado de la isla. En 1969, Vargas Llosa fue criticado por gastarse el dinero obtenido del premio Rómulo Gallegos y no destinarlo a una buena causa; la invitación al poeta Nicanor Parra para formar parte del jurado de Casa de las Américas le fue retirado tras aceptar una invitación a una recepción de la Casa Blanca. Franco, *Decadencia y caída...*, p. 133.

⁶⁴ Rojas, *Historia mínima...*, p. 156- 157.

Como menciona Hilb, una parte de la izquierda democrática evitó pronunciarse en contra de las directrices del régimen cubano debido a su defensa de “realizaciones indiscutibles” en el ámbito social, como la universalización al acceso de la salud, la reforma agraria o educativa a lo largo de la década de 1960.⁶⁵ Se consideraba que la Revolución Cubana era un “experimento libertario” y opuesto a la herencia socialista soviética.⁶⁶ No obstante, el giro en su política cultural a partir de finales de 1960 y principios de 1970, evidenció para estos sectores democráticos o heterodoxos, que la capacidad de disentir dentro del régimen estaba abolida. Como resultado de ello, algunos intelectuales de esta tendencia modificaron su relación con el régimen; algunos partieron al exilio, otros guardaron silencio o fueron sometidos al ostracismo político interno.⁶⁷

El 27 de abril de 1971, el poeta cubano Heberto Padilla realizó un acto de inculpación en la sede de la UNEAC y aceptó su calidad burguesa como escritor y su incapacidad para comprender y participar en la revolución. Su poemario *Fuera del juego* (1966), que había sido previamente premiado, fue denunciado por desviacionismo político. Se le acusó de criticar al sistema revolucionario cubano al dejar entrever la presencia de un proceso de soviétización al estilo estalinista en la isla. Posteriormente, Padilla fue encarcelado y exiliado. El caso Padilla es recordado como uno de los momentos claves en el campo intelectual latinoamericano durante la Guerra Fría. La reacción del régimen cubano fue interpretada por algunos intelectuales como Sartre, Octavio Paz, Carlos Fuentes, Mario Vargas Llosa, entre otros, como un atentado contra la libertad creadora. El encanto intelectual por la Revolución Cubana empezaba a consumirse en algunos campos intelectuales.⁶⁸ El caso Padilla se puede considerar como el primer desencuentro entre una parte de la intelectualidad latinoamericana y europea con las nuevas directrices de la política cultural cubana.

Aunque los intelectuales revolucionarios permanecieron leales al proyecto, las múltiples rupturas provocaron que, a partir de 1968, aquel espectáculo de ideas que plantea Rojas perdiera el atractivo que lo caracterizaba para una parte del campo intelectual. Las dudas y críticas sobre los dogmas cubanos dejaron entrever que Cuba ya no era una

⁶⁵ Claudia Hilb, *op. cit.*, p. 48.

⁶⁶ *Ibidem*, p. 260.

⁶⁷ *Ibidem*, p. 303.

⁶⁸ Rafael Rojas, *Tumbas sin sosiego. Revolución, disidencia y exilio del intelectual cubano*, Barcelona, Anagrama, 2006, p. 272.

excepcionalidad histórica y que su parecido con la URSS era evidente.⁶⁹ Entre los intelectuales que se pronunciaron en contra de este proceso de soviétización y que empezaron a marcar su distancia con el proyecto cultural revolucionario cubano están los pertenecientes al campo intelectual del escritor mexicano Carlos Fuentes.

Para recapitular, me interesa no perder de vista los efectos que la Revolución Cubana tuvo en la práctica intelectual. Por un lado, la legitimación del escritor por su intervención en la política y su afiliación a la izquierda; por otro, la conformación de una comunidad intelectual de diversos orígenes nacionales que se vieron atraídos por la excepción histórica que representaba la revolución. Para consolidar el proyecto revolucionario cubano se necesitó de la participación y lealtad de dichos intelectuales; se exigió su compromiso incondicional con los objetivos revolucionarios y, aunque no se promovió discursivamente la imposibilidad de la libertad formal, diversos ejemplos, como los ya mencionados anteriormente, evidenciaron que la libertad de contenido no era una opción. El escenario se polarizaría más a partir de la puesta en práctica de nuevas maniobras de contención del comunismo y de la influencia cubana por parte de Estados Unidos. La inteligencia estadounidense se percataría prontamente que los intelectuales funcionaban como los mejores propagandistas de la hazaña cubana ante los ojos del mundo por lo que se diseñaron estrategias para cooptarlos. De ese modo, Estados Unidos pretendió infiltrar las huestes intelectuales de la Revolución Cubana y disminuir su poder en el continente. Esta situación provocaría que el gobierno cubano y su política cultural cerraran filas y se exigiera un compromiso absoluto.

Comunidades intelectuales: los congresos de la Guerra Fría cultural en América Latina

Una de las particularidades en las prácticas intelectuales durante la Guerra Fría fue el encuentro. Surgió la necesidad de construir foros de colaboración que institucionalizaran la comunidad intelectual latinoamericana. Así nacieron instituciones, revistas, encuentros, congresos y premios que fungieron como escenarios gremiales y políticos. Fueron los foros cubanos –Casa de las Américas, Radio Habana, el Congreso Cultural de La Habana, entre otros– los espacios culturales protagónicos para la colaboración intelectual de la región y

⁶⁹ Héctor Manjarrez, “La revolución y el escritor según Cortázar”, Cuadernos políticos, n. 41, México, Era, 1984, p. 9.

para problematizar el papel del intelectual, las problemáticas del continente y la pertinencia de la Revolución Cubana. La Habana fue el centro cultural por excelencia.

México tampoco escapó a la necesidad de la colaboración intelectual a través de sociedades y congresos. Resulta importante abordar este punto ya que fue a través de la creación de estos congresos y encuentros que empezaron a conformarse y a dilatarse los campos intelectuales mexicanos durante el siglo XX. De acuerdo con la investigación de Guillermo Sheridan, se pueden rastrear los primeros intentos modernos de organización de escritores desde la creación del PEN (Poetas, Ensayistas y Novelistas) Internacional en 1921.⁷⁰ El objetivo de la creación del PEN –como única asociación internacional de escritores en el mundo que sigue presente– fue la promoción de la literatura para conformar la unión de escritores tras la Primera Guerra Mundial.⁷¹ En 1924, Alfonso Reyes y Genaro Estrada participaron en la creación de la sección del PEN en México que, con sus altibajos, tuvo como propósito el fomento de la literatura en el país.⁷²

Otros ejemplos de organizaciones mexicanas que buscaron la creación de una comunidad de escritores fueron el Bloque de Obreros Intelectuales (BOI), la Liga Internacional Proletaria (LIP), el Sindicato de Escritores Revolucionarios, la Federación de Escritores y Artistas Proletarios (FEAP), la Asociación de Trabajadores del Arte (ATA), la Unión de Trabajadores Intelectuales Asalariados (UTIA), entre otros.⁷³ No obstante, ninguna de éstas persistió por mucho tiempo. En cambio, la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios (LEAR) que surgió durante el cardenismo y la Asociación de Escritores de México A.C. (AEM) que nació durante la década de 1960 y todavía permanece, fueron las asociaciones modernas más significativas.

Asimismo, estas organizaciones fomentaron una serie de congresos de escritores para abordar diversos temas de actualidad y consideración. Como se presentó, uno de los

⁷⁰ Guillermo Sheridan realizó una serie de entregas en *Letras Libres* sobre las reuniones de escritores mexicanos durante el siglo XX. Guillermo Sheridan, “Sociedades de escritores (con dama misteriosa)”, *Letras Libres*, México, abril 2017, <https://www.letraslibres.com/mexico/libros/sociedades-escritores-dama-misteriosa> (consulta: 18 de agosto de 2019).

⁷¹ Enciclopedia de la Literatura en México, *PEN Club de México* (sitio web), México, Enciclopedia de la Literatura en México, 2018, <http://www.elem.mx/institucion/datos/289> (consulta: 18 noviembre de 2018). Véase página oficial del PEN Internacional: <https://pen-international.org/es/who-we-are/the-pen-charter> (consulta: 18 noviembre de 2018).

⁷² *Idem*

⁷³ Guillermo Sheridan, “Sociedades de escritores (con dama misteriosa)” en *Letras Libres*, consultado en <https://www.letraslibres.com/mexico/libros/sociedades-escritores-dama-misteriosa> el 18 de agosto de 2019.

congresos latinoamericanos más importantes en América Latina fue el Congreso Cultural de La Habana en 1968 donde se discutió sobre el papel del intelectual. Germán Albuquerque señala que, en la década de 1950, los escritores latinoamericanos permanecían en el aislamiento, no obstante, a partir de 1960 la situación cambió.⁷⁴ Chile fue el escenario de la conformación de los primeros intentos de congresos a nivel regional. El Primer Encuentro de Escritores Americanos sucedió en 1960 en que se debatió, además de tópicos literarios, problemáticas sociales; el siguiente fue el Congreso de Intelectuales de Concepción en 1962, el cual tuvo un cuórum e impacto mayores que el anterior y que se caracterizó por ahondar en discusiones políticas con un joven Carlos Fuentes que rebosaba de júbilo por la Revolución Cubana.⁷⁵ Para Albuquerque, este congreso inauguró la red de intelectuales latinoamericanos.⁷⁶

El siguiente paso sería el Primer Congreso de la Comunidad Cultural Latinoamericana de 1966 realizado también en Chile. Posteriormente, se planeó el Segundo Congreso Latinoamericano de Escritores convocado por México y organizado por la Asociación de Escritores de México A.C. (AEM). El congreso contaría con el apoyo oficial del gobierno de México presidido por Gustavo Díaz Ordaz con el objetivo de posicionarlo “en el escenario del humanismo continental”⁷⁷, principal razón de desconfianza por parte de Fuentes: “Me da muy mala espina todo el aparato oficial que lo apoya, rodea y protege”, escribió.⁷⁸ El propósito del congreso era la creación de una Comunidad Latinoamericana de Escritores con sede en México. Sus consecuencias dentro del campo intelectual mexicano

⁷⁴ Germán Albuquerque, “La red de escritores latinoamericanos de los años sesenta”, *Revista UNIVERSUM*, Universidad de Talca, n. 15, 2000, p. 370.

⁷⁵ Albuquerque cita el testimonio sobre Fuentes de Juan Donoso, quien participó en el Congreso: “La personalidad de Carlos Fuentes brillaba con luz propia igual en la mañana al leer su ponencia en la sala de conferencias, el trabajo que cambió el signo del encuentro, que por la noche bailando conmigo un calypso ante todos los invitados que nos hacían ronda para que bailáramos solos en medio de la pista”. El propio Donoso evoca al mexicano: “Su entusiasmo por la figura de Fidel Castro (...) enardeció a todo el congreso de intelectuales, que a raíz de su presencia quedó fuertemente politizado, la infinidad de escritores de todos los países del continente manifestó casi con unanimidad su adhesión a la causa cubana. (...) En el Congreso de Intelectuales de Concepción experimenté por primera vez esa repentina y poderosa marea de simpatía por una causa política que unificaba el continente y a todos sus escritores”. German Albuquerque, *op. cit.*, p. 344.

⁷⁶ *Idem.*

⁷⁷ Guillermo Sheridan, “Los escritores como congreso”, *Letras Libres*, México, enero 2017, <https://www.letraslibres.com/mexico/literatura/los-escritores-como-congreso> (consulta: 10 de abril de 2019).

⁷⁸ Carlos Fuentes en una carta a Octavio Paz citada por Guillermo Sheridan en Guillermo Sheridan, “Un ‘presidium de totems’”, *Letras Libres*, México, enero 2017, <https://www.letraslibres.com/mexico/literatura/un-presidium-totems> (consulta: 15 de junio de 2019). Fuentes renegó de la convocatoria de escritores –los escritores tótem del PRI–, y de los intereses políticos detrás del congreso. *Idem.*

fueron contrastantes y evidenciaron las diferencias existentes en él: por un lado, escritores de renombre como Juan Rulfo y José Revueltas manifestaron su apoyo, mientras que, además de Fuentes, José Agustín, Vicente Leñero, Juan García Ponce y Emmanuel Carballo desdeñaron los motivos, debates y financiamiento del congreso.⁷⁹

Las comunidades intelectuales emergieron ávidamente gracias al espacio cultural que la Revolución Cubana les proporcionaba. La posibilidad de crear foros de discusión y frentes comunes para enarbolar la posición del escritor en un momento tan álgido provocado por el conflicto Este-Oeste, les dotó de nuevas características y labores. Si bien cada país tenía sus propias consternaciones nacionales, la Revolución Cubana aglutinó los debates intelectuales y exacerbó las posturas ideológicas de los escritores. Sin embargo, así como Cuba controló las comunidades intelectuales latinoamericanas para que funcionaran según sus intereses y necesidades –se exigió lealtad incondicional, así los escritores fungieron como embajadores y propagandistas de la revolución a nivel mundial–, otras esferas de poder también estarían dispuestas a lograrlo.⁸⁰

La trinchera literaria de la inteligencia estadounidense

En el conflicto entre polos, Estados Unidos desplegó diversas estrategias para contener la propagación del comunismo en el resto del continente americano. En el terreno cultural, la influencia de la Revolución Cubana provocó la creación de iniciativas financiadas por la inteligencia estadounidense, específicamente la Agencia Central de Inteligencia (CIA), con el objetivo de irrumpir en la vida cultural latinoamericana, ganar adeptos y sofocar el dominio cultural emanado por Cuba. Jean Franco, Deborah Cohn, Benedetta Calandra, Frances Stonor Saunders, y Patrick Iber, entre otros,⁸¹ han investigado ampliamente el impacto de la Guerra

⁷⁹ Sheridan narra que la delegación cubana se retiró anticipadamente debido a que no estaba de acuerdo con la orientación ideológica del congreso. Guillermo Sheridan, “Los escritores como congreso”, *Letras Libres*, México, enero 2017, <https://www.letraslibres.com/mexico/literatura/los-escritores-como-congreso> (consulta: 10 de abril de 2019).

⁸⁰ German Albuquerque, *op. cit.*, p. 278. Véase también German Albuquerque, “Escritores políticos: América Latina en los sesenta”, *Revista UNIVERSUM*, Universidad de Talca, n. 18, 200, p. 273-281.

⁸¹ El debate sobre la Guerra Fría cultural es muy diverso. Cfr. Jean Franco, *Decadencia y caída de la ciudad letrada*, España, Debate, 2003; Deborah Cohn, *The Latin American Literary Boom and U.S. Nationalism during the Cold War*, Vanderbilt University Press, 2012; Benedetta Calandra y Marina Franco, *La Guerra Fría cultural en América Latina. Desafíos y límites para una nueva mirada de las relaciones interamericanas*, Argentina, Biblos, 2012; Frances Stonor Saunders, *La CIA y la Guerra Fría cultural*, Madrid, Debate, 2001; Patrick Iber,

Fría cultural a nivel mundial y continental. En este apartado se realiza un breve repaso sobre una de las iniciativas estadounidenses más importantes de la Guerra Fría cultural, específicamente aquella que impactó de manera rotunda el campo intelectual de Carlos Fuentes.⁸²

El Congreso por la Libertad de la Cultura en América Latina (CLC) fue, tal vez, el intento más representativo por parte de Estados Unidos de influir en la política cultural latinoamericana. El CLC, que duró de 1953 a 1971, fue, en palabras de Iber, el proyecto intelectual de carácter internacional más trascendental de la Guerra Fría; su propósito: liderar la lucha contra los totalitarismos a través de las ideas.⁸³ Su órgano de comunicación principal fue la revista *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura* bajo la dirección del español Julian Gorkin.

El proyecto, nacido en Berlín Occidental y financiado de manera encubierta por la CIA y activistas anticomunistas, enfocó sus esfuerzos hacia América Latina y la marea comunista que representaba la Revolución Cubana a mediados del siglo. El CLC y *Cuadernos* se caracterizaron por fomentar la libertad de la cultura y promover que los artistas no estuvieran supeditados a compromiso alguno. La libertad creadora del artista como bandera representaba una clara afrenta a los estatutos intelectuales demandados por el régimen cubano. Se caracterizó por su universalismo, pues buscaba que la cultura latinoamericana trascendiera el espacio para insertarse en el europeo. No obstante, afirma Iber, el CLC no tenía un proyecto artístico definido pues su única norma era que el talento artístico no se ubicaba solamente en la izquierda comunista.⁸⁴ Otros autores como Marta Ruiz Galbete han sostenido que dentro del CLC existieron diferentes posturas ideológicas y estéticas que se diversificaron con el tiempo.⁸⁵

Neither Peace nor Freedom. The cultural cold war in Latin America, London, Harvard University Press, 2015, entre otros.

⁸² En el caso de México, la CIA patrocinó proyectos que tuvieran como fin la creación de revistas culturales que pudieran lograr un contrapeso a los proyectos culturales de la izquierda mexicana, específicamente a la revista *Siempre!*. Guillermo Sheridan, “La CIA planea una revista cultural mexicana”, *Letras Libres*, México, junio 2017, <https://www.letraslibres.com/mexico/historia/la-cia-planea-una-revista-cultural-mexicana> (consulta: 4 de abril de 2019).

⁸³ Patrick Iber, “El imperialismo de la libertad: el Congreso por la Libertad de la Cultura en América Latina (1953-1971)” en Benedetta Calandra y Marina Franco, *La Guerra Fría cultural en América Latina. Desafíos y límites para una nueva mirada de las relaciones interamericanas*, Argentina, Biblos, 2012, p. 117-132.

⁸⁴ *Ibidem*, p. 122.

⁸⁵ Marta Ruiz Galbete, “¿“Fidelismo sin Fidel”? El Congreso por la Libertad de la Cultura y la Revolución Cubana”, *Historia Crítica*, n. 67, enero-marzo, 2017, p. 111-132.

La postura defendida por el CLC sobre la autonomía del artista le llenó de adeptos a lo largo del continente, sobre todo entre los sectores de la izquierda menos ortodoxos. Escritores como Alfonso Reyes o el estadounidense Frank Tannenbaum participaron en sus reuniones y debatieron sobre la libertad intelectual y los obstáculos que representaban los gobiernos totalitarios para el arte. El Congreso tuvo tanto éxito que, incluso, acumuló seguidores en Cuba previo a su revolución. Iber asevera que en un inicio el CLC vio con buenos ojos el pensamiento humanista de Castro y que, incluso, su relación temprana con la revolución y sus órganos culturales como Casa de las Américas fue de colaboración. No obstante, a partir de la adopción del socialismo del régimen cubano, el CLC y *Cuadernos* se unieron a la lucha antirrevolucionaria y acusaron a la Revolución Cubana de totalitaria. En ese sentido, el CLC también implicó otra opción frente a la monopolización intelectual de las instituciones culturales de izquierda emanadas o emparentadas con la Revolución Cubana.

El paraíso intelectual que representó la Revolución Cubana para la mayoría de los escritores más importantes del mundo llevó a una seria reestructuración de la estrategia del Congreso. Se alejó de su campaña anticomunista y se enfocó en la creación de los espacios pertinentes para el desarrollo del arte y la libertad creadora con el fin de fundar una nueva comunidad intelectual en América Latina que reprodujera los objetivos del Congreso: aislar a Cuba y contener el comunismo en la región. La guerra intelectual cultural estaba en marcha. La reforma del CLC, que provocó la eliminación de sus sectores más conservadores para dar paso a miembros más liberales, llevó al cierre de *Cuadernos* en 1965 y la creación en 1967 de *Mundo Nuevo*, dirigida por el crítico uruguayo Emir Rodríguez Monegal.⁸⁶ Asimismo, en 1966 se creó el Instituto Latinoamericano de Relaciones Internacionales (ILARI), establecido en París y dirigido por Mercier Vega. A partir de ese momento, el ILARI articuló la proyección cultural del CLC a nivel interamericano.

El aspecto más controversial del CLC fue su financiamiento encubierto por parte de la CIA. Tras la posibilidad de salir a la luz esta relación, el CLC buscó terminar su vínculo con la Agencia y, entonces, a partir de 1965 recibió apoyo económico de la Fundación Ford.⁸⁷

⁸⁶ Carlos Fuentes colaboró para la revista *Mundo Nuevo*, esto le generó severas críticas por parte del campo intelectual cubano. Dicha situación es abordada en capítulo 5. *Ibidem*, p. 119.

⁸⁷ La Fundación Ford jugó un papel primordial en la Guerra Fría cultural a nivel mundial y continental. La Fundación financió diversos proyectos en América Latina a partir de 1959, año que marcó el triunfo de la Revolución Cubana, y hasta 1973, año del golpe de Estado a Salvador Allende en Chile. Para más información sobre el desarrollo de los intereses sobre la región del “gigante de la filantropía cultural norteamericana”. Véase

Sin embargo, en 1966, a través de filtraciones en el *New York Times*, la subvención del Congreso por parte de la inteligencia estadounidense se hizo pública. Aunque el Congreso se reformó y cambió de patrocinador, las revelaciones sobre su origen pusieron sobre la mesa el propósito oculto del proyecto.

De esta manera, la inteligencia cubana pudo constatar la campaña contrarrevolucionaria a nivel cultural que empezaba a fraguarse en su contra. La nueva empresa estadounidense pretendía aislarla de los circuitos culturales latinoamericanos e internacionales a través de la cooptación de sus intelectuales. Por esa razón, Cuba arremetió contra los órganos culturales del CLC, como *Mundo Nuevo*, y desconfió de los escritores que participaran en ellos, como Rodríguez Monegal y el mismo Carlos Fuentes. Sin embargo, es importante mencionar que el financiamiento secreto de la CIA era desconocido para los escritores, al menos previo a 1966.⁸⁸

La relación entre el CLC y los escritores latinoamericanos fue fundamental para la organización de una comunidad intelectual y una maquinaria propagandística que pudiese hacer frente a la empresa cubana a nivel intelectual. La agenda cultural protagonizada por los debates sobre el carácter revolucionario de los intelectuales se contrapuso a la visión procedente por el CLC sobre la libertad creadora y los peligros del autoritarismo. En un periodo caracterizado por el maniqueísmo ideológico –revolucionario/contrarrevolucionario, comunismo/anticomunismo– y su consecuente paranoia conspirativa, fue inevitable que aquellos escritores que se sintieran atraídos por las ideas de la autonomía creativa fuesen acusados de colaboradores del imperialismo. De ese modo, la Guerra Fría se volvió caliente en las trincheras literarias de América Latina.

Benedetta Calandra, “Del ‘terremoto’ cubano al golpe chileno: políticas culturales de la Fundación Ford en América Latina (1959-1973) en Calandra y Franco, *La Guerra Fría cultural en América Latina...* p. 133-149.

⁸⁸ Guillermo Sheridan afirma que, además del patrocinio del CLC, la CIA apoyaba económicamente a escritores sin que éstos lo supieran: “[...] con dinero, viajes, vacaciones, médicos y hospitales y, cuando era necesario, hasta regalándoles una granja para que se inspirasen (como a Juan Rulfo); patrocinaba editoriales, inclusive contestatarias, y traducciones de libros (como no pocos del boom latinoamericano); financiaba congresos fastuosos, sin público, grabaciones ni “memorias” para que intelectuales de diversos colores pudiesen discutir (y comer y beber) en libertad; patrocinaba giras de orquestas de música clásica, grupos de jazz y exposiciones de arte contemporáneo. La lista de grandes escritores, pensadores y artistas que, de una u otra forma, recibieron apoyo de la CIA, casi siempre sin saberlo, es extensa y de alta calidad.” Guillermo Sheridan, “La CIA planea una revista cultural mexicana”, *Letras Libres*, México, junio 2017, <https://www.letraslibres.com/mexico/historia/la-cia-planea-una-revista-cultural-mexicana> (consulta: 4 de abril de 2019).

CAPÍTULO 2. EL CAMPO INTELECTUAL DE CARLOS FUENTES Y SU PERTENENCIA A LA IZQUIERDA

Carlos Fuentes perteneció a uno de los campos intelectuales latinoamericanos más significativos de su época. La famosa ‘mafia’ intelectual mexicana de la segunda mitad del siglo XX fue creadora y promotora de los medios culturales más importantes del país, afianzó su reputación internacional y se consolidó como un grupo trascendental en el mundo cultural y en el político. Las intervenciones de sus miembros ante los diversos escenarios nacionales e internacionales se legitimaron por su pertenencia al grupo, por su éxito literario y artístico, y por su postura política alineada hacia la izquierda. No obstante, su protagonismo también los volvió presa fácil de las críticas de aquellos personajes que denunciaban su dominio en el medio cultural y su estrecha relación con el poder.

En 1951, Carlos Fuentes y otros estudiantes de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional Autónoma de México crearon la revista *Medio Siglo*. Posteriormente, en 1955 Fuentes, junto a Emmanuel Carballo, Tomás Segovia, entre otros, alternaron la dirección de la *Revista Mexicana de Literatura*. Como miembros de la Generación de Medio Siglo,⁸⁹ los jóvenes escritores buscaban dejar atrás el nacionalismo revolucionario. Fuentes colaboró también con la *Revista de la Universidad* y *El Espectador*.⁹⁰ Finalmente, se adhirió a los proyectos de Benítez, *México en la Cultura* y *La Cultura en México*, sin dejar de participar en otros medios, como la revista *Política*. La colaboración de Fuentes con el periodismo cultural y político fue muy prolífica.

El objetivo de este capítulo es analizar el campo intelectual a que perteneció Carlos Fuentes. Explicar las particularidades del grupo denominado como la ‘mafia’. Pretendo esbozar las diferentes etapas de su periodismo cultural, examinar su pertenencia a la izquierda

⁸⁹ La Generación de Medio Siglo se caracterizó por la búsqueda de una transformación de la cultura heredada de la Revolución Mexicana excesivamente rural a una cultura cosmopolita y urbana. Véase Armando Pereira, “La generación del medio siglo: un momento de transición de la cultura mexicana” en *Literatura Mexicana*, v. 6, n. 1, 1995, p. 187-212.

⁹⁰ La revista *El Espectador* fue dirigida por Fuentes y contó con la colaboración de García Terrés, González Pedrero, Flores Olea, Luis Villoro y López Cámara. Con una tendencia al marxismo postestalinista, los miembros de *El Espectador* plantearon que “la Revolución mexicana había alcanzado su momento más alto con el cardenismo y a partir de entonces había perdido rumbo y declinado. La Revolución cubana era, para ellos, motivo de esperanza, o por lo menos así lo fue en sus inicios.” Guillermo Hurtado, “Un antecedente de *El Espectador*: críticas a la Revolución mexicana en 1959”, *Literatura Mexicana*, México, v. 21, n. 2, 2010, http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0188-25462010000200002 (consulta: 23 de marzo de 2018).

y su relación con el poder, entre otras circunstancias. Estos aspectos son fundamentales para comprender por qué su campo intelectual estuvo tan allegado a la política cultural cubana en los primeros años de la década de 1960 y qué los llevó a distanciarse a finales de la década. Igualmente, me interesa delimitar de qué manera Fuentes se concibió como escritor político, a qué tipo de izquierda perteneció y cuáles fueron sus críticas hacia ésta para comprender por qué cuando se encontró con la Revolución Cubana la imaginó como la única revolución auténticamente socialista.

El periodismo cultural de Carlos Fuentes

La característica primordial de gran parte de la prensa mexicana en el siglo XX fue su condicionamiento por las políticas autoritarias gubernamentales. Algunos autores como Pablo Arredondo afirman que la prensa mexicana tuvo dicho rasgo hasta la década de 1990, el cual se puede observar en el respaldo casi total de la mayoría de los medios periodísticos nacionales al régimen político. Por su parte, Raymundo Riva Palacio considera que la prensa no era completamente leal al régimen, sino que poseía una estrategia de alejamiento y acercamiento a las posturas gubernamentales como un medio para presionar al Estado y obtener financiamiento económico.⁹¹

Por otro lado, Manuel Alejandro Guerrero asevera que en el caso de la prensa, el régimen utilizó mecanismos de presión informales que permitieron condiciones favorables para el desarrollo de los medios escritos a cambio de asegurar su apoyo político al régimen.⁹² Es erróneo afirmar que la prensa escrita mexicana, asegura Guerrero, estuvo restringida o fue censurada del todo, ya que, aunque existieron ciertas leyes y mecanismos de control, el Estado no contaba con la capacidad de supervisar todos los contenidos y permitió que se ejerciera la crítica siempre y cuando no se cuestionara la legitimidad del régimen en el poder.⁹³

La prensa y demás medios, dice Guerrero, tomaron una postura de autocontrol que él denomina como “censura ambiental”. Afirma que ellos decidieron las líneas de sus

⁹¹ Arno Burkholder, *La prensa mexicana de la segunda mitad del siglo XX: una pequeña revisión*, SEPTIEN, 2015, <http://septien.mx/wp-content/uploads/2015/10/repensar-historia-prensa.pdf> (consulta: el 20 de noviembre de 2016).

⁹² Manuel Alejandro Guerrero, “Los medios de comunicación y el régimen político” en Soledad Loaeza y Jean Francois Prud'homme (coords.), *Los grandes problemas de México*, México, Colegio de México, 2010, p. 234.

⁹³ *Idem*.

contenidos hasta donde podían y querían. Esta situación dio como resultado una especie de “complicidad entre los medios y el régimen que permitió a los primeros gozar de beneficios para consolidarse como negocios rentables a cambio de mantener un espacio público de debate limitado y un apoyo general al régimen.”⁹⁴ Las empresas periodísticas recibieron el apoyo del Estado, tanto para el desarrollo de su infraestructura como para controlar el tratamiento de la información. Sin el apoyo gubernamental, la prensa no hubiera tenido la posibilidad de crecer, ya que el Estado se convirtió en la principal fuente de recursos para los diarios.⁹⁵

Debido a una serie de endeudamientos por el alza en el precio del papel en los primeros años de la década de 1930, las editoriales exigieron la intervención del gobierno de Lázaro Cárdenas para fijar los precios o para que permitiera la libre importación. En respuesta, Cárdenas fundó la empresa Productora e Importadora de Papel, S. A. (PIPSA), que se convirtió en la única encargada de producir, importar y vender el papel a toda la industria editorial nacional. Así, el Estado decidía a quién y bajo qué términos distribuía el papel.⁹⁶ A pesar de que la creación de PIPSA logró que se estabilizaran los precios del papel y que, por ende, la industria editorial mexicana se fortaleciera, para muchos medios periodísticos la intervención del Estado se asumió como un método de control de la opinión pública.⁹⁷ La supervivencia de muchas publicaciones editoriales, sobre todo de diarios y revistas, se debió entonces a su relación con el Estado; algunas tuvieron que sujetar su discurso crítico, mientras que otras usaron la autocensura.

Durante la Guerra Fría, la amenaza de control de la opinión pública se hizo más latente. De acuerdo con Elisa Servín, en los primeros años del conflicto, la gran prensa mexicana sirvió como “caja de resonancia” de los problemas ideológicos Este-Oeste y encarnó una campaña anticomunista.⁹⁸ Medios periodísticos de larga tradición como

⁹⁴ *Ibidem*, p. 235.

⁹⁵ *Idem*.

⁹⁶ Véase Armando Zacarías, “El papel del papel de PIPSA en los medios mexicanos de comunicación”, en *Comunicación y Sociedad*, DECS, Universidad de Guadalajara, n. 25-26, septiembre 1995-abril 1996, p. 73-88.

⁹⁷ Empresa que, para fines prácticos, era un monopolio paraestatal bajo el mando directo del gobierno federal y un terrible sistema de control de la opinión pública. Camposeco, *México en la Cultura...*, p. 193.

⁹⁸ “A mediados del siglo XX, los diarios y revistas mexicanos adoptaron con entusiasmo los nuevos principios surgidos de la hegemonía estadounidense de posguerra y la doctrina de contención al comunismo. Anticomunistas por su original ascendencia fascista y falangista o por su nueva vocación proestadunidense, los magnates de la prensa mexicana combatieron desde sus publicaciones la pretendida amenaza comunista que podría extenderse sobre los países de América Latina.” Elisa Servín, “Propaganda y Guerra Fría: la campaña

Excelsior, *El Universal* y *Novedades* fueron protagonistas de dicha campaña que vociferaron los peligros de la amenaza comunista.⁹⁹ Las publicaciones de los primos José Pagés Llergo y Regino Hernández Llergo, *Hoy*, *Mañana*, *¡Todo y Siempre!* fueron las únicas que no se alinearon a esta línea editorial anticomunista. A partir de la década de 1960, con la Revolución Cubana y el Movimiento estudiantil de 1968, ocurrió una gradual apertura periodística que permitió la creación de nuevas publicaciones con novedosas y críticas líneas editoriales.¹⁰⁰

México fue crucial para los proyectos culturales latinoamericanos en la década de 1960. Sus numerosas editoriales, revistas y suplementos culturales como *Medio Siglo*, *Universidad de México*, *El Espectador*, *Política*, *Revista Mexicana de Literatura*, *Cuadernos del viento*, *México en la Cultura* y *La Cultura en México*, entre otros, y los liderazgos de personajes como Carlos Fuentes, Octavio Paz, o Fernando Benítez hicieron de México un lugar de referencia dentro de las prácticas intelectuales

Carlos Fuentes inició su recorrido en el periodismo cultural a mediados de la década de 1950 y se consolidó en la década de 1960. Como estudiante de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional Autónoma de México, editó, junto a Víctor Flores Olea, Enrique González Pedrero, Porfirio Muñoz Ledo, entre otros, la revista *Medio Siglo*. En 1955, con Emmanuel Carballo, fundó y dirigió la *Revista Mexicana de Literatura*; ésta construyó, durante sus diez años de existencia, un espacio único para una nueva generación de escritores mexicanos que se posicionaban fuera de la tradición del nacionalismo cultural.¹⁰¹ En 1959, también junto a Flores Olea y González Pedrero, fundó y dirigió *El Espectador*. Igualmente participó en la revista *Política* y en el periódico *El Día*, entre otros.

Su amistad con Fernando Benítez lo llevó a colaborar con dos de los suplementos culturales que, por su impacto en el público lector y en el medio periodístico, destacaron de manera definitiva: *México en la Cultura*¹⁰² del diario *Novedades*, y *La Cultura en México*,

anticomunista en la prensa mexicana del medio siglo”, *Signos Históricos*, México, n. 11, enero-junio, 2004, p. 19.

⁹⁹ *Ibidem*, p. 12.

¹⁰⁰ *Ibidem*, p. 13.

¹⁰¹ El nacionalismo cultural fue un concepto importante en el *ethos* intelectual de Carlos Fuentes y se aborda en capítulos posteriores.

¹⁰² *México en la Cultura* fue el suplemento cultural del periódico *Novedades* que se publicó cada domingo de 1949a 1961 bajo la dirección de Fernando Benítez. A lo largo de sus casi doce años, contó con la colaboración de las figuras intelectuales más importantes del país como Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Alí Chumacero, Octavio Paz, José Emilio Pacheco, Carlos Monsiváis, Elena Poniatowska, Emmanuel Carballo, entre otros. El

de la revista *Siempre!*. El éxito de *México en la Cultura* y *La Cultura en México*, en palabras de Olmos, se debió a la demostración de que cultura y política no eran conceptos ajenos; al entremezclarlos, “la fórmula de Benítez resultó más atractiva para algunos sectores de la sociedad que demandaban un sentido auténticamente crítico en la información.”¹⁰³ De esa manera, Fuentes, Benítez y el resto de los colaboradores de dichos suplementos moldearon a su modo el periodismo cultural en México. Crearon espacios pertinentes para la difusión de la cultura y el debate de las ideas, al permitir que los escritores y artistas más renombrados del momento y los que apenas forjaban su camino en los medios escritos, como Fuentes y Carlos Monsiváis, fueron pilares de estos proyectos.

En su editorial de bienvenida, se aseguró que *México en la Cultura* no sería “en modo alguno la expresión de un grupo”.¹⁰⁴ Se ofrecería un espacio a autores consagrados y a los que luchaban por tener un nombre en las letras. La puerta estaba abierta para todos porque “la cultura en México reclama ante todo generosidad y comprensión, libertad y oportunidades”. No obstante, en las mismas líneas se puede entrever que los colaboradores del suplemento eran sólo hombres de excepción. En ese sentido, el grupo de *México en la Cultura* se convirtió rápidamente, en palabras de Federico Campbell, en el “núcleo de la inteligencia más brillante entre los intelectuales mexicanos. Un tanto en broma, un tanto en serio, se decían los mejores, y por encima de todas las cosas privilegiaban el talento.”¹⁰⁵ Así que, aunque pregonaran que el suplemento ofrecía oportunidades para todos los que quisieran colaborar en él, en la realidad sólo los más talentosos y cercanos al núcleo podían hacerlo.

10 de diciembre de 1961 el diario Novedades publicó el último Número del suplemento dirigido por Benítez. La causa del despido de Benítez fue, aparentemente, la publicación de un Número dedicado a la Revolución Cubana. Tanto Benítez como su grupo de colaboradores afirmaron que su salida se debió a un desencuentro con el dueño del periódico, Rómulo O’Farril, y el director del diario, Ramón Beteta Quintana, quienes no compartían la simpatía que el suplemento mostraba hacia la Revolución Cubana. La salida de Benítez significó también el rompimiento absoluto de su grupo de colaboradores con el periódico. En palabras de Carlos Fuentes, abandonaron en masa el diario Novedades, pues su defensa de la soberanía cubana se enfrentó a los intereses de los dueños del periódico. Del grupo de Benítez surgiría una nueva generación de intelectuales que se convertirían en líderes de opinión, como Carlos Fuentes y Carlos Monsiváis. Víctor Manuel Camposeco, *op. cit.*, p. 94.

¹⁰³ Alejandro Olmos Cruz, “Periodismo cultural básico”, *Revista de la Universidad de México*, México, http://www.revistadelauniversidad.unam.mx/ojs_rum/files/journals/1/articles/14084/public/14084-19482-1-PB.pdf (consulta: el 2 de enero de 2018).

¹⁰⁴ Primera edición de *México en la Cultura* en *Novedades*, 6 de febrero de 1949.

¹⁰⁵ Federico Campbell *apud* Víctor Manuel Camposeco, *op. cit.*, p. 14.

México en la Cultura, según Camposeco, sí fue la expresión de un grupo, el grupo intelectual más poderoso de la historia de la cultura mexicana: el de Benítez.¹⁰⁶

Carlos Fuentes colaboró también fervientemente con la revista *Política; Quince días de México y del Mundo*, previo a su salida en 1961 de *México en la Cultura* y posterior aparición de *La Cultura en México* en 1962. La revista *Política* funcionó como un frente antiimperialista en defensa de la Revolución Cubana y de crítica al Estado mexicano.¹⁰⁷ *Política* no duró más de una década, pero logró reflejar en sus páginas la pugna ideológica y política de la Guerra Fría en México y en el mundo.¹⁰⁸ Fundada en 1960, se caracterizó por la participación de escritores identificados con diferentes tendencias de la izquierda, entre ellos Fuentes, Benítez y Monsiváis. En julio de 1964, el grupo protagonizado por Fuentes, Benítez, Víctor Flores Olea, Enrique González Pedrero y Francisco López Cámara, renunció a su colaboración en *Política* por diferencias irreconciliables, escenario que se retoma en el capítulo cuarto. La polémica entre el grupo renunciante y los colaboradores de *Política* fue reproducida en las páginas de la revista y en un nuevo suplemento cultural que tenía apenas un par de años circulando, *La Cultura en México*.¹⁰⁹

El 21 de febrero de 1962, apareció el primer número del nuevo suplemento cultural de *Siempre!*, *La Cultura en México*. Pagés dio la bienvenida a Benítez y a sus colaboradores a través de una calurosa carta en que aplaudía su postura en defensa de la libertad de expresión que los llevó a romper con *Novedades*: “Bienvenidos a este hogar que quiere ser la playa de todos los naufragos que han librado, bajo el signo de la adversidad, la gran batalla por las libertades del hombre.”¹¹⁰ Por su parte, Vicente Lombardo Toledano felicitó a Pagés

¹⁰⁶ *Ibidem*, p. 188.

¹⁰⁷ Patricia Cabrera López, *Una inquietud de amanecer: literatura y política en México: 1962-1987*, México, Plaza y Valdes, 2006, p. 76.

¹⁰⁸ Juan Rafael Reynaga, *La Revolución Cubana en México a través de la revista Política*, México, Universidad Autónoma del Estado de México, Universidad Nacional Autónoma de México, CIALC, 2007, p. 22.

¹⁰⁹ Tras su salida del diario *Novedades*, el presidente Adolfo López Mateos ofreció a Benítez una ayuda económica -medio millón de pesos- para empezar una nueva publicación. Benítez endosó la oferta a José Pagés Llergo, su amigo y director de la revista *Siempre!*, con quien había conversado para iniciar un nuevo suplemento cultural. Víctor Manuel Camposeco, *op. cit.*, p. 227. Juan Rafael Reynaga Mejía realizó un profundo estudio sobre la revista *Política* y su lectura de la Revolución Cubana. Véase Juan Rafael Reynaga, *La Revolución Cubana en México a través de la revista Política. Construcción imaginaria de un discurso para América Latina*, México, Universidad Autónoma del Estado de México, Universidad Nacional Autónoma de México, CIALC, 2007.

¹¹⁰ *Siempre!*, n. 452, febrero 21, 1962, p. 1.

por publicar *La Cultura en México* y afirmó que este suplemento enriquecería los campos de pensamiento en el país.¹¹¹

A través de su primera editorial, Benítez presentó a su grupo fundador como el único con la autoridad y legitimidad para proponer innovaciones en el periodismo cultural debido a su experiencia en el medio tras su participación en *México en la Cultura*, pues éste había sido, en palabras de Benítez, “el mejor de su género en el mundo de habla española”.¹¹² El objetivo del nuevo suplemento cultural era ofrecer reportajes, entrevistas y ensayos de los escritores más reputados de México, América Latina y Europa que trataban de formar “un mundo más racional, más libre, menos injusto y angustiado”.¹¹³

La revista *Siempre!* combinó opiniones, “izquierda, derecha y centro liberal en la etapa de mayor control de la Guerra Fría y del PRI. Artículos que hoy parecerían gobiernistas se califican de 'audaces' y 'subversivos'.”¹¹⁴ Se asumió como un medio periodístico plural en que cualquiera, independientemente de su postura política, podría colaborar. En ese sentido, Benítez celebró la pluralidad de *Siempre!* a la que definió como un “asilo tradicional de perseguidos” que reunió las opiniones más diversas e incluso irreconciliables, sin mostrar signos de censura.¹¹⁵

La Cultura en México se convirtió rápidamente en el referente cultural del periodismo escrito. En sus páginas se presentaron los principales escritores de la época, sin importar la nacionalidad. Sus primeros columnistas fueron Emilio García Riera, Juliana González, Henrique González Casanova, Jorge Ibarguengoitia, Juan Vicente Melo, Carlos Monsiváis, José Emilio Pacheco, Carlos Solórzano, Paul Westheim, y autores latinoamericanos como Gabriel García Márquez y Tomás Eloy Martínez, entre otros.

Su objetivo fue discutir sobre las bellas artes. Presentaban entrevistas a los artistas contemporáneos, realizaban reseñas de libros y de obras de teatro, ponían a discusión diversas polémicas en el ámbito cultural, como la función de la literatura y su relación con el nacionalismo. Tampoco se alejaron de los debates políticos. Prontamente *La Cultura en*

¹¹¹ *Siempre!*, n. 451, febrero 14, 1962, p. 7.

¹¹² *Siempre!*, n. 452, febrero 21, 1962, p. 1

¹¹³ *Siempre!*, n. 452, febrero 21, 1962, p. 1.

¹¹⁴ Julio Scherer y Carlos Monsiváis, *Tiempo de saber. Prensa y poder en México*, México, Aguilar, 2003, p. 158.

¹¹⁵ *Siempre!*, n. 452, febrero 21, 1962.

México se convirtió en la voz autorizada del mundo cultural en México. Tanto *Siempre!* como *La Cultura en México* se convirtieron en espacios de crítica política y cultural.¹¹⁶

Para septiembre de 1971, Fernando Benítez anunció su salida como director de *La Cultura en México*. En su lugar quedarían directores diferentes para cada número –entre ellos Fuentes, González Casanova, José Emilio Pacheco–, hasta marzo de 1972 cuando Carlos Monsiváis asumió el cargo de director. Así se abriría una nueva etapa en el suplemento basada en la personalidad cultural de Monsiváis que duraría hasta su renuncia en 1987, dejando a Paco Ignacio Taibo II como nuevo director. Carlos Fuentes, quien se consagraría como “el intelectual latinoamericano”, seguiría participando en *La Cultura en México*, y sobre todo en las nuevas propuestas culturales creadas por Octavio Paz, la revista *Plural*, auspiciada por el diario *Excélsior* y la revista *Vuelta*.

En defensa de los proyectos culturales de Benítez, Fuentes escribió:

En gran medida, el escritor, en México, le da una voz a quienes no pueden hacerse escuchar. Pero, también, al hablar públicamente le da una voz a la cultura general y a la literatura en particular: opone el lenguaje de la pasión, de la convicción, del riesgo y de la duda a un lenguaje: el secuestrado por el poder para dar cimiento a una retórica del conformismo y el engaño.

[...]

Estas ideas concurren a nuestra colaboración primeriza con Fernando Benítez, el infatigable, lúcido y valiente promotor de una cultura mexicana libre, en las páginas de *La Cultura en México* y, después, de la represión contra el movimiento de independencia sindical y el triunfo de la revolución cubana, en 1959, a la fundación de la única publicación disidente de su momento: *El espectador*, en compañía de Víctor Flores Olea, Jaime García Terrés, Enrique González Pedrero, Francisco López Cámara y Luis Villoro.¹¹⁷

A finales del siglo XX, los suplementos culturales perdieron protagonismo. Si bien existieron otros proyectos culturales importantes dentro del espectro literario nacional de la segunda mitad del siglo XX, los protagonizados por el grupo de Benítez crearon el espacio más significativo en las décadas de 1960 y 1970 para el debate político intelectual. En todos ellos, Carlos Fuentes sería un actor destacado.

La ‘mafia’ intelectual

La mafia mexicana fue –y todavía sigue siendo– una experiencia casi única en América Latina. Octavio Paz es su dios; Carlos Fuentes, su profeta. Entre sus miembros más conspicuos figuran el pintor José Luis Cuevas, y escritores tan talentosos como Carlos

¹¹⁶ Jorge Volpi, *La imaginación y el poder. Una historia intelectual de 1968*, México, Bolsillo, 2008, p. 52.

¹¹⁷ Carlos Fuentes, *Tiempo mexicano*, México, J. Mortiz, 1998, p. 78.

Monsiváis, Juan García Ponce, Fernando Benítez, Tomás Segovia, Salvador Elizondo, José Emilio Pacheco, Marco Antonio Montes de Oca, y prácticamente la primera línea de la literatura mexicana más publicada y publicitada.¹¹⁸

Así definió Mario Benedetti al grupo de intelectuales heredero de la tradición universalista de Alfonso Reyes y de los proyectos culturales de Fernando Benítez, la mayoría colaboradores de *La Cultura en México*. La figura central era Paz, quien tras la publicación de *El laberinto de la soledad* (1950) se había convertido en el “paradigma del universalismo y maestro de los jóvenes”.¹¹⁹ Fuentes, por su parte, tras su paso por diversos suplementos culturales y la publicación de obras trascendentales como *La región más transparente* (1958) y *Cambio de piel* (1967), adquirió mayor protagonismo en la esfera literaria nacional e internacional.

Para Bourdieu la relación entre un creador y su obra se ve afectada por el sistema de relaciones sociales en que la creación es generada y por la posición que el creador posee en su campo intelectual. Éste, constituido por una serie de relaciones entre diversos agentes de producción intelectual, se integra como un sistema complejo dominado por la legitimación cultural.¹²⁰ En dicha lógica, se puede afirmar que el campo intelectual a que perteneció Carlos Fuentes determinó su producción escrita.

La denominada ‘mafia’ intelectual mexicana de la segunda mitad del siglo XX, comandada por Benítez y Fuentes, se constituyó como una colectividad preponderante en el campo cultural. Su poderío se demostró al dirigir y pertenecer a los medios culturales más importantes del país. Además, su relación estrecha con el poder era obvia. Esta circunstancia puso en evidencia que, aunque en su mayoría se asumieron como intelectuales de izquierda, su compromiso político era ambiguo. Bourdieu afirma que los intelectuales están subordinados al dinero y a la política.¹²¹ Para él, los intelectuales pertenecen a una fracción dominada de la clase dominante por lo que sus posturas políticas provienen de su posición ambigua entre los dominantes. La perspectiva del intelectual como una gente sin vínculos ni

¹¹⁸ Mario Benedetti, *El escritor latinoamericano y la revolución posible*, México, Editorial Nueva Imagen, 1978, p. 135-136.

¹¹⁹ Patricia Cabrera López, *op. cit.*, p. 100.

¹²⁰ Pierre Bourdieu, *Campo de poder, campo intelectual. Itinerario de un concepto*, Buenos Aires, Eudeba, 1999, p. 9-51.

¹²¹ Juan Pecourt, *op. cit.*, p.29.

raíces no es más que una ilusión.¹²² En este sentido, puede vislumbrarse que el protagonismo del campo intelectual de Benítez y Fuentes y su íntima relación con el poder, determinaron su posición frente a los asuntos políticos, sociales, económicos y culturales de su época. Posición que fue criticada férreamente por aquéllos que no pertenecieron a dicho campo.

Xavier Rodríguez Ledesma y Jorge Volpi aseguran que es erróneo considerar al grupo como una ‘mafia’. Rodríguez Ledesma considera que, aunque era verdad que el grupo tenía un mecanismo definido por sus intereses editoriales, políticos y estéticos y que no permitió la participación de escritores fuera de su esfera, presentarlo como un grupo omnipotente que cooptó la vida literaria mexicana es parte de un análisis reduccionista y maniqueo. La existencia de grupos con intereses monopólicos en la hegemonía intelectual no es nueva ni es exclusiva del mundo cultural.

Además, afirma Rodríguez, la presencia de una ‘mafia’ omnipresente y controladora no permite explicar la existencia de otros escritores y publicaciones fuera de su esfera y con propuestas distintas que lograron ganarse su propio espacio. “El grupo en efecto existió, pero difícilmente podemos señalar de manera contundente y veraz que toda la actividad cultural, literaria e incluso política intelectual, se reducía a él. Si bien su trabajo era importante, no era el único en el país.¹²³ En la misma línea, Volpi señaló que, aunque el grupo tenía cierto poder real, nunca fue un grupo todopoderoso que controlara toda la vida cultural mexicana. En palabras de Monsiváis, “la mafia no existe”.¹²⁴

Coincido con dichos autores y en esta investigación consideraré al grupo de la ‘mafia’ como un grupo importante y poderoso de la vida intelectual mexicana.¹²⁵ Me parece importante despolitizar conceptualmente a este grupo, de la misma manera como pretendo hacerlo con la figura intelectual de Fuentes. El calificativo de ‘mafia’ forma parte de un imaginario creado por aquéllos que no pertenecieron al grupo y que poseían intereses y posturas políticas disímiles. Sí, es innegable el protagonismo y poder del grupo en la vida cultural mexicana de la segunda mitad del siglo XX; sus miembros eran editores o

¹²² Alicia B. Gutiérrez, “El sociólogo y el historiador: el rol del intelectual en la propuesta bourdieusiana”, *Estudios Sociológicos*, v. 34, n. 102, septiembre-diciembre, 2016. p. 493.

¹²³ Xavier Rodríguez Ledesma, *Escritores y Poder. La dualidad republicana en México, 1968-1994*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes -Fondo Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2001, p. 77.

¹²⁴ “La mafia [es] una abstracción que designa a una élite inaccesible de escritores y pintores. La mafia preocupa, molesta, irrita, desconcierta, indigna. La mafia -dicen- quiere impedir el acceso a la cultura de los valores jóvenes. La mafia no existe”. Carlos Monsiváis *apud* Jorge Volpi, *op. cit.*, p. 53.

colaboradores de los medios culturales más importantes del país. También es indiscutible la actitud irónica de algunos miembros que les valió ataques y críticas, su defensa del exclusivismo del grupo, la priorización del talento, el valor que le otorgaron al reconocimiento internacional y su alegato a favor del universalismo. Sin embargo, el grupo no cooptó todos los canales culturales del país. Crearon y difundieron sus propios medios. Mientras que el resto, los de afuera, construyó su propio camino. Tal vez impidieron la participación de algunos en sus propios medios culturales, pero no imposibilitaron la creación de nuevos. La existencia de una ‘mafia’ imaginaria sirvió a ambos. A los de adentro para refrendar su protagonismo y su poder, y a los de afuera para hallar los medios y el reflector. Esta disyuntiva conceptual también puede ser adoptada para entender el fenómeno que provocó la Revolución Cubana en términos de revolucionario/contrarrevolucionario en la práctica intelectual y será retomada en el capítulo final.

Desde la creación de *México en la Cultura*, los proyectos culturales del grupo de Benítez se habían convertido en hegemónicos.¹²⁶ En 1967, el escritor argentino Luis Guillermo Piazza publicó su novela *La mafia*. El término se refería a las asociaciones de índole criminal en Italia y en Estados Unidos y que, en México, según palabras del propio Piazza, definía a “un supuesto confuso difuso misterioso grupo de regidores de la cultura, al que todos atacan y al que todos ansiarían pertenecer.”¹²⁷ Piazza, según testimonios, habría sido el primero en denominar al grupo de dicha manera. La línea fundamental de la novela de Piazza, de acuerdo con Jorge Volpi, fue demostrar que existía un grupo pequeño de la inteligencia mexicana que era casi dueño de los espacios culturales del país.¹²⁸ Los miembros de este grupo eran partícipes de las más importantes publicaciones literarias mexicanas.¹²⁹ Según Patricia Cabrera López, si “se cruzaran las nóminas de directivos y colaboradores de estas publicaciones y se cuantificara la frecuencia de la aparición de ciertas firmas, se podría confirmar el funcionamiento de una verdadera red que usufructuaba tales medios.”¹³⁰

¹²⁶ Victor Manuel Camposeco, *op. cit.*, p. 189.

¹²⁷ Jorge Volpi, *op. cit.*, p. 53.

¹²⁸ *Ibidem*, p. 55.

¹²⁹ “En efecto, el mecanismo era enorme; los amigos de Benítez también manejaban o habían fundado otras publicaciones literarias: Revista Mexicana de Literatura, Cuadernos del Viento, revista de la Universidad de México, Revista de Bellas Artes, Cuadernos de Bellas Artes.” Patricia Cabrera López, *op. cit.*, p. 97. “El recuento difícilmente lo refutaría: a lo largo de los sesenta, prácticamente todas las instancias culturales de la UNAM -la revista de la Universidad de México, la Casa del Lago, la radio y Difusión Cultural-, el semanario *Siempre!*, El Colegio de México y el INBA estuvieron en sus manos.” Jorge Volpi, *op.cit.*, p. 55.

¹³⁰ Patricia Cabrera López, *op. cit.*, p. 97.

Kristine Vanden Berghe afirma que se creó, incluso, toda una mitología en torno a la ‘mafia’ que los mismos miembros se encargaron de autopromocionar. Un tanto a la defensiva o simplemente fieles a su estilo irónico, se autorreferenciaban bajo el nombre de la ‘mafia’, siendo su momento cumbre 1965.¹³¹

Una característica clave de este grupo fue su alineación hacia la izquierda y a la “vía mexicana al socialismo” que, a diferencia del socialismo soviético, no proponía una insurrección armada para tomar el poder, sino una vía democrática y popular.¹³² Además, enarbolaron discursos antiimperialistas y anticapitalistas que atrajeron a más público, principalmente a lectores jóvenes de izquierda. Por lo tanto, se declararon defensores de la Revolución Cubana. En ese sentido, se convirtió en un “escudo o una marca de clase” de muchos jóvenes intelectuales de la época,¹³³ con Benítez y Fuentes como figuras centrales.

Sus análisis sobre el asesinato del dirigente campesino Rubén Jaramillo en 1962 y que le costaría el subsidio presidencial a *La Cultura en México*,¹³⁴ el movimiento estudiantil de 1968¹³⁵ y la represión del jueves de Corpus en 1971, demostraron la politización de sus posturas. Fueron sus consignas a favor de la Revolución Cubana el ejemplo claro de su pertenencia a la izquierda. Tanto en *México en la Cultura*, como en *La Cultura en México* y

¹³¹ Kristine Vanden Berghe, *La cultura en Mexico (1959-1972) en dos suplementos: "Mexico en la Cultura" de novedades y "La Cultura en Mexico", de Siempre*. México, UNAM, 1989, Tesis de Maestría, p. 25.

¹³² Una de las discrepancias dentro de la izquierda mexicana durante el siglo XX, fue el debate sobre sus objetivos inmediatos. Por un lado, se hallaban los seguidores de la revolución armada, como la soviética. Por el otro estaban los que creían en que el “desarrollo de las fuerzas productivas nacionales a cargo de un conjunto de diversas fuerzas sociales de carácter patriótico y bajo la dirección de la clase trabajadora, dentro de un sistema que por algún tiempo conservara la propiedad privada, pero cuyo fin sería independizar al país económica y políticamente respecto del imperialismo a la brevedad, proceso durante el cual se buscaría sentar las bases materiales y subjetivas para el cambio revolucionario al socialismo.” Cuauhtémoc Amezcua Dromundo, “Lombardo y el debate marxista sobre el socialismo en México”, Centro de Estudios Filosóficos, Políticos y Sociales Vicente Lombardo Toledano (sitio web), 2014 <https://www.centrolombardo.edu.mx/lombardo-y-el-debate-marxista-sobre-el-socialismo-en-mexico/> (consulta: 12 de marzo de 2018). Véase, Vicente Lombardo Toledano, *¿Moscú o Pekín?, La vía mexicana al socialismo*, Editorial Combatiente, México, 1975.

¹³³ Jorge Volpi, *op. cit.*, p. 52.

¹³⁴ El asesinato de Jaramillo por el ejército y auspiciado por López Mateos, provocó que *La Cultura en México* le destinara varios reportajes denunciando el accionar del gobierno. Patricia Cabrera López, “Trascendencia del suplemento ‘La Cultura en México’” *Impossibilia. Revista Internacional de Estudios Literarios*, México, n. 6, 2013, p. 49.

¹³⁵ A partir de 1968 el suplemento se politizó. Los movimientos estudiantiles en el mundo y la reacción de los respectivos gobiernos hicieron eco en los colaboradores de *La Cultura en México* quienes aprovecharon la oportunidad para manifestar su postura ideológica y análisis político de la problemática. A través de sus artículos, reportajes, crónicas, traducciones de ensayos y testimonios destinó espacio al debate sobre las ideas revolucionarias de la época, siendo el movimiento estudiantil en México y la represión del Estado el momento crucial en la politización del suplemento. Cabrera López, *Una inquietud de amanecer...*, p. 103-104. “[...] esta etapa de “La CM” fue la definitoria para la personalidad del suplemento en la historia de la cultura mexicana del siglo XX [...]” *Ibidem*, p. 106.

en su colaboración con *Política*, la mayoría de los miembros del grupo destinó suficientes páginas a los logros revolucionarios cubanos. Camposeco afirma que Fernando Benítez nunca se permitió firmar algún artículo en *Novedades* a favor de la Revolución Cubana. Por mucha simpatía que pudiera tenerle, “era imposible que *México en la Cultura* se pudiera convertir en incesante promotor *oficial* de la Revolución cubana [...]”¹³⁶ Las razones eran evidentes: *Novedades* era un periódico proestadunidense y Benítez “seguía siendo fiel militante de la Revolución mexicana y su gobierno, y era imposible que se distanciara de ellos por causa de Fidel Castro [...]”¹³⁷ Por esa razón, sólo sus colaboradores se atrevieron a firmar dichos artículos. Fue Carlos Fuentes uno de los más provocadores en los primeros años.

Si seguimos la línea de Camposeco, se puede afirmar que ambos, Fuentes y Benítez, debido a su autocensura en *México en la Cultura*, aprovecharon su colaboración en *Política* para expresarse libremente sobre la Revolución Cubana.¹³⁸ Asimismo, Fuentes participó más activamente a favor de la Revolución Cubana en sus columnas de *Siempre!*, que en el suplemento cultural, *La Cultura en México*. En este último son escasos sus escritos políticos, pues se dedicó más a resaltar la cultura cubana. Este aspecto es fundamental en el proceso metodológico de esta investigación. Resultó más sencillo localizar discursos políticos de Fuentes de 1959 a 1965 debido a su participación en *México en la Cultura*, *Política* y *Siempre!*. A partir de 1965, su colaboración política fue menor y se necesitó rastrear otras fuentes primarias.

La pertenencia a la izquierda del grupo fue puesta en duda por el ala ortodoxa de la izquierda mexicana y, posteriormente, latinoamericana. Ejemplo de ello fueron sus desavenencias con *Política*, que se abordará más adelante. Miembros del grupo fueron acusados de conservar contradicciones ideológicas, falta de compromiso y de mantener una peligrosa cercanía con el poder. Además, se les imputó de impedir la participación en sus suplementos culturales a quienes no coincidieran con sus ideas políticas de izquierda.¹³⁹ Se les culpó de ningunear a escritores no pertenecientes a su grupo y de defender ante cualquier

¹³⁶Víctor Manuel Camposeco, *op. cit.*, p. 219.

¹³⁷ *Idem.*

¹³⁸ La correspondencia entre Fernando Benítez y el campo intelectual cubano, específicamente con Fernández Retamar, es estrecha y fraterna. Las fuentes en el archivo Memoria de Casa de las Américas así lo demuestran.

¹³⁹ Jorge Volpi, *op. cit.*, p. 53.

tipo de crítica a los que sí. “Se burlaban de todo lo burlable y aplicaron, de acuerdo a [sic] algunos analistas, generosamente el terrorismo cultural.”¹⁴⁰

Respecto a su relación con el poder, se evidenció la cercanía que los personajes más importantes del grupo mantuvieron con elementos del régimen oficial mexicano. Como se explicó anteriormente, la prensa mexicana mantuvo cierta relación de complicidad con el régimen político. En este sentido, en algunos casos esa relación no sólo existió como manera de intercambio —financiamiento a cambio de apoyo o crítica limitada al régimen— sino como una afinidad real entre agentes del gobierno, dueños de los medios y directores o colaboradores de estos.

Otra peculiaridad esencial del grupo encumbrada por el mismo Fuentes fue su carácter cosmopolita. La ‘mafia’ fue acusada de cosmopolitismo ramplón y falso universalismo. La mayoría de sus miembros eran autores reconocidos internacionalmente, viajaban constantemente al extranjero y establecían conexiones con artistas europeos y estadounidenses. La crítica de la izquierda ortodoxa mexicana y, como veremos más adelante, del campo intelectual cubano y latinoamericano, versaba en torno a la estética literaria de los miembros del grupo de la ‘mafia’. Se les imputaba que sus obras eran copias del extranjero y que preferían la cultura europea por encima de lo nacional.¹⁴¹

Cabrera López afirma que el campo intelectual de Fuentes reivindicó el universalismo. Sus miembros se presentaron como los herederos del universalismo de Alfonso Reyes.¹⁴² De ese modo legitimaron su grupo dentro del campo literario e iniciaron su lucha contra el nacionalismo y provincialismo. Para ellos la provincia era el antónimo de la modernidad. En ese sentido, la literatura mexicana, cargada de nacionalismo y provincialismo, se encontraba en pleno subdesarrollo respecto a la literatura estadounidense o europea con tendencias universalistas.¹⁴³

Carlos Fuentes era considerado como el “prototipo de intelectual cosmopolita y reconocido” mexicano.¹⁴⁴ Su concepción de la modernidad, desde el punto de vista político y estético, estuvo íntimamente relacionada con su cosmopolitismo. Como se expondrá más

¹⁴⁰ Xavier Rodríguez Ledesma, *op. cit.*, p. 72.

¹⁴¹ Benedetti, *El escritor latinoamericano...*, p. 135-136.
p.136.

¹⁴² Cabrera López, *Una inquietud de amanecer...*, p. 97.

¹⁴³ *Idem.*

¹⁴⁴ Jorge Volpi, *op. cit.*, p. 61.

adelante, esta postura que evolucionó en la década de 1960 formó parte de las polémicas que sostuvo con la izquierda ortodoxa mexicana y la cubana. Al grado, incluso, de atreverse a clausurar la novela de la Revolución Mexicana¹⁴⁵ y de iniciar una querrela con los muralistas mexicanos.¹⁴⁶

El campo intelectual mexicano de Carlos Fuentes se asumió también como adversario del nacionalismo cultural. Para ellos, el nacionalismo formaba parte de la ideología oficial y, por lo tanto, el artista que se identificara con dicha postura se convertía en un vocero y no en un artista autónomo como en las “metrópolis culturales modernas.”¹⁴⁷ El universalismo, en cambio, era “una visión amplia de la realidad que poseen los ciudadanos del mundo, no los de una región amurallada”.¹⁴⁸ Uno de los defensores de esta postura universalista fue Octavio Paz. El poeta mexicano no perteneció a este campo intelectual denominado como la ‘mafia’, pero sirvió como un modelo a seguir por sus miembros; le mostraron su apoyo unánime y lo reivindicaron como un paradigma y maestro.¹⁴⁹

Antes de concluir este apartado, es importante resaltar también cómo se ensanchó a principios de la década de 1960 el campo intelectual de Fuentes. La comunidad intelectual de la Guerra Fría cultural en América Latina descrita anteriormente, adornada por sus pasiones de izquierda y su encanto por la Revolución Cubana, y que tuvo su momento cumbre en el *boom* latinoamericano, también formó parte del campo intelectual del escritor mexicano, el cual, incluso, fue considerado por algunos como “el primer agente activo y consciente de la internalización de la novela hispanoamericana en la década de los años sesenta”.¹⁵⁰

Los lazos intelectuales y fraternales entre Fuentes, los escritores del *boom* y artistas de la época fueron estrechos. Al igual que en el campo intelectual mexicano de la ‘mafia’, en

¹⁴⁵ Con la frase “los viejos han muerto”, Fuentes cuestionó las narrativa y temática tradicionales y propuso en *La nueva novela hispanoamericana* (1969) una nueva narrativa, lejos del realismo y la denuncia capaz de desestructurar el relato. Cabrera López, “Trascendencia del suplemento...”, p. 49.

¹⁴⁶ Los colaboradores de *La Cultura en México*, específicamente José Luis Cuevas, entablaron discusiones con diversos muralistas mexicanos debido a que el lenguaje de los artistas se había convertido en una “retórica populista, pseudopatriótica y oficialista”. Cabrera López, *Una inquietud de amanecer...*, p. 87.

¹⁴⁷ *Ibidem*, p. 88.

¹⁴⁸ *Idem*. La crisis final del nacionalismo cultural ante el embate de las ideas universalistas ocurrió a partir de 1960 cuando la ideología nacionalista de la Revolución Mexicana perdió terreno. Abelardo Villegas, *El pensamiento mexicano en el siglo XX*, p. 203, *apud, Ibidem*, p. 72.

¹⁴⁹ En 1967, reconocieron el ingreso de Octavio Paz al Colegio Nacional frente a la oposición de algunos escritores. Cabrera López, “Trascendencia del suplemento...”, p. 51.

¹⁵⁰ Juan Donoso, *Historia personal del boom*, Barcelona, Anagrama, 1972, p. 49.

el otro, con mayores dimensiones geográficas, Fuentes obtuvo relevancia debido a su reconocimiento internacional. Su fama, adornada por su aura cosmopolita, su consagración literaria por la crítica estadounidense y su peripecia editorial,¹⁵¹ lo ubicó prontamente como un agente fundamental de las ideas y las letras en América Latina. Por lo tanto, su protagonismo en su campo intelectual era incuestionable. En sus memorias, Juan Donoso aseveró que el hogar de Carlos Fuentes en México era el centro de la “picaresca literario-plástica-cinematográfica-teatral-social”¹⁵² nacional e internacional. En sus reuniones participaban desde delegados cubanos como Fernández Retamar, los empresarios estadounidenses Rockefeller, hasta los escritores García Márquez, Jorge Ibarguengoitia o Augusto Monterroso.¹⁵³ Dichas reuniones fueron pretexto para los críticos de la ‘mafia’ para acusarlos, además de cosmopolitas, de elitistas burgueses y miembros de una comunidad de farándula y alabanzas mutuas.

Donoso atestiguó también que la perspectiva de fraternidad y semejanza absoluta entre los protagonistas del *boom* era errónea.¹⁵⁴ Si bien convergían en un contexto agitado y compartían sus preocupaciones, encantos y desencantos, cada uno de ellos tradujo de manera diversa su realidad política, literaria e intelectual.¹⁵⁵ Lo cierto es que esta comunidad dilatada

¹⁵¹ Donoso afirmó que Fuentes fue el primero en manejar sus obras literarias a través de agentes, de mantener amistades importantes con escritores europeos y estadounidenses y en ser “un novelista de primera fila por los críticos yanquis” y “el primero en darse cuenta de la dimensión de lo que estaba sucediendo en la novela hispanoamericana de su generación” y “en darlo a conocer”. *Ibidem*, p. 67.

¹⁵² *Ibidem*, p. 116.

¹⁵³ “Para mí la anécdota del *boom* como tal comienza en aquella aparatosa fiesta en casa de Carlos Fuentes en 1965, presidida por la figura hierática de Rita Macedo [esposa de Fuentes] cubierta de brillos y pieles: fue el momento de la primera efusión, cuando todo parecía estar cuajando, desde la política de acercamiento de los intelectuales cubanos coalicionando a todo nuestro ambiente con su promesa de libertad, hasta la fundación de *Mundo Nuevo* con su sede agresivamente en París.” *Ibidem*, p. 123. En las memorias inconclusas de Rita Macedo, la actriz menciona que durante esta época: “Su fama ya era grande en México y se hizo palpable cuando nos mudamos al *bungalow*. Nuestra casa se volvió un animado centro de reunión de intelectuales y escritores que llegaban junto con sus esposas. [...] Las conversaciones eran brillantes y divertidas. Fuentes, junto con sus amigos, destrozaba con ingenio letal a sus enemigos (otros intelectuales con los que no estaban de acuerdo o que contradecían sus ideas y literatura). Cecilia Fuentes, *Mujer en papel. Memorias inconclusas de Rita Macedo*, México, Trilce Ediciones, 2019, p. 199.

¹⁵⁴ “El público sospecha que son amigos inseparables, de gustos literarios idénticos, de posiciones políticas iguales, cada uno dueño de una corte particular que lo sigue hasta la muerte, todos viviendo con gran tren en las capitales extranjeras y codeándose con la <<flor de la intelectualidad>>: pero claro, eso es ingenuo, falso, como es falso el estaticismo en las relaciones humanas y políticas, como es falsa la unanimidad sempiterna de los dictámenes pronunciados por individualistas tan acérrimos como suelen ser los escritores.” *Ibidem*, p. 128-129.

¹⁵⁵ Ante estas diferencias, específicamente a la pertenencia a la izquierda de los escritores y su postura de la Revolución Cubana, Rojas afirma que: “Pero el lugar común de que la Revolución cubana y el boom de la nueva novela latinoamericana fueron fenómenos estética e ideológicamente conectados o asimilables, debe someterse a crítica. Desde principios de los años 60, [...] surgieron fricciones entre los mayores representantes

se formó gracias a los debates en las revistas político-culturales, en los encuentros y congresos y también en las reuniones personales. La posibilidad de estrechar lazos sería posible sólo si los muros ideológicos impuestos por la lucha Este-Oeste se derribaban. Ésta fue la postura que, como se expondrá, Fuentes defendió a partir de la mitad de la década de 1960.

El escritor político de izquierda

¿De qué modo Carlos Fuentes se concibió como un escritor político? ¿Qué entendía como izquierda y socialismo? Son algunas de las particularidades del *ethos* intelectual que me interesan delimitar para comprender los puntos de encanto, quiebre y desencanto del escritor con la izquierda y, por ende, con la Revolución Cubana. Fuentes fue un escritor político de izquierda que no se comprometió radicalmente con alguna postura política. No fue militante político ni escritor comprometido. Se asumió como ciudadano e intelectual de izquierda y, sin ser marxista, en la década de 1960 impuso sus esperanzas en el socialismo como única vía para solucionar los problemas del mundo subdesarrollado.

Tras la publicación de su primera novela *La región más transparente* en 1958, Fuentes, con apenas treinta años, se posicionó como un novelista distinguido de las letras latinoamericanas. Durante la década de 1960 su papel como escritor trascendió rápidamente la trinchera literaria y comenzó a participar avivadamente en la esfera de la política. Su colaboración como escritor político en el suplemento cultural *México en la Cultura*, en la revista *Política*, la revista *Siempre!* y en su suplemento cultural *La Cultura en México*, puso en evidencia su viraje político.

En dichos medios, Fuentes aprovechó su reconocimiento nacional e internacional como literato para escribir una serie de columnas de opinión y análisis político sobre diversas circunstancias de la época. También colaboró con medios latinoamericanos, como la revista cubana *Casa*, las revistas *Mundo Nuevo* y *Libre*, o estadounidenses, como la revista *Life*, *The New York Review of Books* y *The Sunday Times*, entre otras. Así se posicionó como escritor político e intelectual.

del boom y el poder político cubano. Cada uno de los escritores latinoamericanos desarrolló un concepto propio de Revolución, desde su contexto nacional, que muchas veces entró en contradicción con la idea hegemónica de la izquierda que se transmitía desde La Habana. Rafael Rojas, *La polis literaria. El boom, la Revolución y otras polémicas de la Guerra Fría*, México, Taurus, 2018, p. 12.

Uno de los episodios claves en la conformación de su *ethos* intelectual, fue su adhesión al Movimiento de Liberación Nacional (MLN) que abordaré con detenimiento más tarde. Ante un contexto nacional caracterizado por el aparente fracaso de las promesas revolucionarias y la sucesión presidencial entre Adolfo López Mateos y Gustavo Díaz Ordaz, aunado a las tensiones de la Guerra Fría, Fuentes adquirió compromiso político. Su afiliación al MLN, su defensa del socialismo como el único camino posible para un pleno desarrollo de los países subdesarrollados —entre ellos México—, sus alegatos a favor de la Revolución Cubana y de que más revoluciones se llevaran a cabo en el resto del continente, así como su postura antiimperialista, lo convirtieron prontamente en una voz crítica protagonista de los medios escritos en México y en el resto del mundo.

Una peculiaridad de su *ethos* intelectual fue que deslindó su quehacer literario del de escritor político. Al no asumirse como un creador literario plenamente comprometido, separó su motivación artística de sus preocupaciones como ciudadano. En 1962 aseveró que la literatura no tenía el poder para transformar el mundo.¹⁵⁶ Dicha circunstancia lo diferenció notablemente de los escritores de la época que se pronunciaron a favor de la literatura comprometida y militante. De esa manera se puede entender la cuidadosa delimitación que existe entre su obra literaria —específicamente la narrativa— y su intervención como escritor político o intelectual. Por esa razón, aunque su literatura posee profundas reflexiones sobre su contexto social, político y cultural, no se puede definir como militante. En cambio, su participación como escritor político —en columnas de opinión y en ensayo— sí lo fue, al menos en cuanto a su filiación a una izquierda heterodoxa.

Se autodenominó como escritor político de izquierda. No obstante, dicha filiación política no fue partidista. Es decir, a excepción de su pertenencia al MLN, no fue miembro activo de algún partido político. Tampoco se asumió como marxista ortodoxo. Su carácter militante de izquierda se basó prácticamente en la creencia de que el socialismo era la mejor opción política para alcanzar el desarrollo en los países, específicamente latinoamericanos.

Sugiero que el imaginario político de Carlos Fuentes fue el de una izquierda heterodoxa. Perteneció, además, a la generación de la fragmentación del movimiento comunista internacional, la cual se caracterizó, según Carlos Illades, por la influencia de la

¹⁵⁶ “Por desgracia o por fortuna” ya no le concedía a su obra una trascendencia política pues “la política no se hace a través de la literatura, ni la literatura a través de la política.” Emmanuel Carballo, “Conversación con Carlos Fuentes”, en *La Cultura en México*, n. 14, 23 de mayo de 1962, p. VII.

experiencia revolucionaria cubana y por la evolución de la retórica y praxis de la Revolución Mexicana. Posteriormente, también formó parte de la generación de 1968, lo que implicó un viraje en su discurso al añadir la demanda democrática en los sistemas socialistas y el sistema político mexicano.¹⁵⁷

Resulta complejo definir a qué vertiente perteneció dentro de la izquierda, dado que él no se asumió como partidario de alguna tendencia en concreto. Se autodenominó como escritor de izquierda y defensor del socialismo, pero, al no asumirse como marxista o miembro de algún partido político, su adscripción político-ideológica no fue definitiva y evolucionó con el tiempo. Patricia Cabrera López inserta a Fuentes en la izquierda apartidista y heterodoxa vinculada con el Estado y deseosa de encontrar la ‘vía mexicana al socialismo’.¹⁵⁸ Ésta, como ya se explicó, a diferencia del socialismo soviético, no proponía una insurrección armada para tomar el poder, sino una vía democrática y popular. Cabrera López afirmó que Fuentes y el grupo de *La Cultura en México* no realizaron consignas antiimperialistas, ni fueron admiradores del marxismo-leninismo.¹⁵⁹ Si bien Fuentes no se asumió como marxista, tampoco descartó, como veremos más adelante, las virtudes teóricas que éste representaba. Además, por lo menos en los primeros años de la década de 1960, Fuentes realizó definitivamente consignas antiimperialistas, por lo menos en las páginas de *México en la Cultura, Política* y en *Siempre!*. Y, a lo largo de su vida, utilizó un discurso profundamente antiintervencionista.

Kristine Vanden Berghe, Rafael Rojas, y Beatriz Urías lo posicionan en la nueva izquierda estadounidense. Para Vanden Berghe, por ejemplo, Fuentes y el resto de los miembros de *La Cultura en México* se hallaban en el espectro político de la *new left* y la “democracia liberal”.¹⁶⁰ Afirma que Fuentes, Benítez y otros colaboradores, decían formar parte de una nueva izquierda mexicana que se oponía a los viejos liberales y de izquierda.¹⁶¹ Respecto a la “democracia liberal”, Vanden Berghe asevera que buscaban la “autodeterminación, la absoluta libertad de expresión, respeto a los derechos humanos” que eran las características claves de la democracia. Además, menciona, que el grupo se podría

¹⁵⁷ *Ibidem*, p. 26.

¹⁵⁸ Cabrera López, *Una inquietud de amanecer...*, p. 38.

¹⁵⁹ Cabrera López, “Trascendencia del suplemento...”, p. 49.

¹⁶⁰ Kristine Vanden Berghe, *op. cit.*, p. 153.

¹⁶¹ Este grupo, dice Vanden Berghe, ideológicamente está ligado a las “nuevas izquierdas” de Estados Unidos, liderado por Wright Mills y la “Gauche Divine” de Barcelona. *Ibidem*, p. 146.

haber identificado como socialista debido a la cercanía de Estados Unidos y a lo atractivo de “la moda izquierdista de aquellos años”.¹⁶² No coincido con Vanden Berghe cuando asevera que dicho antiimperialismo fue consecuencia sólo de la posición geográfica y que se asumieron como socialistas por la atracción que en ese momento ejercía la izquierda. Concuero con ella respecto al interés que mostraban hacia algunas de las características de la “democracia liberal”, específicamente Carlos Fuentes, pero también considero que su postura antiimperialista fue parte indiscutible de su pertenencia a la izquierda.

En ese sentido, Rojas asevera que el socialismo de Fuentes y su acercamiento al marxismo se acentuaron durante los primeros años de la década de 1960. Posteriormente, se aproximó a la nueva izquierda e hizo más evidentes sus críticas hacia el socialismo soviético.¹⁶³ Urías, por su lado, señala que Fuentes y los colaboradores de *La Cultura en México* fueron representantes de una izquierda vanguardista que propulsaba un “movimiento político y contracultural, con un posicionamiento crítico frente al marxismo ortodoxo”¹⁶⁴ y que, por ende, podía insertarse dentro de la nueva izquierda. Asimismo, Elisa Servín abordó los vínculos entre el sociólogo estadounidense C. Wright Mills, exponente de la nueva izquierda estadounidense, e intelectuales mexicanos como el mismo Fuentes.¹⁶⁵

Coincido con dichos autores e identifico a Carlos Fuentes como un partidario de la nueva izquierda. Por ende, me parece necesario hacer algunas precisiones sobre este concepto que, hasta hoy, es objeto de debates historiográficos, sobre todo desde la mirada latinoamericana. Tanto Rojas, Urías y Servín, así como Eric Zolov, María Cristina Tortti y Aldo Marchesi, entre otros, han problematizado la experiencia de la nueva izquierda como concepto en el pasado reciente de América Latina.¹⁶⁶ Algunos de ellos concluyen que el movimiento de la izquierda fue multidimensional y para nada homogéneo, por tanto, se pueden percibir prácticas distintas de ésta de acuerdo con cada país. A pesar de tales

¹⁶² *Ibidem*, p. 153.

¹⁶³ Rojas, *La polis literaria...*, p. 56.

¹⁶⁴ Beatriz Urías Horcasitas, “Alianzas efímeras: izquierdas y nacionalismo revolucionario en la revista *Política. Quince días de México y del mundo* (1960-1962)”, *Historia Mexicana*, México, v. 68, n. (271), enero-marzo 2019, p. 1210.

¹⁶⁵ Elisa Servín, “La experiencia mexicana de Charles Wright Mills”, *Historia Mexicana*, México, v. 69, n. 276, abril-junio 2020, p. 1729-1772.

¹⁶⁶ Véase Nicolás Dip, “La nueva izquierda en la historia reciente de América Latina Un diálogo entre Eric Zolov, Rafael Rojas, Elisa Servín, María Cristina Tortti y Aldo Marchesi”, *Espectra. Revista de Historia*, v. 2, n. 14, julio-diciembre 2020.

diferencias, es posible reconocer algunos elementos del concepto que permiten definirlo y entender por qué Fuentes podría haber sido partidario de dicha postura política.

Concibamos a la nueva izquierda como un movimiento reformador de la izquierda tradicional marxista. El modelo de la nueva izquierda se oponía a la visión de una vieja izquierda prosoviética estática donde el motor revolucionario era únicamente la clase trabajadora. En cambio, la nueva izquierda proponía que, además de la clase trabajadora, el motor revolucionario también podría corresponderles a otros grupos sociales, como los estudiantes. En ese sentido, sostiene Zolov, para la nueva izquierda la URSS era concebida como “retrógrada y burocrática”.¹⁶⁷ Asimismo, se consideraba que la vieja izquierda se encontraba atada a la dinámica bipolar de la Guerra Fría, por lo que la nueva izquierda debía renovarse y romper con ella.¹⁶⁸

Urías señala que uno de los rasgos distintivos de la nueva izquierda fue precisamente la crítica hacia la ortodoxia comunista desde el marxismo. En su recorrido historiográfico a través de las definiciones de Van Gosse, Zolov, Keller,¹⁶⁹ Urías delimita a la nueva izquierda estadounidense como un movimiento surgido en el marco de la Guerra Fría que englobó diversas experiencias políticas radicales durante 1960 y 1970. En cambio, la nueva izquierda latinoamericana no fue un movimiento homogéneo. Zolov identificó dos ramas dentro del movimiento; la política y la contracultural. La primera se hallaba relacionada con la vanguardia revolucionaria partidaria de la violencia como método para tomar el poder. La segunda, de tendencia no violenta, se manifestó principalmente en el arte, y pretendió la búsqueda de una innovación de los códigos sociales. Ambas vertientes coincidían en la oposición al poder absoluto del Estado, en la reivindicación de la lucha revolucionaria cubana, y en la defensa del socialismo, marxista-leninista o demócrata cristiano.¹⁷⁰

Asimismo, otro elemento de la nueva izquierda latinoamericana fue la diferenciación entre la izquierda vanguardista y la cosmopolita. La primera era reservada, relacionada con lo serio y con lo local. Concebía que la nación debía ser protegida y, por ende, lo extranjero tenía que ser rechazado. La vertiente cosmopolita, en contraste, era más irreverente y apegada a lo global.¹⁷¹ Carlos Fuentes perteneció a ésta última.

¹⁶⁷ *Ibidem*, p. 292.

¹⁶⁸ *Ibidem*, p. 295.

¹⁶⁹ Beatriz Urías Horcasitas, *op. cit.*, p. 1212-1213.

¹⁷⁰ *Ibidem*, p. 1213.

¹⁷¹ Nicolás Dip, *op. cit.*, p. 310.

Igualmente, una característica fundamental de la nueva izquierda fue su identificación con la Revolución Cubana. Tanto la vertiente estadounidense como la latinoamericana no escatimaron en su solidaridad con el proyecto revolucionario cubano, aunque se mantuvieron atentos y críticos sobre sus deslices hacia el realismo socialista. Rojas identifica dos periodos en la relación entre la nueva izquierda de Nueva York y la Revolución Cubana; el primero entre 1962 y 1967 cuando existió una relación muy estrecha entre ambos, y después de 1967 cuando dicho vínculo empezó a desmoronarse tras el giro político del régimen cubano.¹⁷² De alguna manera, como se expondrá en las siguientes páginas, el vínculo de Fuentes con la Revolución Cubana puede explicarse a través de la relación de la nueva izquierda con el experimento cubano.

En México, el origen de la nueva izquierda puede rastrearse en la revista *El Espectador*, publicada entre de mayo de 1959 y abril de 1960 por Carlos Fuentes, Jaime García Terrés, Víctor Flores Olea, Enrique González Pedrero, Francisco López Cámara y Luis Villoro. Este grupo tenían como referencia el marxismo europeo post-estalinista, el cardenismo y la Revolución Cubana. Consideraban que el momento cumbre de la Revolución Mexicana había sucedido durante el gobierno de Lázaro Cárdenas y que después de él había perdido su brújula.¹⁷³ Servín plantea que dicha revista es el primer espacio intelectual para la nueva izquierda en el país y, posteriormente, el espacio se ensanchó a través de otros medios como editoriales, seminarios, revistas, conferencias, etcétera.¹⁷⁴ Asimismo, la autora identifica la relación entre C. Wright Mills y algunos escritores de *El Espectador*, como un momento clave de la nueva izquierda mexicana. Para la investigadora, los intelectuales mexicanos y Mills coincidieron en la necesidad de realizar una nueva lectura del marxismo y reformar a la izquierda, además de formular el papel trascendental de los intelectuales críticos en el marco de la Guerra Fría. Los mexicanos veían en Cuba una opción transformadora de izquierda, lejos de la retórica ortodoxa soviética. Por lo tanto, afirma Servín, el intercambio con los mexicanos incidió en Mills para manifestar la construcción de

¹⁷² *Ibidem*, p. 312.

¹⁷³ Guillermo Hurtado, “Un antecedente de *El Espectador*: críticas a la Revolución mexicana en 1959”, *Literatura Mexicana*, México, v. 21, n. 2, 2010, http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0188-25462010000200002 (consulta: 23 de marzo de 2018).

¹⁷⁴ Nicolás Dip, *op. cit.*, p. 298.

una nueva izquierda y, por ende, entusiasmarse por la Revolución Cubana que aparentaba ser la tercera vía para los países desarrollados.¹⁷⁵

Ante dichas especificaciones, se puede identificar al *ethos* intelectual de Fuentes dentro del espectro de la nueva izquierda. Como lo veremos a lo largo de este texto, fue crítico del marxismo tradicional, específicamente de la postura soviética, a la cual consideraba retrógrada y burocrática. Asimismo, planteó la necesidad de una izquierda que se desligase de la lógica de la Guerra Fría y fue un ferviente cosmopolita. Respaldó vehementemente a la Revolución Cubana, pero, al igual que la nueva izquierda neoyorkina, se mantuvo crítico y comenzó a deslindarse de su proyecto cultural a finales de la década de 1960. Fuentes, enemigo del dogmatismo y sectarismo, coincidió con la nueva izquierda latinoamericana en su vertiente contracultural y, como lo plantearé más adelante, su adscripción se hizo más evidente y radical a partir de 1964. No obstante, el narrador mexicano nunca se asumió públicamente como parte de esta adscripción política.

La izquierda según Fuentes

Fuentes, como partidario de la “vía mexicana al socialismo”, no reivindicó la violencia como método para tomar el poder; apostó definitivamente por la vía civil. Afrontó el paternalismo del Estado, sobre todo el mexicano, y abogó por la necesidad de la apertura democrática. Respaldó a la Revolución Cubana y se asumió como defensor del socialismo. Se mantuvo crítico de la ortodoxia socialista, específicamente del socialismo burocrático soviético y de Europa del Este. En síntesis, la izquierda que defendió Fuentes fue socialista, apartidista y antidogmática, reformadora, revolucionaria, antiimperialista, antiintervencionista, democrática y heterodoxa.

El origen social de Fuentes es una clave importante para dilucidar su posición heterodoxa. Hijo de diplomático mexicano, nació en Panamá en 1928. Vivió en Uruguay, Brasil, Estados Unidos, Chile, Ecuador y Argentina durante su infancia y la primera parte de su adolescencia. Su posición social le permitió tener contacto con diversas culturas desde muy joven lo que determinó su visión cosmopolita; además, contó con una educación privilegiada que le facilitó aprender varios idiomas e, incluso, estudiar en Europa. Fue una

¹⁷⁵ *Ibidem*, p. 1730-1731. En su texto, Servín hace un rastreo fundamental del vínculo intelectual y personal entre C. Wright Mills y Carlos Fuentes.

figura de contradicciones. En la década de 1950 se hallaba en medio de “un terrible peso familiar, social y religioso”¹⁷⁶ de la burguesía cristiana. Dicho peso se debió al enfrentamiento entre su origen burgués y su creciente afiliación hacia la izquierda; es decir, su combate contra lo burgués para que no condicionara su realidad social. En esa lógica, intentó que coexistieran los dos mundos, el burgués y el que creaba como propio. A la postre, se vio en la necesidad de adoptar una posición: la de juzgar o comprometerse.¹⁷⁷

Como se abordó previamente, una particularidad de los debates intelectuales latinoamericanos de la época fue la condición burguesa del creador artístico.¹⁷⁸ ¿Cómo evitar que la categoría de lo burgués condicionara el trabajo del creador? Para Fuentes, la sociedad burguesa minaba y aislaba al artista con un solo objetivo: denostar la utilidad del arte en la vida práctica. Por ende, afirmó, “no puede haber escritores de derecha, escritores que sean cómplices del statu quo que niega toda validez a su obra”.¹⁷⁹ El camino, por lo tanto, estaba en la izquierda. A ésta le correspondía liderar el futuro y conducir el diálogo humanista entre los individuos.”¹⁸⁰

En su intento por asimilar su origen burgués y su afiliación a la izquierda, descubrió que la militancia política de izquierda podía ser heterodoxa. No se casó con las explicaciones marxistas de la sociedad, no comprometió su obra literaria con la revolución latinoamericana y se mantuvo crítico de las experiencias socialistas. Dicha circunstancia provocó que realizara críticas constantes hacia el comportamiento teórico y práctico de los intelectuales de izquierda y, sobre todo, hacia la izquierda mexicana.

En 1962 Fuentes afirmó que los intelectuales de izquierda como él debían asimilar el pasado e incorporarlo para enriquecer la vida socialista. Tendrían que asumir su responsabilidad, personal y latinoamericana ante los problemas de sus países:

¹⁷⁶ Emmanuel Carballo, “Conversación con Carlos Fuentes” en *La Cultura en México*, n. 14, 23 de mayo de 1962, p. VII.

¹⁷⁷ “El cielo o el infierno.” Optó, según él, por el infierno, en donde está “la gente divertida e imaginativa” y “en el cual uno está dejado a sus propias fuerzas, con la esperanza de llegar ser parte de la fuerza de todos” *Idem*.

¹⁷⁸ El intelectual o creador artístico revolucionario, por su origen pequeñoburgués, se hallaba en constante conflicto pues para ser introductor de la conciencia revolucionaria en las clases explotadas tenía que enfrentarse a su condición burguesa. Véase Roque Dalton, *et. al, El intelectual y la sociedad, México*, Siglo XXI Editores, 1988.

¹⁷⁹ Emmanuel Carballo, “Conversación con Carlos Fuentes” en *La Cultura en México*, n. 14, 23 de mayo de 1962, p. VII.

¹⁸⁰ Carlos Fuentes, “Abrir las ventanas” en *Política*, v. 3, n. 56, 15 agosto de 1962, p. 14.

Nuestra obligación va mucho más allá de la defensa de los principios: si la defensa es débil, la razón está en que no hemos sabido utilizarlos. Los principios nos otorgan fuerza moral. No basta. Si realmente hemos de ejercer una influencia política internacional en favor de la paz, la razón y la independencia, ello dependerá de la voluntad con que actualicemos los principios y conquistemos, concretamente, la prosperidad económica y la dignidad social. Debemos rechazar el fatalismo y la falsa prudencia. Nuestros países pueden demostrar que son capaces, por sí mismos, de transformar revolucionariamente sus estructuras y sentar las bases de su propia prosperidad. Nos corresponde, precisamente crear, y conducir el problema.¹⁸¹

Su postura nace de una profunda crítica hacia la izquierda mexicana por su inoperancia para conducir los problemas del país. Una característica de la izquierda mexicana durante la década de 1960 fue su división. Existieron distintas tendencias dentro del movimiento comunista, como las corrientes nacionalistas, socialistas y la aparición de las guerrillas.¹⁸² Cada una de estas tendencias tenía resoluciones distintas para el mismo problema. Esta fragmentación fue su principal dificultad. Para Fuentes, la izquierda mexicana era numéricamente mayoritaria, pero desorganizada y débil,¹⁸³ incapaz de organizarse como un movimiento permanente y unido.¹⁸⁴ De ahí su cruzada a favor de articular a la izquierda mexicana para convertirla en una fuerza capaz de resolver los problemas del país y hacerles frente a sus adversarios.

La izquierda mexicana –aunque también podemos aplicar este análisis a la izquierda latinoamericana– debía organizarse para combatir la presencia, cada vez con más fuerza, de la derecha nacional. ¿Qué entendía Fuentes como derecha? Era un sector representado por la burguesía nacional: las diversas élites del gobierno, la prensa, la banca, el comercio, la industria, los sindicatos, todos los que respondían a los intereses norteamericanos¹⁸⁵; es decir, los adalides del capitalismo. El avance de la derecha –y lo que denominará después como fascismo–, bajo la tutela estadounidense, se afianzaba poco a poco en el continente representando una verdadera amenaza porque se escondía detrás de discursos nacionalistas y progresistas. Por ende, la izquierda debía dejar de lado sus diferencias, organizarse y hacerle frente al peligro que la derecha representaba:

¿Qué puede, qué debe hacer la izquierda ante esa amenaza? ¿Puede cruzarse de brazos y opinar que se trata de una guerra interna de la burguesía? ¿Puede alentar la tesis romántica,

¹⁸¹ Carlos Fuentes, “Carta: Carlos Fuentes sale al paso de su acusación” en *Siempre!*, n. 460, 18 de abril de 1962, p. 4.

¹⁸² Carlos Illades, *op. cit.*, p. 17.

¹⁸³ Carlos Fuentes, “La postura de México” en *Política*, n. 43, 1 febrero 1962, p. 19.

¹⁸⁴ Carlos Fuentes, “¿Qué hará López Mateos con su fuerza?” en *Siempre!*, n. 474, 25 de julio de 1962, p. 22.

¹⁸⁵ Carlos Fuentes, “Los culpables” en *Política*, n. 46, 15 de marzo de 1962, p. 11.

suicida, de que una dictadura fascista es lo que conviene a México a fin de despertar las fuerzas populares? ¡Ay! El fascismo en países que se encuentran en nuestra etapa de desarrollo económico y social puede durar décadas enteras, porque le basta con asegurar a los empresarios las mejores condiciones de ganancias a la clase media orden y tranquilidad, a la clase obrera demagogias tipo peronista, al ejército un nuevo poder político, y a los norteamericanos una obsecuencia real disfrazada con una retórica nacionalista. El fascismo, no lo olvidemos, puede crear grandes obras materiales: apelar a una demagogia nacionalista, crear la ilusión de progreso, y sostenerse mucho tiempo en el poder a costa del progreso popular y la independencia real de la nación. Las inversiones extranjeras acudirían en catarata, como acudieron a la Venezuela de Pérez Jiménez. La fachada del “progreso” sería impresionante. Los fascistas mexicanos saben todo esto y juegan a la tesis del cambio por el cambio. Desgraciadamente, muchos mexicanos pueden caer en la trampa.¹⁸⁶

Los términos de derecha y fascismo fueron utilizados por él de manera indistinta y ocuparon un espacio determinante en sus discursos políticos. El fascismo en específico fue una de las primordiales preocupaciones de Fuentes. Caracterizado por esa demagogia nacionalista, su ilusión de progreso satisfacía a las élites nacionales. Una izquierda desarticulada era incapaz de hacerle frente. Algunas de las críticas que recibió años después por parte de la izquierda mexicana más ortodoxa estuvieron relacionadas precisamente con este punto. El escritor mexicano con afán de escapar de las garras fascistas respaldaba posiciones de izquierda más heterodoxas e, incluso, emanadas del poder.

Otro aspecto para considerar en su escritura política fue la permanencia de la Revolución Mexicana y el abandono de su proyecto por parte del Estado posrevolucionario. Como lo indiqué párrafos atrás, una particularidad de la nueva izquierda mexicana era la creencia de que la Revolución Mexicana había alcanzado su momento cumbre durante el cardenismo y que después había perdido el rumbo. La Revolución Mexicana fue un hito en la historia latinoamericana al propulsar legislaciones sobre la tierra, el trabajo y la educación. Además, defendió el principio de autodeterminación y la defensa de la soberanía nacional. Para Fuentes, estas características revolucionarias eran esencialmente de izquierda. La posición diplomática de México en los primeros años de la década de 1960, desde la perspectiva de Fuentes, daban a entender que ya no defendería dichos principios. En síntesis, el gobierno mexicano había dejado de ser revolucionario y de izquierda.

El escritor destinó un espacio muy amplio a los debates suscitados en torno a la postura diplomática mexicana sobre la Revolución Cubana donde realizó un análisis rígido

¹⁸⁶ Sol Arguedas, *¿Qué es la izquierda mexicana?*, Orfila, México, 2014, p. 110.

sobre la posición mexicana ante eventos donde la soberanía cubana estaba en peligro.¹⁸⁷ Si bien México mantuvo una postura solidaria hacia Cuba, Fuentes identificó algunas contradicciones preocupantes en su discurso diplomático a partir de 1962. La posición que México adoptó en Punta del Este sobre Cuba,¹⁸⁸ para Fuentes demostraba que la retórica revolucionaria y de izquierda del gobierno mexicano era cosa del pasado.¹⁸⁹ Con su posición aceptaba que era un régimen de centro caracterizado por un “capitalismo liberal proteccionista, fundado en la libre empresa y limitado por cierto grado de intervencionismo estatal”.¹⁹⁰ Es decir, el enfoque diplomático mexicano, desde la óptica de Fuentes, se alejó de los principios de autodeterminación y respeto a la soberanía nacional emanados de la Revolución Mexicana cuando indicó que el gobierno revolucionario cubano, al que caracterizó como marxista-leninista, era incompatible con la democracia. México, al rechazar la expulsión de Cuba del organismo americano, expuso su oposición al derecho que tiene cualquier nación de elegir su forma de gobierno, situación que se enfrentaba al carácter antiimperialista de Fuentes que se abordará más adelante. Ante dicha circunstancia, el escritor mexicano señaló que la izquierda debía reafirmar su programa autónomo alineado a la defensa de un gobierno identificado por completo con la Revolución Mexicana.¹⁹¹ Tenía que discutir abiertamente, crear debates públicos impostergables y francos sin, insistió, renunciar a su independencia y sus principios revolucionarios:

Si por primera vez en muchas décadas, la izquierda logra actuar decisivamente en el panorama político de México sin enajenar sus programas y su independencia, sino valiéndose de su necesidad histórica en estos momentos para hacer valer a ambos, habrá dado un paso irreversible hacia adelante. Hay que plantear las cosas del modo tal que la solución del problema inmediato no comprometa, de ninguna manera, la solución de los problemas a largo plazo; en otras palabras, la izquierda, al apoyar las soluciones que aseguren la continuidad constitucional del país, debe hacerlo sin el más mínimo sacrificio de sus principios y su

¹⁸⁷ En su acercamiento a Gilberto Bosques, embajador mexicano en Cuba entre 1953 y 1964, Camacho Navarro sostiene que fue a mediados de la década de 1960 cuando México hizo explícito su apoyo a Cuba. “Se consideraba a Cuba como un ejemplo de un gobierno democrático, nacionalista y popular.” Enrique Camacho Navarro, “Un nacionalista mexicano y su postura antiimperialista: Gilberto Bosques en Cuba (1953-1964)”, en *Artífices y operadores de la diplomacia mexicana. Siglos XIX y XX*, México, Porrúa-Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo-Colegio de San Luis, 2004, p. 471.

¹⁸⁸ Del 22 al 31 de enero de 1962 se realizó una conferencia extraordinaria de cancilleres miembros de la OEA en Punta del Este, Uruguay. Ahí se estableció la incompatibilidad del sistema interamericano con los gobiernos marxistas-leninistas; su resolución fue la expulsión de Cuba de la OEA. México votó en contra de su expulsión de la OEA, pero sostuvo la tesis de la incompatibilidad entre los sistemas marxistas-leninistas y el sistema interamericano Véase Leticia Bobadilla González, *México y la OEA. Los debates diplomáticos, 1959-1964*, México, Dirección General del Acervo Histórico Diplomático-Secretaría de Relaciones Exteriores, 2006.

¹⁸⁹ Carlos Fuentes, “La postura de México” en *Política*, n. 43, 1 febrero 1962, p. 18.

¹⁹⁰ *Idem.*

¹⁹¹ *Ibidem*, p. 29.

programa. Ello depende de su inteligencia y acción realistas en este momento tan grave para México.¹⁹²

La adhesión de Fuentes al Movimiento de Liberación Nacional (MLN) reafirmó su postura y estipuló a qué sector de la izquierda mexicana pertenecía. Como respuesta a la represión del gobierno de Adolfo López Mateos a las agrupaciones campesinas y a los sindicatos obreros y de maestros, y tras la declaración de Fidel Castro del carácter marxista-leninista de la Revolución Cubana y de la realización de la Conferencia Latinoamericana por la Soberanía Nacional la Emancipación Económica y la Paz con sede en la Ciudad de México, en agosto de 1961 se fundó el Movimiento de Liberación Nacional (MLN) en México. Éste tuvo como objetivo la articulación de las fuerzas de izquierda, sin importar la militancia partidista.¹⁹³

El MLN se autodenominó como una organización independiente que pugnaba por “la soberanía nacional, la emancipación económica, la solidaridad, la democracia y la paz, para enfrentar al problema más grave y menos artificial de nuestro tiempo, como es el imperialismo [norteamericano].”¹⁹⁴ Dentro de sus propósitos, también estaba reafirmar los principios de la Revolución Mexicana y la Constitución de 1917. Uno de los fundadores del MLN fue el ex presidente de la república Lázaro Cárdenas. Contaba con miembros como Heriberto Jara, Rubén Jaramillo, Carlos Fuentes, Enrique González Pedrero, Francisco López Cámara, Pablo González Casanova, Víctor Flores Olea, entre otros.

El programa del MLN representaba las principales ideas defendidas por Carlos Fuentes: libertad de los presos políticos, justicia independiente, recta y democrática, libertad de expresión, reforma agraria, autonomía y democracia sindical y ejidal, soberanía nacional, industrialización, independencia y cooperación internacional, solidaridad con Cuba, comercio libre, democracia, honradez y bienestar, ‘pan y libertad, soberanía y paz’.¹⁹⁵ Para él, el MLN era el único que promovía una organización auténticamente de izquierda y

¹⁹² Sol Arguedas, *op. cit.*, p. 113.

¹⁹³ Carlos Illades, *El futuro es nuestro. Historia de la izquierda en México*, México, Océano, 2017, p.105.

¹⁹⁴ Doralicia Carmona, “Se constituye el Movimiento de Liberación Nacional que reúne a casi toda la izquierda mexicana y agrupa a reconocidos luchadores sociales”, *Memoria Política de México* (sitio web), <http://www.memoriapoliticademexico.org/Efemerides/8/04081961.html> (consulta: 10 de enero de 2018).

¹⁹⁵ *Idem.* Véase Sergio Colmenero, “El movimiento de Liberación Nacional, la Central Campesina Independiente y Cárdenas”, *Estudios Políticos*, v. 2, n. 2, <https://repositorio.unam.mx/contenidos/48937> (consulta: 10 de enero de 2018).

revolucionaria. Era la única vía válida, de abajo hacia arriba,¹⁹⁶ capaz de sostener las exigencias del pueblo mexicano.¹⁹⁷

La vida del MLN fue sumamente corta. Aquella articulación anhelada fue imposible. Servín considera al MLN como un momento de transición para la izquierda mexicana. Debido a la corta duración del proyecto, la autora plantea que el MLN funcionó como un proceso de transición para la izquierda mexicana, específicamente la socialista y la comunista, pues se evidenció la necesidad de encontrar un proyecto diferente al de la Revolución Mexicana.¹⁹⁸ Su fractura en 1964 colocaría a Fuentes en un espacio determinado de la izquierda mexicana que no sería elogiado por parte de la izquierda más ortodoxa, episodio que se abordará más adelante.

Respecto al socialismo, Fuentes afirmaba a principios de la década de 1960 que era el único remedio eficaz para los viejos problemas de origen feudal de los países latinoamericanos.¹⁹⁹ Sólo el socialismo podía realizar las transformaciones de estructura capaces de crear las condiciones reales de una democracia en los países subdesarrollados: “la verdadera democracia representativa es la del socialismo”.²⁰⁰ Para 1963, el debate en las izquierdas latinoamericanas se centraba en la vía que deberían tomar los países subdesarrollados para su liberación. Algunos sustentaron que sólo a través de un levantamiento armado, como el caso cubano, y la imposición de facto del socialismo, era posible conseguir la libertad de manera real e inmediata. Otros respaldaron la idea de que sería únicamente a través de la vía pacífica y gradual, pues un enfrentamiento violento con el imperialismo podría desencadenar una guerra nuclear.²⁰¹ Sin embargo, la decisión de qué camino seguir dependía exclusivamente del análisis de las condiciones objetivas y reales de cada país subdesarrollado. Es decir, no podía verse a América Latina como una categoría general. A pesar de coincidir en las problemáticas y en sus raíces culturales, Fuentes consideró que los países latinoamericanos no eran homogéneos;²⁰² cada uno había

¹⁹⁶ Carlos Fuentes, “López Mateos, Goulart y la izquierda. Una puerta abierta al futuro” en *Siempre!*, n. 465, 23 de mayo de 1962, p. 24.

¹⁹⁷ Carlos Fuentes, “¿Qué hará López Mateos con su fuerza?” en *Siempre!*, n. 474, 25 de julio de 1962, p. 22.

¹⁹⁸ Nicolás Dip, *op. cit.*, p. 299.

¹⁹⁹ Carlos Fuentes, “Socialismo sin tiranía” en *Siempre!*, n. 491, 7 de noviembre de 1962, p. 22.

²⁰⁰ Carlos Fuentes, “Dos meses después de Punta del Este” en *Política*, n. 47, 1 abril de 1962, p. 13.

²⁰¹ El temor de Fuentes al desencadenamiento de una posible guerra era latente: “[...] ya no cabe hablar de revolución, socialismo imperialismo: sólo habrá la muerte total.” Carlos Fuentes, “ALM fija rutas. A su sucesor” en *Siempre!*, n. 508, 20 de marzo de 1963, p.14.

²⁰² *Idem.*

transcurrido por etapas similares, pero por desarrollos históricos distintos. Por esa razón, era indiscutible que, en países como Cuba, que en 1959 conservaba todavía una estructura feudal, la revolución armada fuera el único camino para obtener su liberación:

[...] dados los problemas comunes, es necesario investigar la estructura particular de cada país latinoamericano, observar cómo existen y coexisten los tres factores [feudalismo, capitalismo, socialismo] en cada país, definir cuál es el factor más fuerte en cada uno, y de ahí deducir las verdaderas perspectivas. Es otras palabras: dada la preponderancia de la estructura feudal en Nicaragua o Guatemala, ¿pueden esos países abrirse cualquier camino al pleno desarrollo –humano, social y económico– sin antes destruir violentamente el anacronismo feudal? Dada la prolongación de los intereses feudales en las nuevas actividades industriales en Colombia, ¿puede esa nación efectuar una revolución burguesa pacífica que eventualmente permita a los anacronismos feudales desaparecer por sí mismos? Dada la presencia de un alto nivel de vida dentro de una sociedad esencialmente de clase media, pero lastrada por elementos feudales, como en Argentina, ¿estamos ante un problema simplemente técnico: mejor planificación, mejores inversiones, mejor distribución de la riqueza? Dado que la Revolución Mexicana quebró la espina dorsal del feudalismo y creó una economía mixta donde hoy el sector público es ligeramente mayoritario, ¿está definida la perspectiva de esa nación pacífica al socialismo? Dado que las fuerzas reaccionarias destruyeron el centro en Brasil, ¿está definida la perspectiva de esa nación por un encuentro frontal de la derecha y la izquierda? En otras palabras: no hay un plan maestro, hay perspectivas nacionales concretas.²⁰³

Es importante señalar que Fuentes se refería al feudalismo en términos marxistas. Aunque no asumió al marxismo como un dogma, afirmó que su información y formación política era consecuencia de su contacto con el marxismo. Para él, el marxismo era “un método de interpretación de determinados fenómenos de la vida histórica y llamado de libertad e integración de posibilidades humanas.”²⁰⁴ Por esa razón era frecuente que utilizara la estructura marxista –feudalismo, capitalismo, socialismo– para analizar el desarrollo histórico de las sociedades. En este caso, muchas de las naciones latinoamericanas se hallaban todavía en la etapa feudal o semifeudal, pues persistían características coloniales, como los privilegios de las élites feudales –la iglesia, terratenientes, por ejemplo–. La destrucción de esta etapa para Fuentes podría ser posible a través de una revolución, ya sea violenta o pacífica dependiendo las características particulares de cada país.

Ahora bien, la situación en México era distinta al resto de los países latinoamericanos. La Revolución de 1910 había destruido la estructura feudal; además, creó una constitución

²⁰³ Carlos Fuentes, “Un diálogo sobre el futuro de América Latina” en *La Cultura en México*, n. 146, 2 de diciembre de 1965, p. III.

²⁰⁴ Carlos Fuentes “Carlos Fuentes habla de su vida y de sus libros” en *La Cultura en México*, n. 189, 29 de septiembre de 1965, p. VIII.

que legisló los aspectos de propiedad, reforma agraria y derechos laborales. Esta situación fue esencial para el discurso de Fuentes. La Revolución Mexicana posibilitó a México conseguir el progreso a través de la vía pacífica y democrática. Y fue contundente: si se perseguía ese camino, “se habrá abierto la trayectoria a un socialismo propio”,²⁰⁵ de lo contrario, podría darse una futura explosión social. Aunque la revolución burguesa de México se encontraba paralizada y muchas de sus promesas eran abandonadas por el gobierno de Adolfo López Mateos, la insurrección armada de 1910 no podía ni debía repetirse. México ya no la necesitaba. Por ende, la solución a los problemas del país tenía que ser la construcción de una verdadera democracia.

La izquierda mexicana, afirmó, sin sacrificar sus principios ni programas, debía promover la solución de los problemas nacionales a través de las vías pacíficas y constitucionales. Su defensa respecto a la vía no violenta se basaba en considerar que la izquierda mexicana debía aceptar que el país ya había sido objeto de revoluciones violentas y, por ende, su situación era distinta a la del resto de los países latinoamericanos:²⁰⁶

No creo en la perspectiva de una revolución armada en México. Con todos los defectos que sabemos, México llevó a cabo una revolución antifeudal que destruyó para siempre el armazón anacrónico que aún padecen casi todas las naciones hispanoamericanas, Chou En-Lai dijo alguna vez que en un país donde se ha realizado la reforma agraria, así haya sido imperfectamente, es un país donde la posibilidad de la revolución armada se vuelve muy discutible. El campesino mexicano, por muy mal que esté, no es el siervo feudal del Perú, Chile o Colombia. Aunque sea para morir de hambre, es un ser libre; puede emigrar de bracero a Estados Unidos, puede convertirse en lumpen-proletariado urbano, en obrero y hasta en trabajador calificado. En México ya no hay feudalismo, lo que hay es un régimen democrático-burgués que ha entrado en crisis y para el cual se ofrecen dos caminos: 1) el endurecimiento en el fascismo, y 2) el progreso hacia el cumplimiento total de la Revolución mexicana y hacia un continuo fortalecimiento de la izquierda a partir de la organización permanente. Con toda sinceridad, opino que la izquierda debe optar por el segundo camino y apoyar las soluciones que lo abran.²⁰⁷

Este punto resulta fundamental ya que las consecuencias de su postura tuvieron efectos colosales en su relación con otros sectores de la izquierda mexicana y latinoamericana. Este enfoque sería traducido como una negación del foquismo guerrillero y de la exportación de la Revolución Cubana. Como se expondrá en capítulos posteriores, la perspectiva de Fuentes

²⁰⁵ Carlos Fuentes, “México ante su gran responsabilidad” en *Siempre!*, n. 542, 13 de noviembre de 1963, p. 27.

²⁰⁶ Carlos Fuentes, “El frente de Cupatitzio” en *Siempre!*, n. 479, 29 de agosto de 1962, p. 18.

²⁰⁷ Sol Arguedas, *op. cit.*, p. 112.

en torno a las condiciones objetivas de cada país y su defensa sobre la vía no violenta se consolidó a mediados de la década.

La lectura que realizó la izquierda mexicana —específicamente la reformista, a la que perteneció Fuentes— sobre la Revolución Cubana fue que era un espejo de la Revolución Mexicana.²⁰⁸ Encumbraba sus principales elementos populares y funcionaba con un estandarte antiimperialista. Asimismo, representaba una promesa para el socialismo, pues aparentaba ser un distinta en los rubros más oscuros del socialismo soviético. A pesar de defender a la Revolución Cubana, Carlos Fuentes comenzaría a delinear su perspectiva en torno a la multiplicidad de los métodos revolucionarios. No consideraba que la insurrección violenta era la única opción para llevar a cabo la revolución socialista, mucho menos en México. La fascinación de Fuentes por la Revolución Cubana a principios de la década de 1960 fue un reflejo de su profunda necesidad de rescatar el proyecto inconcluso de la Revolución Mexicana.

²⁰⁸ Renata Keller, *Mexico's Cold War: Cuba, the United States, and the Legacy of the Mexican Revolution* (formato EPUB), Cambridge University Press, 2015.

CAPÍTULO 3. EL ENCANTO POR LA REVOLUCIÓN CUBANA (1960-1964)

Carlos Fuentes llegó a La Habana el 2 de enero de 1959. Su defensa entusiasta de la hazaña cubana ocupó gran parte de sus escritos políticos en los medios culturales mexicanos durante los primeros años de la década de 1960. Asimismo, el autor de *La región más transparente* (1958) tuvo la oportunidad de colaborar con diversos medios escritos cubanos como *Lunes de la Revolución* y se convirtió en un vocero de la Revolución Cubana en cada uno de los eventos de escritores en que se presentaba.²⁰⁹

En aquellos años Fuentes se consolidó como escritor literario ante la crítica y el público, nacional e internacional. Con tres obras publicadas –*Los días enmascarados* (1954), *La región más transparente* (1958) y *Las buenas conciencias* (1959) –, el escritor mexicano daba la bienvenida a la década de 1960 con dos éxitos literarios más: *La muerte de Artemio Cruz* (1962) y *Aura* (1962). Su participación en diversos medios políticos-culturales y su amistad con intelectuales de la época lo consolidaron también como escritor político. Su *ethos* intelectual empezó a delinearse alrededor de varios elementos como su pertenencia a la izquierda heterodoxa, su crítica hacia la ortodoxia soviética, su profundo antiintervencionismo y cosmopolitismo.

Como se expuso, la Revolución Cubana fue el evento intelectual de la izquierda latinoamericana. En México sirvió como incentivo para la izquierda opositora del Estado y para quienes acogían la ideología de la Revolución Mexicana.²¹⁰ Carlos Fuentes, que se asumió como parte de esa izquierda opositora, fue defensor de la Revolución Cubana y de su trascendencia para la región latinoamericana. Tanto en *México en la Cultura* como en *Política, Siempre!* y en *La Cultura en México*, mostró su apoyo al proyecto revolucionario cubano durante su primera década.

En este apartado se analiza el periodo de encanto (1960-1964) de Carlos Fuentes por la Revolución Cubana. Me interesa identificar aquellos elementos que conformaron su embelesamiento hacia el proyecto cubano en sus primeros años: sus diferencias con el socialismo soviético, su carácter antiimperialista y su relación con los elementos populares de la Revolución Mexicana. Exploraré la postura del escritor mexicano sobre los primeros

²⁰⁹ Ana Pellicer Vázquez, *op. cit.*, p. 257-258.

²¹⁰ Cabrera López, *Una inquietud de amanecer...*, p. 71.

años de la Revolución Cubana a través de sus columnas en medios políticos-culturales mexicanos.

Como corresponsal en La Habana, a partir de 1959 realizó una serie de escritos a favor del proyecto revolucionario cubano en su columna “Diálogos de sombras” en *México en la Cultura*. Tiempo después dejó de hablar en ese medio sobre política y se enfocó en la literatura. De 1961 hasta 1964, aprovechó su colaboración en la revista *Política* para defender el proyecto y analizar la postura internacional de México y el resto de los países latinoamericanos frente a la Revolución Cubana y la presión ejercida por la política exterior de Estados Unidos.

Como veremos, se presentó como un intelectual solidario, aunque siempre crítico, con la Revolución Cubana. Sostengo que su defensa del proyecto revolucionario radicó en cuatro factores. En primer lugar, su afiliación a la izquierda socialista y los fracasos de la URSS, le hicieron ver en la Revolución Cubana la realización de la auténtica revolución socialista. Por lo tanto, la primera parte de este capítulo aborda la perspectiva de Fuentes sobre el socialismo soviético y las diferencias que encontró entre éste y el proyecto que propugnaba la Revolución Cubana

En segundo lugar, los símiles del proyecto cubano con los elementos populares más importantes de la Revolución Mexicana. La reforma agraria, la revolución educativa, así como otros aspectos económicos, políticos y culturales que comenzaron a transformarse en la Cuba revolucionaria entusiasmaron a Fuentes de tal manera que dedicó un espacio importante de sus columnas a principios de 1960 para escribir loas sobre el proyecto cubano. Los logros sociales de la Revolución Cubana lo llevaron a defender su proyecto social incluso después de su aparente ruptura en 1971 con el campo intelectual cubano.

En esa lógica, el escritor mexicano también identificó algunas diferencias entre éste y el proyecto de la Revolución Mexicana. Por esa razón, en tercer lugar, sostengo que Fuentes defendió a la Revolución Cubana porque, a diferencia de la Revolución Mexicana, logró eliminar la estructura oligárquica preexistente y prometía llevar a cabo un proceso auténticamente socialista. Tanto en su escritura política como literaria, Fuentes fue crítico del discurso nacional posrevolucionario mexicano. La Revolución Mexicana, al igual que la cubana en su proceso insurreccional y de institucionalización, había simbolizado un ejemplo de autodeterminación y defensa de la soberanía nacional. Sin embargo, para el escritor aquel

símbolo ya no estaba vigente; se había transformado en un discurso oficial y conmemorativo.²¹¹ En cambio, la Revolución Cubana parecía ser más eficaz que el experimento mexicano. Las similitudes y diferencias entre ambos proyectos revolucionarios latinoamericanos fueron un elemento clave en sus análisis políticos de los primeros años de la década de 1960.

Como último factor se encuentra su alegato antiimperialista y antiintervencionista a favor de la autodeterminación de las naciones. El carácter antiimperialista de la Revolución Cubana fue la particularidad que más atrajo a Carlos Fuentes. La hazaña cubana representaba el ideal de lucha de la región latinoamericana y los demás países del Tercer Mundo en contra de la intervención extranjera, específicamente estadounidense. Al derrocar a una dictadura legitimada por Estados Unidos, Cuba representó un ejemplo a seguir para las naciones latinoamericanas que se hallaban bajo gobiernos dictatoriales financiados económica, política y militarmente por el país norteamericano. Fuentes fue un frenético antiintervencionista.

Otra peculiaridad de la Revolución Cubana que convenció al escritor mexicano y que no podemos pasar de largo, fue la creación de espacios para debates en torno al rol del intelectual en la sociedad y el compromiso de su literatura. Para muchos intelectuales de la época, el escritor debía pronunciarse y adquirir un compromiso político. La Revolución Cubana cohesionó a las intelectualidades latinoamericanas.²¹² Tal ideal asociativo creó una fuerte alianza entre la élite intelectual mexicana y Cuba.²¹³ Bajo esa lógica, Fuentes fue muy cuidadoso en delimitar su responsabilidad como escritor y como ciudadano. Se expondrá que no fue un defensor del arte comprometido y que dicha postura lo colocó en el lado opuesto de las directrices culturales cubanas.

La auténtica Revolución de Cuba

Carlos Fuentes afirmó durante los primeros años de la década de 1960 que el socialismo era la única vía por la cual podía alcanzarse el pleno desarrollo humano, social y económico. Sus modelos de análisis fueron dos: el socialismo soviético y el cubano. El primero tuvo deslices

²¹¹ “Su dura crítica hacia la Revolución Mexicana era tan clara como su filiación a la izquierda.” Víctor Manuel Camposeco, *op. cit.*, p. 189.

²¹² Pablo Sánchez, *op. cit.*, p. 10.

²¹³ *Idem.*

en su ejecución. El segundo, en cambio, parecía ser más orgánico. Su creencia en el socialismo como modelo de transformación radical de la sociedad dependió de los fracasos del socialismo soviético y de sus esperanzas en el cubano. A través de esa óptica, Fuentes planteó sus observaciones sobre cómo perfeccionar el modelo socialista hasta hacerlo una realidad. Resulta importante dilucidar cuáles fueron los enfoques del escritor mexicano en torno a la URSS y a la Revolución Cubana para identificar por qué consideraba que, a diferencia de la primera, la caribeña era una auténtica revolución socialista.

En síntesis, el análisis de Fuentes en torno a los dos modelos de socialismo se basó en indicar los errores del socialismo soviético, específicamente los crímenes de Stalin y la precariedad de la libertad, y, por tanto, la oportunidad de la Revolución Cubana para demostrar que el socialismo auténtico y el respeto a las libertades individuales era posible. Es trascendental esbozar la visión de Fuentes sobre el socialismo soviético, ya que sus críticas hacia la ortodoxia soviética fueron parte de su afiliación a la nueva izquierda y también la razón por la cual, durante los primeros años de la década, vio en Cuba la posibilidad de un socialismo legítimo.

Crítica al socialismo soviético

Su posición respecto a la URSS de 1959 a 1964 fue ambivalente. Reprochó las medidas estalinistas por ser antidemocráticas, pero admitió la trascendencia histórica del líder soviético. Fue promotor de la desestalinización de Jrushchov y celebró que éste buscara cooperar económicamente con los países subdesarrollados. Sin embargo, bajo su perspectiva antiintervencionista, criticó férreamente su intromisión en las decisiones políticas de los países latinoamericanos.

Carlos Fuentes planteó como una necesidad de la izquierda internacional que se estudiara objetivamente a la URSS. Una revisión objetiva de su desarrollo histórico impediría hacer un juicio negativo y sólo así se resaltaría la trascendencia histórica del proyecto soviético.²¹⁴

Si en vez de Stalin hubieran ejercido el poder Lenin, Trotski o Bujarin, sus respuestas habrían tenido que ser las mismas: planificación férrea, construcción acelerada de una planta industrial, movilización de todos los recursos internos de la URSS. Es decir: en el aspecto esencial del desarrollo económico, la URSS no tenía otra salida que la aplicada por Stalin. Lo notable es que, a pesar de los sacrificios que ella impuso al pueblo, la URSS pudo mantener

²¹⁴ Carlos Fuentes, “Carne y cartón de Stalin” en *Política*, n. 38, 5 de noviembre de 1961, p. 16.

su despegue industrial dentro de las normas revolucionarias: el desarrollo, si se basó en el sacrificio del pueblo, sólo redundó en beneficio del pueblo y no de una casta.²¹⁵

Para él, la URSS de Stalin no había sido un total fracaso, al menos no como los estadounidenses y parte de la izquierda internacional afirmaban. Su análisis de la situación soviética estalinista se basó en la exploración del contexto internacional y de cómo éste influyó en las medidas llevadas a cabo por el líder soviético. La rigidez estalinista había sido consecuencia del acoso y aislamiento que sufrió la URSS en sus primeros años. Este enfoque es un elemento fundamental del *ethos* intelectual de Fuentes ya que está ligado a su esencia antiimperialista y antiintervencionista que abordaré unas líneas más adelante. Pese a lo criticable de las medidas dogmáticas y autoritarias soviéticas, éstas fueron el resultado del acoso imperialista; por tanto, no podían ensombrecer los logros del socialismo. Dicha postura la sostuvo años después también con la Revolución Cubana.

Los crímenes de Stalin no podían pasar desapercibidos. Su ejercicio de poder absoluto, basado en políticas represivas,²¹⁶ no era justificable y debía denunciarse. Uno de los valores universales que más resaltaron en el discurso de Fuentes fue la libertad, pues ésta era pieza clave de todo sistema democrático. Las acciones de Stalin transgredieron la libertad de pensamiento, por tanto, no debían aplaudirse, ni olvidarse. Había que admitirse y señalar que Stalin “cometió una serie de actos criminales, que sacrificó a los hombres más brillantes de la generación revolucionaria, que violó la legalidad constitucional para satisfacer venganzas personales, que impuso su pobre criterio pequeño-burgués al arte, la literatura, la arquitectura, el cine soviéticos.”²¹⁷ Años más tarde, cuando su adscripción a la nueva izquierda fue más notoria, Fuentes abogó por una izquierda abierta y crítica en sí misma. Señaló que la izquierda y el socialismo debían estar abiertos al diálogo y a la crítica de sus errores para transformarse.

²¹⁵ Carlos Fuentes, “Socialismo sin tiranía” en *Siempre!*, n. 491, 7 de noviembre de 1962, p. 22.

²¹⁶ Los crímenes de Stalin, como colectivización forzada, represión contra los “enemigos del régimen” y sus métodos para acabar con la disidencia fueron características de una de las etapas más terribles del socialismo soviético. Véase Antonio Fernández García, “Sobre el terror estalinista: la documentación desclasificada”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, v. 24, 2002, p. 301-315.

²¹⁷ Carlos Fuentes, “Socialismo sin tiranía” en *Siempre!*, n. 491, 7 de noviembre de 1962, p. 22.

La desestalinización de Jrushchov que buscó borrar los excesos de Stalin,²¹⁸ provocó que la generación de Fuentes viera con buenos ojos las prácticas reformatorias del líder soviético. La necesidad impostergable de una liberalización del pasado estalinista llevó a dicha generación a alabar las medidas de Jrushchov.²¹⁹ No obstante, para Fuentes fue importante destacar que ni el florecimiento de la vida social, económica y cultural soviética, ni la democratización de la política de desestalinización de Jrushchov hubiesen sido posibles sin el legado de Stalin. No se trataba, escribió, de aplaudir o rechazar el juicio *post mortem* del líder soviético, sino de admitir objetivamente y con rigor histórico que sin la disciplina y los sacrificios que éste impuso, la URSS no hubiera alcanzado estos logros.

La mayor responsabilidad de Jrushchov era demostrar, según Fuentes, que la desestalinización era posible. Sólo así, la URSS expondría al mundo que el socialismo soviético estaba libre de los extremos estalinistas, y, por ende, que dichas prácticas no eran inherentes al socialismo.²²⁰ Los actos de Stalin, a pesar de haber sido provocados por fuerzas ajenas, se caracterizaron por ser irracionales. Eran acciones que no debían repetirse. La izquierda tenía la obligación de desestimar los intentos de la derecha por identificar al socialismo con el estalinismo. “Es preciso desestalinizar lo que la irracionalidad dictó a Stalin.”²²¹

En contraste, la Revolución Cubana parecía demostrar que el socialismo podía construirse sin la tiranía soviética de Stalin. Pese a sufrir de carencias y presiones similares, a diferencia de la URSS, la aventura cubana no sacrificó la libertad ni de sus decisiones, ni de su pueblo:

²¹⁸ La política de desestalinización de Jrushchov tuvo como objetivo eliminar el culto a la personalidad de Stalin y los excesos del exlíder soviético. Dicha política será dada a conocer en el famoso informe secreto al XX Congreso del PCUS el 25 de febrero de 1956. Véase: Nikita Khrushchev, *Informe Secreto al XX Congreso del PCUS* (sitio web), 25 de febrero de 1956, <https://www.marxists.org/espanol/khrushchev/1956/febrero25.htm>, (consulta: 10 de enero de 2019).

²¹⁹ “[...] por primera vez en la historia rusa ha sido colmado el vacío entre la autocracia de arriba y la masa anónima de abajo; es una Rusia que, gracias a la educación, a la industrialización, y a la justicia social, cuenta por primera vez en su historia con una amplísima estructura diversificada de obreros instruidos y calificados, de hombres y mujeres profesionalmente preparados, de campesinos alfabetizados, de técnicos en todas las ramas de la actividad económica y científica, de estudiantes artistas e intelectuales cada vez más conscientes de que su lealtad al socialismo consiste en llevarlo a etapas más humanas, en perfeccionarlo, y en superar los viejos dictados del error o de la necesidad.” Carlos Fuentes, “Carne y cartón de Stalin” en *Política*, n. 38, 5 de noviembre de 1961, p. 16.

²²⁰ *Idem.*

²²¹ *Idem.*

La gran lección de Cuba ha consistido en demostrar concreta, históricamente, que la vía nacional hacia el socialismo es practicable y que en ella, y no en la imitación servil de la experiencia soviética, está el futuro del socialismo en el tercer mundo. La inmensa lección de Cuba es que las verdaderas revoluciones se hacen con la dignidad y la verdad, sin ocultar nada al pueblo, sin soslayar problema alguno, sin mentir sobre las dificultades que ocasiona la creación de una nueva estructura de beneficio colectivo, si esconder las divergencias que puedan surgir con otros países socialistas: es más, sacándolas honestamente a la luz para que las resuelva el aire fresco de la franqueza y la verdad.²²²

Uno de los factores más importantes que influyeron en el encanto de Carlos Fuentes por la joven Revolución Cubana fue, desde su perspectiva de la nueva izquierda, su carácter libertario. El experimento cubano, consideraba Fuentes, simbolizaba una esperanza para los socialistas del mundo al recuperar los valores de la verdad y la libertad que habían sido mallugados por la experiencia soviética. Además, a principios de la década de 1960, Cuba marcaba su independencia política de la URSS. No obstante, la ilusión de Fuentes se esfumaría a finales de la década.

Socialismo sin tiranía

La Revolución Cubana obligó a la URSS a renovar su mirada sobre la región latinoamericana que, hasta 1959, no contaba con mayor relevancia para los intereses soviéticos. A partir de 1960 se oficializaron los vínculos diplomáticos y el intercambio bilateral entre Cuba y la Unión Soviética.²²³ Una vez que Cuba se insertó en la esfera soviética en 1961 con su declaración marxista-leninista, sostuvo una relación estable y cooperativa hasta 1962. La reacción soviética a la crisis de octubre de 1962 provocó una profunda decepción en la dirigencia cubana, la cual se cuestionó la solidaridad soviética con la Revolución Cubana.

Además de las críticas al socialismo real del sistema soviético, específicamente a los excesos de Stalin, Fuentes, afín a su postura antiintervencionista y en defensa de la autodeterminación de las naciones, se opuso a la intromisión de la URSS en los asuntos de los países revolucionarios del resto del mundo. En el caso cubano, concretamente a principios de la década de 1960, afirmó que, si bien el establecimiento de las relaciones diplomáticas y comerciales eran fundamentales entre ambos actores, la URSS debía limitarse a la cooperación y nunca al sometimiento.

²²² Carlos Fuentes, “Socialismo sin tiranía” en *Siempre!*, n. 491, 7 de noviembre de 1962, p. 22.

²²³ Rafael Pedemonte, *Guerra por las ideas en América Latina, 1959-1973. Presencia soviética en Cuba y Chile* (formato EPUB), Santiago de Chile, Universidad Alberto Hurtado, 2020.

Ambas revoluciones podían considerarse como experiencias históricas; además, coincidían en algunas particularidades como el acoso internacional por parte de Estados Unidos. No obstante, Fuentes remarcó que, a diferencia de Cuba, que tuvo la oportunidad de acudir y comerciar con los países socialistas del mundo, la URSS se había construido prácticamente sola; aislada y bajo acoso constante.²²⁴ Por ende, Cuba tenía la posibilidad de contar con la ayuda comercial de la URSS, y ésta tenía la obligación histórica de ser solidaria con la isla.

Su análisis de la relación cubana-soviética versó en la defensa de la soberanía cubana frente a la intromisión soviética en sus decisiones políticas. Para él, era necesario que Jrushchov comprendiera que su papel era el de la cooperación y no el sometimiento.²²⁵ Cuba representó un paso adelante para el socialismo. Su pueblo y sus dirigentes revolucionarios respondieron al error soviético, y con ello confirmaron que la experiencia cubana proporcionó una versión fresca del socialismo latinoamericano.²²⁶

Resultaba evidente que el concepto de soberanía era muy significativo para Fuentes. Las naciones revolucionarias se hallaban constantemente en resistencia debido a la intromisión de fuerzas imperialistas. En el caso concreto de Cuba, ni la injerencia soviética ni la estadounidense debían permitirse, pues cada país tenía derecho a comandar sus asuntos nacionales de manera libre e independiente. Tras la crisis de octubre, el narrador mexicano afirmó que “Cuba es socialista y lo seguirá siendo. Pero Cuba también es soberana, y lo seguirá siendo.”²²⁷

El futuro ideal para Fuentes era aquel en que los regímenes revolucionarios socialistas en América Latina refrendaran la no adhesión a los frentes estadounidense o soviético. A partir de este momento, como partidario de la nueva izquierda, empezó a vislumbrar su posición neutral respecto a los bloques. Al estar la URSS imposibilitada de prestar apoyo a las revoluciones latinoamericanas –que se presentaban como impostergables–, éstas debían asegurar su posición no alineada a los bloques. La Revolución Cubana, afirmó, una vez garantizada su victoria, debería evolucionar con el tiempo hacia una posición “no comprometida con los bloques, sin sacrificar en un ápice su nueva organización socialista.”²²⁸

²²⁴ Carlos Fuentes, “Carne y cartón de Stalin” en *Política*, n 3, 5 de noviembre de 1961, p. 17.

²²⁵ Carlos Fuentes, “Socialismo sin tiranía” en *Siempre!*, n. 491, 7 de noviembre de 1962, p. 22.

²²⁶ *Idem.*

²²⁷ *Idem.*

²²⁸ Carlos Fuentes, “Socialismo sin tiranía” en *Siempre!*, n. 491, 7 de noviembre de 1962, p. 22.

Ese sería para Fuentes el socialismo auténtico en la Guerra Fría. Sin embargo, la experiencia cubana empezó a alinearse hacia la esfera soviética más pronto que tarde. Como veremos, para 1968 tras el respaldo cubano a la invasión soviética a Praga, aquella esperanza de que Cuba pudiese representar una posición no comprometida en la lucha Este-Oeste se esfumaba por completo.

El entusiasmo por la Revolución de Cuba

Para Fuentes toda revolución era universal. Las revoluciones surgían de la necesidad compartida de todas las sociedades de conseguir el beneficio popular y la autenticidad humana. Era “un paso del no ser al ser; representa la avanzada de una aspiración común a todos los pueblos: las revela y las encarna.”²²⁹ Para él, lo ocurrido en Cuba parecía ser la verdadera construcción de una revolución socialista. Su necesidad y curiosidad intelectual de manifestar que el experimento cubano podía lograr lo que la URSS no había conseguido, lo llevó a realizar una serie de escritos a favor del proyecto revolucionario de la isla. Señaló las similitudes entre ambos proyectos, como el acoso estadounidense y los notables cambios que lograron en sus estructuras organizativas. Sin embargo, también resaltó los logros de Cuba que no podían hallarse en el experimento soviético como su sistema democrático. Consideraba que la Revolución Cubana ofrecía “un ejemplo de temple e integridad” para el hombre latinoamericano, e implicaba un ejemplo para el mundo pues “el socialismo se realiza sin las aberraciones que el stalinismo impuso a la vida cultural y social.”²³⁰

La Revolución Cubana fue el referente de la independencia latinoamericana. En 1959, su insurrección armada logró derrocar al gobierno de Batista, avalado por Estados Unidos, y destruyó las viejas estructuras; una vez en el poder, llevó a cabo reformas de tintes nacionalistas opuestas a los intereses extranjeros, específicamente estadounidenses, que la convirtió en un ejemplo a seguir por el resto de sus pares latinoamericanos. Para Carlos Fuentes, uno de los logros más importantes de esta revolución fue precisamente la demolición de la estructura feudal de la isla. Dicha estructura se sostuvo por tanto tiempo debido a los privilegios de las élites cubanas y de los inversionistas estadounidenses.²³¹

²²⁹ Carlos Fuentes, “Nueve años: 1953: 1962” en *La Cultura en México*, n. 26, 15 de agosto de 1962, p. II.

²³⁰ *Idem.*

²³¹ “[...] la que añoran quienes la usufructuaban, era la libertad para aprovechar la corrupción administrativa, la libertad para hacer grandes negocios, la libertad para explotar el trabajo, la libertad para dividirse la riqueza del país con los consorcios latinoamericanos, la libertad para perpetuar la libertad colonial de Cuba, la libertad

La Revolución Cubana adquirió un aura mística al simbolizar los valores éticos de la izquierda revolucionaria latinoamericana. Se presentaba entonces como un hecho moral: la victoria de una lucha que abogó por la libertad verdadera de América Latina. No obstante, no era la libertad que pregonaban las élites y que servía como una herramienta legitimadora de prácticas que buscaban el beneficio de una casta por encima del beneficio popular. La libertad que ofrecía la Revolución Cubana, según Fuentes, era renovada y auténtica, y significaba el triunfo del pueblo cubano. La concepción moralista de Fuentes indica la trascendencia ideológica que la Revolución Cubana tuvo para él durante sus primeros años. Sin embargo, también revela un análisis arriesgado porque tal afirmación, a tan sólo unos cuantos meses de que la insurrección cubana triunfara, resultó ser muy apresurada. Tal fue su prontitud, que el entusiasmo de Fuentes no duró más de una década.

La relación entre la Revolución Cubana y la Unión Soviética entre 1959 y 1961 fue de amplia cooperación. Sin embargo, a partir de 1962 tras la crisis de octubre, el vínculo se fragmentó. Las tensiones aparecieron cuando se pusieron sobre la mesa las diferentes formas de concebir los métodos revolucionarios. Para la Cuba del foquismo guerrillero, la única vía para alcanzar la revolución era la insurrección armada, mientras que para la URSS de la coexistencia pacífica había que esperar las condiciones para crear a la revolución antes de desatar una insurrección violenta. Amén de las visiones incompatibles sobre la militancia revolucionaria también se hallaba la postura contradictoria de la URSS como potencia hegemónica, a la cual Fidel Castro caracterizó como una “debilidad ante la amenaza del imperialismo”.²³² Las vicisitudes y hostilidades entre ambas continuaron hasta 1967, cuando la asistencia soviética se hizo necesaria para la sobrevivencia cubana, lo que obligó a la Revolución Cubana a replantear sus posicionamientos respecto al socialismo soviético.

Como señala Rojas, durante la transición al socialismo de la Revolución Cubana, por lo menos hasta 1976, el proyecto cubano consolidó los cambios del nuevo régimen. Se

para traficar con drogas, prostitución y juego, la libertad para imprimir periódicos venales y antipatriotas, la libertad para asesinar estudiantes, campesinos y obreros, la libertad para obedecer a una veintena de corporaciones extranjeras, la libertad, la libertad del latifundio, la enfermedad el bohío, y el ‘plan de machete’. Para el escritor, para el artista, para el intelectual, fue una era, cuando no de persecución, tortura o muerte, de abulia creadora, de limitada resonancia pública, de componenda obligada con la corrupción reinante. La gloria artística se ganaba con el silencio.” *Ibidem*, p. II.

²³² Rafael Pedemonte, *Guerra por las ideas en América Latina, 1959-1973. Presencia soviética en Cuba y Chile* (formato EPUB), Santiago de Chile, Universidad Alberto Hurtado, 2020.

alteraron las estructuras sociales, económicas y culturales.²³³ Durante esta etapa el modelo cubano se volvió atractivo, pues parecía ser eficaz. El derrocamiento del antiguo régimen, las distintas reformas de tinte nacionalista, el involucramiento popular, la promesa democrática, fueron tan sólo algunas de las medidas revolucionarias que más entusiasmaron a Fuentes. Era la realización de una auténtica revolución socialista en el continente. Sin embargo, a partir de 1967, la praxis de la revolución se modificó. La “ofensiva revolucionaria” provocó una nueva atmósfera caracterizada por la intransigencia ideológica, la censura, y la hegemonía del marxismo-leninismo ortodoxo de corte soviético.²³⁴ El área cultural fue profundamente sacudida, razón por la cual Fuentes comenzó a distanciarse del proyecto.

Carlos Fuentes en La Habana

La Revolución Cubana implicó una revolución a nivel cultural. Como se mencionó previamente, la experiencia cubana provocó que decenas de artistas, intelectuales y periodistas de todo el mundo transitaran por la isla. En agosto de 1959, Carlos Fuentes viajó de nueva cuenta a La Habana para participar como jurado del Primer Congreso Literario Hispanoamericano convocado por Casa de las Américas. Acompañado de Miguel Ángel Asturias, Nicolás Guillén, Alejo Carpentier, Fernando Benítez, entre otros, y tuvo la oportunidad de conocer, en primera persona y de la mano de Fidel Castro, los logros de la Revolución.²³⁵ Este viaje significó para Fuentes la posibilidad de observar personalmente la revolución que tanto defendía. A su regreso a México, en medio del frenesí, narró detalles sobre su experiencia en diversas columnas y entrevistas. Sus anécdotas y observaciones tuvieron un común denominador: el entusiasmo por los logros sociales de Cuba y la esperanza de que su revolución socialista se consolidara. Durante su visita, tuvo la oportunidad de presenciar los mítines revolucionarios en la Plaza Cívica de La Habana a que asistieron diversos invitados y líderes políticos internacionales como Lázaro Cárdenas. Además, acompañó a Fidel Castro en la entrega de casas para campesinos e inauguración de

²³³ Rojas, *Historia mínima...*, p II.

²³⁴ Rojas, *Historia mínima...*, p. 156-172.

²³⁵ Sara Moiron, “Una respuesta a lo que todo el mundo se pregunta sobre Cuba. Entrevista con Carlos Fuentes” en México en la Cultura, *Novedades*, n. 569, 7 de febrero de 1960, p. 1.

tiendas populares. Estas vivencias le produjeron una afinidad casi inmediata hacia el proyecto revolucionario, circunstancia que lo llevó a ensalzar sus principales medidas.

Me interesa recalcar aquellas cualidades de la Revolución Cubana que llevaron a Carlos Fuentes a entusiasmarse por el proyecto cubano. Como señalé en la introducción de este apartado, Fuentes observó en la Revolución Cubana los elementos populares más identificables de la Revolución Mexicana, como la reforma agraria o educativa. Los logros sociales más extraordinarios del experimento cubano harían que el escritor mexicano mantuviera su respaldo al proyecto revolucionario incluso posterior a su ruptura con el campo intelectual cubano en 1971. Estos aspectos y el carácter antiimperialista de la Revolución Cubana serían los elementos que conformarían la solidaridad de Fuentes con la Cuba de 1960.

En sus crónicas, Fuentes explicó las diversas reformas y programas sociales; reveló los altibajos que sufrió la Revolución en sus primeros meses, los cuales pudo superar y dar frutos más allá de las expectativas. En temas educativos y financieros, el escritor mexicano estaba sorprendido por los niveles de transformación y progreso alcanzados por el gobierno revolucionario. Se encargó, incluso, de recopilar cifras y estadísticas que lo demostraban de manera objetiva.²³⁶ Admiraba la reforma agraria que, aseguraba, tenía influencia de la Revolución Mexicana y aseveró que se llevaba a cabo de manera ordenada y con buenos resultados.²³⁷ Cuba, señaló, tenía una situación privilegiada para desarrollarla, pues sus tierras poseían una riqueza extraordinaria y no existía presión demográfica. Los resultados, dijo, eran evidentes: la zafra del año era abundante, se diversificó la agricultura y, por tanto, se habían producido los alimentos base para el pueblo cubano, además de dar empleo a los obreros de tiempo muerto que, terminada la zafra, no tenían más que hacer.²³⁸

En 1960, el narrador mexicano creía que lo acontecido en Cuba era un verdadero experimento libertario:

Después de muchos años de políticos que lo engañaban, agradece que, por fin, un gobierno le diga lo que realmente está pasando, que lo tenga al tanto de todos los problemas públicos. Y déjame decirte una cosa: SI LA POLÍTICA ES ENGAÑO, RETÓRICA Y SIMULACIÓN, FIDEL ES UN MAL POLÍTICO. PERO SI LA POLÍTICA ES HABLAR EL LENGUAJE QUE ENTIENDE EL PUEBLO, CLARA Y HONRADAMENTE, FIDEL ES UN GRAN

²³⁶ En un año, aseguró Fuentes, el gobierno revolucionario recuperó 400 millones de dólares de los bienes malversados del gobierno de Batista que equivalía, según Fuentes, a una suma superior a la reserva monetaria de México. *Idem*.

²³⁷ *Ibidem*, p. 11.

²³⁸ “La reforma agraria, en síntesis, es un éxito... ¡un éxito sensacional!” *Idem*.

POLÍTICO. LO QUE HA HECHO FIDEL –SIMPLEMENTE– ES MATAR EL MAQUIVELISMO POLÍTICO.²³⁹

Fidel Castro encarnó una imagen protectora que “personifica el ideal popular del cambio social y político, es quien logra una comunicación directa con sus conciudadanos, aun cuando el contacto sólo se desarrolle mediante referencias, a través de imágenes visuales, o bien por la transmisión que de boca en boca exaltó la lucha castrista.”²⁴⁰ La figura del líder cubano apareció pocas veces en las columnas de Carlos Fuentes en la década de 1960. Fueron en sus primeras crónicas donde el escritor destinó un espacio importante para abordar la personalidad de Castro y de cómo éste representaba el valor y el lenguaje del pueblo cubano. Afirmó que en Cuba “todos dicen lo que quieren y critican abiertamente al Gobierno, cuando no están de acuerdo con algo.”²⁴¹ Narró las apariciones de Castro en la televisión en que respondía a todas las críticas, inclusive de los “rabiosos anticomunistas”. El pueblo cubano, señaló Fuentes, agradeció las intervenciones de Castro, pues simbolizaban su liderazgo político y revolucionario.

Como hombre de letras, el narrador mexicano también resaltó lo que Cuba había conseguido a nivel cultural. Le resultó sorprendente el interés que avivó la revolución por la cultura; atestiguó el deseo del pueblo cubano por aprender, su asistencia desbordada a conferencias, pláticas y mesas redondas. Para él, Cuba demostraba que ser culto significaba ser libre. Al acercar el conocimiento al pueblo, éste se liberaba de las barreras mentales y de la ignorancia; así alcanzaba la libertad:

Ha habido una gran reforma de la enseñanza y una reorganización administrativa a fondo. [...] El gobierno de la Revolución, en un año apenas, [...] ha construido doce mil aulas, y ha convertido los cuarteles en escuelas: ha reorganizado el magisterio y todo aquel dinero que se fugaba en prebendas para los favoritos, se utiliza para producir cuadernos y libros de texto – y vieras qué hermosos son– gratis para el pueblo. Encontré [...] algo que para mí, es de una gran trascendencia: las reformas en la educación secundaria. Al lado de los cursos normales, se han creado los Consejos Estudiantiles de Cursos [...] estos Congresos son verdaderamente foros de educación social, en los que el muchacho, desde los 13 años, se compenetra de los problemas reales de su país.²⁴²

²³⁹ *Idem.*

²⁴⁰ Enrique Camacho Navarro, “Imágenes e imaginarios de la Revolución cubana” en *Pensar las revoluciones. Procesos políticos en México y Cuba*, México, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe - Universidad Nacional Autónoma de México, 2011, p. 147.

²⁴¹ *Idem.*

²⁴² *Idem.*

La reforma educativa cubana le pareció fundamental. Al igual que la Revolución Mexicana, el proyecto cubano puso en marcha una serie de medidas para erradicar el analfabetismo. Asimismo, la reforma permitió que los jóvenes cubanos tuvieran acceso a una educación crítica. Los estudiantes, narró Fuentes, eran conscientes sobre su acontecer; discutían con sus profesores, independientemente de sus asignaturas, sobre los problemas sociales y económicos de Cuba.

Esta renovación cultural también se dio a nivel artístico. Para Fuentes, los artistas cubanos y latinoamericanos tenían una misión histórica: ser solidarios con la Revolución Cubana. Al conjugar en plena libertad sus tareas creadoras y humanas, los artistas cumplían con su fidelidad hacia el pueblo. Con esta afirmación, Fuentes implicó que el creador tenía la obligación de que su labor artística debía vincularse con su respaldo hacia la revolución. De esa manera se alineaba con las directrices del proyecto cultural cubano en sus primeros años:

Jamás había asistido Cuba a un florecimiento comparable de las letras, la pintura, la música, la danza, la arquitectura, el teatro, el cine. Los mejores están allí, con su variedad expresiva y su arraigo nacional. Están con un pueblo que, como en toda Revolución verdadera, ha roto los claustros mentales, sociales, físicos, de una larga enajenación, ha descubierto su identidad, su rostro verdadero. La Revolución y la Cultura, unidas, son el bautizo de los hombres anónimos, el encuentro de un pueblo con su ser auténtico.²⁴³

Esta postura temprana de 1959 se transformó en un par de años. Para 1965, Fuentes asumió que el quehacer artístico no debía involucrarse con el compromiso político. Así el escritor mexicano se deslindaba de las directrices del proyecto revolucionario cubano.

Durante los primeros meses de la Revolución y previo a la declaración de su carácter marxista-leninista en 1961, Fuentes también replicó en sus crónicas las acusaciones sobre la existencia de una Cuba comunista. En su defensa afirmó que la Revolución Cubana había sido una revolución típica latinoamericana, que no mantenía relaciones con la URSS, al menos no como otros países; y que no había comunistas en el gobierno. Dichas acusaciones se basaban en una errónea lectura y en una clara estrategia de propaganda contrarrevolucionaria. Aceptar que Cuba, la revolución auténticamente socialista, era de carácter marxista-leninista implicaba aceptar también que su cercanía a la URSS era una

²⁴³ Carlos Fuentes, “Nueve años: 1953: 1962” en *La Cultura en México*, n. 26, 15 de agosto de 1962, p. II.

realidad. En la construcción de su imaginario antidogmático y heterodoxo, admitir este escenario era impensable para inicios de la década de 1960.

Los estados que adoptaron el comunismo en la segunda mitad del siglo XX, como señala Hobsbawm, estuvieron dirigidos por partidos comunistas de corte estalinista.²⁴⁴ Esto provocó que se les adjudicara la ferocidad que Stalin había significado para el sistema soviético. Fuentes, que había sido un crítico férreo de las acciones autócratas y antiliberales del exlíder soviético, se dispuso a demostrar que la Cuba revolucionaria no tenía relación alguna con el estalinismo.

Por un lado, señaló que, a diferencia del resto de los países socialistas, en Cuba la revolución no la comandaba el partido comunista. Ni siquiera, afirmó, había comunistas en el gobierno. Resultaba muy fácil “colgarle el sambenito del comunismo”²⁴⁵ por la existencia de las cooperativas de consumo y las tiendas populares.²⁴⁶ Por el otro, la relación con el clero establecida por el gobierno revolucionario cubano podía demostrar la notable distancia que existía, según Fuentes, con el comunismo. La gente de Cuba era católica y “disfruta de la más absoluta libertad –de creencias y de culto–”.²⁴⁷ Además, el clero cubano aplaudió las diversas medidas revolucionarias. La presencia del comunismo en Cuba databa de tiempo atrás y “nadie se asustó, nadie dijo nada, nadie habló de penetración comunista en América.”²⁴⁸ Por esa razón, le resultó evidente que sólo se trataba de una maquinaria propagandística que tenía como objetivo desprestigiar a la Revolución y crear un ambiente de peligro y de maniqueísmo en América Latina para que se considerara lo bueno como comunista y lo malo como anticomunista.

Su postura se suavizó después de 1961, cuando Castro adoptó la línea marxista-leninista. Además de evidenciar sus diferencias con el socialismo soviético, Fuentes se dedicaría a defender dicha línea de sus detractores, quienes la acusaban de totalitaria con el objetivo de intervenir en la política cubana: “Fidel Castro puede declararse marxista-leninista, existencialista, newtoniano, aristotélico o atomista: con ello ni justifica una

²⁴⁴ Hobsbawm, *Historia del siglo...*, p. 394.

²⁴⁵ Sara Moiron, “Una respuesta a lo que todo el mundo se pregunta sobre Cuba. Entrevista con Carlos Fuentes” en México en la Cultura, *Novedades*, n. 569, 7 de febrero de 1960, p. 11.

²⁴⁶ *Idem.*

²⁴⁷ *Idem.*

²⁴⁸ *Idem.*

intervención contra Cuba ni viola un solo ordenamiento de los pactos interamericanos.”²⁴⁹ Sin duda, se puede afirmar que la idea de una Cuba marxista-leninista no era del agrado para Fuentes, sobre todo por lo que esto implicaba de acuerdo con la experiencia soviética. Sin embargo, para el escritor mexicano resultaba de mayor importancia recalcar su postura antiintervencionista antes de ejercer alguna crítica hacia el modelo adoptado por la Revolución Cubana.

Otro elemento importante del discurso de Fuentes sobre el proyecto cubano en estas primeras crónicas fue el espacio que le destinó al análisis sobre la democracia cubana. En la segunda mitad del siglo XX, una parte de la izquierda latinoamericana y de sus intelectuales, que se encontraban decepcionados de las instituciones tradicionales de la política, como la democracia parlamentaria y los partidos políticos²⁵⁰ —específicamente el comunista, al que consideraban servil a la línea del PCUS (Partido Comunista de la URSS) —, vieron la necesidad de una nueva vía de acción: “la convicción de que solo una revolución violenta podía conducir a un socialismo auténtico.”²⁵¹

Recordemos que Fuentes era un fiel partidario de la opción socialista a través de la vía civil, no de la insurrección violenta. Para él, la democracia sólo existiría bajo el “consenso, de un encuentro racional de la voluntad descendente del Estado con la voluntad ascendente del pueblo.”²⁵² Este consenso era inexistente en la vida política paternalista de México, pero no parecía serlo en la Revolución Cubana. Dentro de las propuestas más sustanciales y modernizadoras de su programa político estaba el derecho a la libertad civil.

Según Víctor Manuel Camposeco, en enero de 1959 Carlos Fuentes viajó a La Habana para ser partícipe de la Operación Verdad.²⁵³ Fidel Castro convocó a una convención de periodistas a nivel continental con el objetivo de responder a la “campaña de desprestigio” en contra de la Revolución Cubana por parte de la prensa cubana y principalmente de las agencias periodísticas estadounidenses *Associated Press* y *United Press*.²⁵⁴ Para Camposeco, la Operación Verdad tuvo como propósito la fundación de *Prensa Latina*, instrumento

²⁴⁹ Carlos Fuentes, “El pueblo mexicano va a Punta del Este” en *Política*, n. 41, 1 de enero de 1962, p. 16.

²⁵⁰ Gilman, *Entre la pluma...*, p. 63.

²⁵¹ *Ibidem*, p. 50.

²⁵² Carlos Fuentes, “Diálogos de sombra” en *México en la Cultura*, n. 514, 18 de enero de 1959, p. 5.

²⁵³ Víctor Manuel Camposeco, *op. cit.*, p. 234.

²⁵⁴ Eugenio Suárez Pérez y Acela Caner Román, “La conferencia de prensa más grande del mundo”, *Granma* (sitio web), Cuba, enero 2016, <http://www.granma.cu/cuba/2016-01-21/la-conferencia-de-prensa-mas-grande-del-mundo-21-01-2016-21-01-04> (consulta: 25 de marzo de 2018).

propagandístico de la Revolución y “destruir la prensa libre y la libertad de expresión en Cuba.”²⁵⁵ La participación de Fuentes en dicha convención, dice el autor, provocó que no se pronunciara en contra y que, al contrario, se desbordara en elogios hacia la Revolución Cubana, por lo menos en sus primeros tres años.²⁵⁶ No obstante, Camposeco no reprodujo la postura de Fuentes ante la situación de la prensa en la isla y los ataques recibidos desde el exterior.

En sus crónicas, Carlos Fuentes narró que pudo percatarse de que todos “los partidos políticos democráticos están funcionando libremente, y la libertad de expresión es absoluta.”²⁵⁷ Para él, el hecho de que la prensa, la radio y la televisión no tuvieran trabas para el ejercicio de la libre expresión y de la crítica, y que se realizaran elecciones sindicales, legislativas y presidenciales, sólo significaba la refrendación de la libertad civil y de la democracia del proyecto revolucionario. Además, para Fuentes resultaba evidente la existencia de una prensa contrarrevolucionaria financiada por Estados Unidos. Exhibió su molestia por la existencia de periodistas “miserables y mentirosos” que durante el gobierno de Batista recibieron dinero a cambio de escribir editoriales que promocionaran “el asesinato y el pillaje” del “gran demócrata”.²⁵⁸

En febrero de 1960, se cuestionó a Fuentes del porqué Fidel Castro no había convocado a elecciones. El escritor afirmó que el líder cubano tenía toda la razón en no hacerlo. El pueblo cubano, señaló, no las quería ni necesitaba en ese momento. La democracia era necesaria e inevitable, pero para alcanzarla por completo había primero que lograr el desarrollo en ciertas áreas:

Cuba ha aprendido bien su lección. Sabe que primero hay que consolidar la Revolución, las conquistas sociales que ha iniciado. Sabe que la democracia tiene que surgir de un pueblo con mayor nivel de vida, con mayor educación, y que así, solamente así, podrá aspirar a la auténtica democracia. En otras palabras, primero reforma agraria, educación popular, aprovechamiento de los recursos propios, creación de un mercado interno, industrialización nacional y después, la democracia. Y no al revés. El pueblo cubano —y esto lo puede observar

²⁵⁵ Víctor Manuel Camposeco, *op. cit.*, p. 234.

²⁵⁶ *Ibidem*, p. 234-235.

²⁵⁷ Carlos Fuentes, “Diálogos de sombra” en *México en la Cultura*, n. 516, 1 de febrero de 1959, p. 5.

²⁵⁸ Moiron, “Una respuesta a lo que todo el mundo...”, p. 11. Tras el triunfo de la revolución, estos periodistas se aliaron con la contrarrevolución y defendieron, a través de sus líneas, los intereses de quienes se vieron afectados. No obstante, después de ser enfrentados por los trabajadores de los diarios, como ocurrió con Jorge Zayas, salieron de Cuba hacia Miami donde dirigieron algunos periódicos propagandísticos con el objetivo de hacerse pasar como víctimas de persecución del régimen de Castro Jorge Zayas, director del periódico cubano *Avance*, migró a Miami tras el triunfo revolucionario. Ahí, publicó artículos difamatorios contra Castro en el *Miami Herald*. Fernando Benítez, “La libertad de prensa no es la libertad de venderse al mejor postor” en *Política*, n. 3, 1 de junio de 1960, p. 16. Moiron, “Una respuesta a lo que todo el mundo...”, p. 1.

cualquiera— guarda un sabor amargo y un muy triste recuerdo de la democracia parlamentaria que en Cuba, no resolvió nunca ningún problema a fondo.²⁵⁹

En América Latina, afirmó, existían constituciones democráticas-liberales, pero no una democracia real vigente, debido a la permanencia de la estructura semifeudal que sólo podría ser transformada a través del socialismo:

[...]capaces de utilizar racionalmente los recursos propios, independizarlos del dominio norteamericano, rescatarlo de los usufructos de las oligarquías puede llegarse, primero, la distribución equitativa de la riqueza, a la planificación conjunta de la economía y de la educación, al dominio popular de los medios de producción y, en seguida, al ejercicio real de la democracia por ciudadanos educados, alimentados, dueños de su nación. ¿Sacrificio de la democracia? ¿Cómo va a sacrificarse lo que no se tiene? Se trata, por lo contrario, de crear las condiciones reales, sociales y económicas para que tengamos una democracia de carne y hueso, no una democracia de papel y cartón.²⁶⁰

Le resultaba importante defender el espíritu democrático del socialismo de quienes lo catalogaban dentro del totalitarismo. Éstos, con el objetivo de denostar el triunfo de la Revolución Cubana, afirmaban que la democracia era opuesta al marxismo-leninismo e identificaban a las monarquías del Antiguo Régimen con los gobiernos comunistas actuales. Para Fuentes, la comparación resultaba históricamente inadmisibile. La monarquía, afirmó, era un orden establecido y de fuerza conservadora, el otro, un impulso revolucionario y de transformación:

Las ideas progresistas siempre han parecido excesivas frente al orden establecido: han debido ser excesivas si querían ser revolucionarias. La monarquía en efecto constituía el orden establecido de una vieja sociedad: ¿debieron los revolucionarios franceses, y los de América que se nutrieron de ideas exóticas de Rousseau, Montesquieu y del enciclopedismo, haber sometido sus proyectos de transformación al buen juicio del orden conservador? No hubieran sido, en este caso, revolucionarios, ni hubiese prosperado su acción transformadora.²⁶¹

La democracia representativa latinoamericana defendida por los enemigos de la Revolución Cubana, señaló Fuentes, no era más que un espejismo. Se le defendió como si fuera “la norma divina y providencial” y la instancia habitual del sistema interamericano. Se acusó a Cuba de alejarse del sistema democrático latinoamericano y de ser una “dictadura totalitaria y exótica del marxismo-leninismo”. Sin embargo, “la realidad se venga de la ficción”.²⁶² Los militares

²⁵⁹ *Idem.*

²⁶⁰ *Idem.*

²⁶¹ Carlos Fuentes, “La postura de México” en *Política*, n. 43, 1 febrero 1962, p. 18.

²⁶² Carlos Fuentes, “Dos meses después de Punta del Este” en *Política*, n. 47, 1 de abril de 1962, p. 13.

latinoamericanos impedían las elecciones, y, con el apoyo de las fuerzas armadas estadounidenses, se jactaron de defender las instituciones de la democracia representativa.

Por ende, afirmó Fuentes, estas fuerzas insistieron en desacreditar al socialismo. Su discurso buscó crear una incompatibilidad entre la revolución, la democracia formal y el capitalismo, “flacas fachadas del feudalismo y el coloniaje en América; limita el concepto de democracia porque lo hace coincidir con un sistema político y económico excluyente de nuevas formas.”²⁶³ Esta tesis al negar el sentido democrático del socialismo, “cierra las puertas al futuro”.²⁶⁴ Su postura sobre la democracia y socialismo cubanos se nutría de su perspectiva antiintervencionista y, por ende, de su profunda defensa de la autodeterminación de las naciones.

La brújula de la Revolución Cubana: el descongelamiento de la Revolución Mexicana

La Revolución Mexicana fue un tema recurrente en la retórica de Carlos Fuentes. Tanto en su obra literaria como en sus análisis políticos, la Revolución Mexicana ocupó un papel relevante debido a su trascendencia histórica y reformadora, así como a su evolución pendiente. Para Fuentes, la Revolución Mexicana perdió su brújula.²⁶⁵ Se convirtió en un discurso nostálgico, conmemorativo y oficial que tanto gobierno como artistas e intelectuales gustaban repetir.

Fuentes fue un crítico fehaciente del discurso del nacionalismo posrevolucionario oficial, situación que fue más evidente después de 1964 y que será relatado en los posteriores capítulos. Como miembro de su campo intelectual –‘la mafia’–, aprovechó la tribuna de sus suplementos culturales para denunciar a los artistas que representaban los logros de la Revolución Mexicana en su arte; los acusó de utilizar una retórica oficialista y pseudopatriótica. El nacionalismo cultural emanado de la Revolución Mexicana y presentado como ideología oficial por el gobierno, se había convertido en un retroceso.

Reconoció la importancia que la Revolución Mexicana tuvo para el país y el resto del continente. Sus aspectos más trascendentales como la reforma agraria, las transformaciones laborales y educativas, la defensa de la soberanía y la creación de una constitución, le otorgó

²⁶³ Carlos Fuentes, “La postura de México” en *Política*, n. 43, 1 febrero 1962, p. 18.

²⁶⁴ *Ibidem*.

²⁶⁵ “Los presos mexicanos son las víctimas de una revolución que ha perdido su brújula”. Carlos Fuentes, “Revolución sin brújula” en *Política*, n. 1, Volumen 1, 1 de mayo de 1960, p. 16.

un prestigio a su política internacional que le permitió “ganar batallas y encauzar tendencias”.²⁶⁶ Además, gracias a su revolución México supuso que había logrado superar la etapa feudal en que todavía se hallaban los demás países de la región. Sin embargo, aunque la Revolución Mexicana se había afirmado como un logro irreversible, muchos de sus propósitos no se habían logrado concretar, lo que alentó el proceso revolucionario, y otros debían abandonarse definitivamente.²⁶⁷

Señaló que, aunque el proyecto de la Revolución Mexicana fue ejemplar, careció de una filosofía política original, por lo que, desde su institucionalización, el paternalismo se convirtió en el estilo del gobierno mexicano y en un elemento peligroso para su proceso histórico. El gobierno justificó su política paternalista debido a que “el pueblo mexicano sería incapaz de gobernarse democráticamente, y requeriría la vigilancia y el encauzamiento paternos.”²⁶⁸ Ésta, tal vez, es una de las críticas más recurrentes de Fuentes y uno de los aspectos que más le preocupaban, la percepción de un sistema democrático inexistente a diferencia del que veía en Cuba.

En cambio, la Revolución Cubana no sólo acogía los elementos populares más trascendentales de la Revolución Mexicana, sino que iba más allá; destruyó la estructura paternalista y oligárquica existente y prometía ser un verdadero movimiento emancipador y democrático, o al menos eso parecía. Se convirtió en un ejemplo a seguir para el resto de los países latinoamericanos, inclusive para México. Resaltó que una de las diferencias más claras entre la Revolución Mexicana y la Revolución Cubana era la destrucción del ejército y la policía de la dictadura que realizó la segunda. Desde su perspectiva, el error capital de Francisco I. Madero fue mantener intacta la organización militar del porfiriato, pues “entregó la Revolución a sus enemigos. Y sacrificó, de inmediato, su gobierno y su persona.”²⁶⁹ Es decir, a diferencia de México, el proyecto revolucionario cubano eliminó todo rastro de la estructura castrense de la dictadura que pudiera convertirse en alguna amenaza para el nuevo régimen.

Para el escritor, “los ejércitos latinoamericanos siempre han sido el arma de la tiranía.” Por esa razón, la revolución que buscara triunfar debería eliminar a los ejércitos

²⁶⁶ Carlos Fuentes, “Diálogos de sombra” en *México en la Cultura*, n. 514, 18 de enero de 1959.

²⁶⁷ Carlos Fuentes “México otra vez en el banquillo de los acusados” en *Siempre!*, n. 578, 22 de julio de 1964, p. 12.

²⁶⁸ *Idem.*

²⁶⁹ Carlos Fuentes, “Diálogos de sombra” en *México en la Cultura*, n. 515, 25 de enero de 1959, p. 5.

tradicionales que podrían conspirar en su contra para regresar al poder. De acuerdo con Fuentes, la eliminación de los jefes militares de la dictadura de Batista demostró que “el movimiento cubano es una verdadera Revolución”. Sin esto, la revolución hubiera fracasado: “la Revolución Cubana superó a la nuestra: aquí no habrá Victoriano Huerta.”²⁷⁰ Madero logró éxitos que transformaron la “vida colectiva, libertad irrestricta de pensamientos e independencia del Congreso.” Sin embargo, si la prensa y las cámaras legislativas se violentaron contra él, fue consecuencia de su error capital: permitir la “subsistencia de la organización porfirista.” Fidel Castro, reviró Fuentes, “hizo lo que Madero debió hacer: liquidar desde la base la herencia de la dictadura.”²⁷¹

México, el “país que, a los ojos de Hispanoamérica, representa la victoria liberal y laica sobre las fuerzas que todas las naciones hermanas padecen aún [...]”²⁷², el “otro país “revolucionario” de América, el país de la reforma agraria y el estatuto obrero y la nacionalización del petróleo”²⁷³, tenía la oportunidad, según Fuentes, de demostrar que su Revolución era algo más que una conmemoración nostálgica. Por lo tanto, tenía la obligación histórica de ser solidario con la Revolución Cubana. Cuba debía aprender de la experiencia diplomática mexicana. “La Revolución Mexicana se ganó, en buena parte, en largas mesas de conferencia diplomática, retrocediendo o avanzando de acuerdo con la conveniencia y el propósito fijo de salvar siempre un mínimo de posibilidades reales.”²⁷⁴

A pesar de su apoyo al proyecto revolucionario cubano, Fuentes no se fiaba por completo. Celebraba que se hubieran dado los primeros pasos para destruir el “arma de la tiranía”, sin embargo, sabía que todavía quedaba “la tarea de reforma y construcción revolucionarias.” Porque había “una enorme distancia entre el programa y la realidad”. El objetivo del gobierno revolucionario cubano debía ser salvar a la revolución, “sin prisa, pero sin pausa, sin perder de vista las limitaciones que la geografía y el momento internacional imponente”.²⁷⁵

En su primera etapa, la Revolución Mexicana encumbró principios similares. México se había convertido en un referente de la defensa de la soberanía nacional para el resto del

²⁷⁰ *Idem.*

²⁷¹ *Idem.*

²⁷² Carlos Fuentes, “Diálogos de sombra” en *México en la Cultura*, n. 514, 18 de enero de 1959, p. 5.

²⁷³ Carlos Fuentes, “Diálogos de sombra” en *México en la Cultura*, n. 518, 13 de febrero de 1959, p. 2.

²⁷⁴ *Idem.*

²⁷⁵ *Idem.*

continente. Luego, sus elementos populares más importantes fueron encumbrados por la Revolución Cubana. En el proceso, la Revolución Mexicana perdió el rumbo. Se convirtió en retórica conmemorativa. Este es el punto de partida de la postura de Carlos Fuentes. Para él, la Revolución Cubana venía a llenar el espacio en blanco que México dejó en el rompecabezas latinoamericano.

La Revolución Cubana parecía ser la única y verdadera revolución. Rompió de tajo con la estructura oligárquica existente. Formuló un programa revolucionario que se basaba en el bien común y en la participación democrática. No obstante, todavía era una revolución joven que podía aprender de los errores y logros de su hermana mayor, la Revolución Mexicana. Para él, la bandera antiimperialista, reformadora, y aparentemente democrática de la Revolución Cubana resultaba atrayente y necesaria de alentar. Además, la oportunidad que representaba para las prácticas intelectuales era avasalladora, pues permitía, además de debatir sobre el futuro de la revolución continental, analizar la situación existente en México, su postura internacional y los logros inconclusos de la Revolución Mexicana.

Respecto a la “campana de desprestigio” que sufría la Revolución Cubana, recordó que México, durante su Revolución, había experimentado lo mismo. “Cuando Carranza, Obregón y Villa procedieron a hacer lo que Madero no tuvo inteligencia de hacer, la prensa internacional [también] se llenó de encabezados amarillentos, de santa indignación editorial, de fotografías de los fusilamientos. Y cuando “Obregón y Calles y Cárdenas, trataron de llevar la Revolución a la práctica, la presión de los intereses afectados se ejerció sin tregua.”²⁷⁶ Se presentó a los mexicanos como bárbaros, sanguinarios y sin ley. Algo parecido ocurría en Cuba porque una “auténtica Revolución hispanoamericana afecta singulares y poderosos intereses [...]”²⁷⁷

Uno de los presidentes posrevolucionarios más admirados por Fuentes fue Lázaro Cárdenas. Según narra en sus crónicas, lo conoció en 1959 en su viaje a Cuba. Su primera impresión del general Cárdenas fue la de un hombre de carácter y de confianza que merecía su reconocimiento y el del pueblo mexicano. Cárdenas, protagonista de un gobierno que puso fin al Maximato, que llevó a cabo una política educativa con tintes socialistas y defendió la

²⁷⁶ Carlos Fuentes, “Diálogos de sombra” en *México en la Cultura*, n. 515, 25 de enero de 1959, p. 5.

²⁷⁷ *Idem.*

soberanía nacional tras la expropiación petrolera, era atacado, según Fuentes, por una multitud mexicana que no logró “articular los hechos aislados con las ideas históricas.”²⁷⁸

Además, sus enemigos también eran incapaces de entender la labor de un estadista en la democracia. Para Fuentes, Cárdenas poseía una “generosa confianza en el pueblo. La fe inquebrantable en que lo mejor de los hombres triunfa siempre sobre lo peor. La simpatía hacia la juventud. La entereza moral.”²⁷⁹ La salud democrática de un país no puede ser obra de un solo hombre. Para él, Cárdenas logró materializar las necesidades del pueblo a quien corresponde salvaguardar los intereses democráticos. No obstante, en el caso de México, le resultó innegable que la ciudadanía decidió renunciar a la opción de “ejercer los derechos que le son propios y confiar con desmesura en la eventual decisión de un árbitro presidencial inapelable.”²⁸⁰

El narrador mexicano sostuvo que la figura de Cárdenas, como líder social y político, era respaldada por el pueblo cubano. Veían en él a un vocero de la revolución democrática latinoamericana. Como sostiene Camacho Navarro, una parte fundamental del apoyo al castrismo recibido desde México nació en torno a la figura de Cárdenas.²⁸¹ Su presencia en la isla era fundamental no sólo para reconocer la influencia de la Revolución Mexicana, sino también para que en México y en el resto del continente se percibiera la naturaleza libertaria de la Revolución Cubana:

Al regresar Cárdenas a México, el peligro de una intervención extranjera en Cuba se había detenido; un consenso de opinión apoyaba en Latinoamérica la lucha libertaria de Cuba; y millones de hombres habían comprendido la naturaleza real de la Revolución Cubana, el carácter común del destino hispanoamericano, y la justicia que asiste al escueto deseo de mejoramiento de nuestros pueblos. Pocas veces ha dado un hombre tanto a tantos en tan poco tiempo.²⁸²

Por esa razón, cuando Lázaro Cárdenas se presentó junto a Fidel Castro en un evento multitudinario en 1959, Fuentes observó que el júbilo cubano fue colosal. Ahí, el exmandatario mexicano apeló a la trascendencia de la revolución en América Latina que venía a finiquitar las revoluciones independentistas del siglo XIX. Abogó por la necesidad

²⁷⁸ Carlos Fuentes, “Las horas de Cuba” en México en la Cultura, *Novedades*, n. 543, 9 de agosto de 1959, p. 3.

²⁷⁹ *Idem.*

²⁸⁰ *Idem.*

²⁸¹ “Se consideraba a Cuba como ejemplo de un gobierno democrático, nacionalista y popular.” Camacho Navarro, “Un nacionalista mexicano...”, p. 471.

²⁸² *Idem.*

de la independencia económica de las naciones latinoamericanas y por su evolución democrática. Cárdenas “razona, apela al sentimiento democrático del pueblo norteamericano, pero afirma sin reticencias nuestra postura intervencionista.”²⁸³ Para Fuentes, el general Cárdenas era el vivo ejemplo de que la Revolución Mexicana todavía respiraba. No olvidemos que, para la nueva izquierda mexicana, el momento cumbre de la izquierda en el país había sucedido durante el cardenismo, por lo que no resulta sorprendente que el escritor mexicano encumbrara la figura de Cárdenas como un símbolo revolucionario latinoamericano.

La reforma agraria de la Revolución Cubana le hizo recordar a la reforma agraria de la Revolución Mexicana. Por ello, manifestó, era inevitable pensar en la lucha de Emiliano Zapata y los agraristas mexicanos quienes se unieron a la revolución: “Esta mañana en La Habana, Zapata encabeza a toda Cuba, a toda Hispanoamérica: es como si nadie hubiera muerto en Chinameca. Esta es la revolución sin traición, sin derrota posible.”²⁸⁴

México, a diferencia del resto de América Latina, había destruido su estructura feudal con la Revolución de 1910. “[...] el latifundio, de explotación irracional y de ausentismo de propietarios, la servidumbre fatal del campesino, la fragmentación del país en claustros cerrados, la inexistencia de industrias, la falta de diversificación económica, han desaparecido.”²⁸⁵ Sin embargo, medio siglo después se encontraba en una “etapa de despegue” en su desarrollo económico y su sistema esencialmente capitalista había sido incapaz de compensar todas las promesas de su revolución. México debía, afirma Fuentes, luchar contra la explotación capitalista del campesinado, equilibrar su oferta de empleo de acuerdo con la explosión demográfica y regular al sector privado.²⁸⁶

En realidad, la Revolución Cubana funcionó como incentivo para releer a la Revolución Mexicana. A través de ella, Fuentes descongeló los logros y enfatizó las deudas pendientes de la lucha revolucionaria de 1910. En sus crónicas aprovechó el tema de Cuba para realizar críticas al estilo paternalista mexicano, a su nacionalismo revolucionario, su postura diplomática y a lo que, como Estado posrevolucionario, había dejado de hacer. Arrojó en Cuba sus esperanzas para fomentar la transformación en México. Como fiel partidario de

²⁸³ *Idem.*

²⁸⁴ *Idem.*

²⁸⁵ *Ibidem*, p. 14.

²⁸⁶ *Idem.*

la revolución popular y democrática, nunca planteó que la vía para resolver los problemas en el país fuera la insurrección violenta. En Cuba era permisible debido a la estructura feudal y semicolonial existente previa a la Revolución, pero para México, que ya había sufrido un proceso revolucionario a principios del siglo XX, la vía era el socialismo a través de la democracia.

México tenía en sus manos una gran responsabilidad. Debía, afirmó el escritor, desarrollar una política interna sana caracterizada por la presencia permanente de la democracia y que reforzara los sectores públicos y la organización de las fuerzas populares. Así, el país podría poner en práctica una política internacional que defendiera una política interamericana basada en la autodeterminación y la no intervención. Sólo ante dichas circunstancias, México y el resto de América Latina encontrarían el camino de la paz y democracia orgánicas:

Sólo la liberación revolucionaria de nuestros pueblos nos permitirá, a la postre, establecer y disfrutar de una paz que permita, en poco tiempo, la distribución mundial del progreso tecnológico y la ordenación justa de las relaciones políticas y económicas en el mundo. Esos bienes no se ganarán fácilmente; sólo la lucha revolucionaria nos hará acreedores a ellos, y sólo la lucha revolucionaria de América Latina, podrá, a la postre, crear las condiciones favorables a un cambio cualitativo dentro de los propios Estados Unidos.²⁸⁷

Tras su renuncia a *Política* en 1964, Fuentes firmó un documento junto a otros intelectuales en que reivindicó el desarrollo de una democracia sindicalista y la actualización de la Revolución Mexicana.²⁸⁸ Afirmó que formaba parte de los primeros que habían defendido la Revolución Cubana y que contaba “con el lenguaje y los argumentos propios de la verdadera izquierda”. Sin embargo, para él y el resto de su grupo, una revolución violenta no sería la opción para transformar las estructuras en México porque no existían “las condiciones objetivas ni subjetivas, ni nacional ni internacionalmente, para ello”. Por lo tanto, invitaban a los revolucionarios en México a abandonar su radicalismo y a construir un movimiento democrático y popular que llevara “hasta sus últimas consecuencias los elementos populares de la Revolución Mexicana.” “México debe plantearse la vía irreversible hacia la siguiente etapa de la Revolución Mexicana, no la conmemorativa y retórica, sino la que empezó en 1810 y aún no termina.”²⁸⁹

²⁸⁷ *Idem.*

²⁸⁸ *Idem.*

²⁸⁹ Carlos Fuentes, “El Pueblo puede ‘saltar las trancas’” en *Política*, n. 5, 1 de julio de 1960, p. 23.

El antiimperialismo de Carlos Fuentes

La Guerra Fría demostró que el pasado colonial de América Latina no había desaparecido por completo. Las pretensiones hegemónicas de Estados Unidos sobre la región latinoamericana aumentaron durante este periodo por su importancia en el juego geopolítico emanado de la lucha entre bloques. Desde el siglo XIX, se debatió sobre la importancia de la unidad latinoamericana, comercial y política, como respuesta al imperialismo estadounidense. Para algunos, sólo la unidad sería capaz de contrarrestar el peligro de la hegemonía de Estados Unidos. Fue así como el factor antiimperialista empezó a esparcirse por la región; involucró también las concepciones de patriotismo y nacionalismo.²⁹⁰

Algunos sectores de la izquierda adoptaron el pensamiento antiimperialista como parte importante de su ideología, Carlos Fuentes no sería la excepción. Su análisis de la realidad latinoamericana versó sobre dos ejes: la herencia del pasado colonial que engendró estructuras semif feudales causantes de la mayor parte de los problemas y desigualdades de la región, y el imperialismo estadounidense que acechaba la autodeterminación de las naciones. La aparición en el mapa de la Revolución Cubana reconfiguró las relaciones interamericanas y provocó que la amenaza de la hegemonía norteamericana se acrecentara. Para Fuentes, la unidad latinoamericana sería la única herramienta para combatir el peligro del imperialismo. Esta unidad –que en algunas ocasiones denominó hispanoamericanismo– debía basarse en la defensa de la soberanía nacional y, para principios de la década de 1960, esta lucha la representaba la Revolución Cubana.

En sus orígenes, la Revolución Cubana había sido nacionalista, sin tintes socialistas. Era espontánea, solidaria con el resto de los países de la región, libre y liberal, por lo que sus disparidades con el modelo soviético parecían evidentes.²⁹¹ Cuba se transformó en un centro antiimperialista al llevar a cabo políticas nacionalistas. Demostró que era posible recuperar sus recursos nacionales del capital extranjero, específicamente el estadounidense.²⁹²

²⁹⁰ Patricia Funes, *Historia mínima de las ideas políticas en América Latina*, México, El Colegio de México, 2014, p.135-145.

²⁹¹ Jorge G. Castañeda, *op. cit.*, p. 88.

²⁹² En 1960 se nacionalizaron refinerías de empresas como Esso, Shell, Standard Oil, Texaco y pasaron a manos del gobierno revolucionario, mientras que las reformas agrarias afectaron a las empresas estadounidenses en la isla, fundamentalmente a la United Fruit Company (UFCO) y a la Cuba Sugar Mills Co. La nacionalización del sector azucarero y de la banca, empresas de electricidad y teléfonos delineó el discurso nacionalista y revolucionario cubano al mismo tiempo que se convirtió en foco de preocupación para el gobierno de Estados Unidos. Véase Oscar Zanetti, *Historia mínima de Cuba*, México, El Colegio de México, 2013, p. 264-289.

El concepto de soberanía fue clave en la retórica antiimperialista y antiintervencionista de Fuentes. Se vio seducido por el espíritu revolucionario de autodeterminación y soberanía nacional que emanaba de la Revolución Cubana. Le era evidente que las naciones latinoamericanas sufrían de los mismos fantasmas: el intervencionismo económico, político y militar, principalmente estadounidense, y la estructura paternalista y oligárquica existente heredera del pasado colonial. Por lo tanto, la concepción de antiimperialismo de Fuentes se traduce como un antiintervencionismo que posee dos ingredientes fundamentales: la soberanía nacional y lo que el escritor mexicano concebía como hispanoamericanismo. Por un lado, se encuentra el respaldo a la soberanía nacional en torno a la presión extranjera, específicamente estadounidense, ejercida de manera política y económica sobre los países del continente. Por el otro, el hispanoamericanismo –término utilizado por él– entendido como una aspiración de acercamiento entre las naciones latinoamericanas que compartían un pasado colonial en común para formarse como una organización continental en defensa precisamente de su soberanía.

En su narración en febrero de 1959 de las primeras políticas llevadas a cabo por la Revolución Cubana, Fuentes señaló que ningún país latinoamericano había sufrido tanto la falta de autonomía en su política internacional como Cuba. Denunció la manera en que Estados Unidos intervino en su vida política gracias a la Enmienda Platt.²⁹³ Mencionó que, a pesar de que el gobierno revolucionario eliminó las concesiones económicas y militares extrajurídicas que Batista cedió a Estados Unidos, la Revolución Cubana no era antiyanquista sino hispanoamericanista. Por ende, la Revolución buscaría establecer relaciones diplomáticas con Estados Unidos para “negociar y apelar, a un tiempo, a los elementos democráticos del pueblo y la opinión norte y latinoamericanos, por encima de las cabezas de los gobiernos”.²⁹⁴

En su postura inicial, Fuentes dejó en claro su rechazo del intervencionismo político, económico y militar de Estados Unidos en la región. El país vecino representaba para él una latente amenaza, pero no era la única. Otro obstáculo de las naciones latinoamericanas era su

²⁹³ Carlos Fuentes, “Diálogos de sombra” en *México en la Cultura*, n. 516, 1 de febrero de 1959, p. 5. La enmienda Platt fue una serie de disposiciones legales en las que Estados Unidos limitó la soberanía de Cuba entre 1901 y 1934. *Enmienda Platt de 1901*, Biblioteca Jurídica Virtual del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM (sitio web), <https://archivos.juridicas.unam.mx/www/bjv/libros/6/2525/15.pdf> (consulta: 3 de marzo de 2018).

²⁹⁴ Carlos Fuentes, “Diálogos de sombra” en *México en la Cultura*, n. 516, 1 de febrero de 1959, p. 5.

estructura “semifeudal que, desde 1810, supervive con su típico y grotesco esquema de oligarquías latifundistas, ejércitos de casta y enajenación económica.”²⁹⁵ La solución era, según Fuentes, eliminar el aislamiento. Juzgaba necesario el despertar de la conciencia latinoamericana, de la clase media, la burguesía, obreros, estudiantes, para la formación de un frente sustentado en la unión de las naciones hispanoamericanas.

El socialismo de Fuentes fue antiimperialista. El escritor mexicano utilizó el término hispanoamericanismo sin ahondar sobremanera en su significado. Lo manejó de manera indistinta con el de latinoamericano. En realidad, buscaba hacer énfasis en la herencia colonial española que compartían las naciones latinoamericanas y en la importancia de que éstas se mantuvieran unidas para hacerle frente a la presión imperialista. No se asumió tampoco como antiyanquista, pues le parecía importante la colaboración diplomática entre todos los países del continente, inclusive de Estados Unidos. No obstante, renegó de los intereses imperialistas del país vecino y afirmó que sus pretensiones intervencionistas representaban el principal obstáculo para las naciones latinoamericanas. Consecuentemente, Fuentes fue, en esencia, antiintervencionista. No defendió la vertiente nacionalista pues, como se verá más adelante, le implicaba ciertos peligros deformantes —relacionados con una visión mítica— para el desarrollo de los países.²⁹⁶

Durante los primeros meses de 1959, Fuentes consideraba, como partidario del diálogo, que Cuba lograría negociar con Estados Unidos sin perder su proceso revolucionario. Abogó entonces por la solidaridad entre las naciones hispanoamericanas para la formación de un bloque que resistiera a las acciones intervencionistas militares estadounidenses. El joven Fuentes empezó a trazar su postura de no alineación con los bloques en la Guerra Fría; creía que la unidad latinoamericana implicaba no tomar partido ni servir de “peones” a los bandos que luchaban por adueñarse del mundo.²⁹⁷

Una de las particularidades claves en su discurso antiintervencionista, fue la exigencia de liderazgo de México en la unidad latinoamericana y su respaldo hacia la Revolución Cubana. Fuentes celebró la política de no intervención y de solidaridad del gobierno de

²⁹⁵ Carlos Fuentes, “Diálogos de sombra” en *México en la Cultura*, n. 518, 13 de febrero de 1959.

²⁹⁶ Véase: Alberto Ruiz-Eldredge, “Nacionalismo y conflicto en América Latina”, *Nueva Sociedad*, n. 40, 1979, p. 5-18.

²⁹⁷ Carlos Fuentes, “Diálogos de sombra” en *México en la Cultura*, n. 514, 18 de enero de 1959, p. 5.

Adolfo López Mateos, pese a las presiones estadounidenses.²⁹⁸ Para su gobierno, afirmó Fuentes, era necesario mantener una política “autónoma e independiente de las organizaciones interamericanas y de Estados Unidos.”²⁹⁹ Por esa razón defendió su derecho a no romper relaciones con Cuba tras la revolución.

La posición antiimperialista de Carlos Fuentes se encrudeció tras el constante acoso estadounidense a la Revolución Cubana. Después de los acontecimientos de Playa Girón en 1961 y en Punta del Este en 1962, escribió críticas más férreas contra los intentos de invadir, aislar y bloquear a la isla. Asimismo, condenó la postura de otros países latinoamericanos, entre ellos México que, según el narrador mexicano, se alinearon con la política exterior estadounidense o que, simple y sencillamente, se mantuvieron neutrales, pero adoptaron discursos antirrevolucionarios.

Se sostiene que, durante la década de 1960, México hizo explícita su solidaridad hacia la Revolución Cubana y que fue a partir de 1961 cuando se posicionó, fiel a su antiintervencionismo, contra la política estadounidense de acoso hacia Cuba.³⁰⁰ Sin embargo, Fuentes fue sumamente crítico de algunas contradicciones que poseía tal postura diplomática mexicana. Como adelanté en el capítulo anterior, la abstención de México en la votación sobre la expulsión de la OEA no fue recibida por el escritor como un símbolo de absoluta solidaridad. Para él, México se reveló en contra de su tradición antiintervencionista al respaldar la tesis de incompatibilidad de los sistemas marxistas con la democracia que afectaba directamente a la Revolución Cubana. En ese sentido, dicha postura diplomática significó para Fuentes un traspie en política exterior del gobierno de López Mateos y representaba que el país abandonaba su liderazgo latinoamericano.

La presencia de la Revolución Cubana en el contexto internacional, escribió Fuentes en septiembre de 1961, significó la batalla contra la “plácida dominación norteamericana” y el exorcismo contra “[...] el sordo fatalismo geográfico, histórico, económico, que pesaba sobre nuestros pueblos.”³⁰¹ Así, Cuba habría demostrado al continente:

Que es posible derrotar a los ejércitos de casta, instrumentos y guardianes del viejo orden. Que no tiene por qué subsistir una organización de privilegios minoritarios y de sujeción al extranjero. Que la corrupción no es algo inherente a la vida política de nuestros países. Que

²⁹⁸ Carlos Fuentes, “Un triunfo popular” en *Política*, v. 1, n. 4, 15 de junio de 1960, p. 25.

²⁹⁹ Pablo Sánchez, *op. cit.*, p. 9.

³⁰⁰ Camacho Navarro, “Un nacionalista mexicano...”, p. 471.

³⁰¹ Carlos Fuentes, “De Bandung a Belgrado” en *Política*, n. 34, 15 de septiembre de 1961, p. 16.

un pueblo latinoamericano, situado sólo a 90 millas de la costa de La Florida, puede desasirse de la dominación norteamericana. Que el desarrollo de los países latinoamericanos depende, esencialmente, de su decisión independiente de desarrollar los recursos propios en provecho propio. Que la agresión de los EU es superable en nuestro tiempo porque existe una nueva realidad internacional: la presencia y ayuda de la URSS y los países socialistas. Que no hay contrarrevolución, bloqueo económico, campaña de prensa o intento de invasión que valga cuando de verdad se cumple una revolución, cuando de verdad se crean nuevas estructuras económicas dedicadas íntegramente a procurar el bienestar y la independencia del pueblo.³⁰² Fuentes fue determinante. La Revolución Cubana era una amenaza para los intereses estadounidenses y una enseñanza para los países latinoamericanos. Estados Unidos tuvo que despertar de su “complacencia señorial hacia América Latina” y adquirir una actitud de defensa de un territorio que se adjudicaba como propio según las leyes divinas. Por ende, para evitar la propagación de revoluciones antiimperialistas a lo largo del continente que pudieran perjudicar el sistema capitalista, se vio en la necesidad de tomar acciones directas con el fin de desestabilizar a Cuba y a quien se atreviese a emularla.

Ejemplo de ello fueron las constantes presiones estadounidenses para aislar, bloquear e invadir Cuba. Ya sea a través de la perpetración del bloqueo económico, de alianzas económicas con países del continente para aislarla, de la influencia que ejerció en foros internacionales para expulsar a Cuba de organismos panamericanos, hasta el financiamiento de la contrarrevolución que llevaría hasta sus últimas consecuencias como en el caso de Playa Girón.³⁰³ Se buscaba, mencionó el escritor, “la restauración de un sistema de privilegios coloniales, de corrupción general, de ‘libertad’ para una minoría opresora y títere [...]”³⁰⁴

Un aspecto significativo de la postura del autor de *La muerte de Artemio Cruz* (1962) es que caracterizó como fascista a todo acto contrarrevolucionario. Para él, la OEA, al amparo de los intereses estadounidenses, y la creación de un Consejo de Seguridad, eran organismos de corte fascista, pues buscaban “inquirir, sofocar y reprimir.” El fascismo del nuevo orden panamericano intentaba “aplantar de raíz los movimientos populares latinoamericanos”³⁰⁵ y democráticos, sin importar que esto significara la represión de ciudadanos. Le resultaba evidente que los líderes latinoamericanos buscaban salvaguardar sus regímenes de

³⁰² *Idem.*

³⁰³ El gobierno estadounidense de Eisenhower ordenó reclutar a exiliados de origen cubano para invadir Cuba. La invasión a Playa Girón se llevó a cabo en abril de 1962 y fracasó en menos de 72 horas. Véase Salvador E. Morales Pérez, “La batalla de Girón”, *Archipiélago*, Universidad Nacional Autónoma de México, v. 11, n. 72, 2011, <http://www.revistas.unam.mx/index.php/archipelago/article/view/32084/29561> (consulta: 30 de septiembre de 2018).

³⁰⁴ Carlos Fuentes, “A 2 años de Playa Girón” en *Siempre!*, n. 513, 10 de abril de 1963, p. 12.

³⁰⁵ Carlos Fuentes, “Coexistencia o fascismo” en *Política*, n. 44, 15 de febrero de 1962, p. 26.

democracia representativa y exterminar cualquier intento de la izquierda, ya sea por la vía electoral o la violenta, de alcanzar el poder. Sin embargo, Fuentes predijo que esta acción sólo repercutiría en su contra, pues “es común en las mentalidades fascistas pensar que la represión inmediata es capaz de suprimir el avance popular hacia la justicia económica y social. En buena hora, entonces, que se haya creado este comité: en la izquierda sabemos que sólo servirá para aglutinar fuerzas y radicalizar la voluntad revolucionaria de América.”³⁰⁶

Pese a su fuerte influencia desde la izquierda y a su afirmación como socialista, Fuentes no se adscribió a la esfera soviética. Como señalé previamente, el escritor realizó fuertes críticas hacia la praxis del socialismo de la URSS. Por esa razón, consideró que el camino ideal de América Latina debía ser la coexistencia pacífica entre el comunismo y el fascismo. La región debía mantenerse firme ante las pretensiones estadounidenses de convertirla “en peones de su política internacional.”³⁰⁷ Dicha acción repercutiría en un solo camino: salvaguardar a la Revolución Cubana, pues ella defendía la coexistencia pacífica y representaba la autodeterminación de los pueblos. Su postura de coexistencia pacífica fue un elemento clave en su adscripción a la nueva izquierda.

Para Fuentes el designio de Estados Unidos de aplastar a una isla tan pequeña como Cuba había resultado inútil. Sus intentos no dieron los frutos esperados y no se veía con claridad si algún día podrían lograrlos. Mientras Cuba en 1962 siguiera en el camino de consolidar su revolución, habría esperanza para el resto de América Latina:

El gobierno norteamericano, en un arranque de ingenuidad, pensó que el régimen revolucionario de Cuba, excluido de la OEA y sometido al **boycott** económico, sucumbiría por inanición mientras el resto de América Latina alcanzaba las alturas de la Alianza para el Progreso. Ha sucedido lo contrario. Pese al acoso, Cuba sienta las bases de un desarrollo económico pleno, liberado de deformaciones coloniales; América Latina, en cambio, es presa de convulsiones de descontento y desilusión ante un programa de progreso incapaz de atacar, como lo ha hecho Cuba, la raíz de los males.³⁰⁸

El mayor fracaso de los Estados Unidos habría sido su incapacidad de demostrar que la fórmula del capitalismo era la opción para la solución de los problemas latinoamericanos.

Ellos, los cubanos, son la Otra América Latina, la del futuro, no esta América Latina de palabras huecas, de cadáveres perfumados, de comicidad ultrajante que circula bajo la gran araña del casino -conferencia de San Rafael-. Nadie puede responder a las palabras de Dorticós: “¿Para eso sirve la OEA? ¿Para condenar a un país como Cuba, pero no para normar la conducta internacional, dentro del continente, del propio gobierno de EE.UU? Invadieron

³⁰⁶ *Idem.*

³⁰⁷ *Idem.*

³⁰⁸ Carlos Fuentes, “México ante la agresión a Cuba!” en *Siempre!*, n. 482, 19 de septiembre de 1962, p. 21.

a Cuba sin consultarlos a ustedes; nos cortaron el suministro de petróleo sin consultarlos a ustedes; nos cortaron la cuota azucarera sin consultarlos a ustedes. ¿No se sienten ustedes lastimados en sus dignidades nacionales? ¿Cómo van a responderle, esos que sólo tienen detrás de sí un policía militar de opereta y un agiotista extranjero, a quien tiene detrás de sí a todo un pueblo armado, dispuesto a dar la vida por esos nombres elementales: casa, escuela, cosecha, patria, dignidad? [...] ³⁰⁹

El escritor argumentó que la defensa del capitalismo provocó la aceleración del proceso revolucionario en América Latina. Cuba habría confirmado que, sin el sometimiento a las políticas estadounidenses, se podría lograr una vida colectiva soberana y libre. El intervencionismo estadounidense nunca sería la solución hacia América Latina sino la acción revolucionaria de cada pueblo latinoamericano. ³¹⁰

De esa manera, Carlos Fuentes delimitaba su postura antiimperialista y antiintervencionista a principios de la década de 1960, siendo la Revolución Cubana el objeto de sus consignas. Dicha postura fue clave en el *ethos* intelectual del escritor durante toda su vida, por lo que no escatimó en críticas hacia diversas potencias, específicamente Estados Unidos, por su injerencia en los asuntos nacionales de otros países, sobre todo latinoamericanos. Así como defendió a la autodeterminación en Cuba durante los sesenta, también lo hizo con Nicaragua en los setenta. La bandera antiimperialista que se ondeaba desde la isla caribeña fue un elemento fundamental de la solidaridad de Fuentes hacia la Revolución Cubana que permanecería incluso después de su ruptura con el campo intelectual cubano en 1971.

³⁰⁹ Carlos Fuentes, “La isla acosada” en *La Cultura en México*, v. 5, 21 de marzo de 1962, p. III.

³¹⁰ *Idem.*

CAPÍTULO 4. LA HETERODOXIA PERMANENTE (1964-1966)

El renombre internacional que adquirió Carlos Fuentes y su acercamiento con la nueva izquierda en su vertiente contracultural lo convirtieron en una figura central en el debate intelectual latinoamericano. Así, al tiempo que acumulaba la admiración de algunos de sus pares, también crecía el desdén hacia lo que representaba: un intelectual de origen burgués, cosmopolita, renuente a adquirir un compromiso ciego con los dogmas de la izquierda mexicana y latinoamericana y un crítico ferviente de los errores del socialismo soviético. Para 1964, Fuentes empezó a deslindarse claramente de la visión de una izquierda absoluta y dogmática y a defender firmemente la autonomía de su libertad creadora y pensadora.

Dicha circunstancia puede ser observada en la serie de debates ocurridos en las páginas de la revista *Política* y de *Siempre!* durante el año de 1964 como consecuencia de la renuncia a *Política* de Fuentes, Benítez, González Pedrero, Flores Olea y López Cámara. El enfrentamiento escrito entre el grupo renunciante y los colaboradores de *Política* puso en evidencia la división de la izquierda mexicana en un momento político acalorado marcado por el triunfo electoral de Gustavo Díaz Ordaz. Además, tal episodio representó un parteaguas para el pensamiento político de Fuentes que, poco a poco, evolucionaba hacia una izquierda más dialéctica.

Una de las acusaciones más enérgicas que los colaboradores de *Política* hicieron al grupo de Fuentes fue el aparente rechazo hacia la Revolución Cubana por su aproximación hacia el marxismo-leninismo. El narrador mexicano refutó tal imputación y afirmó que ellos eran defensores auténticos de la hazaña cubana. En un periodo en que comenzó a plantearse un compromiso absoluto para la Revolución Cubana, la joven postura heterodoxa de Fuentes no sólo pareció incómoda, sino que, de a poco, se empezó a vislumbrar como contrarrevolucionaria.

Zolov afirma que el contexto de los *global sixties* se dividió en dos partes, antes y después de 1966.³¹¹ Asimismo, como planteé anteriormente respecto a la nueva izquierda, Rojas indica que la relación entre ésta y la Revolución Cubana se modificó a partir de 1967.³¹² La misma división temporal aplica para el *ethos* intelectual de Carlos Fuentes y su vínculo con el proyecto cultural de la revolución caribeña. La efervescencia del escritor mexicano y

³¹¹ Nicolás Dip, *op. cit.*, p. 294.

³¹² *Ibidem*, p. 23.

el espacio dedicado en su escritura política sobre la Revolución Cubana empezó a desvanecerse a mitad de la década. Si bien continuó con su respaldo hacia Cuba, las condiciones ya no eran las mismas. Para 1965, su adscripción hacia la nueva izquierda era cada vez más notoria, así como su consolidación como narrador a nivel internacional, al tiempo de que su relación con la izquierda ortodoxa mexicana y el campo intelectual cubano comenzó a enfriarse.

El propósito de este capítulo es analizar tres episodios que considero fundamentales para entender la evolución del *ethos* intelectual de Carlos Fuentes a partir de 1964. El primero de ellos es su ruptura con la revista *Política* que, como se mencionó, generó una polémica intelectual significativa en el núcleo de la izquierda mexicana ya que Fuentes empezó a delinear su *ethos* heterodoxo. El segundo es su participación en la serie de conferencias de “Los narradores ante el público”, organizadas por el Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA), donde abordó la importancia de la autonomía intelectual y su desdén al nacionalismo cultural, situación que le valdría una oleada de críticas. Finalmente, el tercer episodio fue *Latinoamérica*, una mesa redonda que se realizó en Europa en que participó Fuentes junto a otros escritores latinoamericanos. La mesa redonda, reproducida por *La Cultura en México*, obtuvo una respuesta no tan grata por parte de escritores cubanos y se puede considerar como su primer desliz frente al campo intelectual cubano.

¿Pero qué debe entenderse por intelectuales? El rompimiento con la revista *Política*

México en la Cultura acaparaba a las grandes figuras intelectuales del momento, aunque sus colaboradores también publicaban en otros medios escritos. Ejemplo de ello fue la revista *Política; Quince días de México y del Mundo* o mejor conocida como *Política*. En ella, tanto Carlos Fuentes como otros miembros más del grupo de la ‘mafia’ tenían columnas de opinión. *Política*, fundada en 1960, funcionó como un frente antiimperialista en defensa de la Revolución Cubana y de crítica al Estado mexicano.³¹³ La revista se caracterizó por la participación de escritores identificados con diferentes tendencias de la izquierda. Además, la revista se convirtió en el principal medio de comunicación del MLN. A través de *Política* podemos identificar el imaginario de un sector de la izquierda mexicana que representaba

³¹³ Cabrera López, *Una inquietud de amanecer...*, p. 76.

una “voluntad colectiva, política y social, que, con evidente ánimo, buscó incidir en la construcción imaginaria respecto al triunfo revolucionario en Cuba a partir de su representación en el escenario mexicano de los años sesenta.”³¹⁴

La desintegración del MLN sucedió en 1964, previo a las elecciones presidenciales. Su descomposición tuvo consecuencias en el campo político de la izquierda mexicana y, por ende, en el intelectual. Tanto el núcleo de Cárdenas como el de Fuentes reconocieron al candidato electo del Partido Revolucionario Institucional (PRI), Gustavo Díaz Ordaz, mientras que muchos colaboradores de la revista *Política*, quienes patrocinaban una transformación socialista para el país, nunca aceptaron su legitimidad.³¹⁵

En agosto de 1964, Fernando Benítez, Víctor Flores Olea, Carlos Fuentes, Enrique González Pedrero y Francisco López Cámara, anunciaron a través de una carta su escisión de la revista *Política*. La misiva dirigida al director de la revista, Manuel Marcué Pardiñas, fue reproducida en las páginas de la revista *Siempre!*, en el diario *El Día*, y en la revista *Política*. Este fue el inicio de confrontaciones escritas entre colaboradores de ambas revistas y el grupo renunciante que se publicaron en ambos medios; su detonante: el compromiso político del intelectual. Pese a que la carta fue firmada por varios escritores, *Política* afirmó que el orquestador intelectual de la dimisión era Carlos Fuentes. Tal fue su señalado protagonismo que, a partir de este momento, Fuentes se convirtió en el centro de los ataques y en la pieza más importante de aquel grupo que sus detractores denominaban ‘mafia’.

La razón de la renuncia a *Política* fue, en esencia, la disparidad de pensamiento. Para los firmantes, la revista había dejado de ser un órgano de expresión de los diferentes sectores de la izquierda mexicana y se había vuelto dogmática. Es decir, para el grupo resultaba importante señalar que, pese a las ramificaciones dentro de la izquierda mexicana, *Política* había funcionado como un espacio libre y tolerante en donde convergían las diversas posturas con el objetivo de contrastar y coincidir. Los firmantes, quienes se asumían como defensores de la vía mexicana al socialismo, vieron en la izquierda que representaba a *Política* su incapacidad para dialogar. Para ellos, en lugar de solucionar los problemas del país, esta posición sólo perpetuaría la confusión.³¹⁶

³¹⁴ Juan Rafael Reynaga, *op. cit.*, p. 45.

³¹⁵ *Ibidem*, p. 78.

³¹⁶ Carlos Fuentes, *et al.*, “Cinco intelectuales explican por qué han resuelto dejar de escribir en *Política*” en *Siempre!*, n. 580, 5 de agosto de 1964, p. 6.

Además, los dimitentes acusaron a la revista de oponerse a publicar artículos de autores que, como ellos, no coincidieran con los nuevos criterios dogmáticos y unilaterales de la redacción. Así, *Política* se negó a reproducir, imputaron los firmantes, textos que hablaran sobre las aspiraciones independentistas del Tercer Mundo, debates sobre las diferentes tendencias dentro de la izquierda, o cualquier evento que evidenciara las disyuntivas en el viejo campo socialista. La revista encarnaba a una izquierda alineada al credo estalinista y de un marxismo recetario.³¹⁷

Para ellos, el credo de *Política* ya no podía denominarse marxista, pues su fórmula formalista y antidialéctica era *per se* antimarxista. La revista había adoptado una postura impuesta por el ortodoxo socialismo soviético. Por ende, sus páginas se habían convertido en una tribuna inquisitorial ideológica que, en nombre del proletariado, atacaba o anulaba a todo aquel que no se alineara a su dogma:

Ahora bien, ¿qué organización tiene detrás “Política? ¿Qué representa “Política”? ¿Acaso el hecho de decirse representante del proletariado, de hablar en nombre de los trabajadores, otorga existencia real a esta representación imaginaria que sólo existe en la mente de los directores de la publicación? Sin duda todos tenemos derecho a censurar y a alabar a partir de nuestras posiciones políticas y morales; lo que es deshonesto es confundir una postura personal con la representación gratuita del proletariado y erigir sobre esta atribución fantasmal una “ortodoxia” revolucionaria que, en el caso de “Política”, ha desembocado en la ineficacia y en terrorismo.³¹⁸

Los descalificativos sobraron. Los firmantes hablaron de sectarismo, enajenación, de fraseología hueca, pseudorrevolucionaria y pseudopsiquiátrica.³¹⁹ En el fondo de su irritación y de su intento por desenmascarar a *Política*, se hallaba la desintegración del MLN. La revista había fungido como el principal órgano de comunicación del movimiento. Tras las elecciones presidenciales de 1964, el MLN se desintegró. La posición adoptada por Lázaro Cárdenas, y secundada por varios intelectuales como Fuentes, de reconocer a Gustavo Díaz Ordaz como el nuevo presidente, los enfrentó directamente con el grupo más radical del movimiento, la izquierda de *Política*. Para el grupo renunciante, la nueva línea *Política* era cómplice de una “campana deliberada de provocaciones, injurias y calumnias” contra Cárdenas.³²⁰

³¹⁷ *Idem.*

³¹⁸ *Ibidem*, p. 7.

³¹⁹ *Idem.*

³²⁰ *Idem.*

En concreto, las razones de su renuncia fueron la oposición a la influencia del dogmatismo soviético, su interés por admitir la divergencia en el pensamiento de izquierda, y la justificación de su posición ante el triunfo electoral de Ordaz. En ese sentido, me atrevo a aventurar que, a partir de este momento, Carlos Fuentes adquirió mayor protagonismo político dentro del grupo que le hizo recibir más críticas de sus adversarios en la arena periodística e intelectual. Además, se tornó en un férreo defensor de las ideas que lo llevaron a dimitir a *Política*: la pluralidad de pensamiento y la oposición al dogmatismo soviético.

Durante los números posteriores a la publicación de la carta, se reprodujeron varios textos de Víctor Rico Galán, Carlos Fuentes, Enrique González Pedrero, de la editorial de *Política* y del resto de los dimitentes, que alargaban la confrontación escrita por dos meses. El tema central del debate sería el compromiso político del intelectual. Por un lado, se acusó al grupo renunciante de rehusarse a adoptar un compromiso hacia el periódico que les había servido de tribuna, de abandonarlo ante la mínima incomodidad, y de renunciar a hablar en pro de la razón y la libertad.³²¹ Por el otro, los escritores, específicamente Carlos Fuentes, se ampararon en su libertad de pensamiento y continuaron con su defensa antisectarista y antidogmática.

Víctor Rico Galán fue el colaborador de *Política* y de *Siempre!* más furibundo hacia la postura de sus amigos dimitentes. Afirmó que su figura de “intelectuales” les impedía comprender la función del periodismo, y por ende, de su compromiso. Para ellos, afirmó, resultaba muy fácil rehuir las responsabilidades del periódico.³²² Su planteamiento evidenció que existía una diferencia clara entre el quehacer periodístico y el intelectual.

Para Rico Galán, los ex colaboradores de *Política* no estaban comprometidos con la razón y la libertad que tanto defendían; ni siquiera las usaban. Acusó a Benítez de no discutir las problemáticas nacionales, a Fuentes de escribir siempre a favor y nunca en reprobación de los actos gubernamentales y a Flores Olea de defender a enemigos de las garantías constitucionales.³²³ En conclusión, Galán les imputó que, al no pronunciarse ante dichos actos, evidenciaban su contradicción ideológica ante lo que supuestamente defendían como libertad de pensamiento y su pertenencia a la izquierda.

³²¹ Víctor Rico Galán, “¿Pero qué entienden los intelectuales por periodismo?” en *Siempre!*, n. 581, 12 de agosto de 1964, p. 22.

³²² “¿Cómo si los periódicos fueran entidades abstractas, separables de quienes los escriben, y como si estos no tuvieran responsabilidad alguna, implícita en el hecho mismo de escribir? *Idem.*

³²³ *Idem.*

En su réplica, Fuentes, quien no evitó la ironía, reiteró que su renuncia a *Política* había sido, única y exclusivamente, por “la necesidad de superar viejas rutinas de la izquierda mexicana que, en nombre de la unidad, han conducido a una dispersión disfrazada de gestos conmemorativos, en nombre de la pureza ideológica, han conducido al sectarismo disfrazado de firmeza, y en nombre de la eficacia, han conducido a la parálisis disfrazada de santa ira”.³²⁴ Así, Fuentes aseguraba, una vez más, que su separación de la revista había sido causada por la intransigencia de ésta. Añadió que su postura, a diferencia de las acusaciones que versaban sobre ellos, estaba íntimamente relacionada con la inteligencia. Y sentenció que se negaba rotundamente a prestar su nombre para “negociar posiciones políticas entre los poderosos a los que se ataca por fuera y se halaga por fuera.”³²⁵

Fuentes atizó el debate sobre el compromiso del intelectual al afirmar que el escenario que Rico Galán presentaba sobre los periodistas “buenos”, leales y comprometidos, y los intelectuales “malos” sin ninguna responsabilidad hacia el público, formaba parte de una visión maniquea y moralizante. Para él, tal división no era tan clara. Ambos roles, el del periodista y el intelectual, realizaban un trabajo intelectual bajo diversos procesos y diferentes remitentes. Rico Galán se equivocaba al calificar de clandestino y abstencionista el compromiso de los intelectuales dimitentes, pues sólo lo analizaba a partir de su tribuna, la del periódico, y perdía de vista las conferencias, clases, y la creación literaria y sociológica de los firmantes.³²⁶

Tanto Rico Galán como Fuentes se acusaron mutuamente de representar sus propios intereses, de reproducir el sectarismo y de traicionar a la izquierda mexicana. A través de su confrontación escrita, ambos pusieron en evidencia lo complejo que resultaba el debate dentro del movimiento de izquierda de la década de 1960. Sus acusaciones llenas de ofensas y calificativos irónicos ensuciaron la discusión. Repentinamente, una disputa entre quienes se llamaban amigos se convirtió en un ring de descalificaciones y de acusaciones de traición. Tan acalorado y polarizado fue el clima de debates políticos a través de la prensa de la época.

Para finalizar con la polémica escrita, *Siempre!* reprodujo la larga respuesta de *Política* hacia los dimitentes denominada “El cuarto mundo de los 5” –que en realidad estaba

³²⁴ Carlos Fuentes, “Nos negamos a ser cómplices de una farsa y a vivir bajo el signo del comercio y el alarido” en *Siempre!*, n. 582, 19 de abril de 1969, p. 12.

³²⁵ *Idem.*

³²⁶ *Idem.*

dirigida hacia Fuentes y sus socios– y la réplica de los cinco intelectuales bajo el título “¿Qué hará la izquierda en el futuro?”. Ambos textos pondrían fin a la polémica escrita; sin embargo, a partir de ese momento se estableció una frontera profunda entre dichos escritores, los colaboradores más radicales de la revista y de la izquierda mexicana. Posteriormente, *Política* aprovechó cualquier oportunidad para replicar el comportamiento de los escritores, como en el caso de Fuentes y su conferencia en “Los narradores ante el público” en 1965 que se mencionará más adelante.³²⁷ En su réplica, los intelectuales se defendieron de los agravios de *Política* y afirmaron rotundamente que la respuesta de la revista justificaba su renuncia. La retórica utilizada por la redacción evidenciaba la falta de análisis y su tendencia evangélica y sectarista. Ellos, como representantes de la verdadera izquierda, responderían ante la opinión pública, y no a *Política*, a través de argumentos fundamentados en la razón y la libertad.³²⁸

Es importante desmenuzar los enfoques de ambos bandos para identificar la postura política e ideológica que Fuentes empezó a moldear y que, sostengo, se consolidó a mediados de la década. Me refiero a lo que él denominará pensamiento dialéctico y que tuvo como consecuencia la formación de una postura libre de dogmas, su distanciamiento con el radicalismo de izquierda, la separación entre su compromiso político y su literatura, su aproximación a la nueva izquierda, y su relación con el poder, específicamente con el régimen político mexicano.

En primer lugar, partamos de lo que significó el MLN. Como ya se mencionó, este movimiento articuló a un amplio espectro de la izquierda mexicana. Es decir, en él convergieron diversas posturas políticas sobre la izquierda que coincidieron en algunos aspectos, concretamente en la necesidad de ratificar los principios de la Revolución Mexicana y la vigencia de la constitución de 1917. Esta circunstancia logró unir a sectores prácticamente disímiles en la teoría y en la praxis en torno a algunos preceptos de la izquierda pero que, conjuntamente, vieron en el movimiento la única vía política para llevar a cabo la transformación del país. Por ejemplo, el grupo más radical de *Política*, al que representó Rico Galán en sus críticas y la redacción de la revista, asumió acérrimamente los cánones marxistas-leninistas, fue prosoviético, e incluso defendió la vía armada como el único camino

³²⁷ Respuesta de *Política*, “El cuarto mundo de los 5” en *Siempre!*, 2 de septiembre de 1964, n. 584, p. 6.

³²⁸ Fernando Benítez, *et. al.*, “¿Qué hará la izquierda en el futuro?” en *Siempre!*, 9 de septiembre de 1964, n. 585, p. 8.

revolucionario para la resolución de los problemas del país. En cambio, el grupo representado por Fuentes, que también se asumía como parte de la izquierda y como socialista, nunca se presentó como marxista-leninista, defendió la proliferación de tendencias de pensamiento dentro de la izquierda, señaló la importancia histórica de la URSS, pero se negó a respaldar al estalinismo, y tomó partido por la vía civil y democrática en lugar de la armada.

Ante tales diferencias, fue evidente que, tras el triunfo de Gustavo Díaz Ordaz y el espaldarazo político de Lázaro Cárdenas, iniciarían los enfrentamientos. Para el grupo de *Política*, el respaldo al nuevo presidente de Cárdenas, de Fuentes y compañía, ratificaba que éstos habían traicionado al movimiento. Su apoyo al régimen priista daba por entendido que avalaban sus prácticas políticas y que patrocinaban la falta de democracia. En contraste, para Fuentes, que aprovechó la ocasión para denunciar pública e irónicamente su inconformidad con el PRI, la militancia intelectual no podía permanecer ciega ante las circunstancias. Para él, ya no bastaba con sólo censurar al poder oficial, sino que debían realizar un análisis profundo de los escenarios para comprender, desde la izquierda, por qué el PRI, pese a sus faltas, era hegemónico.³²⁹ Quedaba claro, entonces, que la diferencia esencial entre los discrepantes era, en esencia, de carácter militante. Rico Galán y el resto de *Política*, eran militantes políticos. Carlos Fuentes y demás, eran intelectuales.

Resulta necesario escudriñar el análisis que el grupo de Fuentes realizó en su última réplica a *Política* sobre la realidad nacional con que justificaron su postura ante Gustavo Díaz Ordaz. En primer lugar, se negó el carácter monolítico del Estado que sostenía la revista. Con dicha postura, *Política* manifestaba que la sociedad mexicana estaba conformada por fuerzas polarizadas y que el gobierno y la burguesía constituían un todo que representaba únicamente los intereses de la burguesía mexicana. Además, se afirmaba que la Revolución Mexicana había sido de carácter democrático-burguesa y que, tras alcanzar el poder la burguesía, su ciclo había llegado a su fin. Por ende, era hora de que iniciara la revolución socialista. Como consecuencia de esta visión estática e interpretativa del marxismo-leninismo, la izquierda mexicana debía oponerse, sin aspavientos, al poder monolítico del gobierno y aceptar, sin concesiones, la inevitable revolución socialista.³³⁰

³²⁹ *Idem.*

³³⁰ Fernando Benítez, *et. al.*, “¿Qué hará la izquierda en el futuro?” en *Siempre!*, 9 de septiembre de 1964, n. 585, p. 9.

En contraste, los escritores refrendaron la idea de que el Estado era un “conjunto fluido de contradicciones, presiones opuestas, limitaciones anacrónicas y relaciones cambiantes entre sus sectores.”³³¹ Es decir, el Estado mexicano estaba lleno de contradicciones, mismas que negaban la idea de un Estado monolítico. Por ejemplo, para ellos resultaba claro que la presencia de una Revolución que contenía elementos populares y burgueses, la permanencia de un gobierno con sectores representativos tanto de la burguesía como de los intereses nacionales, así como la existencia de sectores gubernamentales –el ala izquierda del PRI– dispuestos a fomentar de “buena fe” la transformación del país, evidenciaban las profundas contradicciones estructurales del país. Por esa razón, resultaba equívoco caracterizar al Estado como una fuerza monolítica, pues ello indicaba que no se comprendía profundamente su composición real. Además, reiteraron que la Revolución Mexicana y la constitución emanada de ella no podían considerarse agotadas por ser simplemente de carácter burgués. Al contrario de dicha postura, ellos abogaron por ratificar la vigencia de los principios revolucionarios y, con ellos, transformar al país vía el socialismo.

Dicho lo anterior, Fuentes y el resto del grupo manifestaron que la posición adoptada por Lázaro Cárdenas de actuar desde dentro del Estado podía comprenderse ante dicho contexto. Como se presentó en el capítulo anterior, Lázaro Cárdenas, fue uno de los presidentes más admirados por el escritor. Para Fuentes, el liderazgo político y social de Cárdenas era progresista y digno de reconocimiento pues, con la expropiación petrolera, el reparto de tierras y la educación socialista, había ratificado los principios revolucionarios.³³² Por ende, él era una pieza angular para la salud democrática del país; en su análisis reconoció que la responsabilidad democrática del país no podía recaer sólo en la figura del presidente, sino en todos los individuos. Cárdenas, según los escritores dimitentes, no había traicionado su consciencia ni trayectoria revolucionaria al respaldar al gobierno mexicano de Adolfo López Mateos y de Díaz Ordaz, sino que con su labor se solidarizaba con el sector más progresista dentro del Estado.³³³

³³¹ *Idem.*

³³² Carlos Fuentes, “Las horas de Cuba” en México en la Cultura, *Novedades*, n. 543, 9 de agosto de 1959, p. 3.

³³³ Fernando Benítez, *et. al.*, “¿Qué hará la izquierda en el futuro?” en *Siempre!*, 9 de septiembre de 1964, n. 585, p. 10.

Es decir, al identificar al Estado mexicano no como una estructura monolítica sino como un ente diversificado, los escritores infirieron que dentro de él prevalecía un sector progresista de tendencia de izquierda que promovía los intereses nacionales. Por ende, el espaldarazo político que Cárdenas, Fuentes y el resto del grupo de intelectuales dieron al gobierno entrante de Díaz Ordaz, representaba una alianza entre la izquierda mexicana dialéctica y los elementos más progresistas del gobierno con el fin de integrar un frente amplio que pudiera transformar al país. Así, los escritores evidenciaban la incapacidad del resto de la izquierda, entre ellos *Política*, de reconocer la diversificación de todas las fuerzas democráticas del país, de aislarlas automáticamente por considerarlas parte del gobierno, y de negarse a aceptar su postura sectarista.

Después de realizar un análisis profundo de las circunstancias económicas y sociales del país, los escritores plantearon los conflictos a los cuales se enfrentaría el nuevo gobierno de Gustavo Díaz Ordaz en temas de infraestructura, planificación, educación, financiamiento, entre otros. Además, señalaron que dos de los graves obstáculos que debería sortear era el riesgo político que implicaba el desarrollo y el neocapitalismo. El primero era un riesgo porque su gobierno afrontaría dos tipos de proyectos de desarrollo, uno de la derecha y otro de la izquierda. El segundo representaba el problema más grave, pues se presentaba como una fórmula más saludable pero el doble de peligrosa que el capitalismo.³³⁴ Ante dicha circunstancia, la izquierda debería de participar activa y reflexivamente para que lograra “penetrar los problemas, arrancarlos de la oscuridad tácita y llevarlos a la condición expresa de la inteligencia”³³⁵ en lugar de permanecer aislada e inquisitorial.

Ambos bandos coincidieron en un inicio en la urgencia de ratificar los principios revolucionarios, y compartieron las consignas antiimperialistas y su respaldo hacia la Revolución Cubana, aunque para 1964 quedaba claro que eran más numerosas sus diferencias que sus encuentros. *Política* los acusó de ser cómplices del gobierno mexicano y de traicionar incluso a la Revolución Cubana. Para la revista, la hazaña caribeña no sólo fue un evento importante al cual ofrecer cobertura, sino que, como sostiene Reynaga, *Política* creó a través de sus páginas un mito alrededor de la Revolución Cubana.³³⁶ Por lo tanto, tal declaración contra el grupo renunciante era una herida profunda para quienes mantuvieron su solidaridad

³³⁴ *Ibidem*, p. 62.

³³⁵ *Ibidem*, p. 11.

³³⁶ Juan Rafael Reynaga, *op. cit.*, p. 51.

pública con Cuba durante gran parte de la década. En realidad, la acusación de *Política* carecía de fundamentos para 1964. Consecuentemente, el bando de Fuentes respondió con numerosos argumentos.

La principal discordancia entre ambos tuvo que ver con su visión de la izquierda y su ejercicio del poder. Queda claro que no concordaban, ni teórica ni prácticamente, en los caminos para solucionar los conflictos del país. Dicha contrariedad fue clave. Si a ello sumamos las discrepancias respecto a la figura de Cárdenas, a los cánones de la izquierda, y el debate en torno al compromiso del intelectual, la arena para la disputa estaba lista.

La discordancia teórica entre el grupo renunciante y *Política* sobre la izquierda mexicana fue trascendental. La carta de los dimitentes y el subsecuente debate puso sobre la mesa la segmentación existente en la izquierda mexicana, que Fuentes, como se vio en el capítulo anterior, había criticado reiterativamente. El autor de *La región más transparente* (1958), que poco a poco se inclinaba hacia la nueva izquierda, no coincidía con las visiones ortodoxas del marxismo soviético y, por ende, con los grupos de izquierda mexicana que lo apoyaban.

La acusación central hacia *Política* se basó en la censura que ésta había realizado sobre las diferentes posturas de la izquierda mexicana. En ese sentido, la intención de la denuncia era demostrar que la izquierda también podía ser monolítica y providencial tanto como la derecha. Es decir, desacralizar la idea de que existía una sola izquierda, que ésta era dueña de la verdad absoluta y aceptar que también podía equivocarse. Dicha revelación sería el primer paso para comprender por qué la izquierda mexicana no podía constituirse como una fuerza política sólida:

La izquierda de hoy es censora, más no profunda e inteligente. El día que todos nos decidamos a cumplir primero con los deberes de la inteligencia, y dejemos de complacernos en el hedonismo del puro alarido, nuestros “delirios” empezarán a afectar tanto la acción gubernamental de arriba como la acción popular desde abajo.

[...] No nos engañemos ni, lo que es peor, engañemos a los demás. Es más fácil y halagador seguir creyendo en uniones ficticias, en declaraciones airadas y en esquemas providenciales. Pero el aplauso que recibimos disfrazándonos de fantasmas, será el aplauso de la impotencia, será el halago de los engañados por nuestros desplantes moralizantes, proféticos, inocuos. Aceptemos, más bien, la triste realidad de la actual izquierda mexicana sin cortinas de humo. Aceptemos que la izquierda sólo posee biombos, mambretes y mucha moral, pero que no tiene dirigentes, ni organización, ni masas.³³⁷

³³⁷ Carlos Fuentes, “Nos negamos a ser cómplices de una farsa y a vivir bajo el signo del comercio y el alarido” en *Siempre!*, n. 582, 19 de abril de 1964, p. 13.

Para los firmantes, la izquierda y el socialismo eran absolutamente dialécticos. El pensamiento socialista era abierto y estaba en constante movimiento. De ahí que defender un pensamiento absoluto resultaba antitético hacia la izquierda misma. Ellos se asumieron como pensadores dialécticos que no se vinculaban incondicionalmente con ninguna tendencia política que no abogara por la verdad y la crítica. En cambio, el posicionamiento de *Política* les parecía estático e intransigente, lo cual contradecía su pertenencia a la izquierda. Uno de los aspectos que más evidenciaban dicha contradicción era la aceptación, casi absoluta, del recetario soviético por parte de la izquierda que representaba *Política*. Para aquéllos, era innegable la trascendencia histórica del socialismo soviético. No obstante, éste, sobre todo en su etapa estalinista, se había vuelto dogmático; no permitía la libertad de pensamiento y se había excedido en las sanciones hacia quienes se desviaran de lo establecido como la norma. La izquierda mexicana tenía que admitir los problemas del campo socialista y dejar de inculpar al imperialismo de todos los errores. La autocrítica y el análisis debían convertirse en las armas de quienes se asumían como parte de la izquierda.

No olvidemos que el bando de Fuentes era partidario de la vía mexicana al socialismo. Ésta, planteaban, debía ser un camino profundamente realista alejado de los cánones utópicos del romanticismo de la izquierda mexicana. Para ellos, el gobierno de Adolfo López Mateos había triunfado en la arena internacional al proteger la independencia interamericana, pero había errado al interior del país. Esta circunstancia dejaba al gobierno entrante de Díaz Ordaz en un contexto incierto que, dadas las condiciones, podría conducir a explosiones de violencia. Por ende, la vía mexicana al socialismo que proponían no podía ser la insurrección violenta, pues no existían las condiciones objetivas ni subjetivas, ni nacionales ni internacionales, para que emergiera airosa. Al contrario, una revolución armada como planteaban los izquierdistas radicales sólo imposibilitaría el movimiento democrático del país.³³⁸ Esta desavenencia entre las posturas de cómo tomar el poder, acrecentaría más la distancia entre el bando de Fuentes y el resto de los intelectuales mexicanos.

Por otro lado, así como Fuentes abogó para que se diferenciaron las condiciones de cada país y, con base en eso, se establecieran propuestas para su desarrollo, en su última

³³⁸ *Ibidem*, p. 62-63.

réplica a *Política* los dimitentes insistieron en observar detenidamente la realidad mexicana para identificar las particularidades que la diferenciaban del resto de los países latinoamericanos. En su análisis, México se encontraba en una fase capitalista que, con todo y sus contradicciones, no resultaba completamente perjudicial para su desarrollo, de ahí que su transformación al socialismo no podía ser abruptamente como la interpretación del marxismo indicaba.³³⁹ En ese sentido, infirieron indirectamente que las formaciones económico-sociales del marxismo –comunismo primitivo, esclavismo, feudalismo, capitalismo y socialismo– no eran estáticas ni absolutas. Confirmaban una vez más la idea de Fuentes de que el marxismo era un método de interpretación histórica, mas no un dogma.

Entonces, ¿cuáles eran las características de esa vía mexicana al socialismo? Primeramente, defendieron la creación de una organización independiente del Estado que promoviera los valores populares y democráticos. Dicha organización tenía que promover, en primera instancia, la ratificación de los elementos populares de la Revolución Mexicana. Debía analizar la realidad del país, combatir el dogmatismo, buscar y aceptar alianzas, fomentar la unidad en la pluralidad y demostrar la superioridad del pensamiento socialista para transformar profundamente las estructuras nacionales. Además, en el terreno internacional, la organización no debía alinearse a ningún bando ni consentir a los mandamientos impuestos de cómo llevar a cabo sus relaciones internacionales.³⁴⁰ La vía mexicana al socialismo sería la prueba misma de la progresión dialéctica de la sociedad.

Frente a las denuncias de *Política* por su falta de compromiso político, Fuentes reiteró su posición respecto al papel que el escritor debía desempeñar en la política. Como se señaló en el capítulo anterior, en 1962 Fuentes exteriorizó que ya no le concedía trascendencia política a su obra literaria, pues le quedaba claro que la política no podía hacerse a través de la literatura, y viceversa.³⁴¹ En 1964, en medio de la polémica, insistió en la idea de que el escritor no tenía la obligación de convertirse en un dirigente político. Para él, “la formación de un periodismo y de una vida intelectual de izquierda verdaderamente serios, por sí mismos no transformarán la sociedad mexicana.”³⁴² Según él, al escritor correspondía colaborar con

³³⁹ *Idem.*

³⁴⁰ *Idem.*

³⁴¹ Emmanuel Carballo, “Conversación con Carlos Fuentes”, en *La Cultura en México*, n. 14, 23 de mayo de 1962, p. VII.

³⁴² Carlos Fuentes, “Nos negamos a ser cómplices de una farsa y a vivir bajo el signo del comercio y el alarido” en *Siempre!*, n. 582, 19 de abril de 1964, p. 13.

el desarrollo revolucionario del país a través de sus propias armas: el análisis y la explicación de la realidad mexicana. El intelectual de izquierda sería efectivo cuando renunciara al sectarismo y se aventurara al diálogo, a la disciplina y a la verdad. De lo contrario, si se continuaba por el camino de los “evangelios” y de las “buenas intenciones”, la izquierda mexicana no despertaría del “inocuo romanticismo populista” que lo arrastraba y que la anulaba como una fuerza política organizada y dinámica.³⁴³

Dicha postura, que se consolidaría más adelante, fue clave para que Fuentes, desde el punto de vista estético y político, se desmarcara del grupo de escritores latinoamericanos que consideraban trascendental la relación entre la literatura y la política. Además, también serviría para que sus adversarios políticos y artísticos lo acusaran de ser un escritor pequeñoburgués y poco comprometido. La intención de Fuentes de deslindarse artísticamente de la arena política sería una característica más de su comportamiento asumido como dialéctico y antidogmático.

La polémica con la revista *Política* representó un parteaguas en la percepción pública que el sector intelectual más radical de izquierda tenía sobre Fuentes y el resto de su grupo. Por su popularidad y reconocimiento internacional, Fuentes fue el escritor más sobresaliente del grupo y, por ende, el blanco de la mayoría de las críticas. Si bien durante este proceso se puede observar un cambio o evolución en la postura política de Fuentes, sostengo que gran parte de la idea negativa que se tiene del escritor durante esta etapa fue creada intencionalmente por sus adversarios políticos desde la misma izquierda mexicana y, posteriormente, por la latinoamericana. Alrededor de Fuentes se construyó la imagen de un dirigente pequeñoburgués de la frívola mafia intelectual que monopolizaba los medios impresos, que a cambio de su respectivo financiamiento se tornó cómplice y adulator del gobierno y de un derechista que ondeaba la bandera de la izquierda. De todas sus acusaciones, la relacionada con el gobierno fue la más compleja y difícil de refutar, pues dicho vínculo se hizo más evidente durante el gobierno de Luis Echeverría.

Se concluye que la polémica puso en evidencia las discrepancias y la fragmentación en el seno de la izquierda mexicana en el marco de la Guerra Fría. Los desencuentros surgieron a partir de las diferencias entre los bandos sobre cómo transformar políticamente al país. Las diferencias ideológicas sobre las virtudes y defectos de la izquierda como fuerza

³⁴³ *Idem.*

política, la reticencia y adopción del marxismo como dogma, la influencia y negación de la imposición del socialismo soviético, fueron algunas de los puntos a debatir en las confrontaciones entre los bandos.

Finalmente, se puede afirmar que la postura política e ideológica de Carlos Fuentes empezó a consolidarse alrededor de una peculiaridad: la dialéctica, es decir, el movimiento, así como la acción discursiva de contraponer ideas a sus contradicciones para dar como resultado la solución a una problemática. Para él, resultaba necesario oponerse al dogma, a lo absoluto, pues dicha concepción no permitía un análisis racional y libre de las circunstancias. De ahí su negación a asumirse como marxista y de adoptarlo sólo como un método histórico de comprensión de la realidad. Asimismo, las particularidades de su discurso en torno a la vía mexicana al socialismo, al compromiso del intelectual y su postura abierta hacia régimen político mexicano, lo pondría en el centro del debate durante los próximos años.

Las discusiones en torno a la solidaridad con la Revolución Cubana entre el grupo de Carlos Fuentes y el de *Política* fueron un ejemplo de lo agitado del contexto de la Guerra Fría en la arena intelectual. Ambos sectores, aunque enfrentados a partir de 1964, compartieron su ilusión en el proyecto cubano por su relevancia para la izquierda en el continente y específicamente en México. Posteriormente, cuando las desavenencias ideológicas y políticas aparecieron, la Revolución Cubana funcionó como elemento legitimador de su pertenencia a la izquierda. El grado de respaldo hacia la Revolución era directamente proporcional a su nivel de militancia intelectual. Por esa razón, cuando los colaboradores de *Política* pusieron en entredicho las cualidades izquierdistas de los dimitentes, la incriminación más poderosa y desmedida que pudieron encontrar fue que éstos habían traicionado también a la Revolución Cubana.

Aunque la acusación de *Política* tenía más que ver con los diferentes modos de pensar desde la izquierda que con la filiación política, este episodio significó un duro golpe político hacia el campo intelectual de Fuentes, el cual había rebotado elogios hacia el proyecto cubano durante los primeros años de la década. Si bien tales imputaciones no eran por completo ciertas, a partir de ese momento resultó difícil librarse del estigma que había caído sobre sus hombros. Las dudas sobre su pertenencia a la izquierda y, sobre todo, su respaldo a las revoluciones en el continente, contribuyeron a construir una imagen alrededor de

Fuentes que prontamente se proyectaría como contrarrevolucionaria para la izquierda ortodoxa mexicana y latinoamericana cercana a la Revolución Cubana.

Los narradores ante el público: la libertad creadora y la heterodoxia permanente

Entre los años de 1965 y 1966 se llevó a cabo en la Sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes el ciclo de conferencias “Los narradores ante el público” organizado por Antonio Acevedo Escobedo, jefe del departamento de Literatura en el Instituto Nacional de Bellas Artes. El objetivo de Escobedo fue reunir a escritores mexicanos para que conversaran sobre su vida y obra. Entre los pocos escritores que aceptaron la invitación estuvo Carlos Fuentes, quien presentó su conferencia autobiográfica en junio de 1965, reproducida en *La cultura en México* el 29 de septiembre de 1965.³⁴⁴ La conferencia de Fuentes ha sido estudiada por diversos investigadores quienes han resaltado su discurso contra el nacionalismo cultural como el punto más valioso de su disertación.³⁴⁵ Para esta investigación, considero importante destacar su reflexión sobre el compromiso del artista en América Latina para demostrar cómo, para 1965, se empezó a reforzar su figura como un escritor político heterodoxo defensor de la libertad creadora.

Carlos Fuentes afirmó que el sentido de la nacionalidad mexicana era, en esencia, mítica. A lo largo de toda su bibliografía literaria, Fuentes abordó la presencia del mito como elemento fundamental en la idiosincrasia mexicana. Para él resultaba evidente que México no podía funcionar “sin la fachada del mito.”³⁴⁶ Desde la Conquista hasta la propia Revolución Mexicana, todo se explicaba a través de él. Dicha circunstancia resultaba más problemática cuando el mito era fusionado con el presente, entonces toda explicación desde arriba era legitimada por la praxis mitológica.

³⁴⁴ Su participación en “Los narradores ante el público” fue recopilada en la antología de Antonio Acevedo Escobedo y publicada en las páginas de *La Cultura en México*. No obstante, ambas versiones difieren en su edición. La antología presenta una ponencia más centrada a lo literario, mientras que la reproducción de *La Cultura en México* posee opiniones más políticas y una historieta con fotografías de Héctor García. En este apartado se utilizan ambas versiones.

³⁴⁵ Patricia Cabrera López aborda hondamente este tema en Patricia Cabrera López, *Una inquietud de amanecer. Literatura y política en México, 1962-1987*, México, Plaza y Valdés, 2006.

³⁴⁶ Conferencia de Carlos Fuentes en “Los narradores ante el público” en Antonio Acevedo Escobedo (comp.), *Los narradores ante el público. Primera Serie*, México, Ficticia Editorial-Instituto Nacional de Bellas Artes-Universidad Autónoma de Nuevo León, 2012, p. 152.

El mito de la Revolución Mexicana, por ejemplo, implicó que la investidura política del gobierno –el PRI– fuese casi sagrada, pues estaba míticamente relacionada con la continuidad y permanencia de la revolución.³⁴⁷ De tal manera que la ideología oficial, al emanar de la Revolución Mexicana, era inmediatamente legitimada por el mito revolucionario. Por tanto, a nivel cultural, el nacionalismo revolucionario se volvió en la norma. Para Fuentes la visión mitológica de la nacionalidad mexicana era un obstáculo que podía observarse, incluso, en la narrativa.

El nacionalismo cultural revolucionario surgió como una propuesta intelectual basada en la herencia mestiza e indígena y la búsqueda de lo mexicano. Como señala Beatriz Urías, dicha propuesta, generada por los intelectuales cercanos a los regímenes revolucionarios, tenía como objetivo fungir como un mecanismo de cohesión social, que amalgamara elementos de la cultura popular y revalorara la herencia prehispánica a través de un nuevo marco político, social y cultural que, además de integrar a las mayorías, legitimara al gobierno oficial.³⁴⁸ Para Fuentes, el nacionalismo cultural había sido necesario durante las primeras décadas del siglo XX para vigilar patrióticamente las tradiciones locales y la identidad nacional del México posrevolucionario, lo que significó “un urgente reconocimiento de la Tierra, el pueblo, los colores y los sonidos de México, escondidos o deformados por varios siglos de indiferencia, imitación o mutismo.”³⁴⁹ Sin embargo, esta propuesta nacionalista se volvió un impedimento cuando sobrevivió a su etapa revolucionaria para formar parte del mito nacionalista.

Como se observó anteriormente, Fuentes fue un férreo crítico del discurso revolucionario que reproducían los grupos del poder oficial y su frente intelectual. La Revolución Mexicana que había quebrado, según Fuentes, la estructura feudal prerrevolucionaria había logrado su éxito social, económico y político más rotundo durante el gobierno de Lázaro de Cárdenas. Posteriormente, la revolución había perdido su rumbo para ser utilizada como discurso mítico y legitimador del poder en turno. Una vez que el mito de la Revolución Mexicana “[...] rindió sus frutos, entró en decadencia porque sólo era, al

³⁴⁷ *Idem.*

³⁴⁸ Beatriz Urías Horcasitas, “El nacionalismo revolucionario mexicano y sus críticos (1920-1960)”, Documentos de trabajo, Universidad de Alcalá-Instituto de Estudios Latinoamericanos (IELAT), España, n. 55, 2013, p. 5-6.

³⁴⁹ Conferencia de Carlos Fuentes en “Los narradores ante el público” en Acevedo Escobedo (comp.), *Los narradores...*, p. 154.

cabo, una etapa de nuestro desarrollo cultural y cuando quiso convertirse en norma permanente se volvió repetitivo y chovinista, parte del *statu quo* y puramente pintoresco. Floreció como un autorreconocimiento; degeneró en autocaricatura.”³⁵⁰

Al recapitular cómo evolucionó la postura de Fuentes a partir del año de 1964 y su separación de *Política*, es notable que el escritor comenzó a presentarse como un intelectual heterodoxo y dialéctico. En este sentido, a mitad de la década de 1960, Fuentes no se asumiría como un intelectual comprometido ciegamente con alguna postura política, partido o grupo de poder. Sus posicionamientos serían libres de carga ideológica y proclives al movimiento y a la evolución. Así se puede comprender que evitara posicionarse a favor de una norma permanente cultural emanada del gobierno como el nacionalismo revolucionario cultural. Además, para él la independencia del artista era la pieza fundamental de la libertad creadora.

El arte, afirmó Fuentes, era “la única oportunidad del hombre contra la enajenación tanto mítica como pragmática”.³⁵¹ En México el artista se había vuelto en el portavoz de la “mitología imperante” del nacionalismo. Al serlo, técnicamente traicionaba su propósito y libertad creadora. Esta circunstancia, que no era exclusiva del artista mexicano sino de las sociedades nuevas que, según Fuentes, orillaban al artista a que legitimara al grupo en el poder, provocaba que el artista abandonara su herencia revolucionaria y crítica del orden establecido para convertirse en un vocero y no en un artista autónomo como en las “metrópolis culturales modernas”.³⁵²

Fuentes, como fiel seguidor del pensamiento de Alfonso Reyes y miembro de la Generación de Medio Siglo, se adhirió a la tradición universalista. Recordemos que, para la década de 1950, la Generación de Medio Siglo se presentó como partidaria de una cultura cosmopolita frente a una ya decadente cultura revolucionaria basada en lo rural. Para Fuentes, una de las aportaciones más importantes de Reyes había sido precisamente su disputa contra la visión nacionalista cultural y su “chovinismo estéril”, al proponer que “una cultura puede ser provechosamente nacional si es generosamente universal.”³⁵³ Con esto, Fuentes reafirmaba su animadversión hacia el nacionalismo mítico y su reivindicación del

³⁵⁰ *Idem.*

³⁵¹ *Ibidem*, p. 155.

³⁵² Cabrera López, *Una inquietud...*, p. 88.

³⁵³ Conferencia de Carlos Fuentes en “Los narradores ante el público” en Acevedo Escobedo (comp.), *Los narradores...*, p. 155.

universalismo, al tiempo que legitimaba su práctica intelectual a través de la influencia de Reyes.

Fuentes y el resto de los colaboradores de *La Cultura en México* protagonizaron dicha cruzada contra el nacionalismo cultural y argumentaron que el artista que se mantuviera alejado de la praxis mitológica nacionalista podría detonar su genio y vocación con absoluta fidelidad a su independencia creadora. La explotación del discurso provincialista y de lo rural se presentaba entonces como un antónimo de la modernidad imperante en las sociedades cosmopolitas.³⁵⁴ En ese sentido, la narrativa mexicana, cargada de nacionalismo y provincialismo, se encontraba en pleno subdesarrollo respecto a la literatura estadounidense o europea con tendencias universalistas.³⁵⁵ La propuesta universalista se presentaba entonces como una visión que ganaba terreno frente a la crisis del nacionalismo cultural en la década de 1960 cuando el discurso oficial de la Revolución Mexicana se empezaba a desgastar.³⁵⁶

No cabe duda de que su origen social le permitió distanciarse de la ideología oficial. Al crecer fuera de México, no adoptó férreamente las raíces y pudo observar la realidad del país desde diferentes perspectivas.³⁵⁷ Esta disyuntiva, si bien le provocó conflictos internos —“¿Cómo hacerme partícipe de las grandes mentiras y las grandes verdades de este país y, al mismo tiempo, mantener la distancia exigida por el puro instinto de conservación?”³⁵⁸—, le dio la posibilidad de formarse intelectualmente lejos de la norma cultural predominante. De tal manera, Fuentes propuso, a través de sus obras y discursos, nuevas formas de creación apegadas a la autonomía artística en un momento coyuntural de la cultura mexicana y latinoamericana.

No obstante, y por obvias razones, su origen cosmopolita le granjeó críticas por parte de los partidarios del canon nacionalista y de los artistas comprometidos con la revolución latinoamericana. Sus constantes viajes al extranjero, su reconocimiento internacional y sus vínculos cercanos con artistas europeos, le adjudicaron el mote de “prototipo de intelectual

³⁵⁴ Cabrera López, *Una inquietud...*, p. 99.

³⁵⁵ *Idem.*

³⁵⁶ La crisis final del nacionalismo cultural ante el embate de las ideas universalistas ocurrió a partir de 1960 cuando la ideología nacionalista de la Revolución Mexicana perdió terreno. Abelardo Villegas, *El pensamiento mexicano en el siglo XX*, p. 203 *apud Ibidem*, p. 72.

³⁵⁷ Conferencia de Carlos Fuentes en “Los narradores ante el público” en Acevedo Escobedo (comp.), *Los narradores...*, p. 154.

³⁵⁸ *Idem.*

cosmopolita y reconocido”.³⁵⁹ Las acusaciones en su contra y a nombre del grupo de colaboradores de la ‘mafia’, versaron en torno a que sus creaciones artísticas no eran más que copias pueblerinas del extranjero, y que preferían lo europeo por encima de su cultura nacional. En esa lógica, Mario Benedetti consideró que

[...]tanto en sus diálogos (públicos y privados) como en sus textos, la mafia usó un lenguaje que tenía sus claves, y de alguna manera hacía cómplices a sus miembros, de una actitud que llevaba implícito un menosprecio hacia las masas populares y sus reacciones primitivas o despojados silencios. Por otra parte, la sede natural de estos escritores no era Puebla o Guanajuato, sino la equidistante París. La “zona rosa” es en rigor una nostalgia europea.³⁶⁰

En la misma línea, Fuentes enfrentó dichas críticas al desentrañar un aspecto que, como vimos anteriormente, se volvió un tema clave de la conversación de las prácticas intelectuales y artísticas de la época: el origen burgués del intelectual/artista. En el caso específico del artista mexicano, para el narrador mexicano resultaba evidente que su carácter burgués lo engañaba al hacerlo creer que por alejarse de la mitología reinante y del discurso narrativo del “maguey y el indio” se insertaba automáticamente en el discurso de la universalidad, pues “la gran quimera de la burguesía es creer que ella es, *ipso facto*, la portadora de la universalidad.”³⁶¹ En su intento por demostrar que la condición burguesa del creador artístico podía no ser una condicionante de su realidad social, resaltó la necesidad de la asimilación y el combate: “Nuestro dilema es ser burgueses, vivir como burgueses y sin embargo rechazar las mentiras que nos sostienen.” Es decir, el artista burgués tenía como obligación trascender las barreras que su condición burguesa implicaba para transformar la realidad.

En pocas palabras, la postura de Fuentes defendía que aquel artista que lograra permanecer distanciado y libre de cualquier proceso de enajenación e imposición ya sea política o cultural –ya sea el nacionalismo cultural o el origen burgués–, se encontraba, nada más y nada menos, que el camino ideal para la creación de un arte auténtico. La sola existencia de lo estático, de la norma inobjetable y de la ortodoxia en el arte iba en contra de su propia naturaleza dialéctica y transformadora de la realidad. Esta posición, defendida férreamente en su participación en “Los narradores ante al público”, lo convirtió en objeto de escarnios de aquéllos que asumieron su actitud como una afrenta al arte comprometido.

³⁵⁹ Jorge Volpi, *op. cit.*, p. 61.

³⁶⁰ Benedetti, *El escritor latinoamericano...*, p.136.

³⁶¹ Conferencia de Carlos Fuentes en “Los narradores ante el público” en Acevedo Escobedo (comp.), *Los narradores...*, p. 158-159.

En dicha conferencia, Fuentes aseveró que no creía en el arte comprometido.³⁶² Éste, entendido como una postura que obligaba al artista a defender una postura activa política a través de su arte, significaba para el autor de *La región más transparente* (1958) una perspectiva delicada y arriesgada, pues las formas artísticas sólo podían ser válidas si procedían de un compromiso real del artista con su arte, no necesariamente con un proyecto político. Si bien con esta postura Fuentes deseaba salvar a la creación artística de la laguna del compromiso político de la época en que estaba inmersa, no implicaba que negara el carácter político del artista. Para él, el artista, desde un punto de vista intelectual, debía “aclarar el presente e intuir, proyectar, abrir la percepción del futuro.”³⁶³ Sus capacidades intelectuales le permitirían comprender y significar al mundo para los demás.

La proyección política del artista era factible sólo como ciudadano.³⁶⁴ Como artista, su participación política se daba implícitamente en la obra a través de “mantener vivo el margen de la heterodoxia”. He aquí un aspecto trascendental del discurso de Fuentes y que se volvió clave en su postura política y artística en la mitad de la década de 1960, que el artista debía defender la heterodoxia, tanto en su obra como en su pensamiento, a toda costa. Con esto, Fuentes enviaba un mensaje a los círculos de poder, a los proyectos culturales oficiales y a los artistas comprometidos: su arte nunca estaría supeditado a la ortodoxia artística y política de ninguna índole. Su creación artística sería leal únicamente a su ser artístico. En cambio, su postura política, también libre de cualquier imposición, sería de carácter ciudadano y con el único objetivo de poder comprender la realidad libremente.

La ortodoxia, afirmó Fuentes, “pertenece a los apretados y a los apretadores. El escritor tiene que salir al paso, no importa la sociedad en que viva, con una nueva herejía para que exista una aspiración a la libertad que es, quizá, lo más cerca que se pueda estar de la libertad.”³⁶⁵ El movimiento, la capacidad de evolución y de discrepancia, eran características necesarias en el quehacer artístico, de lo contrario, mantenerse en lo estático, en lo dicho y en la norma, implicaba renunciar a la autonomía librepensadora, a la aspiración del arte genuino y a la transformación de la realidad. La dialéctica en la creación y en el pensamiento permite la admisión de los claroscuros, de “la verdad, [...], la duda, el desorden

³⁶² *Ibidem*, p. 169.

³⁶³ *Idem*.

³⁶⁴ *Ibidem*, 171.

³⁶⁵ *Idem*.

que podemos oponer al orden ortodoxo.”³⁶⁶ Con dicha afirmación, Fuentes se desmarcaba de aquellos que legitimaban su creación a través de los proyectos oficiales, en el caso específico de México y desde el punto de vista artístico, del nacionalismo cultural, y también de quienes le reprocharon no poseer una postura política clara alineada hacia la izquierda ortodoxa, como sucedió durante su ruptura con *Política*.

El tema de la heterodoxia sobresalió también en la definición de *ethos* intelectual. Como ya se ha explicado reiterativamente, Fuentes evitó definirse como partidario de alguna corriente política en específico y simplemente se insertó dentro del espectro político de la izquierda, tan ambiguo como suene. Con el tiempo precisó los atributos fundamentales de dicha izquierda: la dialéctica y la heterodoxia. Sus detractores argumentaron que esa postura heterodoxa no era más que la reticencia de Fuentes para adoptar un compromiso político real hacia las causas y necesidades de la misma izquierda. En su defensa, Fuentes aseveró que, a diferencia de ellos, su formación política no se basaba en dogmas establecidos y absolutos. El marxismo, por ejemplo, no debía usarse como una creencia total y reductora, tal como lo hacían los izquierdistas más ortodoxos, pues esto implicaba ir en contra del pensamiento mismo de Marx: la dialéctica. En cambio, el marxismo era funcional como un método de interpretación de la realidad:

Mi información –más que mi formación política– la debo también al contacto con el marxismo, pero no en cuanto dogma absoluto o reductor –que es la negación del pensamiento de Marx–, sino en cuanto método de interpretación de determinados fenómenos de la vida histórica y llamado de libertad e integración de posibilidades humanas. El marxismo no es, ni puede ser, la vida. Es una interpretación, rica y parcial, de la existencia, que se niega al negar su relativismo dialéctico y pretender a una totalidad dogmática.³⁶⁷

Tal actitud fue tomada como una afrenta directa. Durante su conferencia, se defendió de quienes, incluso, lo acusaron no sólo de abstenerse de adoptar un compromiso, sino que también pusieron en duda la legitimidad del origen de sus recursos y su fama internacional.³⁶⁸

³⁶⁶ *Idem*.

³⁶⁷ *Ibidem*, p. 169.

³⁶⁸ Ante diversas acusaciones de recibir apoyo económico de Estados Unidos y de los soviéticos, Fuentes aclaró que su dinero procedía de sus colaboraciones en el cine –era un apasionado del séptimo arte y realizó varios guiones cinematográficos–, de sus publicaciones en Estados Unidos, Inglaterra, Francia y Alemania “[...]que, por un solo artículo, pagan más que la edición entera de una novela en México”, y de la ganancia de sus libros “[...]cosa que no es difícil con ediciones permanentes en Nueva York, Londres, París, Milán, Ámsterdam, Estocolmo, Copenhague, Oslo, Helsinki, Stuttgart, Berlín oriental, Zagreb, Praga, Varsovia y Moscú. No creo que sea obligación del escritor engrosar las filas de los menesterosos, y quien lo afirme es, por lo menos, un hipócrita.” *Ibidem*, p. 167.

En primera instancia, se le imputó de recibir dinero soviético y cubano con el objetivo de ser partícipe de la propaganda comunista. Posteriormente, se le adjudicó la obtención de divisas estadounidenses como pago por sus servicios como agente secreto de los Estados Unidos.³⁶⁹ En pocas palabras, Fuentes se hallaba en medio de un campo de tiro mientras era abordado por ambos bandos al mismo tiempo. La necesidad de defender su pertenencia a la izquierda, pero mantenerse al margen de la definición política ortodoxa, lo hacía parecer demasiado comunista para los estadounidenses y demasiado tibio para los izquierdistas ortodoxos.

Aunque Fuentes defendiera férreamente el origen de sus ingresos como producto de su trayectoria literaria, así como su heterodoxia y autonomía artística de cualquier fuente de poder político, su trascendencia en el campo intelectual a nivel internacional lo convirtió en presa de los programas de contención del comunismo en el continente por parte de los Estados Unidos. Sus elogios hacia el proceso revolucionario cubano, sus consignas antiimperialistas, su participación en revistas como *El Espectador* –que era considerada, según reporte de la CIA, como propaganda financiada por la URSS– y *Siempre!* –que se consideraba como una tribuna de la izquierda mexicana–, lo colocaron dentro de la lista negra de comunistas mexicanos de los medios de inteligencia estadounidense.³⁷⁰ Sin embargo, diversos programas e iniciativas culturales aplicados hacia América Latina y financiados por el gobierno estadounidense, como el Congreso por la Libertad de la Cultura (CLC) que ya se abordó, tuvieron como objetivo constituir un contrapeso a la maquinaria cultural latinoamericana con tendencia de izquierda y lograr un frente favorable para los intereses estadounidenses. Dentro de esta lógica, se buscó el financiamiento de revistas y de escritores sin que éstos necesariamente estuvieran al tanto del objetivo real de dichos programas. Fuentes no sería la excepción.

Patrick Iber confirma que existieron aproximaciones de los agentes culturales estadounidenses hacia Carlos Fuentes. El escritor mexicano, alineado cada vez más al espectro de la nueva izquierda, era considerado como el portavoz de una posición intermedia entre los

³⁶⁹ En la versión publicada por *La Cultura en México*, Fuentes menciona que un dramaturgo mexicano señaló que Fuentes y José Luis Cuevas eran agentes secretos de los Estados Unidos por lo que “cobraban con puntualidad en las oficinas de Mr. John Brown, agregado cultural de la embajada”. Fernando Benítez, “Carlos Fuentes habla de su vida y de sus libros” en *La Cultura en México*, n. 189, p. VIII.

³⁷⁰ Véase Guillermo Sheridan, “La CIA planea una revista cultural mexicana”, *Letras Libres*, México, junio 2017, <https://www.letraslibres.com/mexico/historia/la-cia-planea-una-revista-cultural-mexicana> (consulta: 4 de abril de 2019).

bloques al negar su alineación al socialismo real soviético y al capitalismo real estadounidense. En algunas conversaciones entre Fuentes y Keith Botsford, escritor y operador del CLC, se cuestionó al mexicano sobre su simpatía hacia Cuba. Fuentes, que había realizado varios viajes hacia Estados Unidos por motivos literarios, no perdía oportunidad de recalcar su apoyo hacia la Revolución Cubana; sin embargo, la respuesta obtenida por parte de sus interlocutores estadounidenses le resultaba estéril. Ambos, Botsford y Fuentes, se plantearon la posibilidad de debatir las políticas culturales cubanas con miembros de la inteligencia estadounidense. Bostford aseguró que le costaba comprender la simpatía de Fuentes hacia regímenes como el de Cuba, donde era evidente su incomodidad e incapacidad para hablar con plena libertad como sí lo podía hacer en México. Fuentes aceptó dicho argumento y admitió que, para muchos intelectuales, la situación en Cuba se encontraba lejos de lo ideal; con esta afirmación, Fuentes dejó entrever que sí existía una brecha entre lo que él pensaba que debía ser la Revolución Cubana y lo que realmente era. Botsford, por su parte, concluyó que Fuentes era un buen hombre y estaba del lado de los intereses de Estados Unidos.³⁷¹ Como veremos más adelante, Fuentes guardó silencio durante varios años sobre su incomodidad con las directrices culturales cubanas. Eso sí, no dejó de respaldar públicamente a la Revolución Cubana, incluso después de sus desavenencias con el campo intelectual cubano a principios de la década de 1970.

Es muy probable que Fuentes no supiera del interés estadounidense de cooptarlo como agente cultural de occidente –al menos nunca lo admitió–. Como afirma Guillermo Sheridan, la mayoría de los escritores latinoamericanos no tenían idea de la maquinaria cultural y de contención puesta en práctica por la inteligencia estadounidense.³⁷² Sin embargo, la contribución de Fuentes con diversas revistas estadounidenses, su participación en las reuniones del PEN Internacional –cuyos viáticos corrieron a cargo del mismo CLC–³⁷³ y su colaboración con *Mundo Nuevo*, revista que también fue financiada por la inteligencia estadounidense, generó desconfianza en el ala más ortodoxa de la izquierda mexicana y latinoamericana que apoyaba a la Revolución Cubana. Pese a que en su conferencia refrendó

³⁷¹ Patrick Iber, *Neither Peace nor Freedom. The Cultural Cold War in Latin America*, London, Harvard University Press, 2015, p. 88.

³⁷² Guillermo Sheridan, “La CIA planea una revista cultural mexicana”, *Letras Libres*, México, junio 2017, <https://www.letraslibres.com/mexico/historia/la-cia-planea-una-revista-cultural-mexicana> (consulta: 4 de abril de 2019).

³⁷³ Patrick Iber, *op. cit.*, p. 188.

su permanente apoyo hacia la Revolución Cubana y ratificó su oposición hacia la política imperialista de Estados Unidos, pues, afirmó, era el mayor obstáculo para que las naciones latinoamericanas pudieran insertarse en el mundo moderno,³⁷⁴ su discurso respecto a la autonomía del intelectual puso en entredicho su adhesión absoluta al proyecto revolucionario cubano que abogaba por un compromiso intelectual y artístico absoluto con la Revolución Cubana.

Además, aunque su análisis durante “Los narradores ante el público” era estrictamente sobre la Revolución Mexicana, en su perspectiva de que una revolución permanente implicaba una heterodoxia permanente, donde se aspirara a la verdad, pero también a la discrepancia, resultaba evidente que su análisis alcanzaba a todos los procesos revolucionarios mundiales. Si bien sostuvo que cada país poseía características nacionales objetivas distintas, denotó también que en los procesos revolucionarios la ortodoxia, como lo contrario a la aspiración de la libertad, era la constante y el mayor obstáculo de la izquierda internacional para generar transformaciones radicales y verdaderas. Dicha ortodoxia se presentó también en la URSS y formó parte esencial de la crítica de Fuentes hacia el régimen soviético. Por lo tanto, es de esperarse que cuando la ortodoxia empezó a manifestarse en el seno de la Revolución Cubana, sobre todo en el ámbito intelectual, surgieran las señales de alerta para Fuentes. Como demostraré, para 1965 la relación entre Fuentes y el campo intelectual cubano comenzó a enfriarse.

En la publicación de *La Cultura en México* del 29 de septiembre de 1965 en que se reprodujo la conferencia de Fuentes, el escritor añadió una fotonovela donde presentaba a sus amigos escritores mientras convivían en una fiesta. Con fotografías de Héctor García y con el título “Lo que la Mafia se llevó”, Fuentes escribió: “Yo soy mi propia Mafia: Presidente, Tesorero, Secretario Perpetuo y Miembro Único. Cuento mis amigos próximos con los dedos de las manos: Flores Olea, Benítez, José Luis Ibáñez, Carlos Velo, Enrique González Pedrero, Xirau, Gabriel García Márquez, Donoso.³⁷⁵” En octubre de 1965, la revista *Política* respondió a la narración de Fuentes:

[...] se amplía el círculo de intelectuales que diciéndose <<progresistas>>... expresan por las vías del escapismo, de la falsa universalidad y del cosmopolitismo ramplón y snob, su

³⁷⁴ Conferencia de Carlos Fuentes en “Los narradores ante el público” en Acevedo Escobedo (comp.), *Los narradores...*, p. 70.

³⁷⁵ Fernando Benítez, “Carlos Fuentes habla de su vida y de sus libros” en *La Cultura en México*, n. 189, p. VI.

inconformidad con el patriotismo político de la oligarquía burocrática. Espero de ésta, dan esos intelectuales una imagen divertida de la burguesía a la que critican por su falso nacionalismo tricolor. Homeópatas de la intelectualidad, dicen destruir a la burguesía y a los gustos burgueses apurando hasta la última gota de la cursilería de las fiestas y frivolidades burguesas. Y no contentos con ello, trasladan a sus pláticas, a sus engendros novelísticos, pictóricos o ensayísticos ese peculiar sentido de *go-go* del que se ufanan en sus reuniones y aun en las conferencias que para empatar dicta ante el delirante regocijo de sus cloques de incondicionales seguidores... Conscientemente refugiados en un arte abstracto y evasivo, bandera de confusión y equívocos... esa destacada capa intelectual identifica el patriotismo oficial y la demagogia con los auténticos problemas del pueblo mexicano... [...] Lo que defienden es el libertinaje en los niveles más bajos de la conducta personal y pública; lo que defienden es la servil condición palaciega y proimperialista que no logran ocultar en sus charlas, que no pueden esconder en las líneas caóticas de sus lienzos o en las calcas al carbón de Joyce y Kafka. Falsos paladines de la libertad creadora confunden ésta con la producción pueblerina de copias del extranjero; su cosmopolitismo no va más allá de los salones en que, entre pasos epilépticos de surf entablan torneos de ingenio...³⁷⁶

Este acontecimiento sirvió de pretexto para “señalar lo mundano y frívolo que era ese mundillo de intelectuales.”³⁷⁷ Las críticas de sus detractores, como Luis Spota, versaban en torno al elitismo y exclusivismo del grupo. Además, cuestionaban la naturaleza de su relación con el gobierno, su “patrioterismo oficial”, cosmopolitismo, universalismo, y los acusaban de ser un grupo *snob* intelectual exclusivo que sólo se ocupaba de acudir a reuniones y conferencias “burguesas”. Fue el enfrentamiento entre el ala radical y el ala moderada de la izquierda, o la ortodoxia de los “apretados” y la heterodoxia de los “libres”, según Fuentes.

Latinoamérica, un mundo que se descompone y transforma: el primer roce con la Revolución Cubana

A partir de marzo de 1966, Fuentes inició una nueva sección de ensayos en *La Cultura en México* llamada “Versiones” donde abordó tópicos distintos desde su mirada como un consagrado escritor internacional. Tras varias estancias en Francia y disfrutar del éxito de obras como *Aura* (1962), el año de 1966 fue clave en su pertenencia a la izquierda como escritor político y en su carrera literaria. Por un lado, sus perspectivas sobre la libertad creadora, el compromiso del intelectual y las revoluciones ortodoxas permanentes continuaron su evolución. Por el otro, se encontraba en la elaboración de dos de sus obras

³⁷⁶ *Política*, 1 de octubre de 1965.

³⁷⁷ Xavier Rodríguez Ledesma, *op. cit.*, p. 71.

más representativas de la década de 1960 y de su historia literaria: *Zona sagrada* (1967) y *Cambio de piel* (1967). Su participación en “Versiones” permite identificar la postura de Fuentes sobre algunos eventos internacionales como la Guerra de Vietnam, acerca de personajes importantes de la cultura mexicana como Octavio Paz y su capacidad para hablar en total libertad sobre otros temas valiosos para él como el cine.

Es momento de abordar uno de los momentos claves en su relación con el campo intelectual cubano y que, considero, es el preámbulo a sus futuros roces. Se trata de “Latinoamérica: un mundo que se descompone y transforma”, una mesa redonda entre escritores latinoamericanos llevada a cabo en París en abril de 1966. En ella participaron Fuentes, Mario Vargas Llosa, Mario Benedetti, Claribel Alegría, Héctor Cattólica y Efraín Hurtado. El objetivo de dicha mesa redonda organizada por Albert Cervoni del *France Nouvelle*, el Semanario Central del Partido Comunista Francés –traducida y reproducida por *La Cultura en México*– fue dialogar sobre la realidad de América Latina desde el punto de vista literario.

La conversación entre los escritores latinoamericanos puso sobre la mesa los diversos problemas que enfrentaban las naciones latinoamericanas como el analfabetismo, la pobreza, las creencias nacionales, la diversidad, y cómo éstos afectaban la manera de concebir la literatura en América Latina. Discutieron sobre las diferencias entre Borges y Cortázar, acerca del cine latinoamericano y la pluralidad cultural. Además, los escritores coincidieron en que una particularidad de la literatura latinoamericana de su época era el enfrentamiento entre dos concepciones: la visión nativa y la visión universal.

En esa línea, Fuentes retomó sus discursos previos en contra del nacionalismo cultural y en defensa de la narrativa universalista. Afirmó que en México los debates culturales se habían centrado en los debates estériles entre el nacionalismo y universalismo. Él, que ya había dejado claro previamente su adhesión al bando universalista de Alfonso Reyes, apuntó que no se trataba de ser simples “cosmopolitas”, sino de permitirse como escritores encontrar una salida del aislamiento que las barreras nacionalistas imponían para compartir su arte con el exterior y “no replegarse sobre sí mismos”.³⁷⁸ El verdadero obstáculo del escritor representaba entonces seguir la vanguardia internacional sin renunciar a su propia realidad

³⁷⁸ Alberto Diazlastra, “Latinoamérica: un mundo que se descompone y transforma. Mesa redonda” en *La Cultura en México*, n. 219, 27 de abril de 1966, p. II.

nacional. En ese sentido, también abordó el peligro del exotismo en la literatura latinoamericana. Coincidió con los demás escritores en la presencia de escritores folclóricos en el tema indígena que, sin tener el conocimiento real del medio, presentaban crónicas superficiales y exóticas.³⁷⁹ En cambio, existían otros escritores urbanos reclutados por la vida rural e indígena que lograron integrarse en el medio y mostrar mosaicos reveladores como lo hizo Miguel Ángel Asturias.

Ahora bien, si recordamos que la tradición universalista abrazaba la modernidad cosmopolita de las grandes ciudades en desdén del universo rural amparado por el nacionalismo cultural mexicano, la perspectiva de Fuentes en la mesa redonda lo posicionó en una dimensión neutra de dicha tradición en la cual el escritor mexicano aceptó la importancia de la pertenencia a su realidad nacional en la búsqueda del horizonte internacional. Con ello, Fuentes se desmarcó, una vez más, de las visiones ortodoxas del mundo cultural y promovió nuevas formas de hacer literatura. Por ejemplo, elogió a Borges porque, según él, reforzó la literatura latinoamericana sin negar su realidad argentina y sin aislarse del mundo; todo lo contrario, la había reforzado al abrirla al exterior.

Insistió también en que América Latina debía “desembarazarse de un enorme peso social, nacional e histórico”³⁸⁰ alimentado por características eminentemente latinoamericanas como la utopía y el mito. Este contexto encarnaba el mayor impedimento para destruir la vieja estructura e instalarse en la modernidad. México, por ejemplo, había logrado desembarazarse de aquélla tras la revolución de 1910 lo que le permitió experimentar ciertas renovaciones a nivel cultural. Sin embargo, no todos los países de la región se encontraban en las mismas circunstancias. Podría afirmarse que Fuentes hizo un llamado a la transformación de la realidad latinoamericana, ya sea por medio de una revolución u otra manera de cambio radical, en su sentido social, nacional e histórico que impactara rotundamente a nivel cultural. Sólo así, su literatura podría evolucionar y abrirse al mundo sin la necesidad de dejar de ser latinoamericana.

Quedaba claro que, con su postura, Fuentes justificaba su lugar en el ámbito cultural internacional. Como se abordó, había sido criticado en reiteradas ocasiones por sus adversarios debido a su carácter cosmopolita, sus viajes y estancias en el extranjero y su

³⁷⁹ *Ibidem*, p. IV.

³⁸⁰ *Idem*.

colaboración con revistas anglosajonas. Fuentes demostraba que su participación en el mundo cultural no implicaba una renuncia a su realidad mexicana, pero tampoco estaba dispuesto a aislarse del exterior. Como veremos en el próximo apartado, su posición al respecto se consolidó un año después cuando abogó por la importancia de eliminar todas las barreras ideológicas que afectaban el desarrollo cultural a nivel global y, por ende, se atrevió a clausurar la Guerra Fría en el terreno literario.

El resto de los participantes de la mesa redonda coincidieron con las ideas principales de Fuentes, aunque él y Vargas Llosa aterrizaron más los problemas narrativos en el espectro político de la realidad nacional latinoamericana. Su discusión omitió un tema indudablemente importante en América Latina: Cuba. En la conversación no se invitó a ningún escritor cubano ni se abordó la revolución cultural sucedida en la isla tras 1959. Tal omisión, voluntaria o involuntaria, les valió la contundente respuesta del campo intelectual cubano a través de los escritores Roberto Fernández Retamar, Edmundo Desnoes, Ambrosio Fornet y Lisandro Otero, quienes en una carta abierta publicada a *La Cultura en México* en junio de 1966 arremetieron contra los escritores latinoamericanos por olvidarse de la realidad cubana.³⁸¹

La epístola cubana inició con una narración sobre su participación en los cañaverales caribeños para concluir la zafra junto a los trabajadores de La Habana. Se relató lo complejo de la actividad y lo injusto que resultaba que durante siglos Cuba tuviera “que cortar caña” para participar del desarrollo de los países poderosos. Se afirmó que con la Revolución Cubana nació la esperanza de que a través de esta actividad se pudiera desarrollar su propia agricultura, industria, y el nivel material y cultural de su pueblo. Comentaron que su colaboración en los cañaverales les había impedido leer oportunamente la reproducción de la mesa redonda en *La Cultura en México*. La intención de los escritores cubanos, más allá de aprovechar la oportunidad para realzar los logros de la revolución, fue hacer hincapié en la participación directa de los escritores cubanos en los trabajos agrícolas y, por ende, su grado de compromiso con la revolución. Mientras los otros escritores discutían sobre América Latina en algún rincón francés, los cubanos, como escritores comprometidos con el pueblo latinoamericano, participaban en la zafra bajo el rayo del sol.

³⁸¹ Roberto Fernández Retamar, *et. al.*, “¿Se han olvidado de Cuba los escritores latinoamericanos?” en *La Cultura en México*, n. 226, 15 de junio de 1966, p. VI.

Asimismo, expusieron que llegó a sus manos un ejemplar de *La celosía* del francés Alain Robbe-Grillet, una novela que, consideraron, representaba la mirada burguesa y superficial europea del mundo colonial. Pese a ello, se afirmó que la novela fue publicada en Cuba “porque a nuestro pueblo no se le puede escapar este siglo ni siquiera en la literatura; esta es su época y tiene que conocerla hasta el fondo.”³⁸² Para los escritores cubanos, la obra de Robbe-Grillet poseía “momentos de precisión y belleza literaria”; sin embargo, su mirada “desde la terraza de un bungalow” sobre el resto del mundo les irritaba e inquietaba porque “los dejaba de golpe indefensos, reducidos a alimañas y a puntos de color, distantes, humillados”. En ese sentido, la crítica que hicieron los intelectuales cubanos sobre la mirada superficial de los europeos es la misma que Fuentes realizó sobre aquellos escritores que describían folclóricamente y con un conocimiento ligero el tema indígena. Al recurrir a esas anécdotas, los escritores cubanos hicieron hincapié sobre las diferencias entre ellos, quienes estaban absolutamente comprometidos con la lucha del pueblo cubano, y el resto de los creadores que, al desconocer el trabajo real desde abajo, sólo podían ejecutar obras literarias vanas alejadas de la realidad.

Los cubanos argumentaron que la revolución les había dotado de la experiencia diaria para continuar sus tareas con la esperanza y la pasión necesarias. Ante tales credenciales, reclamaron con ahínco a los participantes de la mesa redonda “Latinoamérica: un mundo que se descompone y transforma” por olvidarse de Cuba:

Es cierto que en la mesa redonda no había ningún escritor cubano, pero hubiéramos asegurado que, estando ustedes, eso no importaba. Ustedes, que nos conocen o saben al menos cómo pensamos – algunos acaban de visitarnos, hace apenas unos meses – no ignoran que, como dice Claribel de los salvadoreños, “también nosotros nos sentimos parte del conjunto latinoamericano” y creemos que la hermandad de nuestros pueblos se basa no sólo en que hemos tenido una historia y problemas comunes, sino también en que tenemos un mismo destino. ¿Cómo no pensar en Cuba, por contraste, cuando señalan entre los problemas más urgentes de nuestros pueblos la “espantosa extensión del analfabetismo” los “angustiosos problemas sociales”, el desdén hacia la cultura de las clases dominantes? Ya nada de eso existe aquí, la revolución arrancó de cuajo sus causas. Tenemos problemas, pero son de otra índole; nuestras inquietudes no son las mismas tampoco. Si se puede hablar de Latinoamérica como de “un mundo que se transforma”, no es posible dejar de mencionar a Cuba.³⁸³

Apelaron entonces a su identidad latinoamericana y a las similitudes en los problemas nacionales, como el analfabetismo y la dura estratificación social, así como la urgencia

³⁸² *Idem.*

³⁸³ *Idem.*

continental de la revolución como solución inmediata, para señalar que la omisión de la realidad cubana en la discusión les resultaba preocupante. Por lo tanto, dedujeron que dicho olvido había sido involuntario por parte de los escritores, pero provocado por el programa contrarrevolucionario financiado por los Estados Unidos. Como se señaló, diversas iniciativas culturales costeadas por la inteligencia estadounidense fueron utilizadas como contrapeso a la influencia de la Revolución Cubana y del comunismo en América Latina. Aunque actualmente es un tema bastante estudiado y se tienen pruebas fehacientes de que dicha estrategia de contención realmente sucedió, en 1966 tal maniobra parecía ser parte de la paranoia antiimperialista. Los cubanos infirieron que la táctica estadounidense pretendía bloquearlos de los circuitos culturales latinoamericanos al dejar a Cuba en el olvido. Como no podían negar la revolución cultural en la isla de la cual los intelectuales habían sido testigos, afirmaron que la siguiente medida era invisibilizarlos como tópico en las conversaciones internacionales. Por consiguiente, advirtieron a los escritores latinoamericanos de tal circunstancia y les solicitaron no olvidar a Cuba “cuando se hable de América Latina y de la cultura latinoamericana”.³⁸⁴

La confrontación anterior plantea dos condiciones para analizar, el compromiso del intelectual y la libertad creadora. Por un lado, las diversas posturas sobre cómo hacer literatura en América Latina que enfrentaron a los escritores con tendencias cosmopolitas, como Carlos Fuentes, con aquellos que promovieron la pertenencia nacional y los enfoques desde abajo, como los escritores cubanos. Si bien Fuentes aseveró en su participación de la mesa redonda que el verdadero objetivo del escritor era plasmar su pertenencia nacional sin aislarse del exterior, lo que resumiría y coincidiría con la postura de los cubanos, éstos últimos desconfiaron de la imperiosa necesidad cosmopolita de los escritores latinoamericanos. El vínculo de Fuentes y de los otros escritores latinoamericanos con los circuitos culturales internacionales –específicamente los relacionados con Estados Unidos– representaba para los autores cosmopolitas la posibilidad de debatir los problemas latinoamericanos con el resto del mundo. En cambio, para los escritores cubanos significaba el sometimiento de dichos escritores a la maquinaria contrarrevolucionaria de Estados Unidos que tenía como objetivo aislar a Cuba de los debates culturales. Si bien ambas

³⁸⁴ *Idem.*

posturas fueron válidas, es evidente que, para la agitación ideológica de la época, era imposible llegar a un consenso.

Por otro lado, el encaramiento de los escritores cubanos también puso sobre la mesa el grado y tipo de compromiso de los escritores latinoamericanos para con la Revolución Cubana en 1966. Por una parte, redundaba la diferenciación entre los escritores pequeñoburgueses de escritorio y los que decidían renunciar a su origen burgués y compenetrarse con el pueblo. Los escritores de *bungalows* contra los escritores de los cañaverales. Por la otra, recordaba la demanda de compromiso político tanto en su ser como en su obra. Cinco años atrás, precisamente en 1961, Fidel Castro había enviado el mensaje a los intelectuales sobre su función revolucionaria como intelectuales; con esto trazaba las nuevas normas políticas y artísticas en la creación intelectual al exigir un compromiso con los fines de la revolución. Si la omisión de los escritores latinoamericanos sobre la Revolución Cubana fue intencional, dicha circunstancia mostraría indicios de que su compromiso no era absoluto y, por ende, su respaldo hacia el régimen tampoco lo era. Si no fue deliberado, tampoco los dejaba en bien visto ante el campo intelectual cubano, pues demostraba que podrían haber sido cooptados por la inteligencia estadounidense sin siquiera darse cuenta.

Ahora bien, Carlos Fuentes había refrendado su apoyo hacia la Revolución Cubana en 1965 como se mencionó en el apartado anterior; no obstante, sus dudas respecto a la libertad del escritor bajo el régimen cubano se evidenciaron en su conversación con Bostford. Además, la postura heterodoxa y antidogmática defendida por Fuentes no coincidía con las directrices culturales del régimen revolucionario. Por esa razón, su supuesto silencio respecto a la Revolución Cubana durante la mesa redonda, un tema que había sido considerablemente recurrente para él, demostró que algo empezaba a cambiar en su discurso y, por ende, en el campo intelectual a que pertenecía.

Por lo tanto, no resulta una coincidencia que en el número que reprodujo la carta abierta de los escritores cubanos, *La Cultura en México* presentara otra carta de Lisandro Otero, escritor y diplomático cubano, sobre la situación de la literatura y la revolución en Cuba. Se presentó como una respuesta a las observaciones y preocupaciones del crítico literario mexicano Emmanuel Carballo sobre lo que ocurría en la isla. Otero abordó el tema del sectarismo y “el temor en nuestro país de las experiencias dogmáticas y las coacciones

burocráticas a las expresiones artísticas de otros países socialistas”³⁸⁵ que había surgido en 1961 –precisamente el año de las *Palabras a los Intelectuales* de Castro–. Hizo énfasis sobre la existencia de “algunos funcionarios y alguno que otro intelectual” que querían hacer triunfar tendencias dogmáticas en la literatura socialista. El régimen revolucionario, afirmó Otero, promovió el desarrollo del arte y la literatura y se proclamó en contra de “restringir la creación mediante la planificación ideológica y estética”, pues esto provocaría el estancamiento cultural. Como consecuencia, los escritores “vacilantes”, es decir, aquellos que no estaban totalmente comprometidos con la revolución, “se dejaron ganar por el temor, experimentaron una involución y se alejaron de las posiciones revolucionarias a las que se acercaban”³⁸⁶, mientras que los escritores revolucionarios se volcaron a la defensiva y en lugar de analizar los errores objetivamente, los justificaron.

En síntesis, Otero refirió que el verdadero obstáculo que enfrentaba la literatura en Cuba era el cómo. Habló de las desgarraduras en los escritores revolucionarios provocadas por destruir el mundo en que se habían formado para construir uno nuevo. La Revolución Cubana resaltaba sus conflictos como escritores y como humanos. Tenían en claro, entonces, que el tema de su literatura era la revolución. Sin embargo, ignoraban todavía cómo hacerlo sin caer en los errores que habían combatido: el maniqueísmo, el dogmatismo, lo panfletario y lo moralizante.

La mayor aportación de Otero para el tema que nos ocupa fue su disertación sobre la libertad del escritor. El cubano aseguró que la libertad del escritor en el capitalismo era un espejismo. Al final de cuentas, el escritor respondía a los intereses de la burguesía (los editores y los dueños de los periódicos). El arte era una herramienta y los escritores la servidumbre –“La burguesía paga bien a sus bufones y a sus juglares [...] para que se burlen de ella” –.³⁸⁷ En cambio, los escritores revolucionarios y socialistas en Cuba disfrutaban de la libertad porque:

Ahora bien, en Cuba los escritores disfrutamos de libertad. En primer lugar porque somos dueños de todo lo que nos rodea, incluyendo las editoriales, revistas y periódicos que nosotros dirigimos y hacemos. En segundo lugar porque disponemos de numerosos medios para difundir nuestra obra sin exigencias previas, con la sola limitación de no escribir desde posiciones contrarrevolucionarias, que nos parece bastante más que justificada si examinamos las circunstancias en que vivimos. En tercer lugar porque vemos cada vez con

³⁸⁵ Lisando Otero, “Cuba: literatura y revolución” en *La Cultura en México*, n. 226, 15 de junio de 1966, p. III.

³⁸⁶ *Ibidem*, p. IV.

³⁸⁷ *Idem*.

mayor nitidez la aparición de un público lector informado. Sensible, inteligente que espera nuestra obra. Y ese público, no hay que olvidarlo, lo ha creado la Revolución. En cuarto lugar porque sentimos que lo que hacemos y decimos tiene un sentido y puede contribuir a modificar: el medio ambiente en que vivimos. No lanzamos palabras a un muro inmovible como el escritor burgués. Trabajamos sobre una sustancia flexible, receptiva, en perpetua transformación. En quinto lugar porque conocemos los fines últimos de lo que estamos haciendo y aunque temporalmente suframos retrocesos, dificultades y errores, nuestra actividad como ciudadanos, está presidida por la ambición de perfeccionar nuestra sociedad.³⁸⁸

A diferencia de los escritores burgueses, dijo Otero, que asumían a la literatura como una forma de insurrección y rebeldía, el escritor revolucionario debía construir a través de palabras una representación del mundo. Y arremetió: “ni la apologética ni la heterodoxia tienen nada que ver con la literatura” pues eran valores humanos independientes de la creación artística. Aunque la política y el arte están relacionados, las necesidades de uno no deben condicionar al otro. La única relación condicional que debía tener el arte en una sociedad socialista era con el Estado. Dicho vínculo no entraría en conflicto si el escritor analizara y comprendiera el porqué de las decisiones del Estado.

A partir de aquí podemos observar notables semejanzas y diferencias entre las perspectivas del quehacer artístico dentro del seno de intelectuales latinoamericanos que apoyaban la Revolución Cubana, como Carlos Fuentes, y los intelectuales revolucionarios defensores del campo cultural socialista. Por un lado, ambos grupos coincidieron en que la función primordial de la literatura no era ser incendiaria sino la construcción de una representación del mundo y sus relaciones. También concordaron en lo problemático que resultaba el origen burgués del intelectual y las desgarraduras provocadas al tratar de alejarse de él como un condicionante para observar la realidad. Como Fuentes ya había señalado, el dilema de los escritores burgueses era trascender su consciencia burguesa y rechazar las mentiras que los construían. Asimismo, acordaron en indicar que la creación artística y la política estaban vinculadas, pero esto no suponía la dependencia de una ante la otra. No obstante, el peligro del sectarismo que mencionó Otero al inicio de su misiva, era una preocupación constante en escritores como Fuentes que habían señalado con tesón los errores del socialismo soviético en el ámbito cultural y de libertad creadora. Además, la afirmación de Otero acerca de la relación entre el Estado socialista y el creador artístico implicaba, a

³⁸⁸ *Ibidem*, p. V.

grandes rasgos, una supeditación artística como lo que sucedía en México con el nacionalismo cultural. El artista pasaba entonces de ser una herramienta de la burguesía a ser una herramienta del régimen socialista cubano.

En pocas palabras, el temor que existía para 1966 sobre la Revolución Cubana era que repitiera las medidas soviéticas en torno al control de la libertad creadora de los artistas y realizara una cacería de brujas y medidas inquisitoriales, como en el caso Siniavsky-Daniel que se abordará más adelante.³⁸⁹ Ante estas preocupaciones, Otero respondió que “las hogueras de libros, parrillas de la Inquisición, persecuciones de escritores son cosas del capitalismo”³⁹⁰ y que si bien lidiaban con la existencia de escritores no muy revolucionarios, éstos no debían temer a represalias del gobierno socialista, sino “al aislamiento de los nuevos lectores que no se ven reflejados en las obras que ellos escriben.”³⁹¹

Resulta evidente que para 1966 las piezas del juego en el campo intelectual latinoamericano estaban transformándose. Por una parte, la Revolución Cubana se veía asediada por una campaña contrarrevolucionaria financiada por Estados Unidos que ya no se valía únicamente de estrategias militares, sino que ahora utilizaba a la cultura como método de cooptación intelectual y contención del comunismo. Dicha circunstancia provocó que el aparato cultural revolucionario cubano estuviera vigilante e intranquilo sobre el compromiso de sus intelectuales. Igualmente, Cuba estaba a nada de dar el siguiente paso evolutivo dentro de su construcción como un Estado socialista: la “ofensiva revolucionaria” (1967-1968) que, para algunos autores, significó un crecimiento en la intransigencia ideológica y los primeros pasos hacia su soviétización.³⁹² Por la otra, algunos intelectuales que en un inicio se presentaban entusiastas por la Revolución Cubana, como Carlos Fuentes, empezaron a barajar sus cartas y a mostrar una actitud más neutral en torno al juego de poder entre bloques emanado de la Guerra Fría. Como consecuencia, Fuentes, quien se presentaba como un intelectual heterodoxo, inició su acercamiento hacia la nueva izquierda y participó

³⁸⁹ El caso Siniavsky-Daniel fue el proceso penal soviético en contra de los escritores Andréi Siniavsky y Yuli Daniel en 1965-1966. Ambos fueron acusados de distribuir material antisoviético por lo que fueron condenados y ubicados en campos de trabajo. El proceso evidenció la poca libertad creadora existente en la URSS. El caso fue abordado por Fuentes en diversas ocasiones y se presentará en el siguiente capítulo.

³⁹⁰ *Idem.*

³⁹¹ *Idem.*

³⁹² Rojas, *Historia mínima...*, p. 156.

activamente en los circuitos internacionales orquestados por la inteligencia estadounidense como la revista *Mundo Nuevo*.

Para finales de 1965 e inicios de 1966 Carlos Fuentes ya representaba un dolor de cabeza para los círculos más radicales de la izquierda mexicana, quienes lo acusaron, incluso, de anticomunista. A nivel continental, su personalidad de intelectual dialéctico, antidogmático y cosmopolita, volvería a ser centro de atención y de escarnios debido a la publicación de un artículo en la revista *Life en Español* en agosto de 1966. Si su participación en la mesa redonda “Latinoamérica: un mundo que se descompone y transforma” le había otorgado sus primeras tensiones con los escritores cubanos, su intervención en el PEN con su famoso “entierro de la Guerra Fría en la literatura” en pro del espíritu libre del artista, se convirtió en el inicio del desencanto de su relación con el campo intelectual cubano.

CAPÍTULO 5. EL PUNTO DE QUIEBRE (1966-1968)

Este capítulo aborda el enfriamiento de las relaciones entre Carlos Fuentes y la Revolución Cubana a partir de 1966. Se pretende demostrar que la separación de Fuentes con el campo intelectual cubano fue consecuencia de las posturas tan disímiles que se sostuvieron en torno a la libertad creadora en medio de un proceso de soviétización del régimen cubano que se opuso a su visión de izquierda y a su carácter heterodoxo como intelectual. Se abordan aquí las primeras dos polémicas del campo intelectual cubano con el escritor mexicano.

En primer lugar, se analiza el Congreso del PEN Club Internacional en Estados Unidos en junio de 1966 a través de la crónica de Fuentes en la revista *Life en Español*: “El PEN: Entierro de la Guerra Fría en la literatura”. Los asistentes al congreso abogaron por el derrumbe de los muros ideológicos impuestos por la Guerra Fría en el trabajo creativo. Ante esto, el campo intelectual cubano reaccionó con fuerza al hacer un llamado hacia el compromiso con las luchas revolucionarias y evitar el “neutralismo”. Asimismo, este episodio sirve para explicar varios ejes temáticos que conformaron el *ethos* intelectual de Carlos Fuentes a partir de 1966: la nueva izquierda, las estrategias estadounidenses del CLC, la vigilancia anticomunista y los vínculos en la comunidad intelectual. Las diversas lecturas que los campos intelectuales latinoamericanos realizaron sobre el Congreso del PEN y sus polémicas posteriores evidenciaron las fracturas en la izquierda latinoamericana en la segunda mitad de la década de 1960.

En segundo lugar, se examinan las polémicas en torno a la revista *Mundo Nuevo* y su colaboración con Fuentes. La revista dirigida por Emir Rodríguez Monegal funcionó como un espacio antagonista al campo intelectual monopolizado por la Cuba revolucionaria y sus instituciones culturales como Casa de las Américas. Su discurso sobre la autonomía del escritor haría eco en un Fuentes cada vez más ávido de defender la libertad creadora. El financiamiento de la inteligencia estadounidense de *Mundo Nuevo* ubicaría a Fuentes en el polo opuesto del compromiso revolucionario desde la óptica cubana.

El entierro de la Guerra Fría: el Congreso del PEN

“¿Idilio de bobos o paz de los sepulcros? No, simplemente integración de los problemas personales y colectivos del escritor en dos niveles fundamentales: conocimiento y

responsabilidad.”³⁹³ Así describió Carlos Fuentes en agosto de 1966 la reunión del PEN Club Internacional que se realizó en junio de ese año en Estados Unidos. La Universidad de Nueva York fungió como escenario de la reunión de cerca de 500 escritores del mundo para discutir sobre los problemas que aquejaban a la realidad internacional. A la cita acudieron Arthur Miller, Humberto Aridjis, John Updike, Pablo Neruda, Ignacio Silone, Emir Rodríguez Monegal, Mario Vargas Llosa, Nicanor Parra, Ernesto Sábato, Fuentes, entre otros. Bajo la temática de “el escritor como espíritu independiente”, se abordó la necesidad de universalizar la cultura. La ciudad de Nueva York se convirtió en el foro de discusión de los menesteres de la literatura y permitió que Estados Unidos fungiera como centro de debate en un contexto donde las políticas intelectuales de la Guerra Fría imposibilitaban el intercambio cultural.³⁹⁴

Life en Español reprodujo la crónica de la participación de Fuentes en dicho congreso. La revista estadounidense *Life*, editada por primera vez en 1936, publicó varios reportajes y noticias sobre la Revolución Cubana desde su triunfo en 1959. A través de ella se puede conocer cómo se construyó el imaginario estadounidense sobre lo acontecido en Cuba.³⁹⁵ La revista presentaba quincenalmente su vertiente latinoamericana *Life en Español*, edición en la que Fuentes presentaría su crónica.³⁹⁶

Bajo el título provocador “El PEN: Entierro de la Guerra Fría en la literatura”, el escritor mexicano caracterizó a la reunión como un acto de liberación que proponía derribar los muros ideológicos que, bajo la lógica de la pugna Este-Oeste, se habían impuestos sobre el quehacer literario. A pocos kilómetros de distancia, el mensaje de Fuentes resonaba escandalosamente donde la Cuba revolucionaria se presentaba como la nueva bandera del socialismo. Con su mensaje, el escritor no sólo consolidaba su postura heterodoxa y autónoma que empecé a abordar en el capítulo anterior, sino que hacía pública e indirectamente, tal vez por primera vez, su posición antagónica hacia la política cultural cubana que exigía el compromiso del artista con su programa socialista.

³⁹³ Carlos Fuentes, “El PEN: Entierro de la Guerra Fría en la literatura” en *Life en Español*, v. 28, n. 3, 1 de agosto de 1966, p. 57.

³⁹⁴ Véase Deborah Cohn, *The Latin American Literary Boom and U.S. Nationalism during the Cold War*, Vanderbilt University Press, 2012.

³⁹⁵ Véase Fernando Corona Gómez, “La imagen de Fidel Castro en la revista *Life*, 1957-1960”, *Cuadernos Americanos*, 150, México, 2014, p. 61-92.

³⁹⁶ *Ibidem*, p. 61.

A partir de esta reunión se pueden rastrear aspectos fundamentales sobre la evolución del *ethos* intelectual de Fuentes respecto al compromiso artístico y, por tanto, su distanciamiento cada vez más claro de algunas líneas de la política cultural cubana. En ese sentido, me parece esencial resaltar su evidente acercamiento hacia la nueva izquierda, así como reafirmar que sus posicionamientos a partir de 1964 en torno a la libertad creadora se consolidaron públicamente en dicha reunión. Por otro lado, también esbozaré de qué manera la figura de Fuentes se empezó a vislumbrar como contrarrevolucionaria desde la lógica cubana en 1966.

Carlos Fuentes, el “comunista”

De acuerdo con Rojas, en la década de 1960, la ciudad de Nueva York fungió como escenario para la cultura global y la vida intelectual del siglo XX. La atmósfera neoyorkina permitió el debate teórico sobre las diversas posturas de la izquierda; fue el nido de un sector vanguardista de la nueva izquierda que discutió sobre el marxismo, el socialismo soviético y la impronta de la Revolución Cubana. Intelectuales de la izquierda neoyorkina como C. Wright Mills, Waldo Frank, Paul Baran, Paul Sweezy, Allen Ginsberg, entre otros, discutieron sobre la proeza cubana.³⁹⁷ Por esa razón, no resulta sorprendente que la reunión del PEN en 1966 se realizara en la isla de Manhattan.

La nueva izquierda, como se abordó anteriormente, nació como un movimiento reformador de la izquierda tradicional marxista. Por lo tanto, una de sus principales características fue la crítica hacia el socialismo real soviético. Si bien el congreso del PEN no se promovió como antisoviético, la mayoría de las conferencias se alinearon en contra de las políticas delimitadoras de los gobiernos que empleaban a la literatura como un instrumento político incendiario e ideológico. Dos ejemplos claros de esta postura fueron, por un lado, la ausencia de los observadores soviéticos invitados que, según Fuentes, cancelaron su participación por miedo a que el caso Siniavsky-Daniel fuera la columna vertebral de la reunión, y, por el otro, el abucheo al escritor ucraniano Valerij Tarsis que

³⁹⁷ Rafael Rojas, *Traductores de la utopía. La Revolución cubana y la nueva izquierda de Nueva York*, México, Fondo de Cultura Económica, 2016, p. 11- 37.

abogaba por una guerra caliente. Ante esto, el Congreso del PEN en la voz de Miller respaldó la reunión por ser una plataforma libre y abierta que abrazaba la restauración de la diversidad.

La crónica de Fuentes se presentó como la tribuna ideal para el narrador mexicano. El Congreso del PEN significaba la posibilidad de abordar públicamente su discurso antidogmático. No escatimó en elogios para Miller, Neruda y Vargas Llosa por enarbolar la libertad y autonomía del escritor frente a las exigencias que el socialismo y el terreno movedizo estadounidenses imponían al quehacer literario. La reunión resultaba no sólo un respiro para el escritor sino también una oportunidad para hacer una declaración internacional. La naturaleza del congreso, personificada por Miller y Neruda, fue el reconocimiento de la pluralidad ideológica y la autonomía de la literatura por que tanto abogaba Fuentes.

Recordemos que, a inicios de la década de 1960, Fuentes respaldó la posibilidad de que los regímenes revolucionarios socialistas en América Latina no se adhirieran a los frentes soviético o estadounidense. Esta postura, encarnada por el movimiento de los países no alineados, proponía la existencia de una posición neutral en torno a lucha entre bloques. Una postura no comprometida con los polos era un sinónimo de libertad. En aquel momento, la joven Revolución Cubana, lejana de la óptica socialista, era el claro modelo para Fuentes; si en su evolución se desmarcaba de los bloques sin sacrificar su desempeño social, apostaba por la realización de un socialismo auténtico. El socialismo, por lo tanto, también debía liberarse de la pugna de la Guerra Fría; su autenticidad implicaba redimirse de la experiencia soviética.

La libertad de los escritores que participaron en la reunión se vio reflejada también en su libertad de circulación. Al parecer, todos los escritores obtuvieron la visa estadounidense sin ningún problema; sus posturas políticas no influyeron en la posibilidad de asistir a la reunión en suelo neoyorkino.³⁹⁸ Este señalamiento es muy importante debido a la vigilancia que la inteligencia estadounidense realizaba hacia algunos escritores extranjeros por su aparente tendencia hacia la izquierda. Fuentes mismo afirmó que el gobierno estadounidense

³⁹⁸ De acuerdo con Cohn, el Departamento de Estado de Estados Unidos estuvo en contacto con los miembros y organizadores del Congreso del PEN debido a que tenían que asegurar las visas de los participantes, lo cual resultaba complicado debido a la ley McCarran-Walter con la que Estados Unidos prohibía la obtención de visa a extranjeros considerados comunistas. Deborah Cohn, *The Latin American Literary Boom and U.S. Nationalism during the Cold War*, p. 70.

lo mantenía vigilado y en varias ocasiones le retrasaron su visa.³⁹⁹ Esto pone en evidencia cómo funcionaron los aparatos de vigilancia durante la Guerra Fría cultural desde la óptica norteamericana, así como la forma tan sencilla en que algunos escritores obtuvieron la etiqueta de comunista pese a que su postura intelectual estaba lejos de aquel espectro. Sin embargo, no era una característica puramente norteamericana, la URSS también poseía sus mecanismos de vigilancia, al igual que la Revolución Cubana, aunque con menores recursos.

En 2013 se desclasificaron algunos documentos del Departamento de Estado y del Buró Federal de Investigaciones (FBI) de Estados Unidos. En ellos se corroboró que la inteligencia estadounidense vigiló exhaustivamente a Fuentes por casi veinte años. Se consideraba que el escritor mexicano era comunista y que poseía un historial extenso de actividades subversivas, filiaciones con el marxismo y posturas antiestadunidenses. Muchas de estas acusaciones partían de sus colaboraciones en revistas como *Siempre!*, su contacto con la Revolución Cubana e, inclusive, denuncias de pertenecer al Partido Comunista Mexicano. Esto provocó que en reiteradas ocasiones le negaran o retardaran los procedimientos para obtener la visa norteamericana entre 1962 y 1969.⁴⁰⁰

³⁹⁹ En abril de 1962 no pudo participar en un debate televisivo estadounidense debido a que la embajada de Estados Unidos en México, dirigida por Thomas C. Mann, le negó la visa. El escritor recurrió a las páginas de *Siempre!* para mostrar su desconcierto ante la medida: “¿Es posible que las ideas de un escritor mexicano constituyan un peligro público si se exponen en los EE.UU.? En realidad, me halagan ustedes: nunca pensé que mis ideales personales pudiesen ser considerados como una carga de dinamita. Nunca pensé que ustedes tuviesen tan poca confianza en sí mismos. Al negarme la visa, en realidad el señor Mann lo ha injuriado a usted, señor Goodwin: ha considerado que en un debate conmigo usted saldría perdiendo. [...] mi intención, en todo caso, no consistía en derrotarlo a usted, sino en hacer llegar al pueblo norteamericano algunas ideas que explican el fermento revolucionario de nuestros pueblos y las razones históricas que nos asisten a nosotros los mexicanos, frente a la actual situación del mundo.” Carlos Fuentes, “Carta abierta a Richard N. Goodwin, subsecretario de EU” en *Siempre!*, n. 460, 18 de abril de 1962, p. 7. Deborah Cohn documenta ampliamente los diferentes incidentes de Fuentes para obtener su visa estadounidense a partir de su acercamiento a la Revolución Cubana y su crítica a la política norteamericana. Deborah Cohn, “From national security to national embarrassment: the Fuentes case”, *The Latin American Literary Boom and U.S. Nationalism during the Cold War*, p. 49- 60. Véase Deborah Cohn, “Carlos Fuentes: Fostering Latin American-U.S. Relations during the Boom”, *Inti: Revista de literatura hispánica*, n. 75, p. 9-19.

⁴⁰⁰ Véanse los artículo periodísticos: “Carlos Fuentes, ‘un peligroso comunista’ para el FBI”, *El País* (sitio web), https://elpais.com/cultura/2013/06/22/actualidad/1371874680_648933.html (consulta: 10 de agosto de 2019); “Estados Unidos espía 20 años a Carlos Fuentes por considerarlo comunista”, *El Universal* (sitio web), <https://www.alcalorpolitico.com/informacion/estados-unidos-espia-20-anos-a-carlos-fuentes-por-considerarlo-comunista-118546.html#.XqtJzahKjIU> (consulta: 10 de agosto de 2019); “Carlos Fuentes estuvo en la mira del FBI”, *Excelsior* (sitio web), <https://www.excelsior.com.mx/nacional/2013/06/22/905294> (consulta: 10 de agosto de 2019); “Documentos señalan que el FBI siguió a escritor Fuentes en EE.UU.”, *La opinión* (sitio web), <https://laopinion.com/2013/06/22/documentos-senalan-que-el-fbi-siguio-a-escritor-fuentes-en-ee-uu/> (consulta: 20 de abril de 2020).

El reconocimiento internacional de Fuentes generó que el autor fuera invitado en innumerables ocasiones a participar como profesor o conferencista en universidades de Estados Unidos y Canadá. Los documentos señalan que la inteligencia estadounidense investigó sobre la participación del escritor en estos eventos con el objetivo de justificar que había ingresado al país ilegalmente. Asimismo, se sostiene que se recurrió a fuentes hemerográficas del *New York Times* o del *New York Herald Tribune* para encontrar más información sobre la circulación del mexicano y que, incluso, el FBI solicitó información a la inteligencia francesa de la movilidad de Fuentes en aquel país al que frecuentemente visitaba y en el cual sería embajador. Uno de los episodios más escandalosos fue cuando le prohibieron desembarcar en San Juan, Puerto Rico.⁴⁰¹

La posición antiimperialista de Fuentes que los documentos consideraban como marxista y antiestadunidense, orilló al escritor a ingeniárselas para ingresar a Estados Unidos. Sus visitas eran de corto tiempo, a veces con visas diplomáticas. Esto no evitó su participación como profesor en las universidades de Nueva York y Columbia; su cercano vínculo con las instituciones educativas puede ser una razón por la cual no fue investigado de manera oficial y pública. Además, recibió algunas dispensas por parte del Departamento de Justicia de Estados Unidos basadas en su influencia cultural a nivel mundial que le permitieron ingresar al país. Poco a poco, pesó más su carrera como escritor que sus posturas antiimperialistas; no obstante, eso no significó que saliera del radar estadounidense.

A partir de 1980 todo cambió. Por un lado, el congreso estadounidense modificó la ley McCarran-Walter creada en pleno macartismo y que rechazaba la visa a extranjeros por motivos políticos e ideológicos. Este estatuto, bajo el cual se basó la vigilancia hacia el escritor mexicano, permitió la elaboración de una lista negra de personajes importantes relacionados con posturas consideradas antiestadunideses, especialmente con el

⁴⁰¹ Con el objetivo de hablar sobre la derogación de la ley McCarran-Walter con la que Estados Unidos prohibía la obtención de visa a extranjeros considerados comunistas y que por lo tanto permitía a Gabriel García Márquez cosechar su éxito en tierras estadounidenses, Fuentes comentó su historial negro en las listas de comunistas internacionales. Afirmó que mientras viajaba, acompañado de otros escritores, en un navío desde Barcelona hacia Veracruz, al momento de llegar a San Juan de Puerto Rico unos agentes de inmigración le prohibieron bajar del barco por encontrarse en aquella lista. El episodio vergonzoso obtuvo mucha resonancia en periódicos locales e internacionales lo que implicó una mala imagen para las autoridades estadounidenses. “Documentos señalan que el FBI siguió a escritor Fuentes en EE.UU.”, *La opinión* (sitio web), <https://laopinion.com/2013/06/22/documentos-senalan-que-el-fbi-siguio-a-escritor-fuentes-en-ee-uu/> (consulta: 20 de abril de 2020).

comunismo. En esa lista aparecieron los nombres de Gabriel García Márquez, Darío Fo, y Carlos Fuentes.⁴⁰² Esto permitió una mayor circulación de los autores latinoamericanos en el terreno estadounidense que habían sido intensamente perseguidos por sus posturas políticas en un momento en que la cultura latinoamericana retumbaba fuertemente en el continente americano. Por otro lado, las posturas cada vez más moderadas de Fuentes llevaron al Departamento de Estado de Estados Unidos a dejar de considerarlo una amenaza y a vitorear su talento. No obstante, con los años Fuentes continuó con su postura antiimperialista y se mantuvo crítico ante el intervencionismo estadounidense en la región y el resto del mundo.

Bajo este contexto, el narrador mexicano elogió que el Congreso del PEN pudiera realizarse territorio norteamericano. Llama la atención que en su crónica Fuentes no aludiera directamente a la vigilancia del gobierno estadounidense; no obstante, implícitamente señaló que por primera vez, los escritores pudieron entrar al país libremente. Aún con aquella vigilancia recalcitrante, poetas comunistas, exiliados soviéticos, anarquistas, liberales, se reunieron no para imponer dogmas sino para discutir problemas de la realidad internacional.⁴⁰³ Al hacer a un lado sus diferencias ideológicas, colocaron la primera piedra para construir una comunidad artística autónoma asentada en la diversidad donde Estados Unidos fungía como el escenario, no la URSS, ni Cuba.

También resulta importante analizar la facilidad con que, en el contexto de la Guerra Fría, se imputaba de comunistas a los escritores. La evidente política anticomunista estadounidense influyó en la segregación, exclusión y persecución de artistas extranjeros que fueran afines con actividades marxistas.⁴⁰⁴ Cuando éstas no eran fácilmente identificables

⁴⁰² Véase, Francisco Basterra, “El Congreso anula la ley que permitía impedir la entrada de comunistas en EE UU”, *El País* (sitio web), https://elpais.com/diario/1987/12/19/internacional/566866809_850215.html (consulta: 10 de marzo de 2020).

⁴⁰³ Carlos Fuentes, “El PEN: Entierro de la Guerra Fría en la literatura” en *Life en Español*, v. 28, n. 3, 1 de agosto de 1966, p. 57.

⁴⁰⁴ Comprender al anticomunismo como la “aversión a toda idea, expresión y práctica perteneciente al ámbito del comunismo, tanto en su formulación teórica comenzada en el siglo XIX con la obra de Karl Marx y Friedrich Engels y continuada durante el siglo XX con una serie (no siempre armónica) de intérpretes de estos principios, como en su expresión histórico-política, iniciada en 1917 en Rusia y reproducida en las décadas siguientes en otros países. Tanto los fines de la prédica doctrinaria comunista como la práctica política de los grupos que adhirieron a este conjunto de principios, definiciones y normas fueron el blanco de ataque de todos aquellos quienes asumieron posturas anticomunistas, intentando con ello evidenciar ante una comunidad determinada (local, regional, nacional o global) la contradicción existente entre el comunismo y todo el sistema de valores, creencias y fundamentos doctrinarios que, en esas visiones, sustentaban a la “civilización” a la cual pertenecían.” Marcelo Casals Araya, *Anticomunismos, política e ideología en Chile. La larga duración de la “campana del terror” de 1964*, Chile, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2012. Tesis de Maestría.

dentro del espectro comunista, la sospecha bastaba. La colaboración en medios de comunicación con amplio impacto y con tendencias hacia la izquierda, donde se vociferaba a favor del modelo soviético o preceptos marxistas, la cercanía con autores reconocidos marxistas, el contacto con la Revolución Cubana o una postura antiimperialista, resultaban suficientes pruebas para ser considerado comunista. En medio de la paranoia heredada del macartismo, las listas negras funcionaron como una medida inquebrantable. Claro está que Carlos Fuentes no era comunista ni marxista; sin embargo, sus discursos antiimperialistas a principios de la década lo volvieron sospechoso. Además, su creciente fama internacional hizo de su quehacer literario un arma peligrosa que llegaba a cientos de personas alrededor del mundo que recurrían a sus colaboraciones políticas o literarias. Como lo veremos más adelante, desde la óptica socialista también resultaría bastante sencillo imputar adjetivos como el del contrarrevolucionario o anticomunista. La categorización fue una práctica fehaciente de la Guerra Fría cultural. El Congreso del PEN atestado de escritores comunistas sospechosos, resultó ser un éxito. Vale la pena preguntarse si su ejecución fue un logro de la autonomía de los escritores o un triunfo indirecto de la nueva estrategia cultural estadounidense de contención del comunismo. De acuerdo con Deborah Cohn, los organizadores del Congreso vieron en él un asunto de interés nacional y un esfuerzo diplomático. Era la oportunidad perfecta para crear un ambiente de diálogo entre escritores estadounidenses y extranjeros, y para que estos últimos se llevaran una experiencia positiva de su estancia en los Estados Unidos.⁴⁰⁵

Derribar el muro

El escritor uruguayo Emir Rodríguez Monegal, posterior editor de la revista *Mundo Nuevo*, calificó al encuentro del PEN en Nueva York como el fin de la pugna ideológica en la literatura. Los escritores asistentes, afirmó Fuentes, realizaron un ejercicio de comunicación impecable, donde el pensamiento crítico tuvo un papel fundamental. Así se logró evitar ataques sustentados por las premisas ideológicas del oriente y el occidente. Con ello, se lapidó la separación y el antagonismo y “triunfó la idea de que el aislamiento y la incomunicación culturales no sirven sino a la tirantez internacional, de la que son inservibles

⁴⁰⁵ Cohn, *The Latin American Literary Boom...*, p. 70. El Departamento de Estado de Estados Unidos también consideró que el Congreso era un asunto de interés nacional, por ello le proveyó financiamiento directo. *Ibidem*, p. 74-75.

reliquias.”⁴⁰⁶ Los escritores no renunciaron a sus convicciones, se dieron la oportunidad de conversar y se negaron a usar al encuentro para favorecer sistemas de pensamiento o arremeter contra el otro.

Fuentes abordó el papel que desempeñaba el escritor latinoamericano a nivel regional e intercontinental a través de la participación en el congreso de dos escritores referentes de las letras continentales: Neruda y Vargas Llosa. Del segundo, resaltó su honestidad y su problematización sobre el lugar que ocupa el escritor en los países latinoamericanos. Para el peruano, el quehacer neutral del escritor era casi imposible; su reconocimiento se valía de su alineación con el poder y el *establishment* cultural.⁴⁰⁷ Por lo tanto, el autor verdaderamente libre era aquél que se encontraba al límite del poder y que, por lo tanto, podía decir todo lo que se callaba. El escritor tenía como obligación oponerse a cualquier sistema que lo cooptara y que pusiera en entredicho sus planteamientos.

En la mesa organizada por Rodríguez Monegal –al que Fuentes asemejó al secretario general de la Organización de Naciones Unidas (ONU), U-Thant– y que fue considerada por Miller como la mejor parte del congreso, se conversó sobre las murallas presentes en el trabajo del escritor latinoamericano, donde éste se enfrentaba a problemas nacionales anacrónicos que, evidentemente, países de otras latitudes ya habían superado. Pese a eso, el artista latinoamericano podía aprovechar dicho contexto para construir su camino hacia la libertad en su trabajo literario.⁴⁰⁸ Estos preceptos forman parte de las posturas que Fuentes defendió a principios de la década de 1960: América Latina se hallaba en un tiempo histórico distinto al del resto del mundo, poseía una profunda estructura semifeudal que le impedía organizarse y funcionar correctamente. Para destruir esas barreras históricas, desde el punto de vista político, había que emprender un cambio revolucionario violento o civil, de acuerdo con las condiciones objetivas de cada país, que la condujera al socialismo. Desde un punto de vista artístico, el creador latinoamericano debía mantenerse al margen del compromiso político y del poder.

⁴⁰⁶ Carlos Fuentes, “El PEN: Entierro de la Guerra Fría en la literatura” en *Life en Español*, v. 28, n. 3, 1 de agosto de 1966, p. 57.

⁴⁰⁷ *Ibidem*, p. 58-59.

⁴⁰⁸ “En América Latina el escritor todavía cumple la función del hechicero de la tribu: aún puede encantar, exorcizar, ordenar en nombre de todos.” *Ibidem*, p. 58.

La participación del chileno Pablo Neruda, considerado por Fuentes como el poeta más grande sobre la tierra, fue para el escritor mexicano el más claro ejemplo de la diversidad y libertad del congreso. Su asistencia al encuentro y su visita a Estados Unidos implicaban que era posible la reunión constructiva y la coalición pese a la diversidad de las posturas. Neruda, al igual que Fuentes, fue vigilado exhaustivamente por el aparato de inteligencia estadounidense. Su poder discursivo, ideal comunista y disertaciones antiimperialistas también lo convirtieron en un enemigo de la estabilidad estadounidense.⁴⁰⁹ Por lo tanto, su participación como invitado de honor en el congreso del PEN en Nueva York representaba un triunfo para la pluralidad ideológica. No obstante, ésta fue también la causante del embiste del campo intelectual cubano que puso en movimiento el acomodo de piezas del rompecabezas intelectual latinoamericano.

La respuesta cubana

En su pretensión por transformar las directrices del quehacer literario en plena Guerra Fría y de universalizar la cultura, la reunión del PEN fue el origen de un asalto de batalla que puso en entredicho, desde la óptica cubana, la lealtad de los escritores de izquierda hacia la revolución socialista en el continente. En julio de 1966, la Unión de Escritores Soviéticos denunció al PEN por permitir la participación de escritores antisoviéticos y anticomunistas en el Congreso de Nueva York.⁴¹⁰ En ese mismo mes, el 25 de julio de 1966,⁴¹¹ un grupo de intelectuales cubanos miembros de la UNEAC (Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba) redactaron una carta dirigida hacia el chileno Pablo Neruda.⁴¹² La carta abierta fue publicada en el *Granma*, órgano oficial de la Revolución, y reproducida en la revista de *Casa de las Américas*, en el *Marcha* uruguayo y otros medios afines. Este documento ha sido ampliamente estudiado debido a que demuestra las exigencias políticas y literarias de la Revolución Cubana hacia los escritores; evidencia la disputa por la cooptación del trabajo

⁴⁰⁹ Francisco Marín, “Neruda, “objetivo” de la inteligencia estadounidense”, *Proceso* (sitio web), <https://www.proceso.com.mx/602044/neruda-objetivo-de-la-inteligencia-estadunidense> (consulta: 10 de enero de 2020).

⁴¹⁰ Cohn, *The Latin American Literary Boom...*, p. 83. La Unión de Escritores Soviéticos declaró *persona non grata* a Fuentes tras su crítica a la invasión soviética en Praga. *Ibidem*, p. 88.

⁴¹¹ La carta abierta a Pablo Neruda de los cubanos se publicó en julio de 1966 y cita directamente la crónica de Fuentes, al parecer ésta fue su principal medio de comunicación sobre lo ocurrido en el Congreso del PEN.

⁴¹² “Carta abierta a Pablo Neruda”, <https://www.neruda.uchile.cl/critica/cartaabierta.html> (consulta: 3 de noviembre de 2019).

intelectual desde la esfera del poder, ya sea cubano o estadounidense.⁴¹³ Resulta importante abordar la carta por el destacado protagonismo que Fuentes obtuvo tras su crónica y porque, además, el escritor mexicano aseguró años después que este episodio marcó el fin de su amistad con la Revolución Cubana.

La carta fue firmada por personalidades cubanas como Roberto Fernández Retamar, Alejo Carpentier, Nicolás Guillen, Lisandro Otero, Edmundo Desnoes, Ambrosio Fornet, Heberto Padilla entre muchos más. A grandes rasgos, la misiva cubana muestra sorpresa por la participación de Neruda en el Congreso del PEN en Estados Unidos. Si bien planteaba la libertad de Neruda y el resto de los escritores de visitar el país norteamericano y asistir a encuentros donde se pudieran polemizar las necesidades de la izquierda latinoamericana, para los cubanos, Neruda y compañía cayeron en la trampa de la nueva estrategia de cooptación intelectual estadounidense. En ese sentido, hay cuatro aspectos que me interesan resaltar de la misiva para fines de esta investigación: la postura sobre la coexistencia pacífica o neutralidad intelectual, las estrategias estadounidenses de cooptación intelectual, las críticas hacia la nueva izquierda y el modelo soviético y, finalmente, la participación de Fuentes.

Por un lado, se afirmó contundentemente que resultaba inaceptable que los presentes en el Congreso abogaran por la coexistencia pacífica y el entierro de la Guerra Fría en cualquier campo, no sólo el literario, cuando, desde la óptica cubana, la guerra seguía más caliente que nunca en el Congo, Santo Domingo y Cuba. Desde ese punto de vista, la conciliación era imposible. La única manera viable de enterrar a la Guerra Fría sería a través de los movimientos de liberación en el Tercer Mundo. La postura cubana, parecida a la del ucraniano Valerij Tarsis y que fuese abucheada durante el congreso, era antagónica a los intereses de los escritores reunidos en Nueva York. Por lo tanto, la misiva cubana fue una declaración de guerra en el campo literario.

Para Fernández Retamar, la participación de los escritores en el PEN estaba más relacionada con el campo político que con el literario.⁴¹⁴ El papel del escritor en la Revolución Cubana no sólo era artístico sino también político. Además, según Retamar, la

⁴¹³ Véase María Luisa Fischer, “La ‘Carta de los cubanos’ a Pablo Neruda de 1966”, *A Contracorriente*, v. 12, n.º 2, 2015, p. 74-89, Guillermo Sheridan, “Fidel le asesta un coscorrón al camarada Neruda”, *Letras Libres*, México, <https://www.letraslibres.com/mexico/literatura/fidel-le-asesta-un-coscorrón-al-camarada-neruda> (consulta: 23 de septiembre de 2019).

⁴¹⁴ María Luisa Fischer, *op. cit.*, p. 85.

polémica real en torno al PEN era entre quienes que se escudaban bajo una postura prudente “aconsejada por los soviéticos” y los defensores de guerrilla revolucionaria.⁴¹⁵ En ese sentido, la declaración de Retamar retomó las polémicas en torno a las estrategias por la toma del poder durante la década de 1960 en que, según los cubanos, la guerrilla y la revolución violenta aparecían como la única elección para transformar radicalmente la sociedad. En cambio, algunos escritores de centroizquierda o menos ortodoxos como Fuentes proponían que esta estrategia no era viable para todas las realidades nacionales. Desde la óptica cubana, la postura de una estrategia civil resultaba contrarrevolucionaria.

La perspectiva de los escritores del PEN sobre la neutralidad política y la autonomía artística, por una parte, era incompatible con las exigencias revolucionarias cubanas y, por la otra, coincidía con las propuestas del Congreso por la Libertad de la Cultura (CLC). Como ya se abordó brevemente en el primer capítulo, el CLC fue una iniciativa estadounidense que irrumpió en la vida cultural latinoamericana para sofocar el dominio cultural del comunismo. Funcionó como un mecanismo cultural en contra de los totalitarismos y su principal órgano de comunicación fue la revista *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*; su directriz fue promover la libertad y autonomía del artista.

Bajo esta línea, el CLC fomentó la libertad creadora del artista frente a los sistemas de pensamiento que imponían compromisos absolutos o barreras ideológicas a su quehacer. Su tendencia universalista, también proponía que el debate artístico debía ser plural y trascender la región americana para insertarse en la europea. Por lo tanto, dentro de sus objetivos estaba combatir a la política cultural comunista y su influencia en el continente. Se utilizó también como una estrategia de cooptación de los embajadores intelectuales. La pericia del CLC fue exitosa porque sus propuestas funcionaban para artistas de izquierda menos ortodoxos que defendían su autonomía.

Los sistemas totalitarios amenazaban con anular al artista a través de la cooptación por parte del Estado. Recordemos que esa fue la postura de Vargas Llosa en la reunión del PEN, que el escritor debía permanecer fuera del *establishment cultural* para que su quehacer fuese libre y auténtico. Aunque en un inicio el CLC apostó por enfrentarse a los gobiernos totalitarios fascistas y comunistas de Alemania y la URSS, para la década de 1960, en favor de las libertades individuales, arremetía contra todo aquel sistema que organizara

⁴¹⁵ *Idem.*

gremialmente a los artistas y que, a través de un compromiso absoluto, se convertían en un ejército que sacrificaba la libertad, incluso, de sus oficios y producciones artísticas.

Como se mencionó al principio de este texto, el CLC y su relación con la cultura latinoamericana es complicada. La literatura sobre el Congreso se halla en medio de una querrela entre quienes lo abordan “críticamente” como órgano de sometimiento intelectual y propaganda anticomunista, y quienes intentan analizarlo de manera separada de las intenciones imperiales de Estados Unidos como un órgano de producción intelectual.⁴¹⁶ Entre ambas vertientes, existen algunos aspectos fundamentales que debemos dimensionar para comprender por qué la estrategia del CLC se conformó como la otra opción frente a la política cultural cubana, y por qué también significó una campaña propagandística para otros.⁴¹⁷

En medio del complejo entramado de las relaciones entre los intelectuales y las esferas de poder en la Guerra Fría, el CLC y su revista *Cuadernos*, independientemente de su postura anticomunista y su financiamiento estadounidense, fue un proyecto que no sostuvo un discurso unívoco ni permanente.⁴¹⁸ Su presencia simbolizó un espacio abierto de cooperación intelectual para todos aquellos personajes pertenecientes a una izquierda más moderada que no querían adherirse a la versión violenta de la izquierda ni a la derecha imperialista. Se presentaba también como otro campo de acción frente a un circuito intelectual que, hasta el momento, había monopolizado el quehacer intelectual y que fuese comandado por instituciones como Casa de las Américas. Ante esto, el CLC se mostró como una segunda opción ante el radicalismo de la política cultural cubana. No obstante, también se puede

⁴¹⁶ Marta Ruiz Galbete analiza la organización, estrategias y debates internos y con la izquierda latinoamericana del Congreso por la Libertad de la Cultura. Identifica las diferentes etapas del Congreso así como sus posturas. Marta Ruiz Galbete, “¿‘Fidelismo sin Fidel’? El Congreso por la Libertad de la Cultura y la Revolución Cubana”, *Historia Crítica*, n. 67, enero-marzo, 2017, p. 111-132. Asimismo, la autora indica que el Congreso favoreció la cooperación interamericana en la Guerra Fría por lo que resulta erróneo reducirla a simple propaganda, como la literatura crítica del Congreso ha hecho. Marta Ruiz Galbete, “Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura: anticomunismo y Guerra Fría en América Latina”, *El Argonauta español*, <https://journals.openedition.org/argonauta/1095> (consulta: 5 de diciembre de 2019).

⁴¹⁷ Tras el descubrimiento del financiamiento de la CIA, algunos escritores se posicionaron al respecto. Como recupera Galbete, Vargas Llosa se refirió al Congreso como el organismo más tortuoso de la cultura occidental. Ruiz Galbete, “¿‘Fidelismo sin Fidel’? ...”, p.126. En su “Epitafio para un imperio cultural”, Vargas Llosa en un espacio para *Marcha*, analiza las develaciones sobre el financiamiento del Congreso, afirmó que la aventura de la CIA produjo una “legítima desconfianza entre los intelectuales.” Y que “El ‘imperio cultural’ armado con tanta minuciosa habilidad, con tanto gasto, se ha desmoronado como un castillo de naipes.” Mario Vargas Llosa, “Epitafio para un imperio cultural”, *Marcha*, n. 1354, 27 de mayo de 1967, p. 31. Archivo de Referencias Críticas. Disponible en Biblioteca Nacional Digital de Chile, <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/bnd/628/w3-article-257389.html> (consulta: 17 de marzo de 2020).

⁴¹⁸ Ruiz Galbete, “Cuadernos del Congreso por la Libertad...”, p. 27.

afirmar que el Congreso, en su intento por contener su impacto en el continente, sostuvo dos directrices discursivas agresivas hacia la Revolución Cubana; el “fidelismo sin Fidel” y la “revolución traicionada”. Ambas formas relacionadas con la radicalización del gobierno revolucionario vislumbraban a Fidel Castro como un obstáculo. En la fórmula “fidelismo sin Fidel”, se pretendía recuperar los aspectos sociales más importante de la revolución (como la reforma agraria) pero con un discurso anticastrista. La “revolución traicionada” planteaba una narrativa en que el líder cubano había traicionado a la revolución y esto podría verse en la supresión de derechos fundamentales, en la escasa libertad de prensa, la falta de elecciones, etcétera.⁴¹⁹ Estas directrices fueron reiteradas a partir de la década de 1990 por el mismísimo Carlos Fuentes. No obstante, durante las décadas que estudiamos, el escritor mexicano, aunque se mantuvo inseparable de su *ethos* intelectual heterodoxo, fue muy cauteloso en su discurso hacia Castro.

Las filtraciones del financiamiento del CLC a manos de la inteligencia estadounidense unos meses antes del congreso del PEN, fue una estocada contra el proyecto de cooptación intelectual, y, además, sirvió como pretexto para que el campo intelectual cubano fortaleciera y endureciera las exigencias a su gremio intelectual. Por esa razón, la participación de Neruda, Fuentes, Vargas Llosa, entre otros más, en la reunión del PEN, resultaba una evidencia clara de que estos escritores colaboraban, involuntaria o voluntariamente, con los propósitos estadounidenses. En pocas palabras, la obtención oportuna de visas por parte de los escritores, la crónica de Fuentes en el medio “imperialista” estadounidense *Life*, el discurso sobre la autonomía del escritor y la coexistencia pacífica, su entierro de la Guerra Fría en la literatura y la presencia de Rodríguez Monegal –quien era el director de *Mundo Nuevo*, el reciente órgano cultural del CLC– eran pruebas fehacientes para los cubanos de que el PEN era un mecanismo de propaganda imperialista:

Porque es evidente, Pablo, que quienes se benefician con estas últimas actividades tuyas, no son los revolucionarios latinoamericanos; ni tampoco los negros norteamericanos, por ejemplo: sino quienes propugnan la más singular coexistencia, a espaldas de las masas de desposeídos, a espaldas de los luchadores. Es una coexistencia que se reserva para la pequeña burguesía reformista, los que quieren marxismo sin revolución, y los intelectuales y escritores latinoamericanos, negados hasta ahora, humillados, desconocidos y estafados. Los imperialistas han ideado una nueva manera de comprar esa materia prima de nuestro continente que es el intelectual. Transportada espléndidamente a los Estados Unidos, es devuelta a nuestros pueblos en forma de «intelectual-que-cree-en-la-revolución hecha-con-la-buena-voluntad y-el-estímulo-del-State Department». La situación real de su país no ha

⁴¹⁹ Ruiz Galbete, “¿‘Fidelismo sin Fidel? ...’”, p. 111-132.

cambiado: lo que ha cambiado es la ubicación del intelectual en la sociedad, o más bien su ubicación con respecto a la metrópoli.⁴²⁰

Aunque el CLC se presentaba como una amenaza para el régimen cubano al fungir como una estrategia de penetración estadounidense en el campo cultural latinoamericano, también es cierto que la reunión del PEN dio cabida a una buena parte de los escritores que, como Fuentes, no se sentían atraídos hacia el compromiso político y abogaban por la autonomía artística y la eliminación de los muros ideológicos en el quehacer literario. Empero, en el acomodo de piezas del juego de poder y sus alianzas intelectuales, la violencia semántica hizo su aparición. Por un lado, la óptica cubana puso en entredicho la adhesión hacia la izquierda de los escritores, ya sea por ingenuidad o por “diligentes colaboradores” de los estadounidenses; por el otro, los escritores calumniados vieron en la reacción cubana una señal de alerta de la radicalización del régimen.

Tanto el grupo de los escritores heterodoxos como el de la línea cubana, patentaron su propia idea de lo “verdadero”. Los heterodoxos plantearon que el escritor “verdadero” era aquel que no se sometía al poder político, los artistas cubanos aseguraban que el escritor “verdadero” era el que se comprometía con las necesidades de la Revolución y de los países del Tercer Mundo. La verdad y autenticidad en el arte se monopolizó. Los escritores anticomunistas del CLC y Estados Unidos se vieron beneficiados por esta querrela. De igual modo, las categorías de lo “revolucionario” y “contrarrevolucionario”, “comunista” y “anticomunista” fueron impuestas de acuerdo con las necesidades del poder. En la trinchera caliente de la literatura de la Guerra Fría, no había lugar para los escritores autónomos o neutrales. Resulta de vital importancia dimensionar la polémica desde una reflexión crítica, distanciarse de la historiografía pro o antirrevolucionaria cubana. Comprender que las propuestas de ambos grupos correspondían a la coyuntura histórica provocada por la Guerra Fría y el triunfo de la Revolución Cubana donde el escritor fue orillado a convertirse en intelectual y, por lo tanto, a adquirir un papel trascendental en el juego de poder. Si partimos de esta visión, podremos vislumbrar los alcances de la polémica del PEN, y por qué, mientras

⁴²⁰ “Carta abierta a Pablo Neruda”, <https://www.neruda.uchile.cl/critica/cartaabierta.html> (consulta: 3 de noviembre de 2019).

que para algunos resultaba un exitoso paraíso hacia la libertad, para otros era una declaración de guerra.

¿Nueva izquierda o “nueya” izquierda?

Otro aspecto que podemos resaltar de esta polémica fue la postura cubana sobre la nueva izquierda a la que renombraron como la “nueya izquierda” en su misiva hacia Neruda, en referencia a Nueva York. Recordemos que, a partir de 1967, la relación entre esta nueva izquierda y el régimen cubano perdió fuerza. La carta cubana planteaba que esta propuesta reformista de la izquierda era un invento de los “imperialistas y reformistas” para satisfacer sus objetivos. Las ideas de una “coexistencia literaria” o de una diversidad ideológica eran inadmisibles en un contexto tan violento hacia América Latina y el Tercer Mundo.⁴²¹

La nueva izquierda desde la visión cubana se podía interpretar de dos maneras. Por un lado, como un movimiento tibio, que se asumía como “progresista” pero que se negaba a pronunciarse a favor de un compromiso “verdadero” con la lucha de los pueblos latinoamericanos; es decir, con la Revolución Cubana. Por el otro, como una amenaza para la política cultural cubana por dos aparentes motivos: uno, ser un proyecto estadounidense de cooptación intelectual y sofocación de la lucha revolucionaria en el continente; dos, porque el aparato cubano, dada la coyuntura política y su aproximación cada vez más notoria hacia una soviétización, no podía darse el lujo de la crítica interna ni externa.

Ahora bien, la crítica hacia la nueva izquierda por parte de la comitiva cubana resulta interesante por varias circunstancias. En primer lugar, y como ya lo he abordado en diversas ocasiones, porque la nueva izquierda no puede considerarse como un corriente con posturas homogéneas; a gran escala representaba un movimiento que aglomeraba a los interesados en

⁴²¹ “El pueblo sigue hambriento, asfixiado, aspirando a una igualdad social, a una educación, a un bienestar material y a una dignidad que no le dará ninguna declaración en Life. Se puede ir a Nueva York, desde luego, a Washington si es necesario, pero a luchar, a plantear las cosas en nuestros propios términos, porque ésta es nuestra hora y no podemos de ninguna manera renunciar a ella; no hablamos en nombre de un país ni de un círculo literario, hablamos en nombre de todos los pueblos de nuestra América, de todos los pueblos hambreados y humillados del mundo, en nombre de las dos terceras partes de la humanidad. Carta. Los cubanos afirmaron también, que así como la nueva izquierda era un invento de los estadounidenses, también lo fue el concepto de Guerra Fría, como pretexto de “sus campañas de guerra no declarada contra las fuerzas del progreso” que en realidad era un intento de dominación.” “Carta abierta a Pablo Neruda”, <https://www.neruda.uchile.cl/critica/cartaabierta.html> (consulta: 3 de noviembre de 2019).

construir una nueva versión de la izquierda que criticara sus aspectos más tradicionales y ortodoxos, sobre todo de su antecedente soviético. Como afirma Howard, a mediados de la década de 1960, parte de la comunidad de izquierda heterodoxa que había sido silenciada por los partidos comunistas de la órbita soviética, se acercaron de nuevo a la obra de Marx pero se mantuvieron al margen de los análisis dogmáticos comunes en el modelo soviético. Esto generó una oleada de nuevas izquierdas en diversas partes del mundo que recurrieron a los escritos de juventud del alemán que habían sido erróneamente empleados y que, en cambio, ofrecían un método de estudio explicativo para los problemas contemporáneos.⁴²² Parte de estas nuevas izquierdas se situaron en Estados Unidos, específicamente en Nueva York, tal como lo ha relatado Rafael Rojas en su texto *Traductores de utopías*.⁴²³

Una de las figuras más significativas de esta nueva izquierda neoyorkina fue el sociólogo C. Wright Mills que, como ya se abordó también en capítulos anteriores, era cercano a Fuentes y otros escritores mexicanos y latinoamericanos. Mills defendió la diversidad del marxismo y fue promotor del diálogo en medio de la guerra caliente de la trinchera intelectual. Su postura planteaba una renovación del marxismo y de la izquierda internacional que permitiera la creación de una nueva izquierda frente a las izquierdas comunistas; fue un crítico radical que se oponía a la ortodoxia comunista soviética —específicamente a la leninista/estalinista—.⁴²⁴

Elisa Servín sostiene que el encuentro e intercambio de Mills con los intelectuales mexicanos estimularon en el estadounidense, por un lado, la necesidad de una nueva izquierda y, por el otro, un interés en la Cuba revolucionaria como una tercera vía en el mundo bipolar.⁴²⁵ En agosto de 1960, Mills viajó a Cuba; un par de meses más tarde, publicaría *Listen, Yankee* en donde tradujo la experiencia cubana para la sociedad estadounidense. En él, al igual que Fuentes a inicios de la década, mostraba su entusiasmo por el logro revolucionario socialista en la isla y denunciaba la política exterior de Estados Unidos. Mills

⁴²² Dick Howard, “Cuando la Nueva izquierda se encontró con Marx”, *Nueva Sociedad*, n. 277, septiembre-octubre de 2018, p. 138-139.

⁴²³ Rafael Rojas, *Traductores de la utopía. La Revolución cubana y la nueva izquierda de Nueva York*, México, Fondo de Cultura Económica, 2016.

⁴²⁴ Rafael Rojas, “El aparato cultural del imperio. C. Wright Mills, la Revolución Cubana y la Nueva izquierda”, *Perfiles latinoamericanos/Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales*, México, julio-diciembre, 2014, p. 7-31.

⁴²⁵ Elisa Servín, “La experiencia mexicana de Charles Wright Mills”, *Historia Mexicana*, El Colegio de México, v. 69, n. 4 (276), p. 1720-1772.

consideraba que la Cuba revolucionaria podía insertarse en el espectro de la nueva izquierda aunque su socialismo fuese marxista, pero instaba al resto de los intelectuales a solidarizarse con ella porque algunas ambigüedades del régimen, como la declaración marxista-leninista tras Playa Girón, daban pie a una posible adhesión al modelo soviético.⁴²⁶ C. Wright Mills falleció en marzo de 1962 de un ataque al corazón.

No se debe afirmar, contrafactualmente, que Mills hubiera coincidido con las posturas defendidas en el PEN; empero, queda claro que, aunque no se considerara marxista, las inquietudes de Fuentes se conectaban con las posturas de Mills sobre la renovación de las izquierdas y la impugnación de la ortodoxia soviética. Asimismo, las sintonías entre Fuentes y Mills respecto a la pertinencia de la Revolución Cubana como experiencia histórica en el mundo y el hostigamiento por parte de Estados Unidos en los primeros años de la década de 1960 eran incuestionables. Ahora bien, no todos los intelectuales ligados a la nueva izquierda reaccionaron de la misma manera hacia el viraje socialista de tendencia soviética de Cuba. Algunos de ellos continuaron los intercambios intelectuales con la isla, otros más se distanciaron.⁴²⁷ Reitero, no fue un movimiento homogéneo. Por lo tanto, la crítica cubana hacia esta postura era inequívoca e insuficiente.

Frente a la postura cubana renuente al diálogo y a discursos conciliadores, la nueva izquierda se presentaba también como otra opción, ajena al CLC, para discutir sobre los intereses de la izquierda. Intercambiar ideas para construir regímenes democráticos. Hacia la mitad de la década, los intelectuales alineados a esta posición interpretaban las directrices del campo intelectual cubano como una estocada a su individualidad creadora. Al mismo tiempo, el ambiente antiintelectualista cada vez más presente en la isla, segregaba y estigmatizaba a todo aquel que evadiera su responsabilidad de pronunciarse y que no se adhiriera a la revolución violenta. Para el campo intelectual cubano, los intelectuales diligentes, progresistas y no comprometidos se caracterizaban por su cosmopolitismo y frenesí por la cultura extranjera. Bajo esta lógica, era incuestionable que Fuentes con su universalización de la cultura pertenecía a este grupo.

Se deben rastrear no solamente las críticas del campo intelectual cubano hacia el escritor mexicano en 1966, sino también las interpretaciones posteriores que ambas partes

⁴²⁶ C. Wright Mills argumentaba que el socialismo cubano era marxista, pero no de tendencia estalinista ni prosoviético. Rojas, "El aparato cultural del imperio...", p. 16.

⁴²⁷ *Ibidem*, p. 24.

ofrecieron sobre este momento cumbre en su relación. Para 1966, con 38 años, Fuentes ya se posicionaba como un reconocido autor de las letras latinoamericanas y estaba a punto de publicar una de sus obras cumbre, *Cambio de piel* (1967), obra dedicada a Julio Cortázar, censurada por el franquismo en España, en que abordó la identidad cultural mexicana. Era un colaborador permanente de *La Cultura en México* y otros medios culturales, así como profesor invitado de diversas universidades internacionales. Era un escritor irreverente, cosmopolita y crítico. Defensor de la autonomía creadora, antiimperialista e izquierdista heterodoxo. La amistad con el campo intelectual cubano se puede rastrear desde 1959, cuando, como se narró aquí, visitó con júbilo la isla y, a su regreso a México, defendió vigorosamente la experiencia cubana frente al acoso estadounidense. No obstante, en el 2003 dejó entrever que su relación con la Revolución Cubana se agrietó a partir de 1966 con el Congreso del PEN.⁴²⁸

En la carta abierta a Neruda, los intelectuales cubanos mencionaron su sorpresa ante la firma de Fuentes en la crónica del “órgano de propaganda imperialista” *Life en Español*. En ese sentido, el campo intelectual cubano tenía razón en arremeter contra Fuentes por su publicación en una revista que desde 1959 fue un vehículo de noticias estadounidenses repletas de opiniones negativas contra la Revolución Cubana y sus principales medidas como la reforma agraria o la nacionalización de empresas extranjeras,⁴²⁹ aspectos que tanto defendió el escritor mexicano a principios de la década. Bajo esa lógica, resulta evidente que la participación de Fuentes con la revista *Life en Español* se tradujera como un símbolo de deslealtad para Cuba.

Aunque esa fue la única mención hacia el escritor y que la misiva fuese dirigida hacia Neruda, es claro que mucha de la crítica cubana estaba encaminada hacia todos los escritores presentes en la reunión. Además, la polémica del PEN no terminaría con la publicación de la carta. Continuaría meses después con los intercambios de opiniones a través de otros medios, como *La Cultura en México*.

También es sustancial esclarecer que en julio de 1966, la revista *Mundo Nuevo*, relacionada con el CLC y la CIA, fue fundada en París por Rodríguez Monegal. La

⁴²⁸ Carlos Fuentes, “Infidelidades”, *Reforma*, 16 de abril de 2003, p. 21 y Roberto Fernández Retamar, “Carlos Fuentes: mentiras, ocultamiento, ¿deseo?”, *Rebelión* (sitio web), <https://rebellion.org/carlos-fuentes-mentiras-ocultamiento-deseo/> (fecha de consulta: 3 de marzo de 2020).

⁴²⁹ Fernando Corona Gómez, *op. cit.*, p. 63.

colaboración de Fuentes con *Mundo Nuevo* se dio desde el primer número con la entrevista que Rodríguez Monegal sostuvo con el escritor mexicano bajo el título “Situación del escritor en América Latina”. Independientemente de que este episodio se aborde en el siguiente apartado, es importante no perderlo de vista pues en la misiva hacia Neruda, los cubanos aluden al vínculo de Monegal con *Mundo Nuevo*, organismo financiado por la CIA y que, para los cubanos no era más que un intento de “castración” intelectual. Además, ironizaron las loas de Fuentes hacia el uruguayo a quien comparó con U-Thant.⁴³⁰ La colaboración entre Fuentes y Rodríguez Monegal se hizo pública. Para el campo intelectual cubano, esto sólo podía indicar que Fuentes participaba voluntariamente con la maquinaria estadounidense.

Después del PEN

En septiembre de 1966, un mes después de la carta abierta hacia Neruda, Fernández Retamar fue entrevistado por Elena Poniatowska para *La cultura en México* donde se abordó la revolución latinoamericana, el acoso estadounidense o su admiración hacia la Revolución Mexicana, la reunión del PEN y la postura cubana hacia Neruda y Fuentes. La carta abierta hacia Neruda fue recibida con sorpresa por el campo intelectual mexicano, ante esto, Fernández Retamar agradeció la oportunidad de aclarar los malentendidos que la misiva provocó. Reiteró su profunda admiración y cariño hacia Neruda al que consideró su amigo y el “mayor poeta vivo”. Conversó sobre las erróneas interpretaciones que se hicieron de la misiva donde se manejaron afectaciones de carácter poético y personal de los cubanos hacia el chileno.⁴³¹

Fernández Retamar indicó en aquella entrevista que la carta no tenía como propósito la censura contra Neruda. El escritor chileno y cualquier ciudadano tenían la libertad de viajar y participar en eventos estadounidenses. Si los cubanos, afirmó, “tuviéramos visas, si los Estados Unidos no ejercieran el brutal bloqueo que ejercen en contra nuestra, también habría

⁴³⁰ Los intelectuales cubanos se mofaron de tal comparación a la que denominaron como “chatura metafórica” y afirmaron que en realidad Rodríguez Monegal era el “Quisling de la literatura hispanoamericana. Vidkun Quisling fue un político noruego que, apoyado por los nazis en 1940, dio un golpe de Estado en Noruega tras la invasión alemana.

⁴³¹ Fernández Retamar aseveró que “muchas gente no ha leído la carta porque se dicen cosas inimaginables”. Elena Poniatowska, “Roberto Fernández Retamar: en una revolución todos se sienten aceptados por todos. Entrevista” en *La Cultura en México*, n. 239, septiembre de 1966, p. IV. En el 2003, Fernández Retamar continuó con este argumento y aseguró que la carta, después de cuarenta años, no podía ser juzgada porque era muy poco leída. y Roberto Fernández Retamar, “Carlos Fuentes: mentiras, ocultamiento, ¿deseo?” *Rebelión* (sitio web), <https://rebellion.org/carlos-fuentes-mentiras-ocultamiento-deseo/> (consulta: 3 de marzo de 2020).

cubanos que visitarían a los Estados Unidos y que hubieran estado presentes en la reunión del PEN Club que es una organización respetable.”⁴³² La afirmación de Fernández Retamar era cierta. En la misiva cubana no se reprochó el viaje de Neruda hacia Estados Unidos o su participación en el congreso: “no se nos ocurriría censurar mecánicamente tu participación en el Congreso del Pen Club, del que podían derivarse conclusiones positivas; ni siquiera tu visita a los Estados Unidos, porque también de esa visita podían derivarse resultados positivos para nuestras causas.”⁴³³ Lo que se sostuvo por parte de los cubanos fue que la visita debía aprovecharse para denunciar la violencia estructural ejercida por Estados Unidos y solidarizarse con las luchas revolucionarias, no para dialogar sobre una “coexistencia pacífica”, ni siquiera en la literatura. Dicha circunstancia explica las diversas traducciones que se hicieron sobre la misiva cubana. Si bien es cierto que ostentó un lenguaje provocador, conveniente para el agitado contexto, también se tergiversaron, voluntaria o involuntariamente, las motivaciones reales de la carta.

En ese sentido, Fernández Retamar insistió en las preocupaciones sobre la estrategia de cooptación intelectual por parte de Estados Unidos, a la que denominó Alianza para el Progreso en el campo intelectual, y afirmó que iba más allá de lo acontecido con Neruda. Era “una alternativa no-revolucionaria para una situación revolucionaria.”⁴³⁴ Los estadounidenses buscaban “castrar” y “privar” a la revolución de su impulso revolucionario a través de la penetración en sus agentes de transformación, los estudiantes e intelectuales. Desde la perspectiva del intelectual cubano, la razón que impulsó el cambio de estrategia hacia una “castración de la vida intelectual latinoamericana”, fue que el gobierno estadounidense se percató de la “latinoamericanización” de sus estudiantes y su solidaridad con la Revolución Cubana. La “castración” involucraba despojar de sus intelectuales al campo cultural latinoamericano que se había formado a través de la experiencia cubana. Por lo tanto, según Fernández Retamar, su misiva tenía como objetivo revelar a los intelectuales latinoamericanos el viraje de la estrategia estadounidense que pretendía “la entrada a escritores de izquierda, coquetear con ellos, publicar y difundir ampliamente sus obras, respetarlos

⁴³² Elena Poniatowska, “Roberto Fernández Retamar: en una revolución todos se sienten aceptados por todos. Entrevista” en *La Cultura en México*, n. 239, septiembre de 1966, p. IV.

⁴³³ “Carta abierta a Pablo Neruda”, <https://www.neruda.uchile.cl/critica/cartaabierta.html> (consulta: 3 de noviembre de 2019).

⁴³⁴ Elena Poniatowska, “Roberto Fernández Retamar: en una revolución todos se sienten aceptados por todos. Entrevista” en *La Cultura en México*, n. 239, septiembre de 1966, p. IV.

aparentemente⁴³⁵ como parte de un plan de castración intelectual. El poeta cubano evitó ahondar sobre la dureza de la misiva en contra de las posturas como la coexistencia pacífica defendidas durante la reunión.

Elena Poniatowska increpó a Fernández Retamar al señalar que en la carta también se arremetía contra Fuentes, lo que el cubano negó. Lo cual también era cierto. La misiva había hecho dos referencias hacia Fuentes, como ya se abordó, las cuales no considero deban establecerse como increpaciones. Para Fernández Retamar, la crónica de Fuentes en *Life en Español* fue sorprendente debido al historial solidario del mexicano con la lucha revolucionaria a través de sus colaboraciones escritas. El cubano consideró que la revista *Life en Español* no era un medio interesado en difundir la realidad latinoamericana. La reflexión sobre Fuentes carecía de análisis de contexto internacional que lo llevó a enterrar a una Guerra Fría cuando era más que caliente en algunos rincones del planeta. En todo caso, Fernández Retamar afirmó que la colaboración de Fuentes en *Life en Español*, al que consideraba un compañero, resultaba sorprendente porque les costaba entender que fuese tan fácilmente utilizado por la campaña estadounidense, y que, en todo caso, le correspondía al escritor mexicano explicar sus motivaciones.⁴³⁶

Retamar aprovechó también para demostrar su postura en contra del entierro de la Guerra Fría en el campo intelectual y denunciar, una vez más, la participación de Rodríguez Monegal en el congreso. Además, se defendió de las acusaciones de sectarismo al exponer que si no era permitida la participación de los cubanos en esos congresos mientras que intelectuales financiados por la CIA sí participaban, la categoría de sectarismo no podía aplicarse para el campo intelectual cubano. Es cierto que, en el congreso, o al menos en la crónica de Fuentes, no se aludió a la experiencia revolucionaria cubana en lo absoluto. Además, mientras que Fernández Retamar denunciaba la falta de oportunidad para los cubanos —a excepción de los exiliados— de participar en estos tipos de eventos, Guillermo Sheridan afirma que los intelectuales cubanos de la UNEAC no quisieron participar en la

⁴³⁵ *Idem.*

⁴³⁶ *Idem.*

reunión del PEN.⁴³⁷ Asimismo, años después se denunció que muchos intelectuales cubanos signatarios de aquella carta contra Neruda no la habían firmado por cuenta propia.⁴³⁸

Para finalizar, Fernández Retamar afirmó que consideraba que el PEN había demostrado históricamente ser un foro de discusión abierto por lo cual, la omisión de los participantes en 1966 sobre la situación en América Latina y sus luchas revolucionarias no era porque no se los hubiesen permitido, sino por decisión propia. Esta aseveración estaba íntimamente relacionada con el compromiso del intelectual. Por lo tanto, cuando el cubano advierte que la Revolución Cubana había permitido al hombre reintegrarse a su sentido de totalidad y, en consecuencia, el intelectual había podido integrarse a otras construcciones del hombre –es decir, los poetas podían ser diplomáticos, milicianos y cortadores de caña–, era una llamada de atención para todos aquellos intelectuales burgueses, elitistas, embelesados por el deseo de modernidad y la cultura extranjera. Sin embargo, cuando el cubano afirmó que “en una Revolución, todos somos aceptados por todos” quedaba claro que en ese “todos” sólo eran aceptados los comprometidos.⁴³⁹

Mario Vargas Llosa respondió a la polémica desde la revista *Marcha* cuando, con el propósito de ahondar en las revelaciones sobre el financiamiento secreto del CLC, en mayo de 1967 afirmó que era un partidario del diálogo y la discusión entre los intelectuales de diferentes posturas intelectuales, por lo que, los escritores latinoamericanos no debían negarse a asistir a reuniones culturales en Estados Unidos o colaborar en publicaciones estadounidenses. Su mensaje estaba obviamente destinado hacia el caso Neruda y Fuentes. Aseguró que las pretensiones de los intelectuales podían ser independientes del Departamento de Estados Unidos; los intelectuales, sostuvo, tenían el derecho de intercambiar ideas y evolucionar en sus posturas, ocupar la misma mesa con aquellos

⁴³⁷ Guillermo Sheridan, “Fidel le asesta un coscorrón al camarada Neruda”, *Letras Libres* (sitio web), México, <https://www.letraslibres.com/mexico/literatura/fidel-le-asesta-un-coscorron-al-camarada-neruda> (consulta: 4 de abril de 2020).

⁴³⁸ En el 2001, Tania Díaz Castro aseguró que la misiva cubana en la que se cuestionaba a Pablo Neruda, muchos escritores de la UNEAC no firmaron la carta enviada en julio de 1966. También mencionó que muchos intelectuales signatarios de aquella misiva, ya se encontraban en el exilio. Tania Díaz Castro, “Una vieja carta a Pablo Neruda”, *Cubonet Independiente* (sitio web), 23 de julio de 2001, <https://www.cubonet.org/htdocs/CNews/y01/jul01/23a5.htm> (consulta: 12 de noviembre de 2019).

⁴³⁹ Elena Poniatowska, “Roberto Fernández Retamar: en una revolución todos se sienten aceptados por todos. Entrevista” en *La Cultura en México*, n. 239, septiembre de 1966, p. V.

diferentes: “un escritor de izquierda y uno de derecha pueden conversar.”⁴⁴⁰ Su postura ideológica no implicaba que no existieran convergencias en algunos aspectos ni vínculos de amistad. No obstante, afirmó tajantemente, la estrategia de financiamiento estadounidense de los medios culturales era un obstáculo que dificultaba el diálogo entre escritores.

Después del Congreso en Nueva York, el activismo de Fuentes sobre la libertad creadora provocó que Miller considerara al escritor mexicano como su sucesor en la presidencia del PEN. Fuentes declinó la propuesta debido a que priorizó su escritura y recomendó a Vargas Llosa para sustituirlo. Para Cohn, dicho activismo del autor de *Aura* (1962) resultaba adecuado para los intereses de Miller y del PEN.⁴⁴¹

El inicio del desencanto

No se puede concluir este episodio sin ahondar en las relaciones entre Fuentes y el campo intelectual cubano más allá de sus intercambios escritos en los medios impresos. Las declaraciones cubanas ante el Congreso del PEN provocaron que el vínculo con Pablo Neruda se congelara. El chileno, que se limitó a mencionar que su ideal comunista era inamovible, no regresó a Cuba.⁴⁴² Carlos Fuentes tampoco. El mexicano evitó ahondar pública y directamente en la polémica del PEN hasta el 2003. En cambio, atendió al altercado de manera privada en su correspondencia con Octavio Paz y Miller. Fuentes le compartió al dramaturgo estadounidense que estaba preocupado por la dirección que había tomado el régimen cubano y consideraba pertinente denunciarlo. No obstante, era consciente de que hacerlo sería ayudar a la política anticubana estadounidense, y no estaba dispuesto a hacerlo.⁴⁴³

Respecto a su correspondencia con Paz, la información se obtiene gracias a las investigaciones de Sheridan en los archivos del poeta mexicano. En ella, Fuentes comentó a Paz sobre su participación en el Congreso:

Neruda derramando conciliación (“Oye mijo, yo quiero ser amigo de Octavio; es otra época, no hay razón para estar distanciados”), Victoria Ocampo, Juan Liscano, Nicanor Parra. ¿Viste el estúpido ataque de los cubanos a Neruda, en el que nos llevan de corbata a Monegal y a

⁴⁴⁰ Mario Vargas Llosa, “Epitafio para un imperio cultural”, *Marcha*, n. 1354, 27 de mayo de 1967, p. 31. Archivo de Referencias Críticas. Disponible en Biblioteca Nacional Digital de Chile, <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/bnd/628/w3-article-257389.html> (consulta: 17 de marzo de 2020).

⁴⁴¹ Cohn, *The Latin American Literary Boom...*, p. 88.

⁴⁴² Guillermo Sheridan, “Fidel le asesta un coscorrón al camarada Neruda”, *Letras Libres* (sitio web), México, <https://www.letraslibres.com/mexico/literatura/fidel-le-asesta-un-coscorrón-al-camarada-neruda> (consulta: 4 de abril de 2020). Véase también, Jorge Edwards, *Persona non grata*, México, Debolsillo, 2013.

⁴⁴³ Cohn, *The Latin American Literary Boom...*, p. 88.

mí? Lo firman todos. Es un triste documento, muy paranoico, muy ayuno de contexto, de verdadera tradición, de mínima perspectiva.⁴⁴⁴

Fuentes, con profunda altivez, acusaba de falta de perspectiva analítica a los cubanos en un contexto de profundo debate intelectual. Los alegatos cubanos acerca de una conspiración intelectual eran producto de la paranoia. Tampoco cierto. Que él no lo supiera o evitara pronunciarse es otro asunto. No obstante, queda clara la insatisfacción de Fuentes sobre la imposibilidad de establecer el diálogo a nivel artístico en un terreno tan movedizo de la izquierda latinoamericana. Además, el escritor mexicano evitó discutir abiertamente sobre este asunto con el campo intelectual cubano hasta finales del siglo XX. ¿Cuáles fueron las motivaciones de su silencio?

En el 2003 Fuentes publicó un artículo denominado “Infidelidades” en el periódico *Reforma*. En él, el escritor recordó su visita a La Habana en enero de 1959, recién triunfante la Revolución Cubana. Ahondó en el complejo contexto histórico que le tocó lidiar con la política exterior estadounidense y las esperanzas de su pueblo y de la intelligentsia internacional, desde Sartre hasta C. Wright Mills, que veían en la experiencia cubana la posibilidad de “una renovación revolucionaria original, liberada de los dogmas y deformaciones impuestos por la tradición bizantina césaropapista a un marxismos que no nació pero sí murió en la Rusia ortodoxa (el Partido) y zarista (El Estado).”⁴⁴⁵ Muy en la temática de “la revolución traicionada”, el escritor mexicano arremetió contra el líder cubano, y en la de “fidelismo sin Fidel”, encomió los avances en educación y salud:

En vez de fortalecer a la burguesía nacionalista, Castro le cerró las puertas internas y le abrió las del exilio: la pérdida de talentos y energías fue inmensa. La prensa fue sofocada. Los partidos políticos, barridos. El poder se consolidó en torno al Movimiento 26 de Julio y se inició la ronda fatal de la escalada entre la isla y los EE.UU. A mayor agresión norteamericana, mayor dictadura cubana. A mayor dictadura cubana, mayor agresión norteamericana.”⁴⁴⁶

Este contexto desfavorecedor sólo podía implicar que “algo estaba podrido” en la Revolución. Algunos elementos del artículo de Fuentes respecto a la intolerancia y persecución interna, consecuencias del proceso de sovietización de la isla, los abordaré más

⁴⁴⁴ ⁴⁴⁴ Guillermo Sheridan, “Fidel le asesta un coscorrón al camarada Neruda”, *Letras Libres* (sitio web), México, <https://www.letraslibres.com/mexico/literatura/fidel-le-asesta-un-coscorrion-al-camarada-neruda> (consulta: 4 de abril de 2020).

⁴⁴⁵ Carlos Fuentes, “Infidelidades”, *Reforma*, 16 de abril de 2003, p. 21.

⁴⁴⁶ *Idem*.

adelante. “Infidelidades” responde a un momento histórico en particular cuando en abril de 2003, Cuba arrestó a 75 disidentes y fusiló a tres secuestradores de una lancha de pasajeros. Es importante saber en qué contexto específico Fuentes se animó a decir públicamente que había roto con Cuba en 1966.

Ante ese episodio de 2003, el escritor portugués José Saramago indicó que marcaba su distancia con Cuba.⁴⁴⁷ Fuentes, en su intención de aplaudir la postura de Saramago, afirmó que él también había impuesto su línea con la política cubana desde 1966 cuando:

[...]la burocracia literaria cubana, manipulada por Roberto Fernández Retamar para apresurar su ascenso burocrático y hacer olvidar su pasado derechista, nos denunció a Pablo Neruda y a mí por asistir a un Congreso del PEN Club internacional presidido a la sazón por Arthur Miller. Gracias a Miller, entraron por primera vez a los EE.UU. escritores soviéticos y de la Europa central para dialogar con sus contrapartes occidentales. Neruda y yo declaramos que esto comprobaba que en el terreno literario la Guerra Fría era superable. La larga lista de escritores cubanos compilada por Fernández Retamar nos acusaba de sucumbir ante el enemigo. El problema, nos enseñaba, no era la Guerra Fría sino la lucha de clases y nosotros habíamos sucumbido a las seducciones del enemigo clasista.

La herida causada por el aleccionamiento público cubano en la carta a Neruda fue profunda en Fuentes por varias razones. Por un lado, la acusación de haber caído en la trampa del enemigo estadounidense dejaba ver que, uno, los imputaban de ingenuos, y dos, que, desde su perspectiva heterodoxa y cercana a la nueva izquierda, la posición cubana antagónica al diálogo sólo implicaba que la Cuba revolucionaria estaba más alineada al totalitarismo soviético que a una izquierda progresista. Por otro lado, Fuentes aseveró, como ya se ha indicado, que muchos escritores cubanos que aparecieron en aquella lista, como Carpentier y Lezama Lima, no habían sido consultados. Para Fuentes, esto indicaba la manipulación maquiavélica de un individuo que con tal de “decirles a los escritores latinoamericanos a dónde ir, a dónde no ir, qué decir y qué escribir”⁴⁴⁸ no sólo consolidaba su sistema absoluto de vigilancia sino también su propio ascenso burocrático: Roberto Fernández Retamar.

La polémica con Fernández Retamar y el aparato cubano fue muy extensa a partir de 1966. Sin embargo, frente a posibles malentendidos, me parece importante hacer una

⁴⁴⁷ Saramago afirmó que no rompía con Cuba, pero que se reservaba su derecho de decir lo que pensaba, y decirlo cuando entendiera que debía decirlo. José Saramago, “Hasta aquí he llegado”, *El País* (sitio web), 13 de abril de 2003, https://elpais.com/diario/2003/04/14/internacional/1050271222_850215.html (consulta: 7 de abril de 2020).

⁴⁴⁸ Carlos Fuentes, “Infidelidades”, *Reforma*, 16 de abril de 2003, p. 21 y Roberto Fernández Retamar, “Carlos Fuentes: mentiras, ocultamiento, ¿deseo?”, *Rebelión* (sitio web), <https://rebelion.org/carlos-fuentes-mentiras-ocultamiento-deseo/> (consulta: 3 de marzo de 2020).

aclaración: respecto a Cuba, el Fuentes de 2003 se expresa en términos políticos, el Fuentes de 1966 en términos literarios. Estas dos acepciones del escritor mexicano son más claras a partir del final del siglo XX.

Regresemos a la polémica con Fernández Retamar. En “Infidelidades” Fuentes aseguró que Fernández Retamar tenía una intención personal secreta con la redacción de la carta abierta a Neruda. La historia entre el intelectual mexicano y el cubano tendría episodios convulsivos como la publicación de *Caliban* (1971) de Retamar, que se abordará también más adelante. Sin embargo, llama la atención la aclaración de Fuentes sobre su línea de separación hacia el campo intelectual cubano impuesta por sí mismo supuestamente en 1966 y su desdén hacia Fernández Retamar también cronológicamente insertado en aquella época. ¿Por qué? Porque en el Archivo Memoria de Casa de las Américas encontré varias cartas de Fuentes hacia el poeta cubano en 1967 y 1968, posterior a su supuesto “rompimiento”.

En el expediente de correspondencia de Carlos Fuentes en el Archivo Memoria de Casa de las Américas, aparecen diversas misivas entre Fuentes y el campo intelectual cubano a partir de 1962. La mayoría del material está relacionado con invitaciones hacia el mexicano para participar en eventos literarios de la institución cubana. Son cartas de Pablo Armando Fernández, Haydee Santamaría y Roberto Fernández Retamar principalmente. Las respuestas de Fuentes son muy tardías y escuetas (telegramas); en general, son negativas a participar en dichos eventos por su trabajo acumulado. Sin embargo, sus conversaciones más extensas y emotivas son con Fernández Retamar precisamente entre 1967 y 1968.⁴⁴⁹

En una misiva dirigida a Retamar el 22 de febrero de 1967, Fuentes escribió al intelectual cubano sobre su adhesión a un documento del Consejo de Colaboración de la revista en que el escritor mexicano reafirma su convicción sobre la libertad creadora y la pluralidad artística promovida por el gobierno revolucionario cubano. No deja pasar la oportunidad de reafirmar su deseo por la construcción de sociedades democráticas. Le propone además enviarle un capítulo de *Cambio de piel*, propuesta que Retamar acepta favorablemente.

Un par de meses más tarde, en mayo de 1968, Fuentes vuelve a escribir a Retamar en respuesta de una carta suya que recibió de manos de Carpentier. Le asegura que puede

⁴⁴⁹ Correspondencia de Carlos Fuentes a Roberto Fernández Retamar, 22 de febrero de 1967. Consultado en el Archivo Memoria de Casa de las Américas. Expediente Carlos Fuentes. n. 116.

reproducir las “pruebas de amistad y afecto” en la revista *Casa* y en *Siempre!*. Ahondó de nuevo sobre *Cambio de piel* y dejó entrever una posible visita de Octavio Paz a la isla. Fuentes también mencionó entusiasmado su intención de generar un encuentro del nuevo cine latinoamericano en La Habana.⁴⁵⁰

No se observa en las misivas un debate intenso sobre lo acontecido tras la reunión del PEN, más allá de la aclaración de Fuentes sobre la oportunidad de discutir las diferencias. Por tanto, quedan claros dos escenarios. En el primero, que aquel distanciamiento a que aludió Fuentes en el 2003 era inexistente, por lo menos entre 1967 y 1968, y que la enemistad con Fernández Retamar vendría después. En el segundo, que, aunque Fuentes preservó su relación amistosa con los intelectuales cubanos y continuaba con su solidaridad hacia la Revolución Cubana, su postura heterodoxa sobre la izquierda y su defensa de la libertad creadora que se volcaban en su conceptualización de la democracia, empezaban a alejarse cada vez más de los preceptos cubanos defendidos en aquel momento. Asimismo, el abordaje de la correspondencia privada invita a reflexionar sobre la agitación de la arena intelectual y las estrategias discursivas en los medios impresos que no necesariamente correspondían o se trasladaban con la misma calentura hacia los vínculos reales y personales de los sujetos históricos en la Guerra Fría.

Posterior a esta polémica del verano de 1966, vendrían meses vertiginosos para Carlos Fuentes. Su crónica en *Life en Español* y su colaboración con *Mundo Nuevo* simbolizarían una nueva etapa en la postural intelectual del escritor. Con ello, la lucha entre el campo intelectual mexicano y el cubano se ensordecía cada vez más.

De cómo Fuentes *traicionó* a la Revolución Cubana

Después de un recorrido por la evolución del *ethos* intelectual de Carlos Fuentes que empezó en 1959 con el triunfo de la Revolución Cubana, afirmo que el distanciamiento del escritor mexicano con el campo intelectual de la Revolución Cubana empezó a vislumbrarse a partir del año de 1966 tras su participación en la reunión del PEN en Nueva York. Aunque anteriormente el escritor mexicano había indicado claramente su postura ante el arte comprometido y los sistemas políticos de izquierda de tendencia autoritaria, su fascinación

⁴⁵⁰ Correspondencia de Carlos Fuentes a Roberto Fernández Retamar, 3 de mayo de 1967. Consultado en el Archivo Memoria de Casa de las Américas. Expediente Carlos Fuentes. n. 116.

por el proceso de la Revolución Cubana era incuestionable. Puedo aseverar también que Fuentes no se expresó negativamente sobre la impronta de la hazaña cubana como la primera revolución socialista en América Latina. Por tanto, su primera ruptura no fue con el régimen político de la Revolución Cubana, ni con la revolución que había imaginado como auténticamente socialista, sino con su campo intelectual, al que prontamente igualó a una burocracia cultural de corte soviético. A partir de 1966 se volvió notorio de manera pública que el narrador escribía cada vez menos de la Cuba revolucionaria. A pesar de que no es posible identificar un rompimiento claro entre ambos campos pues, como se mostró, la correspondencia continuó incluso después de la reunión del PEN, se puede afirmar que las desavenencias públicas entre los intelectuales cubanos y los asistentes a dicha reunión fueron el inicio de la ruptura. Mientras que Fuentes desde Nueva York enterraba la Guerra Fría en la literatura, la frialdad se transfería a su vínculo con la Revolución Cubana.

El propósito de este apartado es abordar uno de los episodios que provocó fracturas significativas en la relación entre Carlos Fuentes y el campo intelectual de la Revolución Cubana. Si su reseña sobre el encuentro del PEN de Nueva York había causado alboroto en el campo intelectual cubano, su colaboración con la revista *Mundo Nuevo* produjo una herida muy profunda entre ambos. Ante la óptica cubana, participar en un órgano financiado por Estados Unidos bajo el propósito de sabotear el proyecto cultural de la Revolución Cubana se encontraba al nivel de una traición.

La situación del escritor en América Latina: Carlos Fuentes y Mundo Nuevo

En octubre de 1966, en una carta a Arnaldo Orfila –editor recién destituido de la dirección del Fondo de Cultura Económica– Carlos Fuentes escribió sobre la profunda desilusión que experimentó tras la carta a Neruda redactada por parte de los intelectuales cubanos, entre los cuales se encontraba la firma de su amigo Alejo Carpentier:

Me parece injusta la manera como Neruda y yo fuimos atacados por los cubanos. No es forma de pagar una solidaridad jamás desmentida con la Revolución cubana. Pero no es eso lo grave, son la incomprensión de la multiplicidad de caminos que existen. No se puede afirmar que “el camino de la revolución socialista pasa necesariamente por la guerrilla”: esa declaración es reaccionaria por falsa, porque cierra otras posibilidades de cambio en países (México, en primer lugar) donde la guerrilla es impensable. La presencia de Neruda en Nueva York fue un motivo superior de aliento para todas las fuerzas de izquierda en los Estados Unidos. Mi artículo en *Life* tuvo por objeto utilizar una tribuna de la burguesía norteamericana para decirle a la burguesía latinoamericana que el lenguaje y los argumentos del anticomunismo han muerto. Me parece increíble que los cubanos no entiendan esto. ¿O solo esté permitido

predicarles a los fieles en publicaciones con un nihil obstat revolucionario? Menguados estaríamos: no habría dónde escribir. Creo firmemente que todo lo que aísla al intelectual latinoamericano del intelectual norteamericano sí que hace el juego al Departamento de Estado: recuerdo que esto me lo hizo entender un día Henrique González Casanova, y no lo olvido. La carta cubana es una injuria a Arthur Miller, cuyas credenciales antifascistas y antimacartistas están más allá de toda duda, y a todos los escritores socialistas que fueron a Nueva York; es una injuria a los editores liberales de los Estados Unidos que nos publican a Neruda, a Vargas Llosa, a Jorge Amado, a Cortázar y a mí con libertad y buena fe, no como parte de una “campana de seducción y castración”. En todo caso, se dejarán de castrar los castrables y nada se habrá perdido. A mí me interesa el cambio en México y sé lo que duele a nuestro gobierno que desde Nueva York un escritor mexicano denuncie el carácter fascista y anticultural de las agresiones contra Lewis, conta usted, contra el Fondo, contra la Universidad.⁴⁵¹

La confesión privada de Fuentes arroja algunas consideraciones importantes. Primeramente, su sorpresa ante la embestida de los intelectuales cubanos contra él y el poeta chileno a pesar de su abierta solidaridad hacia la Revolución Cubana. Esto indica que, para 1966 el escritor mexicano continuaba abiertamente comprometido con la revolución. Su discrepancia era, en realidad, con sus directrices culturales. Esta divergencia se basaba, como comencé a plantearlo desde el apartado anterior, en los métodos de las prácticas intelectuales respecto a la autonomía creadora y en la angosta separación entre el escritor como creador literario y como ciudadano. Resulta importante recordar que a principios de la década, Fuentes estableció claramente los límites entre el creador y el ciudadano. Para él, el arte comprometido era contradictorio a la esencia del arte. En cambio, para los intelectuales cubanos no existía la separación entre el creador y el ciudadano.

Por otro lado, en su misiva Fuentes evidenció de nueva cuenta su disconformidad con los discursos de la izquierda ortodoxa, específicamente con los mecanismos revolucionarios. Tal como enfrentó a la izquierda mexicana representada por *Política*, a la que acusaba de dogmática y unilateral, alineada al credo estalinista y al marxismo de recetario, la postura radical cubana sobre la imposibilidad del diálogo entre los diversos sectores de la izquierda indicaba que, desde el punto de vista del narrador mexicano, el proyecto cultural cubano estaba cada vez más cerca del socialismo dogmático de corte soviético que del socialismo heterodoxo que proponía la nueva izquierda. Asimismo, otra discrepancia evidenciada en su epístola con el editor mexicano estaba relacionada con las diferentes fórmulas para tomar el poder.

⁴⁵¹ Carlos Fuentes y Arnaldo Orfila, *Cartas cruzadas, 1965-1979*, México, Siglo XXI, 2013, p. 76.

Esbocé previamente los diversos análisis que Fuentes realizó en torno a los mecanismos revolucionarios. Para él, aunque el socialismo era la única manera para transformar radicalmente a las sociedades, no todos los países debían tomar la misma vía para alcanzarlo. Las naciones latinoamericanas, por ejemplo, pese a que compartían estructuras históricas, sus realidades eran objetivas y diversas. En Cuba funcionó una revolución armada para destruir su estructura semifeudal. En cambio, en México la insurrección violenta había sucedido en 1910, por lo tanto, para transformar al país a través del socialismo, la guerra resultaba innecesaria. Si bien Fuentes fue un defensor de las revoluciones armadas en Cuba y, posteriormente, en Nicaragua, también lo fue de la vía civil en Chile y en México. Por lo tanto, la aseveración cubana sobre el foco guerrillero como la única ruta para lograr la revolución socialista en el continente contrastaba por completo con la dialéctica del escritor mexicano.

El tercer punto por considerar en su carta es, de nueva cuenta, su tendencia cosmopolita. Fuentes, a diferencia de los intelectuales cubanos, estaba interesado en destruir las diferentes murallas ideológicas y distancias nacionalistas que, desde su perspectiva, impedían el florecimiento de la experiencia artística. Sus diversos exilios voluntarios estaban condicionados a su necesidad de observar su realidad a través de otros lentes. El diálogo e intercambio artístico era una característica necesaria para las prácticas creadoras. Esto permite comprender por qué razón el escritor mexicano colaboró con diversos medios culturales alrededor del mundo mientras que para los cubanos éstos no eran más que órganos del imperialismo yanqui.

En ese sentido, su colaboración con la revista *Mundo Nuevo* de Emir Rodríguez Monegal en el número inaugural en julio de 1966 evidenció que ya no habría marcha atrás en el enfriamiento de su relación con el campo intelectual cubano. La polémica de *Mundo Nuevo* ha sido abordada por numerosos investigadores. Me atrevería a afirmar que es una de las polémicas más importantes de la Guerra Fría cultural en América Latina. Por tal motivo, no considero necesario ahondar profundamente en la polémica más allá de lo preciso para el objeto de esta investigación.⁴⁵²

⁴⁵² Véase Idalia Morejón, *Política y polémica en América Latina. Las revistas Casa de las Américas y Mundo Nuevo*, México, Alemenara, 2017 y María Eugenia Mudrovic, *Mundo Nuevo. Cultura y Guerra Fría*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 1997.

Mundo Nuevo ocasionó un revuelo en la arena intelectual latinoamericana debido a su patrocinio por parte de Estados Unidos. Más allá de su financiamiento económico, la pertinencia de la revista en el debate intelectual fue su postura disidente a la línea que marcaban las revistas culturales de la época, específicamente las alineadas al proyecto cubano, como *Casa de las Américas*. *Mundo Nuevo*, a cargo del uruguayo Emir Rodríguez Monegal, apareció por primera vez en julio de 1966. Editada en París, contó con el financiamiento del CLC y, posteriormente, con medición del ILARI, de la Fundación Ford. La revista, que sólo duraría en circulación dos años en su primera etapa y cuatro en la segunda, tuvo como objetivo la discusión sobre la nueva narrativa latinoamericana desde una perspectiva universal:

El propósito de *Mundo Nuevo* es insertar la cultura latinoamericana en un contexto que sea a la vez internacional, permita escuchar las voces casi siempre inaudibles de todo un continente y que establezca un diálogo que sobrepase las conocidas limitaciones de nacionalismos, partidos políticos (nacionales o internacionales), capillas más o menos literarias y artísticas. *Mundo Nuevo* no se someterá a las reglas de un juego anacrónico que ha pretendido reducir toda la cultura latinoamericana a la oposición de bandos inconciliables y que ha impedido la fecunda circulación de las ideas y los puntos de vista contrarios.⁴⁵³

Los designios de la nueva revista coincidían con la postura defendida por Carlos Fuentes. La búsqueda de una cultura artística latinoamericana sin murallas nacionales, en donde la presencia del diálogo entre las diversas experiencias de los creadores y sus universos artísticos fuese la clave de la creación. *Mundo Nuevo* barajaba sus cartas en el juego de la Guerra Fría cultural. Su papel no sería el de germinar capillas políticas o literarias, sino el de permitir el intercambio y la circulación de ideas. *Mundo Nuevo* no sería un espacio de oposición, sino de diálogo. La revista encarnaba lo defendido por Fuentes y el resto de los asistentes a la reunión del PEN en Nueva York: el derrumbamiento de los muros ideológicos de la Guerra Fría en el ejercicio literario.

Como señala Idalia Morejón, la aparición de *Mundo Nuevo* fue determinante. Su surgimiento se dio en medio de la hecatombe intelectual de izquierda entre los defensores acérrimos del proyecto cultural cubano y los intelectuales de izquierda más heterodoxos. En términos de maquinarias culturales, su existencia aterrizó en un escenario controlado hasta entonces por el único frente intelectual legitimado políticamente por la Revolución

⁴⁵³ Idalia Morejón Arnaiz, *op. cit.*, p. 49-50. La corta vida de *Mundo Nuevo* se dividió en dos etapas; en la primera (1966-1968) estuvo a cargo de Rodríguez Monegal, la segunda (1968-1971) por Horacio Daniel Rodríguez. *Ibidem*, p. 37.

Cubana.⁴⁵⁴ Por lo tanto, no podemos entender la trascendencia histórica de *Mundo Nuevo* sin la Revolución Cubana y sus órganos culturales como la revista *Casa*. Mientras que la revista de Casa de las Américas se mostró como el órgano de la izquierda latinoamericana revolucionaria, *Mundo Nuevo* era la “alternativa a la hegemonía de un modelo de intelectual comprometido con la Revolución, tercermundista y antiimperialista, que trató de reunir armoniosamente en un mismo individuo al hombre de acción y al hombre de ideas.”⁴⁵⁵ El prototipo ideal que cumplía con la línea de esta alternativa era Carlos Fuentes.

Por tal motivo, no sorprende que el primer número de *Mundo Nuevo* se inaugurara con una entrevista de Rodríguez Monegal al escritor mexicano. El vínculo entre Rodríguez Monegal y Fuentes había quedado claro desde su participación en la reunión del PEN en Nueva York, donde coincidieron en el análisis de derribar los muros ideológicos de la Guerra Fría en la literatura. Tan sólo un mes después de aquella reunión se publicó por primera vez *Mundo Nuevo*. Como lo señalé previamente, la polémica entre *Mundo Nuevo* y *Casa* ha sido bastante estudiada. De igual modo, la entrevista entre Rodríguez Monegal y Carlos Fuentes ha sido abordada en otras investigaciones con el objetivo de identificar el rompimiento entre el escritor mexicano y la Revolución Cubana.⁴⁵⁶ En mi caso, me interesa rastrear la continuidad discursiva de Carlos Fuentes acerca de la autonomía del escritor y el cosmopolitismo literario que, desde 1965, caracterizó el *ethos* del autor de *La región más transparente* (1958) y que, evidentemente, lo colocaba cada vez más lejos de la línea cultural cubana.

María Eugenia Mudrovic sostiene que la participación de Fuentes en el primer número de *Mundo Nuevo* no es casualidad. El autor de *Cambio de piel* (1967) era el epítome del discurso de la revista, representaba “[...] mejor que cualquier otro escritor latinoamericano, el mito de la modernidad fetichizada, convirtiéndose con ello, en uno de los productores y difusores más autorizado del discurso triunfalista que tan gozosamente festejó el campo cultural en la década del 60.”⁴⁵⁷ En la entrevista que se publicó bajo el título “La

⁴⁵⁴ *Idem*, p. 51.

⁴⁵⁵ *Idem*, p. 100.

⁴⁵⁶ Véase Rafael Rojas, *La polis literaria. El boom, la Revolución y otras polémicas de la Guerra Fría*, México, Taurus, 2018 y Ana Pellicer Vázquez “Radiografía de un desencanto” Carlos Fuentes y la Revolución Cubana” en *Encuentro de la cultura cubana*, 41-42, Madrid, 2006.

⁴⁵⁷ María Eugenia Mudrovic, *Mundo Nuevo. Cultura y Guerra Fría*, p. 61.

situación del escritor en América Latina”, Rodríguez Monegal ahondó en la obra literaria de Fuentes, específicamente en la novela *Cambio de Piel*. El diálogo entre ambos se prestó también para abordar la nueva novela latinoamericana: los *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez o la *Rayuela* de Julio Cortázar, los autores fundamentales del *boom*. Aunque en la entrevista no abordaron cuestiones políticas pues fue realizada con fines literarios, es posible rastrear algunas posturas importantes del escritor mexicano como la continuidad de su discurso contra el nacionalismo cultural, íntimamente ligado con su cosmopolitismo literario, que, a su vez, está relacionado con su interés en descomprometer ideológicamente el ejercicio literario.

Carlos Fuentes describió la vida cultural mexicana y la de América Latina como un ambiente de canibalismo; infirió, incluso, que era ordinaria, incivilizada y sumamente atrasada a diferencia del mundo literario europeo.⁴⁵⁸ Con esta declaración confirmaba que su cruzada en contra de los artistas mexicanos que atacaban con frecuencia a su mafia cultural continuaba. Además, ahora sus adversarios traspasaban las fronteras mexicanas y se situaban en el resto de la región latinoamericana.

Asimismo, el escritor mexicano justificó su estrategia de autoexilio. Así como en su niñez tuvo que habitar en varios países temporalmente, a partir de 1960 México dejó de ser su domicilio permanente y se dedicó a viajar por Europa y Estados Unidos. Francia, principalmente, sería una de sus residencias temporales favoritas, razón por la cual sería nombrado embajador en aquel país durante el gobierno de Luis Echeverría. “Hay que salir un poco para respirar aire puro, a tomar perspectivas”⁴⁵⁹, afirmó en la entrevista. Para el escritor, la distancia de su país había sido necesaria sobre todo después de su conferencia en “Los narradores ante el público” que había causado tanto revuelo. El autoexilio que calificaría como una herramienta intelectual, se convertiría en su norma:

Hay que huir –declara– de estas sociedades en gestación, profundamente complejas; en ellas se pierde el sentido de las proporciones. No se puede vivir inmerso en ellas. El ejemplo de Julio Cortázar es clásico: lleva 15 años fuera de Argentina y nadie tiene la visión de lo que es

⁴⁵⁸ “Desde luego, escapar un poco del canibalismo ambiente en la vida cultural mexicana, propio no sólo de México sino de toda América Latina. Creo que América Latina, como tú bien sabes, es una especie de Balcanes de la cultura, sobre todo en la vida literaria. [...] Creo también que hay cierta tensión en la vida cultural de nuestros países, tensión nacida de esa demora a la que se refería Alfonso Reyes cuando decía: <<Llegamos siempre con cien años de retraso a los banquetes de la civilización>>, y que nos conduce a descubrir el Mediterráneo periódicamente.” Carlos Fuentes, “Situación del escritor en América Latina”, *Mundo Nuevo*, p. 6, <https://anaforas.fic.edu.uy/jspui/handle/123456789/26054> (consulta: 10 de noviembre de 2019).

⁴⁵⁹ *Idem*.

el lenguaje de los argentinos como él. Un escritor quisiera hacer lo mismo, desde Argentina, se perdería en los meandros del folklorismo, del lenguaje compadrito, portuario, bonaerense. A la distancia, Cortázar logra trasponer, robustecer, vitalizar ese lenguaje, sin caer en los excesos menores del color local”.

Desde luego Fuentes no se refiere a las opciones que nos presenta la acción política sino al quehacer literario que es “fundamentalmente un arma crítica y un arma constitutiva. No quiero limitar la literatura a la oposición; pero creo que también cumple sus funciones cuando constituye un lenguaje. Es decir, Borges, para mí, es un escritor revolucionario porque inventa un lenguaje nuevo frente a un lenguaje falso. El problema del escritor es un problema de lenguaje y el lenguaje al cual se enfrenta lo enajena, lo rechaza. Por eso hay que verlo de lejos ¡Salir!⁴⁶⁰

Mientras que para él el autoexilio era una estrategia creativa, pues servía al escritor como una acción política para constituir un lenguaje, para sus críticos se convertiría en un ejemplo de su esencia burguesa y cosmopolita. Para Rosario Castellanos, por ejemplo, Carlos Fuentes agotaba sobremedida la panacea a la aporética de la literatura: el exilio voluntario.⁴⁶¹ Sin embargo, es imposible comprender la postura creativa y política de Fuentes de la década de 1960 sin el simbolismo del exilio involuntario. Existió en él un provocador desdén hacia la construcción de un nacionalismo provinciano literario. La nueva narrativa de la década de 1960 que valía la pena era aquella edificada a través de la perspectiva espacial, la experimentación artística y libre de murallas míticas nacionales: “hay un momento en que la literatura existe y va adelante gracias a sus emigrados”.⁴⁶²

El cosmopolitismo se presentaba entonces como un anhelo para romper el aislamiento. El aislamiento chauvinista, decía Fuentes, impedía el diálogo creativo; evitaba que las relaciones culturales fueran abiertas. Para el escritor mexicano la creación existía gracias a las correspondencias; sin ellas, el arte era un discurso puramente decorativo y oficial, ortodoxo y poco dialéctico.

El aislamiento chauvista hace el juego a nuestros verdaderos enemigos, a todos nuestros enemigos internos y externos. A las oligarquías locales que se disfrazan con el carisma de las banderas, la patria y los héroes muertos, porque los héroes vivos están prohibidos en América Latina; a los círculos reaccionarios de los Estados Unidos que desean mantener la sujeción, el atraso y el aislamiento de América Latina. [...] la aspiración cosmopolita, digámoslo con esta palabra que a veces tiene un sentido peyorativo, me parece muy importante, sobre todo en este momento en que, como dice Paz, somos por primera vez contemporáneos de todos

⁴⁶⁰ Entrevista a Carlos Fuentes. Rosario Castellanos “El escritor latinoamericano y el exilio”, *Agencia Mexicana de Noticias*, 7 de septiembre, 1969. Consultado en Archivo Vertical.

⁴⁶¹ *Idem*.

⁴⁶² Carlos Fuentes, “Situación del escritor en América Latina”, *Mundo Nuevo*, p. 8, <https://anaforas.fic.edu.uy/jspui/handle/123456789/26054> (consulta: 10 de noviembre de 2019).

los hombres. El signo real de la verdadera cultura latinoamericana es esa idea de Octavio Paz.⁴⁶³

En ese sentido, los muros –el aislamiento– eran un instrumento de dominación. Políticamente rememoraban la exclusión y la reclusión. Eran un campo de concentración cultural que aprisionaba la libertad creadora y la experimentación artística, lo diferente. Por su parte, el cosmopolitismo, la interacción cultural más allá de las separaciones geográficas e ideológicas, funcionaba también como una herramienta política. Esta postura evoca sus discursos que de pronto atizó de manera indirecta durante la conferencia “Los narradores ante el público”, en la mesa redonda de Latinoamérica y, finalmente, en la reunión del PEN. Fuentes aseveraba abiertamente que, antes de mantenerse confinado, partiría al exilio. El escritor mexicano abogaba públicamente por la apertura y la pluralidad.

Ante esto, resulta evidente el desencuentro discursivo con los intelectuales cubanos. Como señalé al analizarlo en la polémica entre los cubanos y los escritores participantes en la mesa redonda Latinoamérica, el enfrentamiento entre ambos bandos fue, además del reclamo por “olvidarse” de Cuba, la naturaleza del compromiso del escritor. La transformación del intelectual como agente activo de la revolución socialista requería que éste se fundiera con las necesidades del pueblo. Los escritores debían desafanarse de su esencia burguesa, salir de la abstracción de su escritorio e instalarse en el mundo real. Era éste donde se llevaba a cabo la verdadera revolución. Como lo dejó entrever Fernández Retamar tras la reunión del PEN, la molestia cubana no nacía primordialmente de la participación y encuentro de los escritores o de su intercambio intelectual, sino del silencio sobre la realidad revolucionaria cubana y la función del escritor como agente activo y comprometido con la revolución latinoamericana. Para los intelectuales cubanos, el deseo de Fuentes de ampliar la gama de posibilidades ideológicas y artísticas sólo podía traducirse como un respaldo a los enemigos de la revolución. *Mundo Nuevo* no solamente contaba con financiamiento estadounidense, sino que era parte de la herencia del CLC, una estrategia de contención ideológica contra la Revolución Cubana. Pese a que el escritor mexicano justificaría su colaboración en la revista como una forma de romper las tensiones y abrir los puentes al diálogo, para el campo intelectual cubano era una declaración de guerra.

⁴⁶³ *Ibidem*, p. 9.

Por otra parte, aunque Fuentes se demostró contrariado por su esencia burguesa a principios de la década, no la enfrentó de manera tácita como otros escritores de la época. A pesar de que su identidad como intelectual de izquierda era inquebrantable en este periodo, su origen social era innegable: hijo de diplomático mexicano, perteneciente a una clase acomodada, políglota, eterno enamorado de la modernidad cultural y política de las grandes metrópolis. A diferencia de Fernández Retamar, que había dejado atrás, según él, su vida burguesa al encontrarse con la revolución y darle sentido a su vida, Fuentes, conforme adquirió reconocimiento internacional, vivió hasta su muerte del privilegio que su intelectualidad burguesa le permitió. Como afirmó su hija Cecilia Fuentes: “Mi papá quería ser comunista, pero de Las Lomas [...] Es normal, era un niño bien. Nunca conoció la pobreza y sale con que es colorado. No había cómo”.⁴⁶⁴ Por lo tanto, la atracción de Fuentes por la civilización cultural de Europa y Estados Unidos era incompatible con el proyecto cubano de reintegrar al hombre en su totalidad, de la construcción del hombre nuevo, de un nuevo intelectual que renunciara a su esencia burguesa para volverlo parte de un todo.

La idea de Europa, como el referente de lo moderno, ha formado parte del discurso de la historia.⁴⁶⁵ La distinción que el escritor mexicano realizó entre el ambiente cultural mexicano, caracterizado por su canibalismo y atraso, y la cultura de las grandes metrópolis en las que se autoexiliaba, define su *ethos* intelectual. En el enfrentamiento entre lo global y lo local, entre la metrópoli y la provincia. Fuentes se presentaría como el modelo de ciudadano del mundo. Cuando el escritor abogaba por el exilio voluntario, su destino ideal no estaba en la región latinoamericana, asiática o africana, sino en Francia o Inglaterra. El escritor mexicano buscaba desembarazarse de la cultura y política tercermundista.

En otro aspecto de la entrevista, cuando Fuentes abordó su afrenta contra la historia mítica nacional en la “Situación del escritor en América Latina”, aunque específicamente se refería a México, resulta sencillo trasladar su discurso hacia lo que sucedía en las experiencias socialistas, como la Unión Soviética, y próximamente en Cuba:

Se me ocurre que nuestra cultura y nuestra literatura, las de América Latina, han pasado por las tres etapas más o menos convulsivas o más o menos fluidas y que esa experiencia latinoamericana tiene una proyección universal, con correspondencias reales en la cultura europea, en la cultura norteamericana e, inevitablemente, en las culturas del Tercer Mundo a

⁴⁶⁴ Silvia Isabel Gámez, “Rita Macedo y Carlos Fuentes: La historia borrada”, *Nexos*, mayo 2020, <https://cultura.nexos.com.mx/?p=19883> (consulta: 3 de enero de 2020).

⁴⁶⁵ Dipesh Chakrabarty, “La poscolonialidad y el artilugio de la historia: ¿quién habla en nombre de los pasados “indios”?”, *Pasados Poscoloniales*, El Colegio de México, México, 1999.

medida que se desarrollen. Yo creo que estas tres cadenas, estos tres círculos a veces tangenciales, son la utopía, la epopeya y el mito. América entera, el continente fue descubierto y pensado como una utopía. Es el mundo de Tomás Moro, pero el mundo de Tomás Moro sometido a la práctica. La utopía propuesta es inmediatamente negada, destruida por las necesidades concretas de la historia. Cortés le da en la chapa a Tomás Moro y la necesidad histórica hace que la utopía ingrese en la epopeya. Hemos vivido bajo el signo de la epopeya casi toda nuestra vida; nuestras novelas han sido épicas y nuestro arte ha sido épico, pero en el momento en que se agota esta capacidad épica parece que no nos queda de otra más que una posibilidad mítica, una posibilidad de recoger ese pasado, de salir de ese pasado que es pura historia, historia mostrenca, para entrar en la dialéctica. Salir de la historiografía, de la redacción de la historia, para entrar en la dialéctica, que es hacer la historia y hacerla con los mitos que nos dan los hilos de Ariadna de todo ese pasado utópico y épico para convertirlo en otra cosa. A través del mito, re-actuamos el pasado, lo reducimos a proporción humana.⁴⁶⁶

Esta reflexión permite entender por qué razón el escritor mexicano recurría constantemente al mito en su narrativa. También esclarece un poco más su postura ante los narradores del *boom*, de la nueva novela latinoamericana. Estos habían encontrado una nueva consciencia como escritores. Habían dejado atrás la épica, la de los grandes héroes y villanos, junto a sus contradicciones. El escritor latinoamericano “dejó de ser un poco el fariseo que hablaba desde los púlpitos de la pureza con una clarísima conciencia del camino recto, para convertirse en lo que es un verdadero escritor, es decir, un publicano; un hombre que participa del pecado, de la culpa, que se mancha, que está inmerso en una situación común con los otros hombres.”⁴⁶⁷ De esa manera, la nueva novela latinoamericana salía de las sombras del maniqueísmo y el escritor podía abordar su narrativa de una forma más acorde a la realidad: “una realidad infinitamente involucrada en la que hay cierto destino trágico porque no nos damos cuenta de que los justos y lo injustos son culpables y de ahí nace la tensión trágica.”⁴⁶⁸ El escritor latinoamericano se liberaba de las cadenas que le impedían usar la palabra, el lenguaje. Y en un país de mudos, la palabra era la explosión.⁴⁶⁹

Una palabra ausente o silenciada era, por lo tanto, un impedimento para la creación literaria. La literatura era para Fuentes una resistencia entre el lenguaje y la realidad.⁴⁷⁰ El lenguaje funcionaba como una herramienta para penetrar y entender esa realidad. Consecuentemente, si este lenguaje se encontraba atrincherado artística o ideológicamente,

⁴⁶⁶ Carlos Fuentes, “Situación del escritor en América Latina”, *Mundo Nuevo*, p. 6, <https://anaforas.fic.edu.uy/jspui/handle/123456789/26054> (consulta: 10 de noviembre de 2019).

⁴⁶⁷ *Ibidem*, p. 16

⁴⁶⁸ *Ibidem*, p. 17.

⁴⁶⁹ *Ibidem*, p. 8.

⁴⁷⁰ *Ibidem*, p. 9.

resultaba imposible pensar la realidad. El problema de la literatura latinoamericana, afirmó Fuentes, era que se hallaba presa de una sociedad moderna y maltratada, inundada de “mitos y aspiraciones de plástico y aluminio” que impedían refrescar el lenguaje.⁴⁷¹

El escritor mexicano criticó a los exponentes del nacionalismo cultural en México al afirmar que sus creaciones estaban delimitadas por el mito oficialista de la Revolución Mexicana: el indio, la política y la provincia. Al ser legitimados por el proceso revolucionario, los escritores mexicanos de este grupo se volvieron voceros del discurso oficial. Su lenguaje estaba sometido a las directrices del partido, escondido tras los remanentes de una revolución pendiente, construido sobre pilares míticos revolucionarios de plástico, irreales. La crítica de Fuentes no era hacia los temas literarios, sino hacia las maneras de hacer literatura en su país. En México, el nacionalismo cultural se había convertido en un gueto que incitaba a un aislamiento chauvinista. Atemorizado por lo diferente y lo extranjero. Una literatura maniquea, dualista, en búsqueda de lo solemne y sagrado. La palabra en México había dejado de ser liberadora o reveladora; había renunciado a su capacidad inventiva.

La palabra en la literatura, en la política y en la vida, era retenida por la logomaquia del poder.⁴⁷² Esto implicaba que la élite burocrática, ya sea en un sistema capitalista o comunista, tuviera bajo su poder el lenguaje y con ello sometiera la realidad. Por lo tanto, si el escritor recuperara al verbo, a su instrumento, podría hacerle frente a esa logomaquia. El escritor era “el único capaz de emplear las palabras no sólo como ocultamiento, sino como revelación.”⁴⁷³ El escritor era, en esencia, un revolucionario. Y no porque su literatura fuese política e incendiaria, o porque haya decidido abandonar su escritorio y tomar las armas. Sino porque su acción, a través de las palabras, era buscar y entender la realidad. Por esa razón, politizar al escritor, supeditarlo bajo las estructuras del paternalismo político, iba en contra de su particularidad reveladora. El escritor debía ser, según Fuentes, en toda sociedad y bajo cualquier signo ideológico, un fuera de ley:

Es, como tan bien dice Mario Vargas Llosa, el eterno descontento, el eterno opositor, el buitre que se alimenta de todos los detritus de la sociedad. Es el gran pesimista; los escritores optimistas son mentirosos; bastante optimismo nos sirven todos los gobiernos y todas las agencias de publicidad. En América Latina hay una enorme tendencia a lo providencial, el gran acto escatológico que remite nuestra redención a un futuro apocalíptico. Nuestras

⁴⁷¹ *Ibidem*, p. 13.

⁴⁷² *Ibidem*, p. 20.

⁴⁷³ *Ibidem*, p. 20.

grandes enajenaciones son el paternalismo y el personalismo: la abdicación y la expectativa. Vivimos ansiosos de que nos protejan. El escritor de derecha, obviamente, por los poderes constituidos. Lo malo es que el escritor de izquierda, con demasiada frecuencia, también se protege bajo una sombrilla ideológica que lo exime de pensar con independencia, se disfraza con el decálogo del apocalipsis venidera y deja de escribir, de someterlo todo a juicio a través de la palabra y la imaginación, que es nuestro mester. En cambio, el empleo verdadero del lenguaje nos somete a un revolucionarismo de todos los días, permanente, que consiste, como decía Vittorini, en <<ponerlo todo en tela de juicio, caso por caso y momento por momento; esa es la única manera de participar en la Historia>>. Esto es lo que nos falta: la crítica diaria, la elaboración crítica, permanente, de todos los problemas humanos, con la intención de colmar ese vacío entre el poder total de la minoría y la impotencia total de la mayoría. De lo contrario, nuestras relaciones serán siempre verticales, carismáticas, de señor y siervo, de cliente y sátrapa.⁴⁷⁴

En pocas palabras, la autonomía del escritor era una parte insustituible de su *ethos*. El lenguaje revolucionario era aquel que cuestionaba, que se mantenía en movimiento, en un diálogo constante. El escritor no podría ser considerado como escritor, ni su literatura como literatura, si no reclamaba su lugar en el mundo. Sólo así, el escritor latinoamericano podría encontrar el verbo y usarlo como un arma contra la logomaquia del poder. Empero, esta logomaquia no sólo era reproducida por la élite política, sino también por las élites culturales.

En este sentido, Carlos Fuentes embistió enérgicamente no sólo contra el campo cultural mexicano, sino contra cualquier grupo cultural que osara contradecir el designio de la literatura para convertirla en un aparato más de sus intereses. Arremetió contra las Uniones de Escritores latinoamericanas, al describirlas como aparatos dictatoriales que sentenciaban las normas bajo las cuales se podía escribir:

Mira, yo **no voy a tomar un fusil y encararme a la Sierra Madre**. Pero sí te digo que Vietnam y Santo Domingo no son ajenos a mí, como escritor, simplemente porque acatar el consenso, el statu quo, supone silencio, negación de la palabra y el abandono del lenguaje, que **queda expuesto a que lo secuestre cualquier oscuro McCarthy surgido de una barraca tropical**. El lenguaje es un desacato sin tregua y en todos los órdenes, del más íntimo al más público. El lenguaje es libertad o no es; y para mí la libertad es mantener el margen de herejía, mantener el mínimo disenso para que nunca se cierren del todo las puertas de las aspiraciones concretas de hombres concretos. Yo soy un hombre concreto, yo escribo, yo me niego a aceptar que la <<fuerza interamericana>> tiene derecho a estar en Santo Domingo en nombre de la democracia, porque si lo acepto hoy mañana acepto que tiene derecho a estar en México y pasado mañana que tiene derecho a decidir, en nombre de la democracia, lo que puede decirse y lo que debe callarse en mi país y, finalmente, el derecho a dictarme lo que escribo. Si algo nos enseña la historia del siglo es que no podemos ser indiferentes nunca; que **la palabra también es resistencia contra los Hitler, los McCarthys y las Uniones de Escritores** que, potencialmente nos rodean. Creo que en el Estado tecnocrático, neoindustrial, la lucha por la libertad ha sido expulsada de la arena pública.⁴⁷⁵

⁴⁷⁴ *Ibidem*, p 20-21.

⁴⁷⁵ *Ibidem*, p. 21. Las negritas son mías.

Considero que esta fue la declaración más valiosa hasta el momento de Carlos Fuentes. En su respuesta, no sólo confirmaba su negación a participar en la lucha armada o las acusaciones respecto a que era un escritor poco comprometido con los problemas sociales que aquejaban al mundo –Vietnam y Santo Domingo–, sino que también ventilaba su incomodidad con las uniones de escritores, siendo la cubana la más perceptible, y también, con un inteligente juego de palabras, dejaba sobre la mesa la posibilidad de que en tierras tropicales, es decir, Cuba, pudiese darse la posibilidad de reproducir las tácticas macartistas de la caza de brujas. La escritura era una estrategia de resistencia en contra de cualquier sistema, ya sea capitalista o comunista, que buscara sofocar la libertad. Su referencia al macartismo y a Cuba evidenciaron por primera vez de manera pública su encono hacia las políticas culturales de la isla, específicamente contra los intelectuales cubanos; aquéllos que ese mismo mes publicarían la carta contra Neruda y que, de paso, arrasaban también con Fuentes. La inferencia sobre que una política de persecución intelectual indiscriminada pudiese darse en tierras tropicales atestiguaba el ambiente que comenzaba a sentirse por algunos escritores que, aunque defensores de la hazaña cubana, no se hallaban tan comprometidos con las líneas culturales de la revolución.

Pese a que faltaban casi cuatro años para que el caso Padilla tomara los reflectores de la escena intelectual latinoamericana e internacional, esta declaración previa de Carlos Fuentes permite entender su oposición a las decisiones políticas del campo intelectual cubano y de su Unión de Escritores en 1971. Por lo tanto, se puede confirmar que, pese a que la correspondencia entre el mexicano y los intelectuales cubanos continuó en la década de 1960, como lo pudimos constatar en el archivo de Casa de las Américas, y pese a que Fuentes evitó vociferar su desazón de manera tácita, en 1966 el vínculo intelectual y discursivo, la concordancia artística entre Carlos Fuentes y la Revolución Cubana, se encontraba en punto crítico en el cual ya no había vuelta atrás. La respuesta desde La Habana a la entrevista con Rodríguez Monegal fue una prueba fehaciente de ello.

Como lo han presentado Rafael Rojas y Ana Pellicer Vázquez, el ataque frontal desde Cuba vino de la mano del intelectual Ambrosio Fornet en *Casa de las Américas*. En su artículo, Fornet, además de exhibir a Carlos Fuentes como un escritor frívolo, lo inculpó de aliarse con los órganos imperialistas como *Mundo Nuevo* – al que caracterizó como engendro literario financiado por la CIA– y de crear documentos “patéticos del periodismo

latinoamericano”, refiriéndose a la entrevista con Rodríguez Monegal.⁴⁷⁶ La diatriba de Fonet sería la primera en que directamente se infiere que el escritor mexicano había traicionado a la Revolución Cubana. El cubano, como bien señala Pellicer Vázquez, no sólo injurió al mexicano por colaborar abiertamente con *Mundo Nuevo* sino porque en su discurso no profundizó sobre los problemas que azotaban a la realidad latinoamericana y por su esnobismo literario.⁴⁷⁷

Para Fonet, el diálogo de Carlos Fuentes con Rodríguez Monegal había evidenciado, por una parte, que la visión de la historia y de la literatura por parte del mexicano no sólo era superficial sino errónea.⁴⁷⁸ La postura de Fuentes que se presentó párrafos arriba sobre la importancia de librarse de la realidad y, por ende, de la literatura maniquea, dualista, que se movía entre lo profano y lo sagrado, el héroe y el villano, resultaba una contradicción misma, según Fonet, hacia la historia marxista y, además, una perspectiva que negaba la existencia de los grandes culpables de los problemas del Tercer Mundo. Era, desde la postura cubana, un enfoque tibio y errado que jugaba a los intereses de los enemigos.

El cosmopolitismo de Carlos Fuentes no pudo escapar de las garras de Fonet. Resulta evidente que la apuesta del autor de *Cambio de piel* (1967) por el derribo de las barreras geográficas y el autoexilio, su crítica hacia el aislamiento, nacionalismo y la literatura latinoamericana, fuese interpretada como una afrenta para los defensores del proyecto cultural cubano que abogaba por cerrar filas, y no por abrirlas, como planteaba Fuentes. Su cosmopolitismo fue descrito por Fonet como ejemplo de su personalidad sofisticada, frágil y esnobista. Su fascinación por lo europeo demostraba el poco compromiso social que Fuentes tenía como escritor; era un joven intelectual de izquierda oportunista y cobarde.⁴⁷⁹

Sin duda alguna, el tono agresivo del artículo de Ambrosio Fonet mostraba no sólo la molestia de una parte de los intelectuales cubanos, sino que marcaba discursivamente la exclusión de Fuentes del círculo intelectual aliado a la Revolución Cubana. Por lo tanto, a partir de esta desavenencia pública, puedo afirmar que fue el campo intelectual cubano quien primero marcó su distancia con el escritor mexicano al vilipendiarlo a través del órgano cultural oficial de la revolución, *Casa de las Américas*, y afirmar que era un aliado del

⁴⁷⁶ Ambrosio Fonet, “New World en español”, *Casa de las Américas*, n. 40, 1967, p. 106-111.

⁴⁷⁷ Ana Pellicer Vázquez, *op. cit.*, p. 260.

⁴⁷⁸ *Idem.*

⁴⁷⁹ *Idem.*

imperialismo. Fonet tenía razón al afirmar que el escritor mexicano había dejado de abordar la situación cubana en sus alegatos pues resultaba indiscutible que el entusiasmo público de Fuentes de principios de la década había disminuido. Además, aunque en los medios culturales no faltaron análisis suyos sobre Vietnam o, años después, Nicaragua, el escritor mexicano había optado por abordar más cuestiones literarias que políticas. Empero, la reacción desbordada cubana a la “Situación del escritor en América Latina” era precisamente la confirmación del discurso de Fuentes: la imposibilidad del diálogo era una característica de la cultura latinoamericana. En varias ocasiones, Fuentes se habría negado a responder a polémicas en donde había sido insultado; en sus respuestas a éstas invitaba constantemente al diálogo. Por otra parte, el contexto acalorado que se vivía en la arena intelectual y política en América Latina implicaba una tierra infértil para el diálogo. Era el momento de cerrar filas y de asumir el compromiso absoluto con la lucha por la liberación de los pueblos. No había tiempo para la conciliación entre adversarios.

En la correspondencia entre Mario Vargas Llosa y Carlos Fuentes, Rafael Rojas identificó la molestia del peruano y Julio Cortázar hacia el artículo de Ambrosio Fonet. El escritor de *La Ciudad y los Perros* (1962) comentó al mexicano que tanto él como Cortázar habían expuesto a la redacción de la revista de *Casa*, con la que colaboraban, su inconformidad con el artículo del cubano y propusieron que se le diera la oportunidad de derecho a réplica.⁴⁸⁰ El escritor mexicano no respondió. La réplica de Fuentes se conoce a través de sus correspondencias con Vargas Llosa y con el mismísimo Fernández Retamar pero no de manera pública.

En una carta redactada en febrero de 1967 y reproducida por la revista de *Casa de las Américas*, Carlos Fuentes planteó a Retamar la posibilidad de visitar Cuba a finales de ese mismo año y sostuvo:

La perspectiva me entusiasma. Sería una ocasión de refrendar mi permanente solidaridad con la Revolución Cubana que, como sabes, no data de ayer ni ha sido escasa en pruebas, y de ser, nueva, este, testigo de la victoria que todos ustedes construyen a diario. Sería también la ocasión de discutir, al nivel y con el tono que los amigos se deben, muchos problemas comunes cuyas soluciones, finalmente solidarias, exigen sin embargo caminos diversos tan diversos como los contextos nacionales en los que trabajamos.⁴⁸¹

⁴⁸⁰ Rojas, *La polis literaria...*, p. 60-61.

⁴⁸¹ Correspondencia de Carlos Fuentes a Roberto Fernández Retamar, 22 de febrero de 1967. Consultado en el Archivo Memoria de Casa de las Américas. Expediente Carlos Fuentes, n. 116.

Debatir los problemas comunes con soluciones distintas que responden a caminos diversos y contextos diferentes. Era la postura privada de Fuentes hacia la polémica del PEN y el artículo de Ambrosio Fornet. Estaba convencido, al menos eso demuestra en dicha misiva personal, que existía la posibilidad de discutir fraternalmente las diferencias y abrir el camino a la conversación. Fuentes reafirmó su adhesión a la Revolución Cubana pero no dio paso atrás a su postura: la autonomía del escritor y el diálogo eran ingredientes fundamentales para la creación.

Al mismo tiempo, en correspondencia con Vargas Llosa, Fuentes dejaba entrever que otra de las causas que comenzaron a separarlo del campo intelectual cubano era, como lo mencionó en la misiva con Fernández Retamar, los contextos nacionales diversos de los que provenían. La preocupación de Fuentes era México, no Cuba.⁴⁸² Coincidió con Rojas cuando afirma que el encanto de Fuentes por la Revolución Cubana estaba relacionado con la “valoración positiva del impacto que tenía sobre la cultura política mexicana que con una adhesión a las formas institucionales que adoptó el Estado socialista cubano.”⁴⁸³ Definitivamente, el entusiasmo del joven Fuentes a principios de la década de 1960, más allá de la expectativa generacional, se hallaba vinculado al impacto que la Revolución Cubana podía generar en su propio país. México tenía la oportunidad de recuperar su protagonismo en las relaciones interamericanas al respaldar el derecho a la autodeterminación cubana. Además, el triunfo de los cubanos podría significar un proceso de autocrítica y recomposición del camino revolucionario mexicano. Sin embargo, dicha circunstancia no debe subestimar el *ethos* socialista de Carlos Fuentes. El escritor mexicano se reconocía a sí mismo como un escritor y ciudadano de izquierda y como defensor del socialismo en aquella década. Empero su pertenencia no era ciega ni ortodoxa. Por lo tanto, por más concientización que tuviera sobre los procesos revolucionarios, esto no implicaba que se adhiriera por completo a los métodos de organización socialistas, mucho menos si éstos estaban más cercanos al horizonte soviético, como lo estaría el cubano, que a los democráticos, como los que buscaba en México.

⁴⁸² “Creo que la lucha antiimperialista, para ser efectiva, no debe contentarse con declaraciones; debe tender, en la medida de nuestras fuerzas, a provocar cambios democráticos dentro de nuestras respectivas sociedades. Mi sociedad es la mexicana: una sociedad profundamente entreverada en un proceso, por el momento irreversible, de desarrollo capitalista.” Rojas, *La polis literaria...*, p. 61.

⁴⁸³ *Ibidem*, p. 57.

De manera pública, Carlos Fuentes continuó con su tradición de no responder al campo intelectual cubano, así como lo hizo cuando la carta a Neruda. Optó por el silencio. Sin embargo, su silencio era político. El escritor evitó la polémica política. En cambio, se dedicó a defender sus planteamientos artísticos cada vez más vigorosamente a través de sus participaciones en los medios culturales o sus textos, como lo presentaré más adelante con *La nueva novela hispanoamericana* (1969). Fuentes abandonaría su silencio político en 1971 con el caso Padilla.

Mientras tanto, en México los medios culturales no fueron indiferentes a la polémica sucedida tras la entrevista de Carlos Fuentes en *Mundo Nuevo*. En los primeros números de 1967, la revista *Siempre!* y *La Cultura en México* reprodujeron una carta firmada por varios intelectuales latinoamericanos, donde la firma de Fuentes brillaba por su ausencia, que llamaba a la organización de un frente ante la ofensiva cultural estadounidense. En el siguiente número, para avivar el ambiente, se publicó una entrevista con el crítico Emmanuel Carballo donde se abordaba la libertad de creación en Cuba⁴⁸⁴ y, en marzo de 1967, Fernando Benítez publicaría su solidaridad con Carlos Fuentes tras el *affaire* con Ambrosio Fornet.

En su defensa a Carlos Fuentes, Benítez dirigió una carta a Fernández Retamar sobre las “injurias” y “calumnias” de Fornet hacia el escritor mexicano. En un tono amistoso, pues su vínculo de camaradería era enérgico con el intelectual cubano, Benítez reconoció que Cuba y América Latina estaban amenazadas por las nuevas tácticas estadounidenses “para reblandecer, comprar y castrar a los intelectuales latinoamericanos”.⁴⁸⁵ Mostró su desacuerdo

⁴⁸⁴ Emmanuel Carballo, quien después confesaría su rompimiento y desilusión con la burocracia cultural cubana, afirmó que en Cuba la libertad creadora –aquella que tanto privilegiaba Fuentes –era una característica innegable de los escritores: “Hasta ahora no he tropezado con ningún escritor que al regreso de Cuba se muestre fundamentalmente en contra de la Revolución. [...] En México criticar al gobierno es una tarea sencilla y prácticamente inagotable. Sencilla porque la mayor parte de nuestros escritores [...] están en mayor o menor medida en contra de la política que sigue el gobierno en todos los órdenes, y, prácticamente inagotable porque las condiciones de vida son punto menos que desastrosas. [...] en Cuba este fenómeno se plantea se plantea de modo muy distinto. Para empezar, los escritores no se encuentran en la barricada opuesta al gobierno. Están con el gobierno, aunque puedan desaprobador algunas de sus medidas. Además, no pueden ejercer sistemáticamente la crítica porque saben que el gobierno (que apenas tiene ocho años de vida) hace las cosas lo mejor que puede.” Emmanuel Carballo, “Libertad de creación en Cuba” en *La Cultura en México*, n. 263, Marzo de 1967. El entusiasmo de Carballo por la Revolución Cubana, y que fuera compartido por la mayoría de los intelectuales mexicanos, no duraría mucho. Como lo deja entrever en una nota de 1994 agregada a su diario de 1964-1968: “las defecciones posteriores [...] son harina de otro costal. Como también lo es la Cuba de los años noventa, caricatura barata de la Cuba de los sesenta y setenta que amamos y defendimos hasta donde nos fue posible”. Emmanuel Carballo, *Diario público 1966-1968*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2005, p. 221.

⁴⁸⁵ Fernando Benítez, “En defensa de Carlos Fuentes” en *La Cultura en México*, n. 264, marzo 8, 1967.

en exhibir a Fuentes como un “escritor frívolo y complaciente” o como “cómplice de la política imperialista”, pues el autor de *Cambio de piel* (1967) había sido uno de los mayores “lúcidos” y “apasionados” defensores de la Revolución Cubana. Tal era el heroísmo de Fuentes, que Benítez justificó su silencio ante la polémica con los cubanos: “ha llegado al extremo verdaderamente heroico, de no responder a ninguno de los ataques irracionales que se le han dirigido.”⁴⁸⁶

Lo interesante de la carta de Benítez, es que la redactó como vocero del grupo cultural al que perteneció, la famosa ‘mafia’. Por tanto, las palabras que versa el escritor mexicano se pueden asumir también como una respuesta indirecta de Carlos Fuentes. Benítez interpela a la comprensión de Fernández Retamar, debido a que él “ha seguido paso a paso nuestra lucha por su Revolución”. El grupo, mencionó Benítez, siempre había estado al lado de la Revolución, aunque esta postura les haya provocado contratiempos –aquí se refirió, por ejemplo, a su ruptura con *Novedades* o a los improperios que recibieron, sobre todo Fuentes, por su solidaridad con la hazaña cubana–. Por ese respaldo, afirmó el escritor, los escritores mexicanos han decidido silenciar sus discrepancias con el campo intelectual cubano:

Podemos tener discrepancias. Sin embargo, hemos preferido silenciarlas ante el temor de aumentar las preocupaciones que ya pesan sobre ustedes. Desde el principio nos hemos formado una idea muy clara de los peligros que amenazan a la Revolución, de la desigualdad de su lucha, de la cobardía y la enajenación de los gobiernos latinoamericanos –con la sola y honrosa excepción del Gobierno de México–, de las maniobras de los cubanos traidores, de las infamias y bajezas que a diario se acumulan para destruirla, y esta idea nos ha llevado a combatirlas, no con otras trampas ni con otras bajezas, sino con la verdad y con el sentido más alto de la responsabilidad intelectual. Yo personalmente no puedo admitir que un intelectual cubano se valga de las calumnias y del terrorismo del que se valían los plumíferos de Batista y de que se valen los traidores cubanos para escarnecer a los defensores de la Revolución como Carlos Fuentes, ni tolerar que un escritor de su rango y de su nobleza se le agravie con tanta malevolencia. Todo esto, querido Roberto, me es muy doloroso. Si guardo silencio, no sólo traiciono la amistad que me liga a Carlos, sino la convicción de que es un escritor de extraordinario mérito y de una cabal integridad.⁴⁸⁷

La respuesta de Benítez a la polémica era clara. Por un lado, el silencio de Carlos Fuentes había sido una decisión consciente debido a la lectura del contexto que se experimentaba. Era incuestionable que Cuba estaba acosada por todos los frentes. Responder a la polémica con los cubanos sería contribuir a ese ambiente incendiario. Por el otro, el ataque de los intelectuales cubanos era contrario a los ideales revolucionarios; se valieron de las

⁴⁸⁶ *Idem.*

⁴⁸⁷ *Idem.*

herramientas de los adversarios de su proeza. Ante todo, el renombre, talento y solidaridad de Fuentes no podían, en ninguna circunstancia, ser desacreditados. Entrar a la polémica, sobre todo en el mismo nivel de lenguaje, sólo beneficiaría a los enemigos de la Revolución. Los intelectuales cubanos debían evitar las mezquindades y seguir el camino del humanismo, sólo así “podrían servir mejor a la Revolución” y continuar con su verdadera tarea de la búsqueda de la justicia, de la cultura y de la libertad, tal como lo había hecho siempre Carlos Fuentes:

[...] el hecho de que un escritor cubano defienda a su Revolución, se presenta como algo natural y casi orgánico, pero que la defienda un escritor latinoamericano en otro ambiente donde la relación de fuerzas es distinta, supone algo nuevo: “se las juega todas” para decirlo a la mexicana. Carlos Fuentes ha sido ese escritor. Demonizado adentro, demonizado afuera, ha preferido vivir en Europa entregado a su trabajo creador. Yo sé muy bien como le duelen estas flechas y estos alfileres venenosos. Cuando se disipe el rencor y la demagogia barata, se verá cuál ha sido su contribución no sólo a las letras de habla española sino a la desmitificación del mundo latinoamericano.⁴⁸⁸

En su defensa, un tanto melodramática, Fernando Benítez optó por recurrir a la legitimación artística y política de Carlos Fuentes. Pareciera ser, como lo dibuja Benítez, que Fuentes era un héroe traicionado. Incluso Benítez se atrevió a deducir que, debido a la persecución intelectual que sufrió el escritor mexicano tanto en su país con el extranjero, tuvo que recluirse en Europa para continuar con su trabajo creativo. Ese había sido el sacrificio del héroe. La desproporcionada narrativa del editor de *La Cultura en México*, donde equipara la migración voluntaria de Carlos Fuentes con el exilio de un escritor perseguido, demuestra, por una parte, la imagen sagrada del autor de *La región más transparente* (1958) que tanto menospreciaron los colaboradores ortodoxos de *Política*. Por la otra, que la estocada de Ambrosio Fonet realmente había causado una fragmentación entre el campo intelectual cubano y el mexicano.

Anteriormente, Carlos Fuentes había respondido vigorosamente a las polémicas con otros autores en donde, incluso, la descalificación rebasaba la barrera intelectual. En cambio, el escritor mexicano fue sumamente cuidadoso de no hacerlo con los cubanos. Pudiese ser, como afirmó Benítez, que Fuentes evadió la polémica pues estaba consciente del contexto efervescente que azotaba a la Revolución Cubana por lo que decidió no abonar más a la

⁴⁸⁸ *Idem.*

discusión. Empero, parece ser que su silencio estuvo más relacionado con la estrategia de salir avante en un ambiente cultural donde la conversación estaba destinada al fracaso.

En ese mismo mes, Carlos Fuentes otorgó una entrevista desde París a Alberto Díaz Lastra que se reprodujo en las páginas principales de *La Cultura en México*. Bajo el título “La definición literaria, política y moral de Carlos Fuentes”, el escritor mexicano esbozaría, de nueva cuenta, algunas de las directrices de su *ethos* que sostuvo desde su participación en “Los narradores ante el público” y, palpablemente, en la “Situación del escritor en América Latina”. La entrevista sería presentada por el suplemento cultural como un parteaguas del pensamiento intelectual mexicano, situación que le valdría numerosas críticas de los opositores al grupo de Fuentes. En su conversación, donde resultaba incuestionable su desdén hacia la esfera cultural mexicana, el escritor mexicano ahondó en su autoexilio, en la politización mexicana, la importancia del diálogo cultural por encima de posiciones ideológicas, las diferencias entre cada país latinoamericano de cara a las estrategias revolucionarias de sus propios movimientos, entre otros temas polémicos. Lo relevante de la entrevista fue que sería cuestionado por los ataques cubanos recibidos tras su participación en el PEN Club en Nueva York y por la entrevista a *Mundo Nuevo*. En su respuesta, Fuentes refrendó su solidaridad con la Revolución Cubana, pero evadió responder directamente a los intelectuales cubanos. En cambio, contestó hábilmente refiriéndose a las críticas recibidas desde el mundo cultural mexicano. A pesar de que evitó aludir a los embistes de los intelectuales cubanos en su contra, sostengo que esta entrevista se puede considerar como la réplica pública, aunque indirecta, de Fuentes a dicha polémica.

Tras reafirmar las razones de su autoexilio y su profundo desprecio hacia los medios culturales mexicanos y su crítica literaria, el autor de *Zona Sagrada* (1967) confrontó algunas de las críticas que le habían hecho desde México, específicamente en el diario *El Heraldo*, donde cuestionaban su pertenencia a la izquierda y su vínculo con Estados Unidos. Fuentes aprovechó la oportunidad para recordar su desencuentro migratorio con el Departamento de Estados Unidos y afirmó que pese a permanecer en la lista negra de los indeseables, podía visitar el país norteamericano gracias a la comunidad intelectual estadounidense que, a diferencia de la mexicana, actuaba de manera íntegra:

[...] cada vez que he entrado a los Estados Unidos ha sido después de una batalla. Ha sido a partir de una clasificación de “peligro”. Ha sido, a veces, en compañía de un agente de la FBI y designado para seguir mis pasos a una discreta distancia. Todo esto suena a película de

James Bond, pero es verdad. Porque resulta que los funcionarios del departamento de Estado, al contrario del menguado editorialista de *El Herald*, saben que yo no he dado ninguna maroma. Ellos saben que mi oposición a la invasión de Cuba perpetrada por Kennedy en 1962 es idéntica a mi oposición a la guerra criminal de Johnson en Vietnam hoy. Ellos saben que mi solidaridad con la Revolución Cubana es hoy la misma que en los momentos de la Bahía de Cochinos. Y ellos saben que mi oposición no obedece a una consigna del partido, sino una convicción personal a favor de algunas cosas muy sencillas: la no intervención y la libre determinación de cada país. Si en esto coincido con los comunistas, mejor que mejor: me sentiré menos solo. Y si defender sus principios significa ser comunista, prefiero esta designación y no la que, en nuestro país considera “patriotas” a los periodistas y demás “fuerzas vivas” que practican la acrobacia y la demagogia cotidiana para no perder su miserable lugar en la pirámide totonaca.⁴⁸⁹

Con esta declaración, Carlos Fuentes ratificaba las particularidades de su *ethos* en 1967 ante cualquiera que se atreviera a calumniarlo, ya sea desde la tribuna del *El Herald* en México o desde algún rincón de La Habana. El escritor mexicano vociferaba su defensa de los principios que tanto recalcó al inicio de la década: la no intervención y la autodeterminación. De esa manera, Fuentes corroboraba que más que una solidaridad socialista, eran estos principios los que, en un inicio, lo habían aproximado a la Revolución Cubana. Por esa razón, aunque existieran diferencias ideológicas irreconciliables entre el escritor mexicano y el campo intelectual cubano, persistentemente respaldaría la importancia de la Revolución a nivel continental. Fuentes no era comunista, pero no tenía queja alguna si alguien lo identificaba como tal si esto simbolizaba que respaldaba la libertad de las naciones y de los individuos. No obstante, dicha lógica no ocurría en el extremo opuesto. ¿Qué pasaba si alguien lo calumniaba de haber traicionado a la Revolución Cubana o a sus designios como escritor de izquierda por su amistad desmedida con los círculos intelectuales estadounidenses?

Cuando Díaz Lastra confrontó a Carlos Fuentes sobre la respuesta cubana hacia su intervención, no sólo en el PEN de Nueva York, sino también en *Mundo Nuevo*, el escritor mexicano diestramente respondió a las críticas que había recibido desde México por aquella entrevista, evitando, a toda costa, mencionar al campo intelectual cubano. Es indudable que, pese a su autocensura, el destinatario de sus palabras estaba en el Caribe. Fuentes refrendó su solidaridad permanente con la Revolución Cubana que databa de 1959, por lo que confesó su sorpresa de que alguien se atreviera a ponerla en duda. Con su respaldo hacia la experiencia cubana, como lo había mencionado Fernando Benítez en su carta a Roberto

⁴⁸⁹ Alberto Díaz Lastra, “La definición literaria, política y moral de Carlos Fuentes” en *La Cultura en México*, n. 267, abril 5 de 1967.

Fernández Retamar, se había arriesgado al enfrentarse con grupos reaccionarios en México cuando la Revolución Cubana comenzaba. Ahora, ésta era

[...] una revolución que ha triunfado, que está en el poder y que se va a quedar en el poder, porque ya es un hecho, un hecho afincado con obras, con la solidaridad de su propio pueblo: es un fenómeno irreversible. Entonces no me explico cómo la prensa reaccionaria de México puede decir que yo he flaqueado hacia la revolución cubana. Y si esta es una oportunidad de refrendar esta solidaridad quiero hacerlo. Acabo de sumarme a la excelente declaración hecha por la Casa de las Américas de La Habana, que me parece ejemplar en su tono y en su visión revolucionarios y en su lucidez, sobre todo, al afirmar la vigencia revolucionaria de la creación artística libre y al afirmar la pluralidad de frentes de lucha de los escritores latinoamericanos en cuanto a factores políticos de sus respectivas comunidades. Creo que esto es importante porque yo he tratado siempre de situarme no sólo dentro de una perspectiva abstracta de las declaraciones, sino dentro de una perspectiva concreta de lucha frente a mi propia comunidad, la mexicana. Creo, finalmente que se derrotará al imperialismo norteamericano no solo con actitudes, sino sobre todo a través del cambio dentro de cada una de nuestras sociedades. Para mí, esa sociedad es la mexicana [...].⁴⁹⁰

Carlos Fuentes respondió indirectamente a los intelectuales cubanos que habían puesto en duda su lealtad hacia la Revolución Cubana. Empero, su solidaridad no era militante ni ciega. Respalda la visión revolucionaria cubana porque ésta afirmaba proteger la autonomía creadora y la pluralidad de frentes de lucha de los escritores latinoamericanos dependiendo los factores de sus propias sociedades. Con esta declaración, Fuentes aspiraba a sepultar las vacilaciones que habían nacido a partir de su entrevista con *Mundo Nuevo*. Sin embargo, también estableció los límites de su lealtad: mientras la Revolución Cubana respaldara la libertad creadora, él refrendaría su solidaridad.

Además de la libertad creadora, para Fuentes resultaba trascendental la declaración de Casa de las Américas sobre las particularidades de los diversos frentes de lucha. Como lo abordé, para este momento el escritor de *Aura* (1962) defendía la pluralidad en las estrategias revolucionarias, sobre todo en el caso de México. No creía que la revolución era exportable de manera universal. La revolución sólo podía nacer de posibilidades nacionales concretas. Cada país, de acuerdo con sus características nacionales, debía optar por la táctica que más le acomodara, así fuera la vía armada o la vía civil. No existía, afirmó Fuentes, una solución o fórmula única para la transformación revolucionaria.⁴⁹¹ Este enfoque que empezó a dilucidar desde principios de la década, para 1967 era una característica insoslayable de su discurso político. Asimismo, sería una de las razones primordiales que lo llevaría a

⁴⁹⁰ *Idem.*

⁴⁹¹ *Idem.*

distanciarse determinantemente de las posturas ortodoxas de intelectuales, como los mexicanos de *Política* o de algunos cubanos, que abogaban por la lucha armada como la única vía de transformación. Para Fuentes, los intelectuales, por su profesión epistemológica, tenían la responsabilidad de analizar las múltiples realidades nacionales y, con ello, identificar qué estrategia revolucionaria era la óptima. Por lo tanto, si el intelectual defendía una sola vía de transformación radical de la sociedad, no sólo atentaba contra su profesión misma, sino que se obstaculizaba el camino hacia la acción.

Como sostuvo en la “Situación del escritor en América Latina”, el diálogo era una de las características fundamentales del quehacer intelectual. El escritor, afirmó Fuentes en su entrevista con Díaz Lastra, tenía el deber de mantenerse abierto al diálogo por encima de sus propias posturas ideológicas.⁴⁹² Sacrificar el intercambio de ideas por defender las posiciones ideológicas, sean de izquierda o derecha, involucraba el sacrificio mismo de la profesión. Dado lo agitado del contexto político internacional, cerrar los canales de la correspondencia significaba ponerse del lado de las élites opositoras. Esa era la idea detrás del entierro de la Guerra Fría en la literatura que Fuentes sostuvo durante su intervención en el PEN de Nueva York. No implicaba que el escritor mexicano sostuviera que la pugna Este-Oeste hubiese terminado. Mucho menos que las amenazas imperialistas sobre el Tercer Mundo hubiesen desaparecido, sino que la literatura tenía que liberarse de las cadenas ideológicas impuestas por los poderes políticos. Se trataba, como había sostenido Jean Paul Sartre respecto a la crisis soviética, de desmilitarizar la cultura. Ahora se trataba de desideologizar el ejercicio artístico en búsqueda del encuentro, de lo común.

Respecto a su participación en el PEN de Nueva York, Carlos Fuentes insistió en lo valerosa que había sido dicha reunión. En ella, los asistentes habían tirado abajo la primera piedra del muro que los separaba. La tertulia había sido un triunfo democrático ante los intentos imperialistas de aislar a los intelectuales latinoamericanos de los estadounidenses.⁴⁹³ Posteriormente, para justificar el intercambio con los intelectuales estadounidenses, el escritor mexicano realizó un análisis del marxismo y evocó sus principios dialécticos:

La esencia del pensamiento marxista es el cambio y la multiplicidad, no la rigidez dogmática unívoca. Cambio y multiplicidad, no sólo de las vías pragmáticas de la revolución, sino de la teoría de la revolución; la teoría, dice Althusser, también es práctica dialéctica. No hay un solo cambio teórico-práctico. Hay situaciones múltiples, tan diversas como cada país

⁴⁹² *Idem.*

⁴⁹³ *Idem.*

latinoamericano, que sólo los ciudadanos de cada país podemos comprender en su plenitud y complejidad.⁴⁹⁴

En pocas ocasiones Carlos Fuentes destinaba espacio en sus escritos políticos para abordar asuntos teóricos. Sus referencias hacia el marxismo fueron escasas. En todo caso, recurría a él, como ya mencioné en capítulos anteriores, como un método de análisis para identificar las estructuras económicas y las formas sociales de organización. A diferencia de otros intelectuales de la época que se encontraban también en la esfera de la izquierda política, Fuentes no problematizó sobre aspectos teóricos del socialismo, a excepción de los relacionados con la literatura. La lectura del escritor mexicano sobre el marxismo versaba sobre su carácter antidogmático y dialéctico. Empero, Fuentes obvió las críticas en torno a las diversas interpretaciones de la dialéctica marxista que hasta el mismo Althusser había realizado.⁴⁹⁵ Me atrevo a afirmar que Fuentes no tenía intención alguna de dialogar sobre interpretaciones marxistas de la realidad. Rescató a la dialéctica marxista con el fin de justificar su postura heterodoxa. A través de ella, expuso, por un lado, que la naturaleza estaba sujeta a cambios y renovación y ésta era una característica fundamental para la transformación de la realidad. Por el otro, que someter a la naturaleza a condiciones estáticas, ausentes de movimiento, implicaba negar el devenir de la historia. Etimológicamente, la dialéctica es el arte de la conversación. Por esa razón, recurrir al movimiento de la dialéctica marxista resultaba coherente para el discurso heterodoxo de Fuentes. De esa manera, legitimaba su enfoque sobre el diálogo y su desdén hacia los sistemas ortodoxos de izquierda.

El análisis de Carlos Fuentes sobre la dialéctica marxista no era nuevo. Había recurrido con anterioridad a la dialéctica marxista para atacar a los colaboradores ortodoxos de *Política*; posteriormente, en su participación durante “Los narradores ante el público”, volvió a ella para justificar su *ethos* antidogmático. Así validaba su militancia heterodoxa y su crítica hacia la logomaquia del poder que pretendía aislar al individuo negándole la posibilidad de intercambio:

Yo puedo escribir en revistas burguesas no sólo, como lo reafirmo en esta ocasión, porque me siento libre de publicar donde me plazca, trátese de publicaciones soviéticas o norteamericanas, de izquierda o de derecha, azules, moradas o blancas, puesto lo que publico lo hago bajo mi responsabilidad exclusiva y sin admitir directivas o censuras. También

⁴⁹⁴ *Idem.*

⁴⁹⁵ Véase Viglione y María Paula, “En torno a la diferencia entre la dialéctica hegeliana y la dialéctica marxista según Louis Althusser”, *VIII Jornadas de Sociología de la UNLP*, Departamento de Sociología de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, La Plata, 2014.

porque, en la situación mexicana, hacerlo es la única manera efectiva de ser escuchado. No creo que la “pureza revolucionaria” se compruebe escribiendo exclusivamente para los convencidos en publicaciones con un “nihil obstat” de izquierda.⁴⁹⁶

La pureza revolucionaria no se demostraba a través de la coincidencia, sino de la contradicción. De ese modo, Carlos Fuentes respondió a los feroces ataques de los intelectuales cubanos por haber publicado en *Life* y, posteriormente, en *Mundo Nuevo*. Asimismo, es claro que la reciprocidad del escritor mexicano no era con la estrategia de contención intelectual del Departamento de Estados Unidos, sino con el grupo intelectual estadounidense que abogaba por más análisis sobre las políticas estadounidenses y sobre el marxismo mismo: la nueva izquierda. En ese sentido, pese a que el enfoque cubano polarizado dejaba entrever que el Carlos Fuentes cosmopolita había cambiado de bando, en realidad, el mexicano siempre había estado del lado de la heterodoxia ideológica.

Aunque el *ethos* de Carlos Fuentes evolucionó con el tiempo, sobre todo debido al incremento de su reconocimiento internacional y a los cambios en sus dinámicas con el poder cultural y político, para 1967 el escritor mexicano no sólo refrendó su solidaridad con la Revolución Cubana, sino que además seguía posicionándose en el lado izquierdo de la historia. Para este momento, la defensa que había realizado a principios de la década sobre la coexistencia pacífica era una historia del pasado. Ya no sólo había dejado de creer en ella como una posibilidad para evitar la guerra nuclear sino que estaba convencido de que podía convertirse en un mecanismo anticomunista para provocar un nuevo estatus mundial que significara “el fin de los movimientos de liberación nacional del mundo subdesarrollado.”⁴⁹⁷ Por esa razón, resultaba importante para el escritor respaldar su adhesión a los movimientos de liberación nacional, siendo el cubano el mejor ejemplo de ello, pero sin dejar de sostener el enfoque de multiplicidad en los métodos revolucionarios y que la victoria de éstos dependía de las condiciones de cada país.

Como reflexión final, Carlos Fuentes recalcó que los intelectuales latinoamericanos, sin abandonar su conciencia revolucionaria, debían propiciar el diálogo cultural:

Nada más fácil que obtener la protección a cambio de la negación —o cambio de esa corona de la negación que es el silencio—. ¿Cómo demostrarle a Zhandanov que sé es buen comunista? Negando a Kafka, silenciando a Proust, satanizando a Joyce. ¿Cómo demostrarle

⁴⁹⁶ Alberto Díaz Lastra, “La definición literaria, política y moral de Carlos Fuentes” en *La Cultura en México*, n. 267, abril 5 de 1967.

⁴⁹⁷ *Idem*.

a McCarthy que sé es buen anticomunista? Negando a Marx, silenciando a Engels, satanizando a Lenin. Pero todo aislamiento desemboca en la satanización de quien lo practica: un aislamiento semejante a un infierno de hielo acababa rodeando a todo dogmático excluyente. Y en este punto, la operación se complica: el dogmático, del signo que sea, trata de contagiar a los demás con su negación, a fin de abandonar el aislamiento a que la propia negación lo condena. La inercia de la negación, convertida en movimiento del dogma, se llama fascismo. El “razonamiento” fascista procede de un dato cierto aunque neutro y lleva a una conclusión moral falsa y previamente establecida para concertar con el dogma. Se encuentra en un pozo envenenado: es obra de los judíos. Se incendia el Reichstag: es obra de los comunistas. Protestan los obreros, los estudiantes, los campesinos, han sido los infiltrados por elementos subversivos y exóticos. X visita los Estados Unidos; es imperialista. Y visita la Unión Soviética; es comunista. Z visita Marte; es marciano. La verdad, como siempre, es más compleja e inasible. La verdad es el diálogo lento, evolutivo, difícil, de Jean Paul Sartre, Juan Goytisolo o Roger Garaudy con los soviéticos, de Evgueny Evtuchenko, Pablo Neruda o Andrei Vosnezensky con los norteamericanos. Lo cómodo, lo fácil es el aislamiento virginal, que mediante la negación inactiva.⁴⁹⁸

Derrumbar las prácticas del lenguaje de la Guerra Fría con fines belicistas y separatistas, y enterrar las realidades maniqueas y dualistas, la ortodoxia intelectual. Ese era el mensaje de Carlos Fuentes hacia los críticos, en México y en Cuba, que habían puesto en duda su lealtad hacia la Revolución Cubana y su pertenencia a la izquierda. El dogmatismo estaba fincado sobre preceptos ideológicos inamovibles, que impedían el diálogo y la confrontación. Por lo tanto, el dogma era el alma del fascismo. La ortodoxia era el cuerpo del fascismo. Sus hijos eran el aislamiento y el silencio: la censura y el sometimiento. La única verdad era la existencia de un diálogo en movimiento. Consecuentemente, el socialismo no podía concebirse bajo sistemas estáticos y ortodoxos, pues era incompatible con los principios dialécticos. El dogma era el cáncer de la revolución.

En el mundo bipolar, la heterodoxia de Carlos Fuentes fue traducida por el campo intelectual cubano como una declaración de debilidad y poco compromiso con la revolución continental. No fueron solamente su vínculo con el campo intelectual estadounidense de la nueva izquierda, ni su colaboración con los medios del imperialismo o su espíritu cosmopolita, las razones que lo convirtieron en objeto de escarnio por parte de intelectuales cubanos. Fueron también sus perspectivas en torno a la literatura latinoamericana y la multiplicidad de los métodos revolucionarios, además de su llamada al permanente diálogo cultural. Aunque públicamente en 1967 Fuentes afirmara que su solidaridad con la Revolución Cubana era la misma que en 1959, y si bien las conversaciones cordiales entre el

⁴⁹⁸ *Idem.*

escritor mexicano y algunos personajes del campo intelectual cubano continuaban, se puede afirmar que la relación había llegado a un *impasse*. Las diferencias ideológicas eran notables y aparentaban ser irreconciliables. Los sucesos de 1968 vendrían a ratificar el desencanto de Carlos Fuentes con el socialismo y con la Revolución Cubana que, según el narrador, se hallaba cada vez más cerca del socialismo real soviético.

CAPÍTULO 6. EL DESENCANTO CON LA REVOLUCIÓN CUBANA (1968-1971)

Tres episodios constituyen la antesala final de la ruptura pública entre Carlos Fuentes y el campo intelectual de la Revolución Cubana. En primer lugar, el año de 1968, con el mayo francés, el movimiento estudiantil en México y la invasión a Praga, radicalizaría la postura de Fuentes en torno al socialismo y los movimientos revolucionarios. En segundo lugar, la publicación de su ensayo *La nueva novela hispanoamericana* en 1969 que le valdría la crítica cubana a través de *Caliban* (1971), un feroz ataque por parte de Roberto Fernández Retamar. Y finalmente, el caso Padilla en 1971. Es importante indicar que fue hasta ese último episodio que Fuentes finalmente realizó su réplica contra los cubanos. Desde 1968, es casi imposible hallar una correspondencia directa entre el escritor mexicano y el campo intelectual cubano, ni siquiera en ámbitos privados. Las relaciones intelectuales entre ambas esferas estaban congeladas. Por esa razón, me interesa esbozar de qué manera estos tres episodios que acontecen entre 1968 y 1971 prepararon el camino para la ruptura.

1968: el año de la revolución y del desencanto

Para 1968, Carlos Fuentes era el arquetipo del escritor cosmopolita consolidado y una figura central del *boom* latinoamericano. La publicación de *Cambio de piel* (1967) y la oleada de críticas literarias favorables desde el extranjero, lo consagraron como el vital narrador mexicano.⁴⁹⁹ Los críticos aseguraron que era ésta su obra maestra. En mayo de ese mismo año, Carlos Fuentes vivía en París. Desde su apartamento en l'Île Saint-Louis, el escritor mexicano pudo ser partícipe del convulsionado movimiento revolucionario parisino. A través de su crónica en *Siempre!*, "París: la revolución de mayo" y algunas correspondencias con Octavio Paz y Arnaldo Orfila respectivamente, es posible conocer la perspectiva del autor de *Zona Sagrada* (1967) sobre el mayo francés. De este episodio me interesa resaltar el ánimo

⁴⁹⁹ Con *Cambio de piel*, "[...] Fuentes pretende alcanzar, de una vez por todas, la culminación de su carrera. Al lado de *Rayuela* de Cortázar y *La casa verde* de Vargas Llosa, es la carta más fuerte presentada por los nuevos escritores de América Latina para lograr su internalización. [...] De ese modo, Fuentes se convierte en la cabeza de lanza de una intensa campaña de promoción que tiene como objetivo colmar la creciente demanda de literatura latinoamericana que se produce en Europa y Estados Unidos. Importantes editoriales –Seix Barral en España y Joaquín Mortiz en México–, agentes literarios –Carmen Balcells– y críticos –Julio Ortega, Emmanuel Carballo– trabajan al unísono para conseguir el tan anhelado beneplácito mundial hacia la literatura latinoamericana." Jorge Volpi, *op. cit.*, p. 61-63. Para rastrear el esfuerzo tras tal tarea, vale la pena revisar la correspondencia entre Carlos Fuentes y Arnaldo Orfila donde se puede observar el intento de ambos para publicar la obra reciente del autor de *Cambio de piel*. Véase: Carlos Fuentes y Arnaldo Orfila, *Cartas cruzadas, 1965-1979*, Siglo XXI, México.

enardecido del escritor sobre un movimiento revolucionario comandado por estudiantes, intelectuales y obreros franceses que pretendía transformar una sociedad industrial europea, además de las referencias hacia la Revolución Cubana como un antecedente revolucionario exitoso para el movimiento parisino.

En 1977, Carlos Fuentes señaló que la virtud más grande de la Revolución Mexicana había sido el descubrimiento. Para el escritor, previo a 1910 los mexicanos no sabían cómo eran; la revolución les permitió descubrir su rostro y su nosotros.⁵⁰⁰ Esta idea de la revolución como mecanismo de ruptura del aislamiento, como un camino hacia el encuentro, la propuso también para la Revolución Cubana en su momento y para las revueltas en París. En 1968, los franceses dejaron de ser unos desconocidos entre sí, para unirse al diálogo y a la fraternidad: “La revolución, una vez más, fue un encuentro y un abrazo [...] para la revolución no hay desconocidos.”⁵⁰¹

En su crónica “París: la revolución de mayo”, Fuentes abordó con elocuencia su noción de revolución. Si bien previamente se había referido al tema, específicamente con Cuba y el caso de México, rara vez se detenía a realizar un análisis sucinto desde la lectura marxista. En esta ocasión, Fuentes aprovechó la oportunidad que el movimiento parisino le otorgó para dilucidar sobre las características esenciales de una revolución que pudiese transformar radicalmente las estructuras de cualquier país. Aunque criticara constantemente los dogmas interpretativos del marxismo, el escritor mexicano empezó a entretener la concepción de que una revolución verdaderamente socialista sólo podría llevarse a cabo en sociedades altamente industrializadas como Francia o Inglaterra. Una década después, incluso, afirmaría con más vehemencia, que mientras las revoluciones existieran en países en vías de desarrollo, donde no hubiera un nivel de industrialización tal cual lo establecía Marx, no podían considerarse revoluciones socialistas.⁵⁰² Este enfoque contradecía por completo las aseveraciones previas de Fuentes de que la Revolución Cubana era una auténtica revolución socialista. Por esa razón, el movimiento francés de 1968 se amoldaría perfecto al

⁵⁰⁰Entrevista a Carlos Fuentes, *Programa A Fondo* (Video), <https://www.youtube.com/watch?v=pB4HwyUuzJc> (consulta: 7 de septiembre de 2019).

⁵⁰¹ Carlos Fuentes, *París, Praga, México, 1968*, México, Ediciones Era, 2005, p. 23.

⁵⁰² Podrían ser sociedades de acumulación acelerada de capital, capitalismo de Estado, industrialización burocrática: “Es una desgracia que la primera revolución socialista haya tenido lugar precisamente en Rusia.” Entrevista a Carlos Fuentes, *Programa A Fondo* (Video), <https://www.youtube.com/watch?v=pB4HwyUuzJc> (consulta: 7 de septiembre de 2019).

discurso de la nueva izquierda de Fuentes: era una insurrección de la sociedad industrial contemporánea. Contra todo pronóstico, de la mano de los estudiantes y obreros franceses, nacía de las entrañas capitalistas para transformar las condiciones sociales y enseñarle al mundo entero que la revolución era posible.

Asimismo, el escritor mexicano sostuvo que la nueva revolución francesa funcionaba también como un experimento para analizar con lupa los vicios de los movimientos revolucionarios.⁵⁰³ Afirmó que así como las revoluciones eran el único acto que podía transformar las condiciones sociales, también éstas podían desencadenar situaciones sociales intolerables. Es sumamente probable que con esta afirmación se refiriera a la Unión Soviética, pero tampoco se puede descartar la indirecta hacia otros procesos revolucionarios, como el mexicano y el cubano. Una de las sagacidades del movimiento parisino, a diferencia de otros procesos, era que se presentaba con una visión marxista desempolvada y renovada:

Quienes hemos conocido el maravilloso espíritu de estas jornadas, no hemos abandonado por ello el espíritu crítico –*la contestation*– que la propia revolución, fiel a sí misma, reclama. Más adelante, al resumir las entrevistas y discusiones con estudiantes de Nanterre, con amigos franceses y durante los debates de los Comités de Acción Revolucionaria en las calles de París, dejaré que los propios interesados hagan la crítica de los acontecimientos. Pero desde ahora podemos preguntarnos, con toda seriedad, si realmente asistimos a la primera revolución del mundo industrial: la primera prefiguración del siglo XXI, primera revolución que realiza las previsiones de Marx, hasta ahora postergadas por las imprevistas revoluciones en el mundo subdesarrollado.⁵⁰⁴

La revolución de mayo era, desde la óptica de Fuentes, la primera en seguir al pie de la letra los designios marxistas. Sólo era posible una revolución en una sociedad desarrollada para destruir, desde la raíz, las prácticas de las sociedades de consumo en el mundo industrializado. Este movimiento, dirigido principalmente por jóvenes, sacaba al marxismo del pantano subdesarrollado. A través de él se generaba una nueva consciencia capaz de inventar un nuevo mundo heredado de las luchas postergadas de las revoluciones en la periferia. “Estamos continuando, por otros medios, la lucha de Zapata y Guevara, de Camilo Torres y Frantz Fanon. Luchamos contra el mismo mundo de la opresión centralizada.”⁵⁰⁵

En su análisis, Carlos Fuentes comparó los mecanismos entre las revoluciones rusa, cubana y el movimiento parisino. Afirmó que el marxismo había regresado a su lugar de

⁵⁰³ Fuentes, *París...*, p. 28.

⁵⁰⁴ *Ibidem*, p. 33.

⁵⁰⁵ *Ibidem*, p. 32.

origen, a Europa, tras su estancia en “las tundras, los campos de arroz y los cañaverales de la periferia” –refiriéndose a Rusia, China y Cuba– con un gran aprendizaje: la revolución socialista auténtica podría llevarse a cabo solamente en “la plena expansión de las fuerzas productivas del capital y de la conciencia límite de las contradicciones entre la producción y el trabajo, entre la riqueza material y la miseria humana”.⁵⁰⁶ Esta demanda teórica del marxismo, sólo triunfaría en países altamente industrializados. Sin desprestigiar en ese momento a las revoluciones periféricas, como sí lo haría una década después cuando afirmó que era una desgracia que la primera revolución socialista se hubiese llevado en Rusia, Fuentes dejó caer una severa crítica sobre los procesos revolucionarios de tinte socialista vigente. Por tanto, a través del análisis de estos experimentos socialistas y de su llamado a una relectura del marxismo, se puede confirmar que, para este momento, Fuentes estaba insertado por completo en la órbita de la nueva izquierda.

Llama la atención que, a principios de la década de 1960, con toda la efervescencia del momento, Fuentes se atreviera a asegurar que la Revolución Cubana era un auténtico baluarte del socialismo que había destruido las estructuras semif feudales de la isla y que prometía ser aquello que no logró la revolución rusa. Es evidente que ocho años después el enfoque de Fuentes evolucionó hacia una posición teórica más dogmática desde el marxismo. Los procesos ruso, chino y cubano habían demostrado las fallas de su propuesta pseudomarxista en la práctica. En ninguna de las tres sociedades existía una clase obrera consolidada capaz de organizar la revolución. Además, estos países, una vez consumada la lucha armada, debido a la ausencia de una organización capitalista, habían tratado de acelerar la acumulación de capital, es decir, hacer “en quince o veinte años lo que al mundo capitalista le había tomado varios siglos.”⁵⁰⁷ Esto erróneamente había sido denominado socialismo pese a que demostraba que no lo era, ni en la práctica ni en la teoría. En cambio, el movimiento parisino aparentaba ser una nueva oportunidad de “pasar al socialismo de otra manera.”

Resalta también en su crónica la presencia de Jean Paul Sartre. Con el intelectual francés, Fuentes había presidido, junto a Nathalie Sarraute y otros artistas, un encuentro con estudiantes en la Cité Universitaire. Este encuentro tuvo como objetivo invitar al diálogo a los estudiantes franceses. En aquella reunión, Sartre puso sobre la mesa algunos problemas

⁵⁰⁶ *Ibidem*, p. 34.

⁵⁰⁷ *Ibidem*, p. 48.

con asunciones mecanicistas e inequívocas del marxismo. Por ejemplo, que el origen burgués del estudiante fuese un obstáculo para que éste jugara un papel revolucionario. Para Sartre era errada la concepción comunista de que sólo las clases trabajadoras comandadas por el Partido Comunista podían hacer la revolución, “nada tiene que ver con el marxismo”, afirmó el escritor francés.⁵⁰⁸ Al ser cuestionado sobre la participación de los partidos comunistas en la revolución, Sartre no dudó en responder que ésta no era una característica en todos los procesos. Para muestra estaba la Revolución Cubana. El Partido Comunista Cubano no había tenido cooperación alguna con el Movimiento 26 de Julio. “Lo admirable en el caso de Castro es que la teoría nació de la experiencia, en vez de precederla.”⁵⁰⁹ Esto hacía a la revolución isleña un caso excepcional y una prueba fehaciente de que la participación de los partidos comunistas no era obligatoria para la transformación revolucionaria. Ante estas declaraciones, Fuentes afirmó que el ejemplo cubano había sido invocado por Sartre y los jóvenes franceses como una fórmula que demostraba que era posible hacer una “revolución sin dogmas preestablecidos y fuera de la organización esclerótica del PC.”⁵¹⁰

Se afirma que el mayo francés de 1968 fue una revolución sartreana.⁵¹¹ No solamente porque el intelectual francés participara de la discusión en las reuniones estudiantiles sino porque durante este momento suscitó una revolución sartreana en contra de los estructuralistas, “del sujeto en contra de las estructuras”.⁵¹² La figura sartreana del compromiso del intelectual sería puesta a discusión tras los eventos franceses. Recordemos que, para él, la vida y la escritura eran una misma, por lo que el escritor comprometido era aquel que, desde una postura crítica y constructiva, representaba al mundo a través de la palabra. A partir de 1968, Sartre llevó a cabo una autocrítica sobre los diversos cuestionamientos que, a raíz del movimiento francés, se hacían sobre la figura del intelectual. El nuevo intelectual sartreano debía suprimirse como intelectual; ya no era sólo un aleccionador del marxismo, sino que debía, en medida de lo posible, darle la palabra al pueblo.⁵¹³ En ese sentido, Sartre abordó de nueva cuenta el problema del origen burgués del

⁵⁰⁸ “Marx explicó que los intelectuales surgidos de la burguesía podían convertirse en aliados de la clase obrera, porque sus problemas culturales también eran problemas de enajenación.” *Ibidem*, p. 57,

⁵⁰⁹ *Ibidem*, p. 57.

⁵¹⁰ Fuentes y Orfila, *Cartas cruzadas...*, p. 125.

⁵¹¹ Catalina Uribe Merino, *op. cit.*, p. 43.

⁵¹² *Idem*.

⁵¹³ *Ibidem*, p. 34.

intelectual y afirmó que aquellos que no cuestionaran su origen burgués inevitablemente se volverían en cómplices de la burguesía, por más discursos revolucionarios profesasen.

Una de las principales consecuencias a nivel intelectual tras mayo de 1968, fue el enfrentamiento entre el existencialismo sartreano y el estructuralismo. La figura del intelectual comprometido de Sartre, que había sido altamente reconocida en las primeras décadas de la Guerra Fría, sería cuestionada tras el planteamiento del intelectual específico de Foucault en el cual el intelectual ya no era el ente iluminado que guiaba a las clases oprimidas, sino su acompañante.⁵¹⁴ A raíz del movimiento parisino, las diferencias entre los existencialistas sartreanos y los estructuralistas se acrecentarían. Sartre acusó a Foucault y a los estructuralistas de ser aliados de la burguesía al imposibilitar la reflexión histórica tras encerrar “al hombre en determinismos fijos”. Las estructuras no determinaban a la historia o al sujeto, era éste quien “posibilita la inteligibilidad de la historia en la medida en que lo esencial no es lo que se ha hecho del hombre, sino lo que él hace con aquello que se ha hecho de él.”⁵¹⁵

La anterior reflexión sartreana describe a la perfección una de las principales críticas realizadas hacia Fuentes por parte de los intelectuales cubanos. Éstos habían acusado al escritor mexicano de tener una lectura existencialista y abiertamente antimarxista de la historia. La visión universalista y cosmopolita de Fuentes y sus frecuentes reflexiones acerca de liberar a la historia y al sujeto del peso del determinismo y maniqueísmo, del dogma de las estructuras políticas, culturales e ideológicas, lo colocaban en la sala del existencialismo sartreano que gozaba sus últimos años de aliento.

La revolución de 1968 fue, en palabras de Fuentes:

⁵¹⁴ "El papel del intelectual ya no es colocar a sí mismo "un poco por delante y al lado" con el fin de expresar la verdad sofocado de la colectividad; más bien, es luchar contra las formas de poder que lo transforman en su objeto e instrumento en el ámbito de "conocimiento", "verdad", "conciencia" y "discurso". (4) En este sentido la teoría no expresa, traducir, o servir para aplicar la práctica: es la práctica. Pero es local y regional, como usted ha dicho, y no totalizadora. Se trata de una lucha contra el poder, una lucha dirigida a detectar y socavar el poder donde es más invisible e insidiosa. No es "despertar la conciencia" que se lucha (las masas han sido conscientes desde hace tiempo que la conciencia es una forma de conocimiento, y la conciencia como la base de la subjetividad es una prerrogativa de la burguesía), pero al poder savia, para tomar poder; se trata de una actividad llevada a cabo junto a los que luchan por el poder, y no su iluminación desde una distancia segura. Una "teoría" es el sistema regional de esta lucha." *Intelectuales y el poder: Una conversación entre Michel Foucault y Gilles Deleuze*, <http://www.medicinayarte.com/img/Foucault%20y%20Deleuze%20Intelectuales%20y%20el%20poder.pdf> (consulta 3 de abril de 2019).

⁵¹⁵ *Ibidem*, p. 43.

[...]uno de los grandes virajes de la historia contemporánea. La revolución, que sólo ayer parecía privilegio del Tercer Mundo, ha hecho su aparición en el Mundo Industrial neocapitalista o neosocialista. Si en Europa y los Estados Unidos la protagonizan los hijos insatisfechos de la burguesía, en Polonia, en Checoslovaquia, en Yugoslavia los actores son jóvenes estudiantes de origen campesino y obrero. Los hijos de Marx y Rimbaud son también los nietos de Rousseau: tengo la impresión de que estos jóvenes, en Oriente y en Occidente, encarnan un renacimiento poderoso y profundo de la idea de soberanía.

[...]De esta manera, la nueva revolución es por fuerza internacional. Horizontalmente en el mundo industrializado: la marea del cambio culminará en dos ciudadelas: Washington y Moscú. Verticalmente, en el mundo industrializado: esta rebelión culmina en Washington y allí entronca con la primera.

Nosotros, los latinoamericanos, ligados a Francia por tantos motivos del corazón y de la cabeza, debemos felicitarnos de que hayan sido los estudiantes, intelectuales y obreros franceses los primeros actores de esta gran transformación. A través de Francia, podemos comprender y ser comprendidos.

Esta revolución también es la nuestra.⁵¹⁶

Es sólo el comienzo. La lucha continúa.

Carlos Fuentes pronosticaba que el movimiento parisino sería el inicio de una serie de transformaciones radicales en la Europa industrializada. La revolución francesa nacía de las insurrecciones del Tercer Mundo que, pese a sus desacertadas realidades estructurales de acuerdo con la lectura del marxismo, habían logrado derrocar el poder semifeudal colonial. A diferencia de ellas, la revolución francesa no pretendía deponer a un sistema de gobierno determinado sino al futuro mismo de la sociedad industrial contemporánea. La hazaña parisina no sólo abría la puerta para que se llevase a cabo una revisión del marxismo, sino que además sus efectos derrumbarían la cortina de hierro del mundo bipolar.

Fuentes pensaba que la revolución parisina y la primavera de Praga, que había comenzado en enero del mismo año, eran el inicio de la crisis definitiva de la sociedad capitalista y de la sociedad industrial, keynesiana o marxista. El mundo era testigo de un movimiento que habría el paso a la democracia de participación, de la mano de los obreros que buscaban expropiar los medios de producción por y para ellos, y de una clase estudiantil trasgresora. Marx regresaba rejuvenecido y revitalizado a Europa para demostrar que la revolución podía ser “resultado del desarrollo y no de la miseria. [...] Todos dicen que en quince días han aprendido más que en quince años.”⁵¹⁷ El escritor mexicano consolidaba su pertenencia a la nueva izquierda. No obstante, el entusiasmo de Fuentes duraría muy poco tras la invasión soviética a Praga y el movimiento estudiantil en México.

⁵¹⁶ Fuentes, *París...*, p. 65-66.

⁵¹⁷ Fuentes y Orfila, *Cartas cruzadas...*, p. 120.

En agosto de 1968, la invasión soviética a Checoslovaquia pondría fin a la Primavera de Praga, el último intento reformista del socialismo real.⁵¹⁸ La invasión soviética representó para algunos intelectuales de izquierda la fractura total con el socialismo soviético. Se considera que la invasión a entidades de la esfera soviética como Praga, anteriormente en Budapest y Poznan, marcaron el inicio de la decepción de una generación de intelectuales que estaban adheridos al comunismo soviético. Recordemos que, a principios de la década de 1960, Fuentes había sido excesivamente crítico en torno a las tendencias totalitarias de la Unión Soviética y, sobre todo, de su injerencia en otros países, como en Cuba tras la crisis de 1962. Por lo tanto, no sorprende que la invasión a Checoslovaquia significara para el escritor la vigencia del dogma totalitarista estalinista.⁵¹⁹

Si bien había asegurado que la presencia de Stalin era indiscutible para la conformación de la URSS como una entidad de contrapeso ante los Estados Unidos, señaló que los crímenes del líder soviético no podían ser ignorados. Habían causado una herida profunda en el experimento socialista. Por lo tanto, la presencia de los tanques soviéticos en Praga con el fin de aplastar las promesas de reformistas del socialismo real simbolizaba que la herida del estalinismo no había sanado y estaba más presente que nunca. Los soviéticos no habían aprendido la lección. La Primavera de Praga, afirmó Fuentes, no estaba en contra del comunismo; buscaba humanizarlo, democratizarlo y socializarlo. La reacción soviética llevó al restablecimiento “del orden totalitario, los líderes políticos e intelectuales del movimiento fueron humillados, encarcelados o exiliados, y, Checoslovaquia regresó a la paz de los sepulcros soviéticos.”⁵²⁰

Resulta evidente que Praga en 1968 representó el quiebre entre Carlos Fuentes y el socialismo soviético. Lo acontecido en Checoslovaquia era una prueba fehaciente de que las burocracias socialistas en el mundo habían traicionado los valores socialistas. Una década más tarde, el autor de *Cambio de piel* (1967) consideraría que la Unión Soviética representaba la perversión absoluta del socialismo.⁵²¹

⁵¹⁸ Véase María Dolores Ferrero Blanco, “Las reacciones en Europa tras la invasión soviética a Checoslovaquia en 1968”, *Cuadernos Const. De la Catedra Fadrique Furió Ceriol*, n. 45/46, Valencia, 2003-2004. <file:///C:/Users/lasso/Downloads/Dialnet-LasReaccionesEnEuropaTrasLaInvasionSoviéticaDeChec-1129454.pdf> (consulta 3 de abril de 2020).

⁵¹⁹ Fuentes, *París...*, p. 14.

⁵²⁰ *Ibidem*, p. 15.

⁵²¹ Entrevista a Carlos Fuentes, *Programa A Fondo* (Video), <https://www.youtube.com/watch?v=pB4HwyUuzJc> (consulta: 7 de septiembre de 2019).

La estocada más dolorosa que Fuentes y otros intelectuales recibirían sería el apoyo cubano a la invasión soviética en Praga. En agosto de 1968, Fidel Castro se presentaba en la televisión cubana para respaldar la decisión de Moscú. Contraria a su política antiintervencionista y antiimperialista, Cuba avalaba la invasión militar en Checoslovaquia. La postura cubana puede entenderse, sobre todo, desde el punto de vista de las relaciones de tira y afloja entre la isla y la URSS. No obstante, para los intelectuales de izquierda la posición cubana sería una señal de alerta sobre el proceso de soviétización que empezaba a experimentarse en Cuba.

Las relaciones entre Cuba y la Unión Soviética fueron ambivalentes, por lo menos hasta antes de 1968. Durante los primeros años, hasta la crisis de los misiles en 1962, la relación con los soviéticos era de miel sobre hojuelas. La URSS significaba una oportunidad valiosa para Cuba en el juego geopolítico. La crisis de los misiles traería un *impasse* en las relaciones cubanas-soviéticas. Posteriormente, mientras se consolidaba la ruptura entre Pekín y Moscú, Fidel Castro viajaba a la URSS para respaldar el tratado contra la proliferación de armas nucleares y reconciliarse con los soviéticos. La URSS se convertía en uno de sus principales socios comerciales. No obstante, entre 1966 y 1968, las relaciones se enfriaron. Con las críticas del “Che” Guevara hacia Moscú por la falta de apoyo al ejército vietnamita, las diferentes posturas sobre la revolución armada, hasta la indiferente reacción de los soviéticos ante la muerte de Guevara, el vínculo apenas lograba mantenerse a flote. Tras la disputa con China, luego de que Castro llamara a Mao Tse Tung “monarca absoluto, fascista y viejo senil”, Cuba se vio obligada a recomponer sus relaciones con la URSS. El año de 1968 representaría el camino previo hacia la reconciliación con los soviéticos.⁵²²

Ante dicho contexto, el respaldo de Cuba hacia la invasión soviética en Praga no suena tan descabellada. La relación comercial y política más importante de la isla estaba en juego. No obstante, la fidelidad hacia la Unión Soviética implicaba el renunciamiento a una retórica antiintervencionista que le había valido el respaldo de decenas de intelectuales desde enero de 1959, entre ellos el mismísimo Carlos Fuentes. Los análisis políticos más efervescentes del escritor mexicano sobre la Revolución Cubana son, precisamente, alegatos a favor de la soberanía cubana. Por lo tanto, las acciones cubanas en 1968 contradecían por

⁵²² Véase Rojas, *Historia mínima...*, p. 147-163 y Manuel Caballero, “Tormentosa historia de una fidelidad. El comunismo latinoamericano y la URSS”, *Nueva Sociedad*, n. 80, 1985, p. 78-75.

completo aquellos elementos que el escritor mexicano tanto defendía. Aunque Fuentes evitó pronunciarse sobre la postura cubana respecto a Praga, considero que resulta innegable que este tipo de acciones modificaron aún más la relación del escritor mexicano con la Revolución que había imaginado como auténticamente socialista. Fuentes afirmaría que el socialismo democrático había sido enterrado en Checoslovaquia.⁵²³

Por otro lado, el movimiento estudiantil en México y la represión del gobierno de Gustavo Díaz Ordaz el 2 de octubre, pondrían el dedo en la llaga de las ilusiones perdidas revolucionarias de Carlos Fuentes en 1968. Las repercusiones de lo sucedido en la plaza de las Tres Culturas en el discurso político de Fuentes trajeron consecuencias contundentes. Aunque el escritor mexicano se había propuesto volver a México tras los acontecimientos parisinos, su viaje se pospuso. Fuentes siguió desde Europa el movimiento estudiantil hasta lo acontecido en Tlatelolco. Según las memorias de Rita Macedo, Fuentes “sentía que las cosas se iban a poner más feas [...]. Él no pensaba regresar a un país en crisis por las intrigas aztecas, un país atorado en la Edad Media y la Gestapo, donde hasta Elena Garro era considerada una conspiradora.”⁵²⁴

Las reacciones de Carlos Fuentes ante el movimiento estudiantil se pueden obtener a través de su correspondencia, específicamente con Octavio Paz y Orfila, y de sus crónicas reproducidas en los medios culturales. Fuentes se proclamó a favor de la autonomía universitaria y se adhirió a los ultimátum universitarios, al tiempo que repudiaba el uso de la fuerza por parte del gobierno. Paz, que se encontraba como embajador en Nueva Delhi, y Fuentes, intercambiaron opiniones sobre los sucesos mexicanos acontecidos desde agosto. Ambos dialogaron sobre lo significativo que resultaría la renuncia de Luis Echeverría y Corona del Rosal para que la tendencia liberal y de izquierda dentro del sistema mexicano se impusiera. Sin embargo, el resultado sería el contrario.⁵²⁵

En octubre de 1968, Carlos Fuentes escribió a Octavio Paz sobre lo terrible que había sido enterarse de lo acontecido en Tlatelolco (“Octavio, Octavio, Octavio, no sé cuándo he vivido un día más amargo...”).⁵²⁶ Comparó la represión de Díaz Ordaz con el golpe de

⁵²³ Fuentes, *París...*, 1968, p. 91.

⁵²⁴ Cecilia Fuentes, *op. cit.*, p. 304.

⁵²⁵ Malva Flores, “Octavio paz y Carlos Fuentes: un mayo oscuro”, *Latin American Voices* (sitio web), <https://literalmagazine.com/octavio-paz-y-carlos-fuentes-un-mayo-oscuro/> (consulta: 13 de enero de 2020).

⁵²⁶ Guillermo Sheridan, “Carlos Fuentes: una carta 2 de octubre”, *Letras Libres* (sitio web),

Victoriano Huerta a Francisco I. Madero. En su análisis, el autor de *Aura* (1962) dejó entrever que la historia de México era cíclica. En el país se hallaba un tigre dormido sediento de sangre (“sólo la sangre alimenta al sol, a los astros, a las plantas”).⁵²⁷ El pasado remoto vivía en esa metáfora circular desde La Ciudadela de Victoriano Huerta hasta la Plaza de las Tres Culturas, lugar que se había convertido en las escaleras de Odessa, en referencia a *El Acorazado Potemkin* y a la violencia de los cosacos.

Entonces Carlos Fuentes reflexionó sobre el rol que ellos, como intelectuales, debían desempeñar ante el movimiento estudiantil:

Soy consciente de nuestra responsabilidad: los jóvenes están haciendo lo que nosotros hemos predicado. ¿Debemos regresar y convertirnos, quizás, en los García Lorca de la nueva revolución mexicana? ¿O permanecer lejos y tratar de ser los Joyce de una Irlanda de piedra, cobre e insomnio? ¿en actores y artistas? ¿presentes ausentes o ausentes presentes? Quisiera ser lúcido, Octavio, lúcido como tú lo eres con soberana facilidad. Quisiera analizar, saber. Sé, sé, que una etapa de nuestra vida histórica se ha clausurado para siempre, pase lo que pase. Creo que este pobre hombre miope, resentido, pequeño, vengativo, dispéptico que por estricto escalafón ha llegado a la Presidencia, será sacrificado por el sistema... pero ¿qué vendrá en su lugar? La opción es radical: la dictadura militar de derecha que pide [Miguel] Alemán descaradamente... o el liberalismo burgués, el sistema reformado, más abierto, más flexible, que parece representar [el secretario de la presidencia Emilio Martínez] Manatou: el kennedysmo mexicano. No se necesita ser marxista para repetir que el desequilibrio entre la forma política anacrónica y la materia social, económica y cultural viva de México era ya demasiado grande. Llevamos años repitiéndolo. Pero para nuestros políticos y burgueses, los intelectuales son “loquitos”... hasta que medio millón de jóvenes mueren porque han leído a Octavio Paz. Es magnífico... es angustioso... es terrible... Me siento impotente y poderoso. No sé hacer otra cosa que un llamado, que mañana publicaré en *Le Monde*, a los intelectuales y artistas extranjeros, sobre todo Arthur Miller y Maurice Béjart, para que se abstengan de asistir a la Olimpiada Cultural: increíble ironía en un país que oficialmente mata estudiantes, encarcela profesores, rodea los institutos de cultura de tanques y practica el terrorismo total contra los intelectuales.

Escribe cuanto antes. No sé si tomar un avión mañana, esperar el desenlace, resignarme a esperar que el sedimento de todo esto me dé, acaso, unas cuantas palabras, páginas, libros... ¿La presencia del arte o el arte de la representación?⁵²⁸

Fuentes había vociferado a los cuatro vientos su entusiasmo por el mayo parisino en donde los estudiantes ocupaban un papel protagónico. Asimismo, como lo presenté párrafos arriba, elogiaba la participación de intelectuales como Sartre que estaban dispuestos a dialogar con los jóvenes franceses. En cambio, el movimiento estudiantil mexicano no podía contar con Fuentes más que a la distancia. En ese momento, pesaba más su inconformidad y desprecio

<https://www.letraslibres.com/mexico/literatura/carlos-fuentes-una-carta-2-octubre> (consulta: 13 de enero de 2020).

⁵²⁷ *Idem.*

⁵²⁸ *Idem.*

por el mundillo cultural y político de “Kafkahuamilpa” que sus deseos de regresar a México.⁵²⁹ Asumió, además, su papel de intelectual sartreano que predicaba el camino de los jóvenes y reflexionó sobre qué camino seguir. Es indudable que Fuentes atravesaba por un momento intelectual decisivo: ¿ser o no ser un intelectual completamente comprometido cuando su país más lo necesitaba? ¿Tomar el camino activo de un José Revueltas o resignarse a la escritura cosmopolita, aquella que los cubanos tanto le reprochaban?

Por otro lado, Carlos Fuentes empezó a delimitar una postura política que le acarrearía severas críticas a partir de la década de 1970. El escritor mexicano observó que se presentaban dos caminos en México: el de la dictadura militar o el del liberalismo burgués flexible. Ante la crítica situación que presentaba el país, desde este momento Fuentes se inclinó por el segundo; de esa manera justificaría, posteriormente, su acercamiento con el gobierno de Luis Echeverría que, desde su perspectiva, personificaba esta ruta.

A finales del mes de octubre, Fuentes escribió la misiva más trascendental de la década a Arnaldo Orfila. En ella, abordó precisamente la disyuntiva entre dictadura y reforma, y dejó vislumbrar el problema de la censura que se experimentaba en el mundo cultural mexicano a raíz del 2 de octubre. No obstante, lo más significativo de la carta de Fuentes fue su análisis en torno al movimiento estudiantil y su vínculo con el contexto de la revolución en la Guerra Fría:

Había desistido de escribirle por temor a que las cartas sean censuradas; pienso mucho en su situación y en los peligros que, en virtud de ella, puede usted correr. Temo mucho que la situación en México degenere y acabe por corromper o silenciar todas las formas de la expresión cultural. Para mí, el sistema está herido de muerte y ha llegado a la disyuntiva: reforma o dictadura. Creo que al obrar como lo está haciendo, el gobierno mexicano ya ha optado por la dictadura. La masacre de Tlatelolco es, estrictamente, la obra de un gobierno inhumano, dictatorial y fascista. Que eso haya ocurrido porque el gobierno tiene miedo a que las “fuerzas vivas” le revoquen su mandato, sólo comprueba que, para mantenerlo, Díaz Ordaz está dispuesto a comportarse como un gorila. El gorilato ya está en el poder, y lo demás son formas, justificaciones y eufemismos. El movimiento de renovación no podrá ser derrotado, pero su camino será difícil, por no decir trágico. ¿Qué hacer? ¿Perpetuar un sistema viejo e inservible por miedo a los riesgos inherentes a todo momento de verdadero cambio? Lo terrible es que la criminal invasión rusa de Checoslovaquia ha destruido para siempre la vieja ilusión de que una revolución en el tercer mundo podría apelar a la URSS. La URSS no sólo ha retrasado cincuenta años la causa del socialismo en el mundo. Ha consagrado, conscientemente, la doctrina de las esferas de influencia, la doble doctrina Monroe: los gringos, más que nunca, podrán hacer lo que quieran de este lado, y los chauvinistas rusos del suyo. Latinoamérica será un gigantesco y único cuartel, de México a la Argentina. La revolución será más necesaria y más difícil que nunca. Nos esperan tiempos muy duros y la acción intelectual es más difícil pero más necesaria que nunca: quizás no haya hoy otra

⁵²⁹ Cecilia Fuentes, *op. cit.*, p. 263.

resistencia –resistencia final– al poder uniforme de las dos tecnocracias imperiales y su constelación de estados vasallos. ¡Carajo, y diez mil veces carajos!⁵³⁰

Los gorilas gobernaban América Latina. La revolución continental se encontraba suspendida. En México era sofocada por un sistema “viejo e inservible” que imposibilitaba la reforma a través de los tanques y las bazucas. Por lo demás, la invasión soviética a Praga había asentado un fuerte golpe a los valores del socialismo por lo que se produjo un verdadero quiebre: la URSS ya no era el símbolo socialista para las revoluciones en el Tercer Mundo. En el mundo polarizado, ya no existía una diferencia entre las potencias; ambas representaban las mismas figuras: la injerencia y el nacionalismo obsoleto. La posibilidad de una revolución en América Latina se veía cada vez más remota, por lo tanto, el único camino era el de la resistencia ante la influencia de los bloques y sus “estados vasallos”. Carlos Fuentes entonces consolidó su discurso en torno a la necesidad de enterrar a la Guerra Fría no sólo en la literatura sino también en la política y la de crear una tercera vía desmarcada de los polos. Para octubre de 1968 era indiscutible que Cuba empezaba a comportarse como un “estado vasallo”.

Las consecuencias del 2 de octubre en Carlos Fuentes no sólo fueron morales e intelectuales sino también políticas. El escritor fue vigilado de cerca por la Dirección Federal de Seguridad (DFS). La ex agencia de seguridad mexicana poseía un archivo de seguimiento de las actividades de Carlos Fuentes desde 1960 y su visita a La Habana, hasta 1984. En su expediente, la DFS relató las proclamas del escritor mexicano a favor de la liberación de los presos políticos de 1968, entre ellos José Revueltas. Asimismo, detalló la participación de Fuentes en Ciudad Universitaria donde abordó los acontecimientos parisinos, respaldó al movimiento estudiantil mexicano y vociferó en contra del gobierno. Además, en febrero de 1969, Fuentes visitaría en Lecumberri a Rodolfo Echeverría Martínez, quien fuese militante del PCM y preso político por el movimiento estudiantil.⁵³¹ El gobierno de México y algunos intelectuales,⁵³² responsabilizaron a escritores como Fuentes, del movimiento de 1968.

⁵³⁰ Fuentes y Orfila, *Cartas cruzadas...*, p. 148-149.

⁵³¹ Pedro Villa y Caña, “Espías seguían a Carlos Fuentes”, *El universal* (sitio web), febrero 2020, <https://www.eluniversal.com.mx/nacion/asi-espiaron-carlos-fuentes-por-apoyar-al-movimiento-de-1968> (consulta: 14 de enero de 2020).

⁵³² En una carta abierta a *El Universal* en octubre de 1968, Elena Garro “hacía responsables de la matanza a los “grotescos seguidores locales” de Althusser y Marcuse; a los “marxistas apoltronados” (como Barros Sierra, Luis Villoro, Leopoldo Zea, José Revueltas) y a los que padecen “inflación monstruosa del yo” (como Cuevas, Fuentes, Monsiváis, Rosario Castellanos, Ramón Xirau, Heberto Castillo En su respuesta a la escritora

Tras la renuncia de Octavio Paz como embajador en la India, Carlos Fuentes se embarcó en un viaje hacia Praga y Viena con García Márquez.⁵³³ Regresó a México en 1969 y evitó, a toda costa, a la prensa mexicana.⁵³⁴ Al visitar la Plaza de las Tres Culturas, Fuentes “empezó a sollozar y a lamentar con voz entrecortada la muerte de tantos mexicanos inocentes. [...] y lloró aún más desesperadamente mientras maldecía al gobierno que había asesinado a sus hermanos.”⁵³⁵ Tiempo después, según las memorias de Rita Macedo, Fuentes aceptaría que se sentía responsable por la represión del 2 de octubre: “Llevo muchas noches sin dormir. Lo que escribí sobre la revolución de mayo en París, precipitó los acontecimientos aquí. Me siento responsable de haber empujado a los estudiantes a un enfrentamiento asesino.”⁵³⁶

Las esperanzas en el movimiento parisino no le pertenecieron sólo a Carlos Fuentes. Éste sirvió como proceso de eclosión para los movimientos sociales de aquel año revolucionario. Definitivamente, lo acontecido en México puso sobre la mesa las diferencias objetivas de cada país, diferencias a que Fuentes recurría constantemente para asegurar que la revolución no era exportable bajo un solo mecanismo. El año de 1968 significó una revolución en el mundo y también para el *ethos* intelectual del escritor mexicano. En primer lugar, consolidó el pensamiento fuentesiano acerca de que la revolución socialista sólo podía llevarse a cabo en países altamente industrializados y que en ella podían participar también los estudiantes y los intelectuales. En segundo lugar, representó el desencanto absoluto con la Unión Soviética y la urgencia de des-sovietizar el socialismo; su acercamiento cada vez más notorio a las propuestas de la nueva izquierda. En tercer lugar, que el mayo parisino, la Primavera de Praga y Tlatelolco habían abierto el paso a las “nuevas sendas de la democracia y la crítica social”⁵³⁷ Ni el mundo ni Carlos Fuentes serían los mismos después de 1968.

mexicana y ex esposa de Paz, Carlos fuentes afirmó que no se hicieran ilusiones (refiriéndose a ella y a la hija en común con Paz: “No se hagan ilusiones. Nadie las quiere, nadie las respeta, nadie las perdona”. Guillermo Sheridan, “Carlos Fuentes: dos encuentros incómodos”, *Letras libres* (sitio web), marzo 2017, <https://www.letraslibres.com/mexico/literatura/carlos-fuentes-dos-encuentros-incomodos> (consulta: 23 de enero de 2020) ⁵³² Pedro Villa y Caña, “Espías seguían a Carlos Fuentes”, *El universal* (sitio web), febrero 2020, <https://www.eluniversal.com.mx/nacion/asi-espiar-carlos-fuentes-por-apoyar-al-movimiento-de-1968> (consulta: 14 de enero de 2020).

⁵³³ Cecilia Fuentes, *op. cit.*, p. 305-306.

⁵³⁴ La ausencia de Fuentes había sido un tema recurrente en la prensa mexicana. Rita Macedo aseguró que Fuentes solicitó algunas características a su llegada: “evitar a la prensa mexicana; no entrar en contacto con la gente traicionera y envidiosa, y limitar el contacto social para evadir toda publicidad.” *Ibidem*, p. 306.

⁵³⁵ *Ibidem*, p. 309-310.

⁵³⁶ *Ibidem*, p. 311-312.

⁵³⁷ Fuentes, *París...*, p. 7.

Finalmente, las repercusiones que este año tan convulsionado tendría en su vínculo con la Revolución Cubana serían definitivas. La revolución caribeña era todavía un gran ejemplo para el Tercer Mundo en su carácter social y político; sin embargo, los procesos adentro de la isla y su reconciliación cada vez más evidente con los soviéticos de la invasión de Praga, la alejaban de los principios que Carlos Fuentes había defendido con tanto entusiasmo a principios de 1960. El silencio de Fidel Castro ante el movimiento estudiantil mexicano de 1968 se explica, según Rojas, por gratitud diplomática hacia México y por su discrepancia con la nueva izquierda que había salido a las calles en mayo de ese año.⁵³⁸ La discordancia entre la Cuba de Fidel y el *ethos* intelectual de Carlos Fuentes era una realidad. El año de 1968 sería el inicio de un camino sin retorno.

Carlos Fuentes, el contrarrevolucionario

Desde los primeros párrafos de este texto he presentado cómo evolucionó la relación de Carlos Fuentes con la Revolución Cubana. Desde un joven de 31 años que llegó extasiado a La Habana para presenciar de viva voz la esperanza socialista en América Latina hasta el escritor consagrado en 1968 que de pronto pareció marcar su distancia con Cuba. En realidad, a pesar de los posteriores testimonios de los protagonistas de la polémica, el autor de *Cambio de piel* (1967) mantuvo su solidaridad con la Revolución Cubana, a pesar de romper con su campo intelectual en 1971. Un par de años después de su aparente ruptura en 1971, el escritor mexicano continuó con su respaldo hacia el proyecto revolucionario cubano; sin embargo, fue enfático en sus críticas hacia el campo intelectual cubano que impedía, según Fuentes, la pluralidad, una particularidad fundamental de la democracia.

Tal cual lo indiqué anteriormente, en el 2003 Carlos Fuentes insistió en que marcó su distancia con Cuba en 1966 tras su participación en el Congreso del PEN en Nueva York y las pretensiones manipuladoras de la burocracia literaria cubana. No obstante, como aseguró el mismo Retamar, la relación continuaría, por lo menos hasta 1968. Asimismo, los intelectuales cubanos aseveraron que desde 1965, Fuentes empezó a develar su verdadero rostro y que para 1971 su máscara se había roto por completo. Para ellos, Carlos Fuentes era el representante de la esencia contrarrevolucionaria.

⁵³⁸ Rafael Rojas, “Cuba y la noche de Tlatelolco”, *El Estornudo*, septiembre 2018, <https://www.revistaelestornudo.com/cuba-la-noche-tlatelolco/> (consulta: 15 de enero de 2020).

He recorrido los diferentes episodios en los cuales podemos vislumbrar cómo la relación entre ambos campos empezó a resquebrajarse. Para 1968 las diferencias parecían ser irreconciliables. Las peculiaridades del *ethos* intelectual de Fuentes cada vez más alineado hacia los preceptos de la nueva izquierda y su vínculo con los sectores heterodoxos y enemigos de la revolución, como *Mundo Nuevo*, así como sus enfoques sobre la imposibilidad de la exportación de la revolución y la des-sovietización del socialismo lo ubicarían en una posición compleja en el espacio intelectual de la Guerra Fría. En un momento en que la Revolución Cubana cerró sus filas y enfatizó su guerra contra la disidencia y la contrarrevolución, Fuentes se encontraba más alejado que cercano de Cuba. A pesar de ello, en 1977 el escritor mexicano todavía se solidarizaba con el proyecto cubano, no así con su campo intelectual.

En los siguientes apartados abordaré las dos últimas polémicas entre Carlos Fuentes y el campo intelectual cubano: las reacciones que suscitó el ensayo del escritor mexicano *La nueva novela hispanoamericana* (1969) y el caso Padilla. Es importante no perder de vista que para este momento Fuentes fue presentado por el campo intelectual cubano como un auténtico contrarrevolucionario. Sin embargo, a pesar de las críticas que el escritor mexicano dejaría entrever hacia la sovietización del régimen, él no se asumiría como un contrarrevolucionario ni enemigo declarado de Cuba o Fidel Castro.

Resulta imposible comprender la reacción de Fernández Retamar hacia el ensayo *La nueva novela hispanoamericana* (1969) de Carlos Fuentes sin comprender la realidad cubana a partir de 1968. Tras la muerte del “Che” Guevara, el año de 1968 estuvo caracterizado por una serie de sucesos que serían claves para consolidar procesos importantes en la isla. Por un lado, a nivel exterior, la Revolución Cubana tuvo que lidiar con el acoso estadounidense, el aislamiento continental y las presiones para que tomara partido en la pugna chino-soviética.⁵³⁹ A nivel interno, la revolución enfrentó la tarea de edificar su propio socialismo —a través de la construcción de la economía socialista y del “Hombre Nuevo”—. No obstante, pese a experimentar un ambiente que propugnaba el antidogmatismo y la crítica, también hizo su presencia la rearticulación de los sectores ortodoxos prosoviéticos. Tras el respaldo de Fidel Castro a la invasión de Praga de 1968, quedaba claro que el vínculo entre la isla y la

⁵³⁹ Leonardo Martín Candiano, “El congreso cultural de la Habana de 1968. La subversión de la noción de intelectual”, *De raíz diversa*, v. 5, n. 10, 2018, p. 115.

URSS comenzaba a fortalecerse de nuevo. Como señala Leonardo Candiano, los sectores ortodoxo prosoviético y el heterodoxo que promovía la autonomía convivieron por un par de años hasta que el primero se impuso.⁵⁴⁰ Por su parte, Gilman apunta que 1968 fue un año dividido en dos partes; en la primera se forjó una alianza entre los intelectuales y la revolución, en la segunda ésta se rompió.⁵⁴¹

En enero de 1968 se llevó a cabo El Congreso Cultural de La Habana en donde, con la presencia de decenas de intelectuales de alrededor de mundo, se debatió sobre el rol del intelectual y la cultura en los procesos revolucionarios y de liberación nacional. Existen diversos enfoques entre los especialistas de la cultura cubana sobre el significado del Congreso en la arena intelectual. Gilman, por ejemplo, sostiene que en éste se pudo ver la convergencia de dos concepciones antagónicas sobre el quehacer intelectual que posteriormente entrarían en conflicto y en el que una de ellas se convertiría en hegemónica. Hablamos del intelectual crítico y el intelectual revolucionario. Este último que representaría, bajo la concepción de Gilman, el imaginario antiintelectualista, es decir, la militancia revolucionaria, terminaría por imponerse.

Por su parte, Candiano sustenta que el objetivo del Congreso fue la de crear un bloque revolucionario socialista alternativo a la influencia soviética en el que se pretendió aglutinar a los intelectuales con posturas heterodoxas y cercanos a la nueva izquierda y que el Congreso ahondó en la reflexión de la conformación de una intelectualidad crítica ante el marxismo y el socialismo soviético.⁵⁴² En ese sentido, Candiano confronta el enfoque de Gilman al afirmar que el Congreso de 1968 no fue un ejemplo de antiintelectualismo cubano, puesto que el hecho de que los intelectuales también asumieran un rol militante en los procesos de liberación nacional no implicaba una contradicción en su rol como intelectual.⁵⁴³ Independientemente de las polémicas en torno al Congreso, ambos autores coinciden en que la corriente intelectual ortodoxa se impondría durante el periodo del Quinquenio Gris, los años que van de 1971 a 1975 cuando se instauró una nueva política cultural. No obstante, si nos ajustamos a la lectura de Gilman, desde 1968 ya podía observarse en la arena cubana la preeminencia de un rol intelectual en específico, el del militante. Así podemos comprender

⁵⁴⁰ *Ibidem*, p. 115-117.

⁵⁴¹ Gilman, *Entre la pluma...*, p. 206.

⁵⁴² Leonardo Martín Candiano, *op. cit.*, p. 185.

⁵⁴³ Cfr. Leonardo Candiano, "El Congreso Cultural de La Habana de 1968", *Marcha* (sitio web), abril 2013, <https://www.marcha.org.ar/el-congreso-cultural-de-la-habana-de-1968/> (consulta: 20 de enero de 2020).

la renuencia de Carlos Fuentes a adaptarse a los designios de las directrices culturales cubanas tras su participación en el PEN de Nueva York y en *Mundo Nuevo*.

Asimismo, otro hecho que no puede perderse vista de 1968, fue la “ofensiva revolucionaria” proclamada en marzo de ese año cuando se llevaron a cabo la nacionalización de todos los comercios y servicios privados, la movilización de la mano de obra para el sector agrario y la rearticulación cultural.⁵⁴⁴ Rojas afirma que tras el Congreso de 1968, en donde se clamó por una cultura crítica distanciada de los dogmas soviéticos y liberales, el clima vanguardista cultural que se respiraba en la isla escondía “la ascendente intransigencia ideológica que el nuevo Estado socialista aplicaba a sectores de la sociedad, denominados como categorías psicopatológicas como las de ‘enfermitos’, ‘antisociales’, ‘parásitos’, ‘gusanos’, ‘diversionistas’ o desviados’.”⁵⁴⁵ Este clima, al provocar la segregación social e ideológica, se volvió poco favorecedor para el quehacer cultural y, por lo tanto, el llamado a la conformación de una intelectualidad crítica y a un bloque único socialista durante el Congreso Cultural de La Habana no lograría contar con el apoyo de los intelectuales más heterodoxos.

Fue a partir de este año que, con el objetivo de depurar y regenerar la moral revolucionaria, se incrementó la persecución y descalificación de autores cuyas obras eran consideradas disidentes o contrarrevolucionarias, tanto al interior como al exterior de la isla.⁵⁴⁶ Se preparaba el camino para el Quinquenio Gris que, tras el caso Padilla, reprimiría de manera directa aquellos enfoques ideológicos contrarios a la Revolución. En este contexto, entre 1968 y 1971, apareció *La nueva novela hispanoamericana* de Carlos Fuentes, que fue leída y examinada microscópicamente desde la isla.

El ensayo *La nueva novela hispanoamericana* se escribió a lo largo de 1968 y se publicó por primera vez en 1969 bajo la editorial Joaquín Mortiz. En él, el escritor mexicano abordó el desarrollo de la narrativa hispanoamericana a través de varios conceptos como la modernidad, la revolución el lenguaje, la civilización y la barbarie. El enfoque de Fuentes fue la maduración de sus posturas previamente elaboradas en la “Situación del escritor en América Latina” de *Mundo Nuevo*. A través de un acercamiento de la narrativa hispanoamericana y del trabajo de autores como Borges, García Márquez o Vargas Llosa,

⁵⁴⁴ Gilman, *Entre la pluma...*, p. 208.

⁵⁴⁵ Rojas, *Historia mínima...* p. 156.

⁵⁴⁶ *Ibidem*, p. 157.

identificó los problemas históricos y creativos que experimentó la narrativa hasta la llegada de la nueva novela latinoamericana, el *boom*. Tal como lo explicó durante su entrevista con Monegal y como sostuvo años después, la narrativa latinoamericana previa al *boom* se hallaba estancada en viejas estructuras, arraigada a los problemas comunes.

No pretendo detenerme en el análisis literario que realizó Fuentes sobre la narrativa latinoamericana, sino explorar aquellas formulaciones que sostuvo el escritor y que resonaron enérgicamente en el campo intelectual cubano. En 1971, Roberto Fernández Retamar recurrió a Caliban, personaje de *La tempestad* de Shakespeare que, en palabras del poeta cubano, encarnaba la esencia misma del caribe,⁵⁴⁷ pues era la representación del pueblo colonizado sin el cual Próspero, su colonizador, no podría existir.⁵⁴⁸ El ensayo *Caliban* (1971) de Fernández Retamar sobre la cultura latinoamericana apareció en *Casa de las Américas* en septiembre de 1971, un par de meses después del *affaire* Padilla. Por lo tanto, gran parte de las referencias hacia Fuentes en este texto fueron consecuencias de la postura del escritor mexicano tras el caso Padilla en 1971. Sin embargo, en su ensayo Fernández Retamar apela a *La nueva novela hispanoamericana* (1969) para evidenciar su carácter contrarrevolucionario. Por tanto, en este apartado sólo abordaré dichas referencias y dejaré para el final de este texto el resto de las acusaciones en *Caliban* (1971) hacia Carlos Fuentes.

Retamar describe a Fuentes como miembro conspicuo de la mafia mexicana que, en su juventud, tuvo contradicciones izquierdistas.⁵⁴⁹ El poeta cubano afirmó que, a diferencia de Borges quien fuese un hombre coherente en sus posiciones políticas de derecha, Fuentes pretendía ser de izquierda al usar un vocabulario de izquierda “donde no faltaba por supuesto la mención de Marx”,⁵⁵⁰ sin embargo, sólo era eso, una pretensión. El “intento de librito” que había sido *La nueva novela hispanoamericana* (1969) –Retamar se ensaña con la brevedad del libro del narrador mexicano– era, afirmó el director de la revista de Casa de las Américas, “una posición ante la literatura y ante la política, que sintetiza con claridad una hábil posición de derecha en nuestros países.”⁵⁵¹ ¿Qué escribió Fuentes que provocó la furia de su viejo amigo?

⁵⁴⁷ Roberto Fernández Retamar, *op. cit.*, p. 12.

⁵⁴⁸ “De él no podemos prescindir. Nos hace el fuego, sale a buscarnos la leña, y nos sirve. A nuestro beneficio.” *Ibidem*, p. 11.

⁵⁴⁹ *Ibidem*, p. 44.

⁵⁵⁰ *Ibidem*, p. 45.

⁵⁵¹ *Ibidem*, p. 46.

En su ensayo, Fuentes sostuvo que el escritor de la literatura tradicional latinoamericana en el siglo XIX, opuesto a la barbarie de las heredadas estructuras feudales y defensor de la civilización, era el portavoz de los explotados. Sin embargo, debido a su origen en sociedades semif feudales y coloniales, también formaba parte de una élite. Entonces, el escritor se hallaba agradecido y avergonzado de “pagarle al pueblo el privilegio del escritor y de convivir con la élite”. Como resultado de ello, algunos escritores optaron por abandonar su trabajo creativo o compartirlo con la militancia política.⁵⁵² Retamar refutó a Fuentes y planteó que el concepto de civilización en contraposición con la barbarie utilizado por el escritor mexicano representaba el sometimiento del escritor ante la nueva oligarquía intermediaria de los intereses imperiales. El llamado de Fuentes a tomar partido por la civilización era un simbolismo de su capitulación ante las estrategias del imperialismo.

A pesar de su recia crítica, Retamar aplaudió la lucidez con que Fuentes sintetizó la penetración del imperialismo en América Latina sin dejar de reprocharle su silencio ante las estrategias culturales estadounidenses como *Mundo Nuevo*, lo identificó, incluso, como uno de sus principales ideólogos.⁵⁵³ Finalmente, el intelectual cubano desmenuzó desde el punto de vista literario y teórico el ensayo de Fuentes, al que consideró como un manifiesto ideológico. Detrás de esta polémica se encontraba el desdén del campo intelectual cubano hacia el *boom* latinoamericano del cual, evidentemente Fuentes era un distinguido protagonista.

Rojas sostiene que una de las causas del distanciamiento de la burocracia cultural cubana con el escritor mexicano era que ésta consideraba a Fuentes como uno de los forjadores del *boom* de la narrativa latinoamericana.⁵⁵⁴ Como referí, el conflicto entre los intelectuales cubanos y Fuentes no fue solamente político sino también creativo. Se enfrentaban dos visiones de concebir la literatura; por un lado, estaba la tradicional y, por el otro, la experimental. La local y nacional frente a la cosmopolita.

En este sentido, una parte de la crítica de Retamar hacia Fuentes fue, de nueva cuenta, sobre su personalidad cosmopolita y su postura universalista. El poeta cubano aseguró que el análisis de Fuentes era sobre otras literaturas y no sobre la hispanoamericana, como él sostenía. Situación que, según Retamar, evidenciaba la “ideología enajenada y enajenante de

⁵⁵² Carlos Fuentes, *La nueva novela hispanoamericana*, México, Joaquín Mortiz, 1974, p. 12.

⁵⁵³ Roberto Fernández Retamar, *op. cit.*, p. 48.

⁵⁵⁴ Rojas, *La polis literaria...*, p. 62.

Fuentes.”⁵⁵⁵ El escritor mexicano recurría a literaturas del mundo capitalista que se habían convertido en “especulaciones lingüísticas” y que no representaban, incluso, a la nueva narrativa propuesta por el *boom*. El *boom* latinoamericano planteaba una reinterpretación de la historia, algo que no era ajeno a las propuestas de la Revolución Cubana. Al recurrir a los esquemas de otras literaturas, Fuentes evitaba abordar esa visión particular de la historia —una visión desde la derecha—. Para Retamar resultaba bastante evidente que la propuesta literaria del escritor mexicano era la misma que sostenía Rodríguez Monegal y *Mundo Nuevo*. Una postura antihistórica que construía un nuevo lenguaje latinoamericano en contraste de la falsedad tradicional, representada por todo aquello que no formaba parte del *boom*, como los mismos escritores de la Revolución Cubana.⁵⁵⁶ Además, el problema con el antihistoricismo de la nueva literatura experimental latinoamericana, es que era una tendencia individualista por encima de las necesidades del pueblo histórico *per se* y con una visión temporal cíclica, no ascendente, al contrario de la visión marxista. Era una propuesta teórica de la derecha y contrarrevolucionaria.⁵⁵⁷

La nueva novela hispanoamericana (1969) fue denominado por el mismo Rodríguez Monegal como el manifiesto del *boom*. Por tanto, se puede considerar que el ensayo de Fuentes fue su declaración artística como creador literario; en él, decretaba los lineamientos artísticos de la nueva narrativa latinoamericana. También fue un manifiesto político e ideológico, como lo planteó Retamar. El ensayo puso en evidencia las divergencias artísticas y políticas entre los escritores de la región para 1969:

Primero, que si en América Latina las obras literarias se contentasen con reflejar o justificar el orden establecido, serían anacrónicas: inútiles. Nuestras obras deben ser desorden: es decir, de un orden posible, contrario al actual. Y segundo, que las burguesías de América Latina quisieran una literatura sublimante, que la salvase de la vulgaridad y les otorgase un aura “esencial”, “permanente”, inmóvil. Nuestra literatura es verdadera revolucionaria el cuanto le niega al orden establecido el léxico que éste quisiera y le opone el lenguaje de la alarma, la renovación, el desorden y el humor. El lenguaje, en suma, de la ambigüedad: de la pluralidad de significados, de la constelación de alusiones: de la apertura.⁵⁵⁸

⁵⁵⁵ Roberto Fernández Retamar, *op. cit.*, p. 49.

⁵⁵⁶ Diversos autores, como Juan Rulfo, Juan Carlos Onetti, García Márquez y Alejo Carpentier, han descalificado y reducido este fenómeno, tales. Fue este último quien afirmó que el *boom* fue un éxito repentino de ciertos escritores latinoamericanos que no les favoreció y que fue tan sólo una fórmula usada por algunos editores con fines publicitarios. Alejo Carpentier, “Afirmación literaria americanista (Encuentro con Alejo Carpentier)” *apud* Angel Rama, “El boom en perspectiva”, *Signos Literarios*, n. 1, (Enero-junio, 2005), p. 182.

⁵⁵⁷ Ana Vázquez Pellicer, *op. cit.*, p. 263.

⁵⁵⁸ Fuentes, *La nueva novela...*, p. 32.

El movimiento y la pluralidad eran los ejes de la propuesta de Fuentes, tanto en lo creativo como en lo político. En cambio, para el núcleo intelectual cubano, ésta no era necesariamente una cualidad revolucionaria, al menos no la de Fuentes. En él, la pluralidad era una pretensión y una contradicción incluso teórica. El lenguaje de apertura del escritor mexicano reflejaba, desde la óptica cubana, la apertura de Fuentes hacia el imperialismo.

En términos políticos, Retamar confrontó a Fuentes por sus ataques hacia el socialismo y su negación sobre una segunda Cuba. Me parece trascendental analizar cuidadosamente este argumento ya que existen varios matices que el cubano pasó por alto. Sí, para 1969 Carlos Fuentes se hallaba profundamente desencantado del socialismo, pero no del socialismo en general como Retamar lo dejó entrever, sino del socialismo soviético y de sus zonas de influencia por las razones anteriormente enunciadas. En *La nueva novela hispanoamericana* (1969) el escritor mexicano esbozó su renuencia al realismo socialista de Stalin y sus “derivados” que buscaron crear una literatura revolucionaria que produjo solamente “solemnes caricaturas.”⁵⁵⁹ Esta solemnidad y caricaturización del realismo socialista eran consecuencia del sometimiento de los escritores soviéticos a los cánones de la política cultural soviética, como argumentaré un poco más en el siguiente y último apartado. En su ensayo, Fuentes fue severo con la URSS y con sus países satélites por haber extraviado su esencia socialista. El socialismo, afirmó Fuentes, era la permanencia de la crítica y, por ende, de la dialéctica: de la contraposición entre tesis y antítesis. Los soviéticos y sus aliados habían perdido la antítesis, pues lo real, lo total, se identificaba solamente como la tesis. Era el socialismo de lo absoluto y la enajenación: “¿Cómo puede superarse la enajenación si no se admiten y combaten las enajenaciones propias del sistema socialista?”⁵⁶⁰ La imposibilidad de crítica y de disidencia dentro del constructo socialista soviético sólo ejemplificaba su fractura: la Unión Soviética había dejado de ser un símbolo socialista.

Respecto a la imposibilidad de una segunda Cuba, Fuentes no se refirió a que la revolución careciera de perspectivas en América Latina, como afirmó Retamar,⁵⁶¹ sino a su viabilidad en 1969. Como ya se aludió, el escritor mexicano consideraba que cada país tenía condiciones nacionales diferentes por lo que la idea de una revolución exportable era imposible. Asimismo, para 1968 sostuvo, sin demeritar a los cubanos, que una revolución de

⁵⁵⁹ *Ibidem*, p. 19.

⁵⁶⁰ *Ibidem*, p. 91.

⁵⁶¹ Roberto Fernández Retamar, *op. cit.*, p. 53.

tipo socialista sólo podía llevarse a cabo en países altamente industrializados que, desde la teoría marxista, hubiesen pasado por todas las etapas económicas. El contexto político en 1969, aseguraba Fuentes, obstaculizaba el desarrollo de las revoluciones en el continente americano. La región se hallaba en un proceso entre el feudalismo y la sociedad de consumo; sin deshacerse de las estructuras colonialistas, ahora era una sociedad deformada.⁵⁶² En ese sentido, no existían las condiciones favorables para la aparición de una segunda revolución como la de Cuba, pues ésta “rompería el equilibrio mundial del poder y sería aplastada económicamente por los Estados Unidos” –quienes, evidentemente, habían aprendido su lección tras 1959– y, finalmente, dadas las circunstancias, sería “abandonada pasivamente por la Unión Soviética.”⁵⁶³ En respuesta, Retamar lo acusó de no aceptar “las formas variadas, imprevisibles” bajo las cuales se llevaría a cabo esa revolución. No eran, entonces, sólo dos modos de concebir la literatura, sino también la revolución.

En las conclusiones de su ensayo, en un tono inquisitivo y hasta desalentador, Fuentes se cuestionó sobre las posibilidades futuras para América Latina. Aquel contexto reconfortante de 1959, cuando el triunfo de la Revolución Cubana sacudió al mundo entero, parecía esfumarse. El autor de *La nueva novela hispanoamericana* (1969) expuso los diferentes caminos existentes para la región sometida todavía bajo estructuras anacrónicas y opresivas. Ninguno de esos caminos –el populismo fascista o la dictadura que sacrificaría la libertad a cambio de algunas reformas– era la revolución. Pareciese ser la misma perspectiva que el escritor tendría sobre la realidad mexicana tras 1968: Echeverría o fascismo. Además bajo este contexto, América Latina, en su proceso de transformación hacia un mundo industrial y de consumo, se volvería prescindible para el imperialismo, no necesariamente porque la región se liberaría de su opresión, sino porque ya no le serviría como objeto de explotación. El único camino para América Latina era el abandono de las ideas de progreso existentes, la estadounidense y la soviética, y, por lo tanto, la creación de su propio modelo de progreso.⁵⁶⁴ Esta aseveración final fue leída por Retamar como el anuncio de que el escritor mexicano había perdido su fe en la revolución. No obstante, si bien Fuentes había dejado atrás su fervor revolucionario de juventud, siempre y cuando no fuese en París o en Praga, no era un escritor contrarrevolucionario como lo presentó Retamar. La lectura de Fuentes

⁵⁶² Fuentes, *La nueva novela ...*, p. 96.

⁵⁶³ *Idem.*

⁵⁶⁴ *Ibidem*, p. 96-98.

sobre el futuro de América Latina no era sobre Cuba ni otros países de la región, sino sobre México.

Pellicer Vázquez afirma que para 1968, Retamar formaba parte del sector ortodoxo de la burocracia cultural cubana. Exigía, por tanto, una postura radical a los simpatizantes de la Revolución Cubana: era imposible ser un escritor de dos mundos, o sea era marxista o se era capitalista.⁵⁶⁵ La contradicción representada por Fuentes, bajo la lógica de este sector, era intolerable. El escritor mexicano abogaba por una crítica permanente mientras se beneficiaba de las editoriales y revistas del sistema imperialista que oprimía a América Latina. Bajo un contexto de radicalización ideológica, ambas posturas eran incompatibles. La figura de intelectual nominal que simbolizaba Fuentes debía ser extirpada del campo intelectual latinoamericano.

No debe pasar desapercibida la postura de Fuentes en *La nueva novela hispanoamericana* (1969) frente a la censura. En su ensayo resaltó, así como lo había hecho en 1965 durante su participación en “Los narradores ante el público”, la importancia de la libertad en el trabajo creativo. La palabra, afirmó Fuentes, no puede ser enemiga del socialismo. Ésta era la portadora de la libertad frente al poder.⁵⁶⁶ Cuando los socialismos existentes dejaran de percibir a la palabra como enemiga, podrían renovarse a sí mismos. La burocracia soviética no permitía que la libertad dialogara críticamente con el Estado, estaba silenciada. La ausencia de libertad perjudicaba a las mismas clases que componían al socialismo pues no podían comunicarse entre sí. En ese sentido, la censura y autocensura de la libertad contradecían la existencia del socialismo. Para argumentar su postura, Fuentes recurrió a su experiencia tras su viaje a Checoslovaquia con García Márquez y Cortázar en donde presenciaron los restos del gran sueño del marxismo que los soviéticos habían intentado asesinar.⁵⁶⁷ La ausencia de libertad era la ausencia de la democracia.

En América Latina, la palabra era revolucionaria. El escritor y la palabra —entendamos la palabra como sinónimo de crítica y libertad—, eran una alianza necesaria para remover de raíz lo no dicho o lo falso: “Escribir sobre América Latina, desde América Latina, ser testigo de América Latina en la acción o en el lenguaje significa ya, significará cada vez más, un hecho revolucionario. Nuestras sociedades no quieren testigos. No quieren

⁵⁶⁵ Ana Pellicer Vázquez, *op. cit.*, p. 261.

⁵⁶⁶ Fuentes, *La nueva novela...*, p. 85.

⁵⁶⁷ *Ibidem*, p. 92.

críticos.”⁵⁶⁸ Por esa razón, tanto el escritor como el revolucionario serían encargados de derrumbar las falsas verdades y de crear un mundo libre posible. Para Fuentes, el verdadero escritor era el que usaba la palabra, la crítica, para mostrar lo real. Como ejemplos estaban Aleksandr Solzenitzin, José Revueltas, Sinavsky y Daniel, Allen Ginsberg, Paolo Passolini, entre otros escritores, que habían sido violentamente censurados o encarcelados por usar su derecho a la palabra.⁵⁶⁹ Llama la atención que, en esa lista de escritores perseguidos por el Estado de sus respectivos países, apareció el nombre de Heberto Padilla. Es interesante porque Carlos Fuentes evidenció su conocimiento sobre la situación de censura que el escritor cubano experimentaba en la isla previo a la hecatombe de 1971. Más allá de la referencia a Padilla, mientras que arremetió enérgicamente contra la represión soviética sobre la palabra, no apareció ningún indicio tácito sobre el proceso de radicalización ideológica que se percibía al interior de la Revolución Cubana. ¿Por qué evitó pronunciarse hasta 1971?

La respuesta más simple a esas preguntas sería precisamente la línea de Retamar: Fuentes nunca fue verdaderamente de izquierda por lo que para 1969 era evidente que había capitulado a la revolución. Por otro lado, también podría plantearse que el silencio de Fuentes fue consecuencia de la autocensura. Ya fuera una autocensura motivada por sus lazos intelectuales o fraternales con escritores dentro y fuera de la isla que respaldaban el giro que había tomado el proyecto cultural cubano o porque, a pesar de sus desavenencias con los enfoques del campo intelectual cubano, Fuentes todavía consideraba que la Revolución Cubana era un evento digno de respaldar. Por lo tanto, evitó entrar en polémica con los intelectuales cubanos hasta que el carácter represivo del campo intelectual cubano imposibilitó la libertad del escritor, como sucedió con el caso Padilla y el Quinquenio Gris. Me inclino por esta opción.

La correspondencia entre Carlos Fuentes y Roberto Fernández Retamar se pausó tras 1968, o al menos eso indica el archivo de Casa de las Américas. En enero de ese año, el escritor mexicano le escribió en un tono sumamente fraternal para disculparse por su ausencia en el Congreso Cultural de La Habana debido a la acumulación de trabajo. Le confirmó que enviaría, por medio de un tercero, una carta de adhesión al Congreso. “Celebramos anoche el nuevo año con Mario Vargas Llosa y Octavio Paz, y te recordamos mucho y con la amistad,

⁵⁶⁸ *Ibidem*, p. 95.

⁵⁶⁹ *Ibidem*, p. 85.

admiración y compañerismo de siempre”, concluyó Fuentes.⁵⁷⁰ En su carta de adhesión al Congreso Cultural de La Habana dirigida al ministro de educación de Cuba y Presidente del Comité Nacional del Congreso Cultural de La Habana, José Llanues Gobel, Fuentes hizo pública, una vez más, su solidaridad plena hacia la Revolución Cubana y aplaudió las motivaciones del congreso que reuniría a decenas de intelectuales de alrededor del mundo para hacerle frente a la política divisionista imperialista:

Pero la celebración del Congreso Cultural en La Habana ofrece una segunda oportunidad, de la que en gran medida depende la eficacia de la primera. Cuba es el ejemplo de una revolución socialista que ha sabido conjugar la acción histórica transformadora, inmediata, con las transformaciones mediatas de la libertad cultural. Lejos de cierto fatalismo dogmático que, al desnaturalizar a la cultura, debilitaría y desnaturalizaría a la revolución misma, los revolucionarios cubanos comprueban con los hechos y mantienen con la aspiración la auténtica visión marxista de un hombre plenamente liberado para ser: es decir, para liberar, a su vez, todos los niveles de lo real. Cuba ha triunfado. Quienes, a partir de las condiciones particulares de nuestras respectivas comunidades, luchamos por un cambio revolucionario de la sociedad, nos sentimos liberados y fortalecidos por el ejemplo cubano y por la obligación que entraña: creación política sin sacrificio de la creación cultural y creación cultural sin sacrificio de la creación política. Sólo una cultura libre puede fortalecer a la revolución. Pero solo una auténtica revolución puede fortalecer a la cultura.⁵⁷¹

Tomemos en cuenta que esta declaración fue realizada posteriormente a la polémica con *Mundo Nuevo*. Esto quiere decir que, a pesar de las discrepancias con algunos intelectuales cubanos como Ambrosio Fornet, Fuentes no sólo continuaba respaldando a la Revolución, sino que consideraba que su campo cultural era ejemplo del auténtico marxismo que promovía la libertad. La cultura cubana era un ejemplo pleno de libertad, y el Congreso Cultural de La Habana lo refrendaba. Cuba seguía siendo una auténtica revolución socialista, a diferencia de la soviética caracterizada por su fatalismo dogmático y la desnaturalización de su cultura.

Es fundamental entonces que no perdamos de vista la cronología. A principios de 1968 Fuentes todavía no se atrevía a poner en duda el carácter socialista de la revolución ni de su campo intelectual. Además, su relación con Retamar, pese a que ya era conocida su participación de *Mundo Nuevo*, parecía intacta. Todavía faltaban un par de meses para que su pertenencia a la nueva izquierda se hiciera más visible con el mayo francés y la invasión

⁵⁷⁰ Carta de Carlos Fuentes a Fernández Retamar, 1º de enero de 1968. Consultado en el Archivo Memoria de Casa de las Américas. Expediente Carlos Fuentes. n. 116.

⁵⁷¹ Carta de Carlos Fuentes a José Llanues Gobel (ministro de educación de Cuba y presidente del Comité Nacional del Congreso Cultural de La Habana) La Habana, 10 de enero de 1968. Consultado en el Archivo Memoria de Casa de las Américas.

a Praga. Además, a principios de enero, en Cuba se respiraba un clima de diversificación que, como lo expliqué párrafos atrás, culminaría con el triunfo del sector más ortodoxo, precisamente dirigido por Retamar. Lo único que sí confirman estas misivas es que la lectura posterior a 1980 de Fuentes sobre su rompimiento con Cuba tras 1966, es una falsedad o una reinterpretación.

Dos cartas muy sucintas de Retamar finalizan la correspondencia entre ellos en 1968. En ambas el poeta cubano le externó su tristeza por su ausencia en el Congreso. Lo invitó a participar como jurado en el premio literario de la revista Casa en 1969; reiteró su afecto y sus ganas de verlo para conversar de nuevo.⁵⁷² Después de eso, la comunicación se detuvo. Casa de las Américas envió algunas invitaciones de tipo cultural, pero, al menos en los documentos que pude revisar en el archivo cubano, no se obtuvo respuesta por parte del mexicano. Me resulta muy claro entonces que 1968 fue, en realidad, el año que desencadenó la ruptura. La polémica con *La nueva novela hispanoamericana* (1969) preparó el camino para el desenlace definitivo. Me atrevo a afirmar que dicha ruptura fue solamente con el campo intelectual cubano personificado por Retamar. Con la Revolución Cubana de Fidel Castro como régimen político rompería hasta la década de 1990.

El caso Padilla y la ruptura pública

En el primer número de *Libre*, revista que conjuntaba a intelectuales que se identificaban con la heterodoxia y que para el campo intelectual cubano era la continuación del proyecto de *Mundo Nuevo*,⁵⁷³ Carlos Fuentes redactó un artículo donde presentó su postura ante el caso Padilla en 1971. En él, el autor de *Zona sagrada* (1967) habló sobre el proceso de soviétización que sucedía en la isla y que había provocado la encarcelación y posterior acto de autoinculpación del escritor cubano. A pesar de evidenciar la política de represión intelectual de la Revolución Cubana, Fuentes dejó entrever que éste no era definitivo.⁵⁷⁴ Cuba

⁵⁷² Carta de Roberto Fernández Retamar a Carlos Fuentes, 21 de junio de 1968. Consultado en el Archivo Memoria de Casa de las Américas. Expediente Carlos Fuentes. n. 116.

⁵⁷³ La revista *Libre* fue respaldada por escritores del boom latinoamericano, así escritores españoles exiliados en París “que creían en la revolución socialista para la creación de una sociedad educada, equitativa, justa y libre. Una revista que aparece para apoyar a los pueblos de Latinoamérica en su lucha para superar los sufrimientos de sus dictaduras y, sobre todo, para plantar regímenes similares al modelo cubano, que fue una experiencia a seguir para el resto del continente.” Hassan Arabi, “La revista *Libre*, víctima del “caso padilla”, *COLECCIÓN*, v. 30, n. 1, noviembre 2018-abril 2019, p. 117-148.

⁵⁷⁴ Rojas, *La polis literaria...*, p 65.

tenía la oportunidad de demostrar que era una auténtica revolución socialista si se desprendía de la herencia estalinista. El caso Padilla sería el fin de la luna de miel entre los intelectuales más heterodoxos y la Revolución Cubana. Por un lado, este episodio hizo que Fuentes abordara públicamente por primera vez el clima de corte soviético que empezaba a respirarse en la isla y, por tanto, de renunciar al silencio que había guardado desde 1966. Por el otro, su respuesta sería la última pieza del imaginario creado por el campo intelectual cubano sobre el escritor mexicano: Fuentes era un intelectual contrarrevolucionario. Podemos considerar al caso Padilla como el último episodio de la relación entre Fuentes y el campo intelectual de Cuba.

Me interesa demostrar que la ruptura en 1971 no fue con el proyecto socialista de la Revolución Cubana, sino con su campo intelectual. A pesar de la crítica tras el caso Padilla, Fuentes todavía consideraba que la Revolución Cubana podía reencontrar el camino. Su respaldo hacia la hazaña cubana continuaría años después. Sin embargo, los efectos del Quinquenio Gris ayudarían a romper aquel lazo tan desgastado. Para 1991, Fuentes señalaría que Cuba había perdido esa gran oportunidad para transformar sus logros sociales en instituciones políticas impersonales.⁵⁷⁵ En la década de 1990 ocurrió la ruptura con el régimen de Fidel y, por ende, con la revolución imaginada como auténticamente socialista.

Hasta el momento he desentramado la relación de Carlos Fuentes con la Revolución Cubana a través de aquellos episodios que considero claves para entender la evolución en su vínculo. ¿Cómo pasó de esa efervescencia hasta su final desencanto? He sostenido que desde su participación en “Los narradores ante el público” en 1965, el escritor mexicano empezó a consolidar su *ethos* en torno a dos ejes, la heterodoxia y la dialéctica, y que bajo esas características comenzó su cruzada en defensa de la libertad creadora. A partir de ese momento, y tras la radicalización del régimen cubano en torno al compromiso del intelectual, es posible identificar cómo el autor empezó a separarse de las directrices que marcaba el campo intelectual cubano. Asimismo, dilucidé cómo la relación entre Fuentes y los mecanismos culturales estadounidenses lo convirtieron en objeto de ataques por parte de los intelectuales cubanos, así como sus posturas ideológicas cercanas a la nueva izquierda, sobre todo en el mayo parisino, lo situaron en un extremo contrario al que pertenecían los acérrimos

⁵⁷⁵ Ilustración 13. Carta de Carlos Martí a Armando Hart Dávalos Ministro de Cultura, 21 de febrero de 1991. Consultado en el Archivo Memoria de Casa de las Américas.

defensores de la hazaña cubana y la militancia intelectual. A pesar de tales diferencias, a inicios de la década de 1970, Fuentes no dudaba en respaldar públicamente a la Revolución Cubana.

Se ha señalado en reiteradas ocasiones que el caso Padilla fue el punto de inflexión entre ambos. Éste es uno de los episodios más investigados en el área de la historia intelectual latinoamericana por las consecuencias que tuvo en los lazos intelectuales que se rompieron a partir de ese momento.⁵⁷⁶ Rafael Rojas rastreó perfectamente la reacción de Fuentes ante el caso Padilla en la revista *Libre* y en su correspondencia con Mario Vargas Llosa, otro de los intelectuales que rompió con la Revolución Cubana.⁵⁷⁷ Asimismo, Ana Pellicer Vázquez abordó este suceso a través de *Caliban* (1971) y de los defensores de la Revolución Cubana que fueron tras Fuentes en 1971.⁵⁷⁸ Por mi parte, sostengo que el caso Padilla no fue el momento de quiebre sino el resultado de un proceso que empezó a fraguarse prácticamente desde 1965. Este episodio se puede considerar inflexivo porque a partir de este momento Fuentes rompió con el campo intelectual cubano, específicamente con Roberto Fernández Retamar. El caso Padilla provocó que Fuentes esbozara públicamente aquellos elementos de la Revolución Cubana con los que no coincidía; aunque había dejado varios indicios previamente, fue hasta 1971 que los nombró en voz alta.

Mi interés en este apartado no es detenerme en la contextualización cronológica del caso Padilla ni en el impacto que tuvo en la arena intelectual —hechos por demás estudiados—, sino identificar el origen de la crítica de Fuentes hacia dicho caso. Fuentes leyó el incidente cubano a través de su crítica al socialismo soviético. Si consideramos que para este momento el escritor mexicano estaba desencantado del camino que había decidido tomar la Unión Soviética, es fácilmente reconocible que la reacción de Fuentes hacia el *affaire* Padilla tenía una preocupación colosal detrás: Cuba corría el riesgo de sovietaizarse. Por esa razón,

⁵⁷⁶ Véase Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003; Rafael Rojas, *Tumbas sin sosiego. Revolución, disidencia y exilio del intelectual cubano*, Anagrama, Barcelona, 2004; Emilio J. Gallardo, *El martillo y el espejo. Directrices de la política cultural cubana (1959-1976)*, CSIC, Madrid, 2009; Jorge Fornet, *El 71. Anatomía de una crisis*, La Habana, Letras cubanas, 2013; Silvia Cezar Miskulin, “La Revolución Cubana y el caso Padilla en las revistas *Plural* y *Vuelta*” en *ESTUDIOS*, No. 23-24, 2010; German Alburquerque, “El caso Padilla y las redes de escritores latinoamericanos”, *Revista UNIVERSUM*, No. 16, 2001, entre muchos más.

⁵⁷⁷ Rojas, *La polis literaria...*, p. 47-70.

⁵⁷⁸ Ana Pellicer Vázquez “Radiografía de un desencanto” Carlos Fuentes y la Revolución Cubana” en *Encuentro de la cultura cubana*, 41-42, Madrid, 2006.

abordaré específicamente la preocupación de Fuentes a través de un paralelismo con el proceso Siniavski-Daniel.

En febrero de 1966, los escritores Andréi Siniavski y Yuli Daniel fueron acusados de publicar material antisoviético. En un juicio oral y público en Moscú, ambos fueron declarados culpables y enviados a campos de prisión. El juicio se consideró una farsa y produjo severas críticas hacia la Unión Soviética, sobre todo de intelectuales del extranjero que se manifestaban, algunos por primera vez, en contra de las políticas de represión soviéticas.⁵⁷⁹ El considerado “material antisoviético”, publicado por editoriales extranjeras y bajo seudónimos, eran obras de literatura fantástica con contenido crítico hacia el realismo socialista como modelo estético y hacia el Partido Comunista, lo que se consideró como propaganda antisoviética.

En 1966, el autor de *Aura* (1962) se refirió al caso Siniavski-Daniel en *La Cultura en México*. Señaló que la crítica dentro de los sistemas socialistas era una característica inalienable y que ésta no podía concebirse sólo como un arrebato anticomunista. Por lo tanto, resultaba necesario protestar en contra el juicio y condena de Siniavski y Daniel que, además de irracional, atentaba contra la libertad creadora y la esencia misma del socialismo. Los jueces y políticos soviéticos que habían juzgado a los escritores se habían convertido en enemigos del pueblo soviético y en la representación del anticomunismo.⁵⁸⁰ La crítica de Fuentes al caso Siniavski-Daniel versó en tres ejes. En primer lugar, se hallaban las evocaciones al estalinismo; en segundo lugar, la importancia de la crítica en los sistemas socialistas y, finalmente, la esencia de la libertad en el quehacer literario.

Fuentes consideró que las políticas represivas del estalinismo, siempre discutibles, podían justificarse debido a una búsqueda de unión frente ante las amenazas hacia la Unión Soviética. Para 1966, ésta era una potencia consolidada que ya no podía abogar a tales apologías: “No existe la menos posibilidad, interna o externa, de derrocar al régimen. Ninguna fuerza real amenaza hoy a la URSS. Siniavski y Daniel no ponen en peligro ninguna situación real.”⁵⁸¹ En esa lógica, el narrador mexicano apeló a lo absurdo de las acusaciones

⁵⁷⁹ Jorge Morales Aimar, “El proceso judicial a los escritores Siniavsky y Daniel. Política, cultura y tensiones entre intelectuales y el poder soviético. Moscú, febrero de 1966”, *CUADERNOS del Ciesal*, n. 16, 2017, p. 168.

⁵⁸⁰ Carlos fuentes, “Dos chivos expiatorios escogidos para retrasar el inevitable proceso de la crítica en la URSS” en *La Cultura en México*, n. 213, marzo 1966.

⁵⁸¹ *Idem*.

hacia los escritores soviéticos y afirmó que la reacción del aparato cultural soviético tenía reminiscencias peores que las de Stalin, pues le recordaban a la Rusia imperial.

La URSS, afirmó Fuentes, era lo que es a pesar de y gracias a Stalin.⁵⁸² Como planteé previamente, el escritor mexicano consideraba que, pese a los graves errores cometidos por Stalin, la Unión Soviética había logrado sobrevivir al acoso imperialista debido la fortaleza del líder soviético. Si bien era necesario desestalinizar la cultura soviética, no podía echarse en saco roto la trascendencia de Stalin en la consolidación de la URSS como potencia. El caso Siniavski-Daniel resucitaba esos “temas caducos”, “problemas superados” y “visiones infecundas” que retrasaban el encuentro entre el socialismo y la cultura.

Respecto al socialismo, Fuentes demostró, una vez más, su pertenencia a la izquierda heterodoxa y, evidentemente, su adhesión a los postulados de la nueva izquierda. Consideró que abrir el camino hacia la crítica y la dialéctica en el socialismo era de vital importancia:

La URSS no será una verdadera tierra humana mientras persista en la sacralización de una serie de abstracciones, mientras esa sacralización permita a una burocracia mediocre escudarse detrás de la devoción fetichista, mientras el sentido del humor y de la irreverencia no pueda contribuir a una vida más flexible y menos ritual, mientras no sean respetados y debatidos los puntos de vista disidentes, mientras no se acepte también un régimen socialista crea sus propias enajenaciones y que éstas sólo se resuelven con el ejercicio de la crítica. Mientras la estabilidad social de la URSS no se apuesta a prueba por la profanación creadora de la falta de respeto. Mientras no se admita que la URSS tiene ya la fuerza suficiente para admitir la verdad de Rosa Luxemburgo: “La libertad será siempre la libertad de las personas que piensan de otra manera.”⁵⁸³

Era, de nueva cuenta, su defensa de la dialéctica marxista y de la pluralidad. Resulta claro que las tres “rupturas” que tuvo Fuentes con la ortodoxia socialista —con la izquierda de *Política*, con la URSS y con el campo intelectual cubano— versaron en torno a este punto. El socialismo debía reformarse, para lograrlo había que aceptar las posturas disidentes. La herramienta necesaria para este proceso era la crítica que hallaba su hogar natural en el ejercicio literario. A diferencia de la URSS, sostuvo Fuentes, en países como Estados Unidos no se llevaba a cabo la persecución de disidencia al grado de enjuiciar públicamente o de condenar a trabajo forzado a sus escritores más críticos. En este argumento, Fuentes obviaba que los mecanismos de censura eran diferentes entre la Unión Soviética y Estados Unidos. En el caso de Estados Unidos, como él mismo señaló en *La nueva novela hispanoamericana*

⁵⁸² *Idem.*

⁵⁸³ *Idem.*

(1969), personajes disidentes como C. Wright Mills habrían sido perseguidos en una “cacería de brujas.”⁵⁸⁴ Mientras que el mecanismo utilizado contra Mills consistió en disminuirle los canales de expresión, en la URSS la crítica era castigada con trabajos forzados en algún campo de concentración. Ambos eran mecanismos de censura. Sin embargo, Fuentes criticaba la contradicción del régimen socialismo soviético, pues el juicio contra Siniavski y Daniel era en sí mismo propaganda antisoviética.

Para Fuentes el caso Siniavski-Daniel era un insulto hacia todos los artistas y escritores socialistas del mundo.⁵⁸⁵ Representaba la imposibilidad de explorar nuevos métodos de visualizar la realidad y expresarlos a través del arte. El artista, el escritor, se encontraba limitado ante los designios de las necesidades políticas cuando su objetivo de existencia era la oposición y la crítica hacia el poder. El escritor en la URSS no era libre.

Si hacemos el paralelismo de este caso con lo sucedido en Cuba en 1971, hallaremos notables similitudes y pocas diferencias. Respecto a estas últimas, la situación internacional entre la URSS de 1966 y Cuba de 1971 eran muy disímiles. Mientras que, según Fuentes, la URSS ya se encontraba consolidada como potencia y no existía amenaza alguna contra ella, Cuba experimentaba el acoso imperialista de manera diversificada. Por tanto, el argumento de que podía existir una justificación cuestionable de las políticas represivas hacia la crítica soviética durante las primeras décadas de la Guerra Fría podría aplicar para Cuba en 1971. Precisamente bajo esta premisa se convocó a una militancia intelectual revolucionaria para resistir a las amenazas externas.

Por otro lado, así como el juicio a Siniavski y Daniel fue considerado por Fuentes como una farsa del socialismo soviético y un insulto hacia la libertad creadora, el encarcelamiento y posterior acto de autoconfesión del escritor cubano Heberto Padilla adquiriría las mismas connotaciones. Recordemos que en *La nueva novela hispanoamericana* (1969) Fuentes retomó a Padilla como parte de una lista de autores censurados o perseguidos en sus propios países, lo que indica que el escritor mexicano estaba al tanto de la situación de Padilla antes de aquel vergonzoso episodio del 27 de abril en 1971. Sin embargo, el mexicano había evitado hablar públicamente al respecto.

⁵⁸⁴ Fuentes, *La nueva novela...*, p. 93.

⁵⁸⁵ Carlos Fuentes, “Dos chivos expiatorios escogidos para retrasar el inevitable proceso de la crítica en la URSS” en *La Cultura en México*, n. 213, marzo 1966.

Como señala Claudia Gilman, el caso Padilla puede rastrearse desde unos años antes, cuando el escritor regresó a Cuba tras su estancia en el bloque socialista. Entonces el poeta cubano se insertó en varias polémicas con intelectuales como Lisandro Otero por su defensa literaria sobre otro escritor cubano que empezaba también a apartarse de la Revolución, Guillermo Cabrera Infante.⁵⁸⁶ En julio de 1968, un par de meses después del Congreso Cultural de La Habana y de que se pusiera en práctica la “ofensiva revolucionaria”, Cabrera Infante rompió con Cuba.⁵⁸⁷ Las diferencias políticas entre Cabrera Infante y la Revolución Cubana agitaron la arena intelectual. Fuentes era cercano a Cabrera Infante e, incluso, coincidieron en Europa durante el autoexilio del escritor mexicano.

En 1968, Heberto Padilla ganó por unanimidad el Premio Julián del Casal de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) por su poemario *Fuera del juego*. El jurado que le otorgó la victoria afirmó que sus poemas poseían “una intensa mirada sobre los problemas fundamentales de la época y una actitud crítica ante la historia.”⁵⁸⁸ Por su parte, la UNEAC acusó a *Fuera del juego* de ser provocativo e inoportuno; atacaba a la Revolución Cubana “valiéndose de una ambigüedad referencial que constituye una estrategia para aventar las sospechas sobre su verdadero blanco.”⁵⁸⁹ Se le imputó, incluso, de ser una obra antihistórica. Como lo detallé páginas atrás, Carlos Fuentes también había sido acusado por lo cubanos de poseer una actitud antihistoricista, contraria al marxismo —pues proponía una visión temporal cíclica y estaba vinculada con el individualismo— y perteneciente a las derechas.⁵⁹⁰

El 7 de agosto de 1968, Fuentes escribió a Octavio Paz acerca de la denuncia de Cabrera Infante en la revista argentina *Primera Plana* sobre “el horror” que ocurría en Cuba y la persecución hacia Padilla tras *Fuera del juego*. Según le comentó Cabrera Infante, Padilla se hallaba “[...]en la posición de toda persona inteligente y honesta en el mundo comunista: un exiliado interior con sólo tres opciones —el oportunismo, la demagogia en forma de actos de contrición política, la cárcel o el exilio verdadero”.⁵⁹¹ Meses después, Cabrera Infante y Heberto Padilla protagonizaron una polémica en la cual Padilla se desligó de Cabrera Infante.

⁵⁸⁶ Gilman, *Entre la pluma...*, p. 209.

⁵⁸⁷ “Cuba ya no existe para mí más que en el recuerdo o en los sueños, y las pesadillas.” *Ibidem*, p. 210.

⁵⁸⁸ *Ibidem*, p. 211.

⁵⁸⁹ *Idem*.

⁵⁹⁰ Emilio J. Gallardo, *op. cit.*, p. 174.

⁵⁹¹ Malva Flores, “Octavio paz y Carlos Fuentes: un mayo oscuro”, *Latin American Voices* (sitio web), <https://literalmagazine.com/octavio-paz-y-carlos-fuentes-un-mayo-oscuro/> (consulta: 13 de enero de 2020).

Como lo refiere Gilman, Padilla lo acusó de ser un contrarrevolucionario; afirmó que él participaba con su vida y obra para la construcción de una sociedad más digna y justa. En respuesta, Cabrera Infante señaló que Padilla elegía la esclavitud, en referencia a que no optaba por el exilio o la crítica activa contra el régimen revolucionario.⁵⁹²

Fuentes aseveró que la paranoia de Cabrera Infante no podía pasar desapercibida. Algo pasaba en Cuba. También mencionó a Paz que Juan Goytisolo y otros escritores redactarían una carta privada sobre el asunto a Fernández Retamar: “García Márquez está escandalizado y dice que si esto es el socialismo, él lo rechaza: ni el PRI ni la oligarquía colombiana persiguen de esta manera a los escritores. Ojalá nos ayudes con tus luces.” Recordemos que la última carta de Carlos Fuentes hacia Fernández Retamar fue en los primeros meses de 1968, durante el Congreso Cultural de La Habana. Por lo tanto, para cuando Fuentes escribió esta misiva a Paz, el narrador mexicano estaba consciente de las políticas persecutorias hacia Padilla, sobre las denuncias de Cabrera Infante y las amenazas a la libertad creadora. Si seguimos la lógica que sostuvo durante el caso Siniavski-Daniel, para Fuentes el socialismo cubano comenzaba a adquirir tintes de corte soviético.

¿Entonces por qué razón Fuentes evitó ahondar más sobre Heberto Padilla en *La nueva novela hispanoamericana* (1969)? ¿Por qué guardó silencio hasta 1971? En octubre de 1968, Cortázar explicó a Vargas Llosa que aquella carta privada de Goytisolo sería dirigida a Fidel Castro; le plantearían sus preocupaciones sobre los problemas intelectuales en Cuba. Buscaban, ante todo, una comunicación directa con el líder cubano para actuar con absoluta reserva y evitar la publicidad.⁵⁹³ Existen varias posibilidades que nos pueden explicar la cautela de este grupo de intelectuales allegados al *boom* latinoamericano. Por un lado, un argumento constante en el discurso de Fuentes —relacionado específicamente con la URSS— fue que, como intelectuales, debían ser cuidadosos en la construcción de sus críticas públicas para no hacerle el juego al anticomunismo. Cualquier comentario, duda o preocupación, fuesen constructivos o no, podrían ser utilizados por el enemigo imperialismo

⁵⁹² Claudia Gilman, *op. cit.*, p. 234.

⁵⁹³ “[...] hemos preparado Fuentes, Goytisolo y yo, basándonos en una serie de informaciones fidedignas que nos han llegado últimamente. No te la comento, porque entiendo que su lectura es suficientemente clara; hemos pensado que de ninguna manera debería ser una carta abierta, sino más bien un pedido de información. Y que sólo deberían firmarla unos pocos escritores amigos de Cuba y bien conocidos en cualquier parte. Creo que las cosas son bastantes graves para que no podamos quedarnos callados. Malva Flores, “Octavio paz y Carlos Fuentes: un mayo oscuro”, *Latin American Voices* (sitio web), <https://literalmagazine.com/octavio-paz-y-carlos-fuentes-un-mayo-oscuro/> (consulta: 13 de enero de 2020).

para acondicionarlos a su favor. Por el otro, existía una creencia de que la Revolución Cubana era un experimento libertario que no sucumbiría a los fantasmas del socialismo real,⁵⁹⁴ por lo cual, motivados por su entusiasmo mantuvieron su esperanza aun cuando la realidad cubana parecía ser lo contrario. Había un aparente entendimiento entre este grupo de intelectuales y las necesidades de la Revolución Cubana, así como un lazo fraternal importante con miembros del campo intelectual cubano. Fuentes se hallaba acorralado entre esas variables y, pese a sus ya evidentes preocupaciones emitidas en su correspondencia privada, mantuvo su silencio un par de años más.

Como indican las diversas investigaciones sobre el caso Padilla, éste no puede comprenderse del todo sin tomar en cuenta el proceso de recrudescimiento de la política cultural cubana tras la “ofensiva revolucionaria” y los efectos de las tensiones provocadas por la Guerra Fría. No sólo se trató de una estigmatización del material artístico que pareciese pernicioso para la Revolución Cubana, sino que, además, como refieren Eduardo Loo y Emilio Gallardo, era una estrategia de limpieza de la imagen pseudoliberal de los primeros años de la Revolución que estaba adaptándose a su nueva fase de corte soviético. Además, funcionaba como un mensaje hacia la intelectualidad reformista de izquierda –la nueva izquierda– que aseguraba la existencia de un viraje en la política cultural cubana. Con ello, la Revolución Cubana aseveraba que Padilla era excomulgado por motivos personales y contrarrevolucionarios, y no porque el régimen cubano se burocratizara a la soviética.⁵⁹⁵ Lisandro Otero, vicepresidente del Consejo Nacional de Cultura y quien había intervenido en la anterior polémica literaria con Padilla, señaló a finales de 1968 que en Cuba no había lugar para quienes promovieran “salidas a la checoslovaca”, en referencia a *Fuera del juego*.⁵⁹⁶ Esta declaración de Otero confirmaba el cambio en la política cultural cubana. Así como los socialistas reformistas de Praga habían sido azotados por los tanques soviéticos, en Cuba no serían permitidos intentos reformistas por considerarse contrarrevolucionarios. Era un mensaje muy claro no sólo para los intelectuales cubanos que pudiesen sentirse incómodos con el nuevo giro cultural, sino también para la intelectualidad en el extranjero, específicamente para la nueva izquierda.

⁵⁹⁴ Claudia Hilb, *op. cit.*, p. 265.

⁵⁹⁵ Emilio J. Gallardo, *op. cit.*, p. 175.

⁵⁹⁶ Claudia Gilman, *op. cit.*, p. 213.

Para Claudia Hilb, la naturaleza del régimen cubano se forjó precisamente en la década de 1960. Fue durante esos años que se llevó a cabo la inversión entre entusiasmo y activismo, a temor, conformismo y adaptación entre los fieles seguidores de la Revolución Cubana y aquéllos que optaron por no adherirse por completo a las políticas del régimen.⁵⁹⁷ La eventual concentración de poder de Fidel Castro y de su campo cultural se vería legitimada por su base de apoyo popular, la cual había sido testigo de los avances sociales extraordinarios en tan pocos años.⁵⁹⁸ Así logró justificar la eliminación de toda resistencia. Se debe considerar, señala Hilb, que la inversión hacia el temor, la adaptación y el conformismo, se completó durante el Quinquenio Gris (1972-1985). La soviétización del régimen cubano generó, por un lado, que Cuba experimentara la mayor prosperidad económica –debido a subsidios millonarios y de términos de intercambio con la URSS y países del Comecon– y también la etapa más poderosa en términos de desencanto. Fue así como la Revolución Cubana logró consolidarse y cristalizar una forma política con vocación de dominación total.⁵⁹⁹

El caso Padilla fue el antecedente inmediato de esta inversión entre encanto y desencanto. Los poemas de *Fuera del juego* evocaban los vocablos de represión, terror, obediencia, entre otros.⁶⁰⁰ En su obra, Heberto Padilla identificó que las circunstancias que se experimentaban en la isla revolucionaria coincidían con el totalitarismo socialista soviético. Como sostiene Rojas, Heberto Padilla parecía decirle al mundo que Stalin no había muerto y se encontraba en La Habana.⁶⁰¹ En la URSS, con la llegada al poder de Leonid Brézhnev daba el inicio de un neoestalinismo. Se consideraba, como Fuentes había sostenido, que no podían condenarse los crímenes de Stalin sin encomiar su participación en la Segunda Guerra Mundial y en el proceso de consolidación del socialismo.⁶⁰² Es ésta la influencia soviética que llegó a Cuba con la “ofensiva revolucionaria” y, posteriormente, con el Quinquenio Gris.

⁵⁹⁷ Claudia Hilb, *op. cit.*, p. 79

⁵⁹⁸ *Ibidem*, p. 84.

⁵⁹⁹ *Ibidem*, p. 795.

⁶⁰⁰ Emilio J. Gallardo, *op. cit.*, p. 183.

⁶⁰¹ Rojas, *Tumbas sin sosiego...*, p. 272.

⁶⁰² *Ibidem*, p. 270-271.

Con el fracaso de la cosecha récord de diez millones de toneladas de azúcar que Fidel Castro había propuesto para 1970 como telón de fondo,⁶⁰³ y tras un año de desempleo y una aparente rehabilitación dentro del comunismo,⁶⁰⁴ el 20 de marzo de 1971 Heberto Padilla fue detenido y encarcelado por actividades contrarrevolucionarias.⁶⁰⁵ Durante su detención, Padilla redactó una carta en donde confesaba sus crímenes contrarrevolucionarios. Un mes después, el poeta cubano fue liberado y se presentó en la sede de la UNEAC donde en un completo acto de inculpación recitó su autocrítica memorizada. Al igual que con el caso Siniavski-Daniel, dicho momento es recordado por varios intelectuales como un montaje teatral. Padilla confesó su amargura contrarrevolucionaria, su vanidad que lo había llevado a establecer vínculos para obtener éxito en el extranjero; invitó a sus amigos a reconocer sus errores y se presentó como un poeta convertido y rehabilitado, ahora un acérrimo defensor de la Revolución Cubana.

Durante el encarcelamiento de Padilla, el 9 de abril de 1971 apareció en *Le Monde* la “Carta abierta” a Fidel Castro firmada por sesenta escritores, latinoamericanos y europeos, entre los que se encontraban Simone de Beauvoir, Jean-Paul Sartre, Julio Cortázar, Plinio Apuleyo Mendoza, quien firmó en nombre de Gabriel García Márquez,⁶⁰⁶ Juan Goytisolo, Mario Vargas Llosa y, desde luego, Carlos Fuentes. Esta carta, a diferencia de aquella de 1968 organizada por Goytisolo, era pública. En ella, los escritores externaban su preocupación por el encarcelamiento de Padilla y solicitaban el esclarecimiento de su caso:

⁶⁰³ Véase Dieter Nohlen y Karin Stahl, “El curso del cambio de rumbo de Cuba. un balance del desarrollo económico, social y político”, *Revista de Estudios Políticos (Nueva Época)*, n. 67, Enero-Marzo, 1990.

⁶⁰⁴ Claudia Gilman, *op. cit.*, p. 235.

⁶⁰⁵ En su autobiografía, Heberto Padilla señaló que fue víctima de vejaciones y tormentosos interrogatorios. Emilio J. Gallardo, *op. cit.*, p. 202. Véase Stephen J. Clark, “Poesía, política y autobiografía: “La mala memoria” de Heberto Padilla”, *Hispanófila*, n. 126, p. 85-99.

⁶⁰⁶ Gerald Martin menciona que Gabriel García Márquez mantuvo una relación complicada con la Cuba revolucionaria durante sus primeros años. Es falso, afirma, que García Márquez sostuviera una relación estrecha con Cuba durante la década de 1960. En el documental *Gabo, la magia de lo real*, Plinio Apuleyo Mendoza comparte la anécdota de la famosa firma de García Márquez en aquella carta. Tras el caso Padilla, comenta Plinio, Mario Vargas Llosa recomendó que se redactara una carta hacia Fidel para comentarle su inquietud sobre lo acontecido con el poeta cubano. Varios escritores firmaron la carta, entre ellos Cortázar. Sin embargo, la firma de García Márquez que apareció en la misiva no fue hecha por el escritor de *La hojarasca* (1955) sino por el mismo Plinio: “Y faltaba la firma de Gabo. Y a Gabo yo no lo encontré y no era posible conseguirlo por teléfono. Y yo llegué a la oficina y digo: No, hay que poner el nombre de Gabo, bajo mi responsabilidad. Pongan el nombre de Gabo porque es lo que él piensa. García Márquez aclaró después que él no había firmado la carta. Plinio afirma que después de aquel momento, los escritores comenzaron a pensar de manera muy distinta sobre Cuba. Justin Webster, *Gabo, la magia de lo real* (Video), 2015, <https://www.netflix.com> (consulta: 3 de abril de 2020).

Los abajo firmantes, solidarios con los principios y objetivos de la Revolución cubana, le dirigimos la presente para expresar nuestra inquietud debida al encarcelamiento del poeta y escritor Heberto Padilla y pedirle reexamine la situación que este arresto ha creado.

Como el gobierno cubano hasta el momento no ha proporcionado información alguna relacionada con este arresto, tememos la reaparición de una tendencia sectaria mucho más violenta y peligrosa que la denunciada por usted en marzo de 1962, y a la cual el comandante Che Guevara aludió en distintas ocasiones al denunciar la supresión del derecho de crítica dentro del seno de la Revolución.

En estos momentos –cuando se instaura en Chile un gobierno socialista y cuando la nueva situación creada en el Perú y Bolivia facilita la ruptura del bloqueo criminal impuesto a Cuba por el imperialismo norteamericano– el uso de medidas represivas contra intelectuales y escritores quienes han ejercido el derecho de crítica dentro de la Revolución puede únicamente tener repercusiones sumamente negativas entre las fuerzas anti-imperialistas del mundo entero, y muy especialmente en la América Latina, para quienes la Revolución cubana representa un símbolo y estandarte.

Al agradecerle la atención que se sirva prestar a nuestra petición, reafirmamos nuestra solidaridad con los principios que inspiraron la lucha en la Sierra Maestra y que el gobierno revolucionario de Cuba ha expresado tantas veces por medio de las palabras y acciones de su Primer Ministro, del comandante Che Guevara y de tantos otros dirigentes revolucionarios.⁶⁰⁷

La carta dirigida hacia Fidel Castro conservaba un tono cordial. Los intelectuales abogaron por los principios revolucionarios y su preocupación por lo que el caso Padilla pudiese representar en el juego geopolítico de la Guerra Fría. Además, reafirmaron su solidaridad con la Revolución Cubana. La cautela que Cortázar había solicitado en aquella carta de 1968 también se reproducía en ésta. Sin afán de entrar en una polémica directa con el liderazgo cubano y dar la oportunidad indirecta a los Estados Unidos para aprovecharse de la situación, el estado de las cosas estaba puesto para que ocurriera completamente lo contrario.

En un tono más provocador, el PEN Club de México, al que pertenecía Carlos Fuentes, también redactó una carta abierta hacia Castro unos días antes de que la otra misiva apareciera en *Le Monde*. En ella, los escritores mexicanos reprobaban el encarcelamiento de Padilla. Reafirmaban su compromiso con el pueblo cubano –no con la Revolución– y deploraban las declaraciones del líder cubano que aparecieron en la agencia France Press. Ratificaron su defensa de la libertad creadora en Cuba y el cualquier país, y solicitaron la libertad de Padilla. Aseveraron que la liberación del poeta cubano era necesaria para evitar,

⁶⁰⁷ El original de esta carta apareció en francés en el periódico '*Le Monde*' el 9 de abril de 1971. Primera carta de los intelectuales a Fidel Castro, *Rialta* (sitio web), <https://rialta.org/primer-cart-a-de-los-intelectuales-a-fidel-castro/> (consulta: 6 de abril de 2020).

a través de “un acto represivo y antidemocrático” el fin del desarrollo de la literatura cubana.⁶⁰⁸

Ambas cartas, tanto la del PEN Club de México como la de *Le Monde*, simbolizan las dos caras de Fuentes frente al caso Padilla. Por un lado, se hallaba el rostro cosmopolita y de reconocimiento internacional que no pretendía amarrarse a otra polémica pública con el campo intelectual cubano. Además, en ella Fuentes respaldaba su solidaridad con la Revolución como lo había hecho desde 1959 y seguiría haciendo años después del *affaire* Padilla. En la otra cara, Fuentes reafirmaba su compromiso con la libertad creadora, y, en un tono más inquisidor como en su renuncia a *Política* y en el caso Siniavski-Daniel, denunciaba la represión y lo peligroso del encarcelamiento de Padilla.

La reacción por parte del gobierno la isla no sería, evidentemente, satisfactoria. La respuesta del liderazgo cubano hacia la carta de los intelectuales simbolizaría la ruptura entre éste y los intelectuales más heterodoxos. Como señala Ana Pellicer Vázquez, en Cuba se pretendía mitigar el caso Padilla al aducir que era un conflicto interno que estaba fuera de proporciones por la injerencia del imperialismo.⁶⁰⁹ El 1 de mayo de 1971, durante su discurso de clausura del Congreso Nacional de Educación y de Cultura, donde se postuló de manera oficial las nuevas directrices culturales de la Revolución Cubana —la unidad monolítica del pueblo, el combate hacia el desviacionismo y las influencias culturales negativas que pugnaban por penetrar a la revolución—⁶¹⁰, Fidel Castro se refirió al caso Padilla y criticó la intrusión de los intelectuales extranjeros en asuntos internos cubanos. Se refirió a ellos como “liberales burgueses”, “basuras”, “agentillos del colonialismo cultural”, “pseudoizquierdistas”, “agentes de la CIA y de las inteligencias del imperialismo”. Los llamamientos para esclarecer lo que había sucedido con el poeta cubano, Castro los tradujo en simple “chismografía intelectual” que buscaba colocar la atención del público y de los medios cubanos en “basura” y “cuestiones demasiado intrascendentes” cuando los problemas reales que enfrentaba la Revolución Cubana, como el tema del subdesarrollo, eran más importantes. Finalmente, el líder cubano cuestionó la lealtad de los escritores con el proceso revolucionario y su carácter como intelectual comprometidos:

⁶⁰⁸ Carta del PEN Club de México a Fidel Castro, *Excélsior*, México, 2 de abril de 1971, <https://rialta.org/carta-del-pen-club-de-mexico-a-fidel-castro/> (consulta: 12 de abril de 2020).

⁶⁰⁹ Ana Pellicer Vázquez, *op. cit.*, p. 264.

⁶¹⁰ Claudia Gilman, *op.cit.*, p. 241-242.

[...] Están en guerra contra nosotros. ¡Qué bueno! ¡Qué magnífico! Se van a desenmascarar y se van a quedar desnudos hasta los tobillos. Están en guerra, sí, contra el país que mantiene una posición como la de Cuba, a 90 millas de Estados Unidos, sin una sola concesión, sin el menor asomo de claudicación, y que forma parte de todo un mundo integrado por cientos de millones que no podrán servir de pretexto a **los seudoizquierdistas descarados que quieren ganar laureles viviendo en París, en Londres, en Roma. Algunos de ellos son latinoamericanos descarados, que en vez de estar allí en la trinchera de combate, en la trinchera de combate, viven en los salones burgueses, a 10 000 millas de los problemas, usufructuando un poquito de la fama que ganaron cuando en una primera fase fueron capaces de expresar algo de los problemas latinoamericanos.**

Pero lo que es con Cuba, a Cuba no la podrán volver a utilizar jamás, ¡jamás!, ni defendiéndola. Cuando nos vayan a defender les vamos a decir: **“¡No nos defiendan, compadres, por favor, no nos defiendan!”**. **“¡No nos conviene que nos defiendan!”**, les diremos.

Y desde luego, como se acordó por el Congreso, ¿concursitos aquí para venir a hacer el papel de jueces? ¡No! ¡Para hacer el papel de jueces hay que ser aquí revolucionarios de verdad, intelectuales de verdad, combatientes de verdad! **Y para volver a recibir un premio, en concurso nacional o internacional, tiene que ser revolucionario de verdad, escritor de verdad, poeta de verdad, revolucionario de verdad.** Eso está claro. Y más claro que el agua. Y las revistas y concursos, no aptos para farsantes. **Y tendrán cabida los escritores revolucionarios, esos que desde París ellos desprecian, porque los miran como unos aprendices, como unos pobrecitos y unos infelices que no tienen fama internacional.** Y esos señores buscan la fama, aunque sea la peor fama; pero siempre tratan, desde luego, si fuera posible, la mejor.

Tendrán cabida ahora aquí, y sin contemplación de ninguna clase, ni vacilaciones, ni medias tintas, ni paños calientes, tendrán cabida únicamente los revolucionarios.

Ya saben, señores intelectuales burgueses y libelistas burgueses y agentes de la CIA y de las inteligencias del imperialismo, es decir, de los servicios de inteligencia, de espionaje del imperialismo: **En Cuba no tendrán entrada, ¡no tendrán entrada!**, como no se la damos a UPI y a AP. **¡Cerrada la entrada indefinidamente, por tiempo indefinido y por tiempo infinito!**⁶¹¹

Las cartas abiertas de los intelectuales extranjeros habían sido, hasta ese momento, cordiales. Aunque algunos de ellos, como Fuentes, comenzaban a experimentar dudas sobre el régimen cubano, todavía respaldaban públicamente a la Revolución Cubana. En consecuencia, buscaban establecer un bloque intelectual en defensa de la libertad creadora y cualquier arbitrariedad que en nombre del socialismo pudiese realizarse, sin importar que ésta sucediera en un proyecto que tanto habían defendido. Si seguimos la lógica que Fuentes había presentado durante la invasión a Checoslovaquia y el caso Siniavski-Daniel, así como en sus intervenciones sobre la libertad en la literatura, el derecho a la crítica era un ingrediente

⁶¹¹ Fidel Castro, “Discurso en la clausura del Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura”, *Fidel. Soldado de las ideas* (sitio web), el 30 de abril de 1971, <http://www.fidelcastro.cu/es/discursos/discurso-en-la-clausura-del-primer-congreso-nacional-de-educacion-y-cultura> (consulta: 17 de marzo de 2020). Las negritas son mías.

fundamental en el trabajo creativo y en los sistemas socialistas. Por lo tanto, era impensable que en una revolución socialista auténtica como la cubana, un escritor fuera encarcelado por cumplir con su profesión. Las críticas de Castro hacia el origen burgués y cosmopolita de los escritores ponían de nueva cuenta sobre la mesa problemas que, por lo menos del lado de Fuentes y del resto de los escritores del *boom* latinoamericano, se consideraban caducos. Castro demostraba un desprecio hacia el prototipo de intelectual representado por aquellos escritores reconocidos internacionalmente y comprometidos sólo con su literatura. El arrebató discursivo de Castro significó la ruptura definitiva de la Revolución Cubana con aquellos intelectuales. Por consiguiente, se puede confirmar que Fuentes no fue quien rompió primero con el campo intelectual de la Revolución, sino que fue éste, simbolizado en la figura de Castro y Fernández Retamar, quien, discursivamente, marcó primero su distancia con el narrador mexicano en mayo de 1971.

El caso Padilla fue coyuntural. Por un lado, acaeció cuando la Revolución Cubana se reencontraba con la Unión Soviética para buscar su espaldarazo político y, sobre todo, económico. Por el otro, se experimentaban las consecuencias del fracaso de la zafra de los diez millones.⁶¹² Además, las incursiones militares por parte de los enemigos imperialistas se habían transmutado a estrategias culturales para atacar al régimen desde uno de sus más importantes baluartes: la incondicionalidad intelectual. La encarcelación de Padilla y su posterior autocrítica resultaban un mensaje claro para los enemigos de la Revolución dentro y fuera de la isla. Como una caja de pandora, el caso Padilla desató todos los males de la izquierda; mostró la naturaleza del socialismo, las fidelidades y los desencantos.

Es necesario tomar en cuenta que la naturaleza del régimen político y cultural de la Revolución Cubana para 1971 consideraba la lealtad como un valor inalienable del proceso revolucionario. El intelectual no era un simple creador, sino un militante revolucionario. Por ende, la concepción de “crítica” o “libertad creadora” defendida por Fuentes y otros intelectuales, tanto cubanos como extranjeros, no tenía cabida en la transformación que el régimen cubano estaba experimentando. Como sostiene Hilb, la represión y la ausencia de libertades civiles en Cuba no son “epifenómenos de un régimen que, por motivos incomprensibles para las conciencias democráticas, infringe de modo irritante ciertos derechos humanos, sino que conforman elementos coherentes con su naturaleza [que] no

⁶¹² Rojas, *Tumbas sin sosiego...*, p. 271.

reconoce la existencia de esos derechos tal como son sostenidos en el horizonte de nuestras sociedades liberal-democráticas modernas.”⁶¹³ Es decir, la naturaleza del régimen cubano no reconocía derechos o valores fuera de sí mismo para legitimarse. Bajo esa lógica, las posturas entre los intelectuales defensores del reformismo dentro de los sistemas socialistas y el régimen cubano en 1971 eran incompatibles e irreconciliables.

La declaración de Castro en mayo de 1971 no fue la única reacción del régimen cubano contra la carta de los intelectuales. Se decidió poner en circulación a través de *Prensa Latina* la autocrítica de Heberto Padilla, “lo que no fue bueno para nadie, ni para los cubanos, ni para la familia latinoamericana, ni para el propio Padilla.”⁶¹⁴ Como señaló Castro, el caso Padilla no había aparecido en los medios cubanos porque se consideraba una situación intrascendente. En cambio, publicar su autocrítica era una herramienta de legitimación. Para los intelectuales en Europa y en América Latina que se habían enterado de oídas sobre lo acontecido con Padilla en la sede de la UNEAC, la distribución del texto representaba la soviétización de Cuba. La carta abierta del 20 de mayo de 1971 de los intelectuales agregó más nombres y modificó su tono cordial. Era una pronunciación de vergüenza y ruptura:

Creemos un deber comunicarle nuestra vergüenza y nuestra cólera. El lastimoso texto de la confesión que ha firmado Heberto Padilla sólo puede haberse obtenido por medio de métodos que son la negación de la legalidad y la justicia revolucionarias. El contenido y la forma de dicha confesión, con sus acusaciones absurdas y afirmaciones delirantes, así como el acto celebrado en la UNEAC, en el cual el propio Padilla y los compañeros Belkis Cuza, Díaz Martínez, César López y Pablo Armando Fernández se sometieron a una penosa mascarada de autocrítica, recuerda los momentos más sórdidos de la época stalinista, sus juicios prefabricados y sus cacerías de brujas.

Con la misma vehemencia con que hemos defendido desde el primer día la Revolución cubana, que nos parecía ejemplar en su respeto al ser humano y en su lucha por su liberación, lo exhortamos a evitar a Cuba el oscurantismo dogmático, la xenofobia cultural y el sistema represivo que impuso el stalinismo en los países socialistas, y del que fueron manifestaciones flagrantes sucesos similares a los que están sucediendo en Cuba.

El desprecio a la dignidad humana que supone forzar a un hombre a acusarse ridículamente de las peores traiciones y vilezas no nos alarma por tratarse de un escritor, sino porque cualquier compañero cubano –campesino, obrero, técnico o intelectual– pueda ser también víctima de una violencia y una humillación parecidas. Quisiéramos que la Revolución cubana volviera a ser lo que en un momento nos hizo considerarla un modelo dentro del socialismo.⁶¹⁵

⁶¹³ Claudia Hilb, *op cit.*, p. 54.

⁶¹⁴ Claudia Gilman, *op cit.*, p. 240.

⁶¹⁵ Segunda carta de los intelectuales a Fidel Castro, *Rialta* (sitio web) <https://rialta.org/segunda-carta-de-los-intelectuales-a-fidel-castro/> (consulta: 10 de marzo de 2020).

Los intelectuales aclaraban que la autocrítica de Padilla simbolizaba la estalinización del régimen. Aseguraron que el escritor cubano debió haber sido sometido a vejaciones para escribir su *mea culpa*. Esto sólo significaba que Cuba recurría a los métodos soviéticos dogmáticos y represivos con que traicionaba su esencia revolucionaria. Su frase final indicaba la ruptura. Los firmantes no respaldarían el viraje que la Revolución Cubana experimentaba en 1971. Esto no implicaba que desestimaran a la hazaña cubana, sino todo lo contrario. Reivindicaban los principios revolucionarios de 1959, aquella revolución moral que mencionaba Fuentes a principios de la década de 1960: la de la dignidad humana y la libertad. De alguna manera, condicionaron su fidelidad. Mientras la Revolución continuara sometida al oscurantismo soviético, no contaría con su respaldo. En cambio, si la Revolución rectificaba su camino, volvería a ser un ejemplo como modelo socialista. Sin embargo, dicha pretensión inocente era casi imposible de lograrse. Las diferencias políticas y artísticas entre ambos campos eran descomunales.

Se pueden rastrear muchísimas reacciones individuales y nacionales al caso Padilla a través de los medios culturales y de la correspondencia privada entre los mismos intelectuales. Desde pronunciaciones de Mario Vargas Llosa,⁶¹⁶ Octavio Paz —quien no había firmado la carta abierta—⁶¹⁷, Rodolfo Walsh,⁶¹⁸ Guillermo Cabrera Infante,⁶¹⁹ Jorge Edwards,⁶²⁰ Julio Cortázar,⁶²¹ entre otros. La arena intelectual latinoamericana se dividió entre quienes permanecieron leales al régimen cubano y quienes terminaron por desencantarse tras 1971. Las revistas *Casa de las Américas*, *Libre*, *Marcha*, *Panorama*, entre

⁶¹⁶ En su correspondencia con Fuentes, Vargas Llosa le comentó que estaba al tanto de los “improperios” y “mugre” que los cubanos habían dirigido hacia el escritor mexicano. Afirmó que la autocrítica de Padilla era una “pantomima” y “copia inútil” del estalinismo. Rojas, *La polis literaria...* p. 64-65. El 5 de mayo de 1971, Vargas Llosa renunció al Comité de Colaboración de Casa de las Américas. Claudia Gilman, *op. cit.*, p. 243.

⁶¹⁷ Octavio Paz fue de los escritores mexicanos menos comprometidos con la Revolución Cubana. Ante el caso Padilla, el poeta mexicano sostuvo que en Cuba estaba en marcha un proceso en el que el partido revolucionario se convirtiera en casta burocrática. Rojas, *Tumbas...*, p. 273.

⁶¹⁸ El argentino Rodolfo Walsh cuestionó a los intelectuales extranjeros sobre sus afirmaciones sin evidencia —el que Padilla haya sido torturado—. Claudia Gilman, *op.cit.*, p. 243.

⁶¹⁹ Cabrera Infante calificó al incidente como un ejemplo de tiranía cubana y a la postura de Heberto Padilla como una oposición tímida. Silvia Cezar Miskulin, *op. cit.*, p. 163.

⁶²⁰ Edwards, quien fue considerado como persona non grata por el gobierno cubano, fue expulsado de la isla en marzo de 1971. Sobre el caso Padilla, Edwards escribió varios artículos y destacó que Padilla había sido víctima de un estalinismo criollo. *Ibidem*, p. 166.

⁶²¹ Julio Cortázar en su intento por respaldar a la Revolución Cubana sin renunciar a su libertad de expresión, mantuvo una postura ambivalente sobre el caso Padilla. “Padilla no es un traidor, le dice a la UNEAC; pero tampoco es un mártir, le dice a los opositores al gobierno cubano.” Rogelio Demarchi, “Literatura y revolución: la teoría autonómica de Cortázar”, *A Contracorriente: Revista de Historia Social y Literatura en América Latina*, v. 15, n. 3, 2018, p. 136.

otras, reprodujeron, de acuerdo con sus líneas editoriales, los debates que se suscitaron al respecto. En México, las revistas *Siempre!*, *Plural* y *Vuelta* hicieron lo suyo. La reacción mexicana resulta muy interesante pues permite contextualizar la que tendría Carlos Fuentes. En *Siempre!*, por ejemplo, la intelectualidad mexicana estaba dividida. La línea del semanario donde publicaba Fuentes era crítica hacia el régimen cubano. Se presentaba al socialismo cubano construido por la figura de Fidel Castro fracturado por Heberto Padilla; lo acontecido en la sede de la UNEAC mostraba su fragilidad.

Recientemente, Casa de las Américas y la UNEAC publicaron una relectura del caso Padilla por su cincuenta aniversario. En ella, los escritores cubanos Abel Prieto y Jaime Gómez Triana seleccionaron una serie de documentos, muchos de ellos hasta ahora inéditos,⁶²² con el propósito de analizar cinco décadas después desde el punto de vista cubano, aquel acontecimiento funesto de 1971 que puso en jaque la arena intelectual latinoamericana. Si nos atenemos al prólogo de la obra, Prieto y Gómez Triana, quienes mantienen todavía un discurso típico de la bipolaridad de la Guerra Fría, encontraremos una nueva forma de abordar el caso Padilla.

El objetivo de los autores es demostrar que la interpretación que se sostiene sobre el caso Padilla ha sido errónea y, por tanto, consecuencia de los estereotipos construidos por el enemigo histórico de Cuba quien reclutó a diversos personajes “impresentables” –refiriéndose a los intelectuales extranjeros que rompieron con Cuba en 1971– en su cruzada cultural contra la Revolución. Afirman que el caso Padilla se sobredimensionó debido a las mentiras de estos personajes y que la “verdad” del caso tuvo poca resonancia debido a que la gran prensa, alineada a los intereses del imperialismo, la silenció. La línea de Prieto y Gómez Triana es que el caso Padilla no significó la ruptura entre la intelectualidad latinoamericana con la Revolución Cubana, al contrario, en aquel momento numerosos intelectuales mostraron su solidaridad.⁶²³ Cuba no se quedó sola en 1971, como cierta parte de la historiografía intelectual ha señalado en los últimos años. Sin embargo, fue un duro golpe

⁶²² Esta nueva obra publicada recientemente en abril de 2021 recupera una carta en el archivo de Casa de las Américas, hasta ahora inédita, de Fernando Benítez hacia Roberto Fernández Retamar. Dicha carta fue revisada durante esta investigación y se obtuvo una copia digital gracias a las diligencias de Ana Cecilia Ruiz, encargada del archivo. Sin embargo, la publicación de *Fuera (y dentro) del juego. Una relectura del <<caso Padilla>> cincuenta años después* antes de esta tesis de investigación nos ganó en la primicia de tan importante documento histórico.

⁶²³ Abel Prieto y Jaime Gómez Triana, *Fuera (y dentro) del juego. Una relectura del <<caso Padilla>> cincuenta años después*, Cuba, Casa de las Américas, 2021, p. 4-26.

para los vínculos intelectuales tan estrechos que se habían forjado con la intelectualidad europea y latinoamericana.⁶²⁴ Hay varios elementos que me interesan resaltar sobre esta relectura cubana del caso Padilla ya que están íntimamente relacionados con las razones del enfrentamiento del vínculo entre los intelectuales cubanos y Carlos Fuentes.

Por un lado, Prieto y Gómez Triana y varios de los textos seleccionados para esta nueva obra dejan entrever que la autocrítica de Heberto Padilla formó parte de una “actuación minuciosamente preparada” por el poeta cubano que tuvo como objetivo hacer una parodia de los juicios soviéticos, como el de Siniavski y Daniel que anteriormente presenté. La autocrítica estuvo dirigida a sus amigos intelectuales en el extranjero, los “liberales del mundo”, quienes automáticamente cayeron “dentro del juego” y asumieron que Padilla era víctima de un escandaloso proceso de censura y tortura.⁶²⁵ Algunos escritores, sostienen Prieto y Gómez Triana, cayeron en cuenta del histrionismo y manipulación de Padilla en ese preciso momento o años después. Personajes como Eduardo Galeano, quien afirmó que la autocrítica de Padilla fue hecha con el objetivo de “joder a Cuba”⁶²⁶, Mario Benedetti, quien aseguró que la actuación de Padilla formaba parte de su “maniobra promocional”⁶²⁷ o el mismísimo Juan Goytisolo, quien había participado en la redacción de aquella primera carta hacia Fidel y que para los cubanos fue uno de los miembros más activos de la campaña de difamación contra la Revolución Cubana tras el caso Padilla, aseguró que la autocrítica de Padilla había sido un “montaje teatral” de las célebres purgas de Moscú.⁶²⁸ Bajo esa perspectiva, los intelectuales extranjeros que cayeron en el engaño de Padilla y que aprovecharon tal espectáculo para arremeter contra Cuba, no sólo habían sido timados sino que también mostraron de qué lado se encontraba su lealtad revolucionaria.

Otro aspecto que resalta en *Fuera (y dentro) del juego. Una relectura del << caso Padilla >> cincuenta años después* (2021) es el recuento y crítica de las famosas cartas de los intelectuales extranjeros sobre lo acontecido con Padilla. Las cartas del PEN Club de México como las de *Le monde* demostraron, según los autores, la superficialidad de las adhesiones de algunos intelectuales al proyecto cultural cubano.⁶²⁹ Prieto y Gómez Triana

⁶²⁴ *Ibidem*, p. 20.

⁶²⁵ *Ibidem*, p. 6-8.

⁶²⁶ *Ibidem*, p. 10.

⁶²⁷ *Ibidem*, p. 8.

⁶²⁸ *Ibidem*, p. 7.

⁶²⁹ *Ibidem*, p. 13.

rescataron que la postura de algunos de estos escritores no fue algo permanente. Unos “comprendieron que estaban siendo utilizados en una confabulación mediática reaccionaria por los enemigos de Cuba y de toda causa justa.”⁶³⁰ Otros habían rectificado su postura y “regresaron a Cuba y se reencontraron con la utopía que tanto los había inspirado.”⁶³¹ Además, algunos escritores que permanecieron enemistados con Cuba, como Vargas Llosa o Jorge Edwards, reconocieron que existía “más ruido que nueces”⁶³² detrás del caso Padilla.

Finalmente, otro de los puntos importantes de esta relectura del caso Padilla que sirve para el objeto de esta investigación es la hipótesis de que la polémica en 1971 se puede entender también por la impronta del mercado editorial. En ese sentido, aseguran los autores cubanos, las estrategias estadounidenses de cooptación intelectual para contener la influencia de la Revolución Cubana habían logrado su cometido. La fórmula que esta maquinaria utilizaba para “domesticar a los sectores intelectuales ha sido y sigue siendo el acceso al mercado del arte y la literatura, premios, becas, visibilidad mediática.”⁶³³ La repercusión mediática del caso Padilla era un triunfo para los intereses del imperio que, desde la constitución de *Mundo Nuevo y Libre*, buscaban de todas las maneras posibles adherir a su causa a la intelectualidad europea y latinoamericana liberal y cosmopolita que no era tan leal al proyecto cubano. Finalmente, muchos de los autores que se rebelaron contra Cuba tras el caso Padilla fueron precisamente colaboradores de estos aparatos culturales estadounidenses, como el mismo Carlos Fuentes.

Ante tales circunstancias, no sorprende en lo absoluto la colisión que aconteció dentro del seno intelectual latinoamericano en 1971. Por una parte, aquellos intelectuales liberales, antiestalinistas y heterodoxos, tradujeron en la autocrítica de Padilla los signos de descomposición del socialismo cubano que, asumieron, era una señal de su acercamiento a la esfera totalitaria soviética. Por la otra, para el campo intelectual cubano, incluso en la actualidad, el caso Padilla representó el estado de fragilidad de algunos vínculos de la intelectualidad con la Revolución Cubana y, por ende, la victoria de la maquinaria imperialista. No podía, entonces, interpretarse solamente como un gesto de ingenuidad, sino

⁶³⁰ *Ibidem*, p. 14.

⁶³¹ *Idem*.

⁶³² *Ibidem*, p. 16.

⁶³³ *Ibidem*, p. 21.

que, para las necesidades revolucionarias en aquel momento, era un indicio de infidelidad y, por ende, de contrarrevolución.

Las pasiones que levantó el caso Padilla en 1971 no cesan, incluso cincuenta años después. De la lista de escritores más atacados por parte del campo intelectual cubano desde aquella década tan convulsionada resalta la figura de Mario Vargas Llosa quien es considerado, inclusive hoy, como una figura antifidelista y, por tanto, contrarrevolucionario. Me llama muchísimo la atención que en *Fuera (y dentro) del juego. Una relectura del <<caso Padilla>> cincuenta años después* (2021) no exista referencia directa hacia Carlos Fuentes. El narrador mexicano aparece siquiera en uno que otro documento como elemento secundario. La invisibilización de Fuentes en la perspectiva contemporánea cubana puede no ser arbitraria. Como sostiene Desiderio Navarro:

Ocurre que la actividad crítica del intelectual en la esfera pública no solo es combatida directamente, sino también por vías indirectas, y una de ellas es la administración de la memoria y el olvido. En cada período se trata de borrar (minimizar, velar) de la memoria colectiva cultural todo lo relativo a la actividad crítica del intelectual en el período anterior: ora el recuerdo de las formas que asumió, las vías que utilizó, los espacios en que se desarrolló y las personas concretas que la ejercieron, ora el recuerdo de cómo se la combatió, reprimió o suprimió, y quiénes fueron sus antagonistas [...].⁶³⁴

Pareciera que el protagonismo de Fuentes en aquel campo intelectual latinoamericano, así como su vínculo con la Revolución Cubana fueran de poca importancia para explicar la hecatombe de 1971. Si ese fue el caso, ¿por qué razón Fernández Retamar decidió arremeter con tanta vehemencia contra el escritor mexicano en *Caliban* (1971)? ¿Bajo qué directrices personales, políticas o intelectuales se decidió invisibilizar la presencia de Fuentes, un escritor fundamental del *boom* latinoamericano y un solidario con la Revolución Cubana durante la década de 1960?

La reacción de Carlos Fuentes sobre el caso Padilla fue publicada en la revista *Libre*. En ella, el escritor mexicano planteó, al igual que en la primera carta abierta, la grandeza de la Revolución Cubana que había triunfado en 1959 y que se había convertido en un modelo para América Latina. Recurrió a los magnos logros populares de la Revolución como la reforma agraria, la campaña de alfabetización, entre otros, que como planteé capítulos

⁶³⁴ Desiderio Navarro, “Introducción al ciclo ‘La política cultural del período revolucionario: memoria y reflexión’”, *La Jiribilla. Revista de Cultura Cubana* (sitio web), 12 de octubre de 2018, <http://www.lajiribilla.cu/introduccion-al-ciclo-la-politica-cultural-del-periodo-revolucionario-memoria-y-reflexion-2/> (consulta el 7 de abril de 2022).

anteriores se relacionaban con los elementos populares de la Revolución Mexicana que más defendió. Lo sucedido con Padilla simbolizaba para Fuentes el empequeñecimiento de la Revolución Cubana y, con ello, el de América Latina. Los métodos estalinistas de confesiones prefabricadas y de rigidez ideológica emanados de la persecución y autoinculpación de Padilla, significaban un verdadero riesgo de totalitarismo que Cuba estaba en posibilidades de evitar.⁶³⁵

Cuba puede, sin renunciar un ápice de su ideología, demostrar que el delirio persecutorio de un estilo político determinado, cultural e históricamente ligado al pasado zarista, no es inherente al verdadero socialismo, y menos en tierra latinoamericana. De lo contrario, la esperanza volverá a hundirse en la fatalidad, en una fatalidad particularmente irracional, de imitación extralógica. No queremos un socialismo fijado, como estatua de sal, en los métodos privativos y superados del régimen ruso de los años treinta. Queremos un auténtico socialismo latinoamericano en el que la necesidad, encarnada en un Estado por fuerza pasajero, no prive sobre la libertad y la iniciativa de los grupos sociales y de los ciudadanos dentro del socialismo.⁶³⁶

Rodríguez Monegal sostuvo que muchos intelectuales latinoamericanos, entusiasmados por la Revolución Cubana, se habían insertado en una ceguera política que les impedía ejercer su capacidad crítica hacia un régimen que había abandonado el ejercicio de la crítica y la lucidez.⁶³⁷ Se puede decir que Fuentes, ferviente defensor del ejercicio crítico, lo ponía en práctica al atreverse a cuestionar el proceso de soviétización del régimen cubano. Sin embargo, el intelectual mexicano mantenía su esperanza sobre las posibilidades de cambio. En términos políticos, la defensa de Heberto Padilla y su crítica contra el procedimiento cubano estaban relacionadas con su defensa del modelo socialista. Carlos Fuentes proponía a través de esas líneas, era rescatar al socialismo del lodo en que lo habían metido. A pesar de todo lo acontecido, creía en la posibilidad de que este modelo se replicara en otros lugares. Por tanto, el camino que había tomado la Revolución Cubana significaba un peligro para el socialismo en América Latina. En términos artísticos, su postura ante el caso Padilla representaba el epítome de su *ethos* intelectual. La libertad creadora estaba por delante de cualquier necesidad y/o deseo político.

En *Caliban* (1971) Roberto Fernández Retamar arremetió contra Fuentes y su campo intelectual en México –la ‘mafia’– por la postura que sostuvieron tras el caso Padilla:

⁶³⁵ Rojas, *La polis literaria...*, p. 65.

⁶³⁶ *Ibidem*, p. 66

⁶³⁷ Silvia Cezar Miskulin, *op. cit.*, p. 165.

Este equipo expresó cálidamente su simpatía por la Revolución Cubana hasta que, en 1961, la Revolución proclamó y demostró ser marxista-leninista, es decir, una revolución que tiene al frente la alianza obrero campesina. A partir de ese momento, la *mafia* le espació de modo creciente su apoyo, hasta que en estos meses, aprovechando la alharaca desatada en torno al mes de prisión de un escritor cubano, rompió estrepitosamente con Cuba. [...]

Es aleccionadora esta simetría: en 1961, en el momento de Playa Girón, el único conjunto de escritores latinoamericanos que expresó en un manifiesto su deseo de que Cuba fuera derrotada por los mercenarios al servicio del imperialismo fue el grupo de escritores argentinos centrados en torno a Borges; diez años después, en 1971, el único equipo nacional de escritores del continente en romper con Cuba aprovechando un visible pretexto y calumniando la conducta de la Revolución, ha sido la *mafia* mexicana. Es un simple relevo dentro de una actitud equivalente.⁶³⁸

Con esta declaración, como figura central del campo intelectual cubano, Fernández Retamar establecía las directrices de la nueva política cultural de la Revolución y se desmarcaba de aquellos que decidieron no adherirse al proceso, aunque el escritor cubano erraba en sus argumentos que pretendían impugnar el respaldo del campo intelectual mexicano. La afirmación de que éste había perdido su simpatía tras 1961 con la declaración marxista-leninista de la isla, es incorrecta. Seguramente Fernández Retamar también lo sabía. Sin embargo, con esa afirmación el intelectual cubano aseguraba que los intelectuales mexicanos no eran simpatizantes del marxismo-leninismo y que, por ende, no podían serlo de la Revolución Cubana. Como lo vimos, pese a que Carlos Fuentes negaba el carácter comunista de la Revolución Cubana en 1960 y que no se asumía como marxista, tras la declaración marxista-leninista en 1961 el escritor mexicano siguió respaldando la hazaña cubana en su fase marxista durante toda la década. Por otro lado, al aseverar que la ruptura estrepitosa de este campo intelectual se debió a un simple pretexto, Fernández Retamar confirmaba el deseo cubano de disminuir el impacto del caso Padilla y excusarse a través del poco compromiso militante de la ‘mafia’ mexicana.

La ruptura de Carlos Fuentes y su campo intelectual mexicano con Fernández Retamar quedó solidificado tras *Caliban* (1971). De aquella intelligentsia mexicana, como el cubano definió al grupo de Fuentes, el vínculo fraternal más importante era con Fernando Benítez. Éste había participado en diversas ocasiones con procesos culturales dentro de la isla y mantenía una amistad muy cercana con el intelectual cubano. La última correspondencia previa al caso Padilla entre ellos fue en 1968.⁶³⁹ Después de ese episodio, la

⁶³⁸ Roberto Fernández Retamar, *op. cit.*, p. 46.

⁶³⁹ “Mi más querido Fernando: Hace siglos que no se nada de ti, y, naturalmente, la vida se me hace más pesada. Tu obra sobre los indios es una maravilla y una alegría. Sé que has seguido trabajando, pero no conozco cosas

comunicación se reanimó hasta 1983.⁶⁴⁰ En ese momento, Benítez reafirmó su solidaridad con la Revolución Cubana y su amistad con Retamar. Se alegró de romper el hielo y aseguró que Cuba no había dejado de formar parte de su vida. En referencia al caso Padilla, el escritor mexicano aseveró que su cuestionamiento ante aquel episodio se relacionaba con su creencia de que la libertad era una característica fundamental en el socialismo e, indirectamente, se disculpaba por la traición que había interpretado el régimen cubano, y que él también había experimentado porque Padilla había resultado ser un “bufón despreciable.”⁶⁴¹ En respuesta, Fernández Retamar también se entusiasmó por recuperar la comunicación y afirmó que su distanciamiento había sido provocado por la “canallada de un truhan” que generó “discusiones que no hubieran debido tener lugar entre compañeros y amigos.” Al final, sostuvo Retamar, sólo los verdaderos amigos sobreviven a ese tipo de experiencias y polémicas, y aseguró que en Cuba jamás consideraron que Benítez se hubiera separado de la Revolución: “Nunca nos hemos sentido lejos de ti, ni te hemos sentido lejos.”⁶⁴²

Curiosamente, Fernández Retamar omitió mencionar el furor con que atacó a la ‘mafia’ mexicana de la cual Fuentes era la figura más reconocible internacionalmente, aunque Benítez había sido el principal orquestador. Independientemente de ello, me interesa recalcar de esta conversación que, a diferencia de la década de 1960, cuando Benítez salió en defensa de Fuentes frente a las críticas que recibió por parte de los cubanos tras su participación en el PEN Club de Nueva York y luego en su colaboración de *Mundo Nuevo*, en esta ocasión el nombre del autor de *Cambio de piel* (1967) no salió a relucir. ¿Por qué razón? En contraste con Benítez, el vínculo entre Carlos Fuentes y el campo intelectual cubano se rompió de manera absoluta tras 1971. El narrador mexicano ya no era un “verdadero amigo” de Fernández Retamar, ni de la Revolución.

En la relectura cubana de *Fuera (y dentro) del juego* (2021) Prieto y Gómez Triana recuperan la carta de Benítez a Retamar de 1983 y presentan al mexicano como el intelectual redimido que, tras ser uno de los principales orquestadores de la difamación contra la

tuyas posteriores. Escíbeme, dime algo, grita en lo más transparente para que te oiga, desde esta isla disputada por el agua tu hermano que te admira y quiere”. Carta de Roberto Fernández Retamar a Fernando Benítez, La Habana, agosto 8 de 1968. Consultado en Archivo Memoria de Casa de las Américas.

⁶⁴⁰ Carta de Fernando Benítez a Retamar, México D.F, 15 de febrero de 1983. Consultado en Archivo Memoria de Casa de las Américas.

⁶⁴¹ Carta de Roberto Fernández Retamar a Benítez, La Habana, 23 de marzo de 1983. Consultado en Archivo Memoria de Casa de las Américas. Expediente Fernando Benítez.

⁶⁴² *Idem.*

Revolución Cubana con el caso Padilla en México, regresó a la isla y enderezó el camino de su militancia.⁶⁴³ Pero así como la figura de Fuentes es ignorada en la correspondencia privada entre ambos intelectuales, los autores cubanos de la relectura sólo aluden a Fernando Benítez como el representante del campo intelectual mexicano. Ante ello, podría pensarse que Fuentes no mantuvo un vínculo estrecho con el campo intelectual cubano y que, por ende, no se consideró siquiera necesario mencionarlo, ni que su defensa de la Revolución Cubana alcanzó alguna resonancia importante. Sin embargo, la narración que he presentado demuestra que el lazo entre el escritor mexicano, el campo intelectual cubano y la Revolución Cubana durante la década de 1960 fue solidario y sumamente cercano.

La postura que Carlos Fuentes sostuvo ante la Revolución Cubana durante el caso Padilla fue la consolidación de todos los elementos que, desde 1959, dieron forma a su *ethos* intelectual. Amén de todas las transformaciones que su pensamiento intelectual experimentó a lo largo de la década de 1960 y que influyeron de manera definitiva en su actitud en 1971, no puede dejarse de lado una situación que trastocó por completo su modo de hacer y pensar la política y la literatura durante la década de 1970. Me refiero a su adhesión al gobierno de Luis Echeverría.

Como sustenté, uno de los factores determinantes que llevaron a Carlos Fuentes a entusiasmarse por la Revolución Cubana en 1959 fue su similitud con la Revolución Mexicana y la promesa de que la cubana lograría saldar las deudas pendientes de la mexicana con la región latinoamericana. Asimismo, la aparición de la Revolución Cubana en el imaginario de la izquierda mexicana le permitió descongelar a la Revolución Mexicana. Cuba representaba una esperanza libertaria para los pueblos de América Latina. La lectura que Fuentes realizó sobre la Revolución Cubana no sólo estuvo relacionada con su pertenencia a la izquierda y el frenesí comprensible de la época, sino que también estaba vinculada con el impacto que ésta podría tener en la izquierda mexicana. De hecho, su negativa de aceptar a la Revolución Cubana como una revolución exportable, tenía que ver precisamente con su renuencia de apoyar un movimiento violento en México. Recordemos que la postura de Fuentes con la situación mexicana estaba relacionada con la apuesta por una vía civil y democrática para transformar al país. Esta transformación sólo podría llevarse a cabo con las

⁶⁴³ Abel Prieto y Jaime Gómez Triana, *op. cit.*, p. 15.

fuerzas de izquierda; sin embargo, éstas se encontraban tan fragmentadas que les resultaba imposible hacerles frente a los verdaderos problemas del país.

Desde mediados de la década de 1960, Fuentes argumentó que la izquierda mexicana debía reorganizarse para hacer frente a las fuerzas del fascismo que amenazaban al país y a la región. En su postura heterodoxa, el escritor mexicano planteó la posibilidad, incluso, de alinearse con el ala izquierda del PRI para enfrentar tales peligros. En su ruptura con *Política*, los colaboradores ortodoxos de la revista criticaron la cercanía de Fuentes y parte de su campo intelectual con el gobierno del priísta de López Mateos. Aseguraron que el escritor aplaudía los logros de un gobierno que estaba enfrentado por antonomasia contra la izquierda. Por su parte, Fuentes consideraba que dentro del partido oficial existían sectores progresistas que podían recomponer el camino y hacer frente a las amenazas del país. Con su espaldarazo al triunfo de Gustavo Díaz Ordaz en 1964, Fuentes no sólo se desmarcaba de las posturas ortodoxas de la izquierda mexicana, sino que también vaticinaba que en contextos políticos tan convulsivos, siempre estaría del lado de la vía democrática, entendida no sólo como la voluntad popular, sino como la ruta no violenta.

Bajo esa misma línea, y pese al trauma de 1968, Fuentes respaldó al gobierno de Luis Echeverría. A pesar de que en un inicio se hallaba dubitativo sobre el presidente priísta,⁶⁴⁴ posteriormente se solidarizó con él debido al asedio del imperialismo y de la derecha priísta –del fascismo–. Bajo el lema de Benítez, “Echeverría o fascismo”, Fuentes se adhirió al gobierno y se convirtió en promotor de éste. Afirmó que en México existía un clima de esperanza, de libertad política, respeto a la disidencia y pluralidad ideológica, por lo que estar del lado de Echeverría significaba estar del lado correcto de la historia.⁶⁴⁵ En 1974, como parte de su herencia diplomática, se convirtió en embajador de Francia.

Su alineación con el régimen de Echeverría posicionó a Fuentes en nuevas polémicas dentro de la izquierda mexicana.⁶⁴⁶ Para algunos escritores mexicanos era inconcebible que

⁶⁴⁴ Tenía opiniones contradictorias sobre la personalidad de Luis y Echeverría y lo consideraba un político “vulgar e ignorante”. Guillermo Sheridan, “Octavio Paz y Carlos Fuentes: el dilema Echeverría”, *Letras Libres* (sitio web), marzo 2017,

<https://www.letraslibres.com/mexico/historia/octavio-paz-y-carlos-fuentes-el-dilema-echeverria> (consulta: 12 de mayo de 2018).

⁶⁴⁵ *Idem*.

⁶⁴⁶ Escritores como Gabriel Zaid y José Emilio Pacheco polemizaron con Carlos Fuentes sobre su respaldo al gobierno de Luis Echeverría. Véase John King, *Plural en la cultura literaria y política latinoamericana. De Tlatelolco a el ogro filantrópico*, México, Fondo de Cultura Económica, 2011, p. 127-176.

Fuentes y otros intelectuales de izquierda respaldaran incondicionalmente al gobierno de Echeverría después de la matanza del Jueves de Corpus. En su defensa, Fuentes señaló que lo acontecido el 10 de junio de 1971 era una trampa para estigmatizar y desacreditar las intenciones progresistas del presidente.⁶⁴⁷ El autor de *La región más transparente* (1958) abogó por las diversas acciones que Echeverría había realizado –liberación de presos políticos de 1968 y su interés en las artes–⁶⁴⁸ que demostraban la apertura democrática. En realidad, Fuentes respaldaba al gobierno de Echeverría por ser la única opción aparentemente democrática desde donde se podía transformar al país; era de nueva cuenta la coexistencia pacífica o el fascismo. Resultaba ser la ruta viable para impedir que la derecha ascendiera. A estas alturas, pareciera que Fuentes hubiese renunciado a una metamorfosis socialista en el país; no obstante, comparaba a Echeverría con Salvador Allende, el chileno que prometía la transformación socialista desde la vía civil:

Como no, como no, por supuesto. Se puede diferir en cuanto a la forma y a los objetivos para lograr el pleno desarrollo y la plena independencia de nuestros países: Salvador Allende lo enfocó de una cierta manera, Luis Echeverría lo enfoca de otra distinta, pero los propósitos son los mismos: asegurar la independencia de nuestro país y el bienestar de nuestro pueblo ¿no? Esto se podría discutir largamente: ciertas opiniones marxistas que yo respeto profundamente piensan que sólo a través de un movimiento revolucionario brusco, una revolución del proletariado, etcétera se puede establecer el socialismo en la América Latina; yo creo que en el caso de México es un caso muy peculiar y que quizás Octavio Paz el que con su habitual lucidez lo señaló por primera vez. La idea marxista de que son las clases las que forman al Estado, sufre por lo menos dos excepciones muy importantes: Japón... porque el Estado promueve la creación de clases, y en México el Estado crea la estructura social del país después de la revolución.⁶⁴⁹

La declaración de Fuentes no sólo respondía a la idea que defendió desde principios de la década de 1960 sobre la multiplicidad en los métodos de transformación social, sino que confirmaba que para 1971, su ideal socialista en México era opuesto al que Cuba y la izquierda ortodoxa mexicana defendían. No respaldaba ni respaldaría, en ninguna circunstancia, la insurrección violenta. Creía en la acción colectiva, en la organización de la ciudadanía. A pesar de lo enigmática que resultaba su adhesión al gobierno de Echeverría, se

⁶⁴⁷ *Ibidem*, p. 131.

⁶⁴⁸ El gobierno de Luis Echeverría tuvo elementos filantrópicos en el sector de la cultura. Donó dinero a proyectos culturales y educativos, se rodeó de jóvenes universitarios, y promovió iniciativas a nivel intelectual y cultural. *Ibidem*, p. 129. Asimismo, respecto a su política diplomática. Echeverría sostuvo una política tercermundista y se opuso a las dictaduras militares en el Cono Sur. Rojas, *Historia mínima...*, p. 176.

⁶⁴⁹ Entrevista de Elena Poniatowska a Carlos Fuentes en *Novedades*, México, 7 de marzo de 1975. Consultada en Archivo Vertical.

puede considerar que Fuentes mantuvo una congruencia ideológica que sólo maduró con los años, más no se contradijo, como los intelectuales cubanos dejaron entrever. Ante ese escenario resulta comprensible que las diferencias entre el *ethos* de Fuentes y las necesidades políticas y culturales de la Cuba revolucionaria y la izquierda prosoviética fuesen irreconciliables.

Después de ser considerado como contrarrevolucionario por parte del campo intelectual cubano y el mismísimo Fidel Castro, Carlos Fuentes insistió en su defensa de la libertad creadora. Corroboró de nueva cuenta que no creía en la literatura comprometida ya que ésta debía responder a una relación dialéctica de libertad entre el autor y el lector. El compromiso político de la literatura, el que es dictado, ponía en peligro la esencia misma de la creación. El escritor, afirmó, era un *outsider* en cualquier sociedad y cualquier régimen; estaría sometido a presiones, desde el encarcelamiento hasta métodos más sofisticados como la disminución de los canales de comunicación y la coacción económica: “El escritor en toda sociedad es el ave del mal agüero, es el aguafiestas, es, como dice Vargas Llosa, el que vive de la carroña de la sociedad. El escritor tiene una vocación crítica. Su misión es señalar lo que está mal, incluso pasando por alto lo que está bien porque de eso se encargan las agencias de turismo.”⁶⁵⁰ Esta responsabilidad crítica era su esencia verdaderamente revolucionaria, no su militancia política. Los regímenes que sacrificaban la vocación crítica, en aras del compromiso y la lealtad absoluta, contradecían el valor mismo de la libertad. Si este régimen era socialista, pues se contradecía a sí mismo. “Cada país tiene las Siberias que se merece.”⁶⁵¹

A pesar de las furibundas afrentas que el liderazgo político y el campo intelectual cubano habían lanzado hacia Carlos Fuentes, éste respaldó todavía a la Revolución Cubana durante la década de 1970. Su entusiasmo en el proyecto insólito que había venido a trastocar las raíces más profundas del continente continuaba, aunque en bajo perfil y tal vez no con tanta euforia como en 1959. Aquella ceguera política que sostenía Rodríguez Monegal, nacía de las asombrosas transformaciones sociales que había logrado la Revolución Cubana, como la alfabetización, la revolución cultural o la reforma agraria, que coincidían con los elementos populares más identificables de la Revolución Mexicana. Asimismo, la Revolución Cubana, con sus luces y sombras, era un indiscutible estandarte de la lucha antiimperialista que

⁶⁵⁰ Entrevista a Carlos Fuentes por Elsa Arana Freire, *Revista Visión*, México, febrero 27 de 1971. Consultada en Archivo Vertical.

⁶⁵¹ *Idem.*

enfrentaba la región latinoamericana y que ocupaba un espacio importante en el discurso de Carlos Fuentes durante la Guerra Fría. Dichas circunstancias estimularon la resistencia de Fuentes a romper abruptamente con la Revolución Cubana de la misma manera como ésta lo había hecho con él. Cuando en 1977 fue cuestionado sobre su respaldo hacia el experimento socialista cubano, Fuentes afirmó:

Lo mantengo totalmente. Creo que los revolucionarios cubanos han demostrado en quince años que posible resolver en América Latina los problemas del empleo, los problemas del trabajo, los problemas de la salud y los problemas de la educación. Me parece bastante, me parece muchísimo. Y no creo que tenga el derecho ningún dictadorzuelo bananero de Centroamérica a levantar la voz y a decir la menor crítica a Fidel Castro y a su gente, mientras no sean capaces de resolver los problemas que los revolucionarios cubanos han resultado.

[...]

Sí, sí. Yo también se las he disparado a ellos y es normal, ¿verdad? A veces en Cuba pues han surgido [...] en el mundo de las letras que quieren son los gendarmes de los demás escritores latinoamericanos y eso no estoy dispuesto a aceptarlo, ¿verdad?⁶⁵²

De la misma manera que aceptaba críticamente las mejoras de tipo social que la URSS había llevado a cabo y la trascendencia de Stalin para la historia soviética, sin dejar de oponerse al realismo socialista, Fuentes trasmataba esa visión hacia la Revolución Cubana. Estaba convencido del ejemplo que representaba para el resto de los países en América Latina. Su principal crítica era, entonces, hacia su campo intelectual que había adquirido tintes de burocracia cultural y que pretendía homologar las directrices de la creación artística en toda la región. No obstante, así como la Unión Soviética había pervertido el legado esencial de cualquier revolución auténticamente socialista al sacrificar los derechos del hombre, bajo la perspectiva de Fuentes, la Revolución Cubana no tardaría mucho tiempo en tomar el mismo camino. Además, en este momento Fuentes ya sostenía que el socialismo sólo podía construirse en sociedades altamente industrializadas, por lo cual, para 1970 era técnicamente inexistente. Con esa declaración no sólo descartaba el carácter socialista de la URSS sino también de Cuba.

Así como los efectos de la política cultural del Quinquenio Gris podían percibirse en la isla —el combate hacia la autonomía de los artistas e intelectuales, la intensificación de la disciplina, la difusión del realismo socialista y la filosofía y teoría social del marxismo-leninismo ortodoxo—⁶⁵³, los lazos desgastados con varios intelectuales, dentro y fuera de la

⁶⁵² Entrevista a Carlos Fuentes, *Programa A Fondo* (Video), <https://www.youtube.com/watch?v=pB4HwyUuzJc> (consulta: 7 de septiembre de 2019).

⁶⁵³ Rojas, *Historia mínima...*, p. 175.

isla, terminaron de resquebrajarse por completo. Algunos optaron por el silencio o por el exilio, mientras que otros fueron sometidos al ostracismo o a la cárcel. Fuentes experimentó un ostracismo voluntario e involuntario. Involuntario, porque el régimen político y cultural había roto con él. Voluntario, porque el escritor mexicano acabó por desencantarse con el giro cultural que la Revolución Cubana había tomado y nunca más volvió a la isla. En la década de 1980, Fuentes aseguró que la Revolución Cubana había sido un auténtico punto de reunión:

¡Cuánto fervor y esperanza desató la Revolución cubana! La Habana se convirtió en un punto nodal hasta que los cubanos desarrollaron su realismo tropical socialista y empezaron a excomulgar gente. En última instancia, destruyeron la posibilidad de lograr una comunidad, aunque la Revolución cubana jugó un importante papel en crear un sentimiento de unidad. Yo estuve presente cuando Castro entró en La Habana. Fue un momento que galvanizó nuestras vidas, y en retrospectiva, lo sigue siendo. Sucedió una cosa extraordinaria en la historia de la literatura hispanoamericana: todos los miembros prominentes del boom éramos amigos de los demás. Tristemente, ahora ya no es así. Ahora que entramos en la edad madura, las amistades se han roto y las personas se han vuelto enemigas por razones políticas o personales. Miramos atrás con nostalgia.⁶⁵⁴

La Revolución Cubana había encapsulado los ideales de la juventud que anhelaba una verdadera transformación de las estructuras en América Latina. Estimuló la unión de decenas de artistas y escritores a lo largo del mundo que veían en el experimento cubano el paraíso socialista en la tierra. Específicamente en América Latina, provocó una revolución cultural que, a su vez, generó una comunidad intelectual tan estrecha *sui generis* en la región. Solidaridad, alianza, intercambio entre personas que tenían la voluntad de transformar el mundo a través de la palabra. La década de 1960 marcó un antes y un después en la historia intelectual de América Latina. Tras el caso Padilla, parte de esa comunidad se fragmentó en términos políticos y artísticos. El desencanto de Carlos Fuentes fue un duelo político, intelectual y fraternal. El narrador mexicano nunca más regresó a la isla.

⁶⁵⁴ Jorge F. Hernández, *Carlos Fuentes: Territorios del tiempo. Antología de entrevistas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999, p. 59-60.

EL FIN DE LA REVOLUCIÓN IMAGINADA

A manera de Epílogo

Carlos Fuentes falleció el 15 de mayo de 2012 a los 83 años. Desde Cuba, Casa de las Américas y otros medios cubanos como el órgano oficial del Partido Comunista, *Granma*, difundieron la noticia en la isla y lamentaron la pérdida de “uno de los más grandes de la lengua española”.⁶⁵⁵ En su remembranza, la institución cultural cubana recapituló su vida literaria, su colaboración como jurado en Cuba, su fraternidad con otros intelectuales cubanos y su trascendencia para la escena literaria latinoamericana. No se abordó, en lo absoluto, su relación con la Revolución Cubana ni las polémicas al respecto.

Días después, la prensa cubana fue acusada de ignorar la muerte de Carlos Fuentes al limitar la información y postura oficial a unas cuantas líneas.⁶⁵⁶ En su defensa, el sitio web Cubadebate, conformado por periodistas cubanos y extranjeros que buscan contrarrestar las campañas difamatorias contra Cuba, defendió a la prensa cubana de los ataques suscitados tras la muerte del escritor. El sitio afirmó que, pese a las políticas contrarias a la Revolución Cubana de Fuentes, los medios cubanos destinaron espacio para honrar su obra literaria.⁶⁵⁷ Lo interesante sobre la defensa de Cubadebate fue que resumió perfectamente la postura que el campo intelectual cubano y el gobierno sostuvieron sobre Carlos Fuentes desde 1971 hasta el día de su muerte.

El medio digital reiteró que la actitud de Carlos Fuentes hacia la Revolución Cubana era poco amigable y que éste había roto con Casa de las Américas en 1966. Afirmó que el escritor mexicano mantuvo una posición agresiva hacia la isla y que ésta se demostró tras su participación en la revista *Mundo Nuevo*. Se aseveró que Fuentes formaba parte de la estrategia estadounidense de cooptación intelectual en contra de la Revolución Cubana y que

⁶⁵⁵ “Carlos Fuentes: Casa de las Américas elogia a ‘uno de los grandes’”, *RPP Noticias* (sitio web), mayo 2012, <https://rpp.pe/cultura/literatura/carlos-fuentes-casa-de-las-americas-elogia-a-uno-de-los-mas-grandes-noticia-482270?ref=rpp> (consulta: 15 de marzo de 2020).

⁶⁵⁶ “Por qué Cuba ‘ignoró’ la muerte de Carlos Fuentes” Infobae (sitio web), <https://www.infobae.com/2012/05/17/1050587-por-que-cuba-ignoro-la-muerte-carlos-fuentes/> (consulta: 15 de marzo de 2020).

⁶⁵⁷ Cubadebate, *Prensa de Cuba elogia figura de Carlos Fuentes, mientras medios aseguran silencio su fallecimiento* (Video), <https://www.youtube.com/watch?app=desktop&v=z6sWrtAAJDC&list=ULGPpnOLEsaSg&index=51> (consulta: 15 de marzo de 2020).

incluso, antes de su muerte, constituía –junto a Mario Vargas Llosa– la “élite intelectual antagónica a los gobiernos de izquierda en la región.”⁶⁵⁸ Cubadebate aseguró que a pesar de ello, se logró separar la perspectiva política de la creación literaria y, por ende, aunque el escritor mexicano fuese un enemigo declarado de la Revolución, se homenajeara su trascendencia literaria.⁶⁵⁹ La Guerra Fría había terminado, pero algunos muros faltaban por caer. En especial, los muros ideológicos que Carlos Fuentes había deseado tirar en 1966 todavía se mantenían en pie. No obstante, el conflicto ya no era entre aquellos grandes polos que habían sometido a la población mundial al terror de una venidera tercera guerra mundial, sino entre las remanencias de una Guerra Fría en América Latina que había exacerbado los problemas nacionales.

Resulta fascinante observar cómo se construyeron los lazos entre Carlos Fuentes y la Revolución Cubana tras la ruptura pública en 1971 después del caso Padilla. Por un lado, las críticas del escritor mexicano hacia el régimen castrista fueron duras; sin embargo, no impidieron que, de acuerdo con su postura antiimperialista, también criticara el accionar de la política exterior estadounidense con respecto a Cuba. Por el otro, y como lo abordé durante el texto, tanto Fuentes como el campo intelectual cubano se enfrascaron en diversas polémicas al intentar justificar su separación; ambas partes se volvieron fuentes poco confiables ya que alteraron la información e, inclusive, sus memorias. Buscaron legitimar sus posturas para demostrar las razones que los habían llevado a la ruptura y justificar, cada uno por su cuenta, su postura con respecto a las revoluciones y la libertad creadora en América Latina. Que la polémica haya continuado entre ambos confirma cómo la Guerra Fría funcionó como catalizadora en las prácticas intelectuales aún después de su término y también cómo sus efectos permanecieron en el continente por muchos años más.

Respecto a las críticas de Carlos Fuentes hacia el régimen cubano posterior a 1971, el escritor mexicano mantuvo una línea muy determinada: Fidel Castro gobernaba a la isla bajo una política abusiva y totalitaria. El recrudecimiento de la política cubana a partir de la década de 1970 y la personalidad cada vez más liberal y prodemocrática de Fuentes se convirtieron en dos polos difíciles de reconciliar. Asimismo, el viraje ideológico del escritor mexicano tras su acercamiento al gobierno de Luis Echeverría y su postura cada vez menos

⁶⁵⁸ *Idem.*

⁶⁵⁹ *Idem.*

revolucionaria que se amplificaba con la edad, provocaron que la evolución de su *ethos* se colocara muy distante de la política cultural cubana en los últimos años de la Guerra Fría y durante las primeras décadas del siglo XXI. Como sostiene Traverso, la derrota de la izquierda provocó que algunos de aquella generación huyeran antes de enfrentarla.⁶⁶⁰ Para 1986, Carlos Fuentes ya no se consideraba revolucionario como en 1960: “[...]era yo mucho más radical. Era más joven.”⁶⁶¹

Esta pérdida no significaría el abandono por completo de sus ideales revolucionarios. Sin embargo, dicho ideal se amoldaría a la evolución de su postura. En el siglo XXI, Fuentes promovía la idea de una revolución dialéctica y, por tanto, diversa. Un movimiento de la diferencia y la pluralidad donde su fin último fuese la democracia. Tras su desencanto de las revoluciones socialistas, sostenía que las únicas revoluciones modernas de la historia eran la francesa y la estadounidense. Los movimientos revolucionarios en Rusia, China o Cuba, si bien habían sido provocados por el motor de la modernidad, sucumbieron ante el pasado y los “antiguos diseños de poder.”⁶⁶²

Para Fuentes, Fidel Castro representaba en su totalidad el viraje totalitario de la Revolución Cubana. El escritor mexicano exhibió al líder cubano como un heredero del caudillismo hispano-árabe.⁶⁶³ Castro estaba a la altura de los líderes ultraconservadores pues había sacrificado los logros de la Revolución Cubana; convirtió las grandes transformaciones sociales en instituciones unipersonales y gobernaba a la isla como una hacienda.⁶⁶⁴ Fuentes consideraba que el mejor modelo para la Cuba del siglo XXI era una democracia que salvaguardara los logros sociales de la Revolución Cubana.

Aunque el enfoque de Fuentes sobre el régimen cubano se transformó con el tiempo, esto no sucedió tan notablemente con su perspectiva antiimperialista o, mejor dicho, antiintervencionista. En el caso específico de su análisis sobre la política exterior de Estados Unidos, el escritor continuó con su rechazo hacia su intervencionismo en América Latina y el bloqueo hacia Cuba.⁶⁶⁵ Como lo hizo con la Revolución Cubana en 1959, el escritor

⁶⁶⁰ Enzo Traverso, *op. cit.*, p. 57.

⁶⁶¹ Jorge F. Hernández, *op. cit.*, p. 93.

⁶⁶² Carlos Fuentes, *En esto creo*, México, Alfaguara, 2002, p. 238.

⁶⁶³ Ilustración 13. Carta de Carlos Martí a Armando Hart Dávalos Ministro de Cultura, 21 de febrero de 1991. Consultado en el Archivo Memoria de Casa de las Américas.

⁶⁶⁴ *Idem.*

⁶⁶⁵ Jorge F. Hernández, *op. cit.*, p. 94, “El escritor mexicano y la situación política en Cuba”, *Clarín*, marzo 2004, <https://www.clarin.com/ediciones-antteriores/carlos-fuentes-teme-caos-cuba-sucesion->

mexicano fue un arduo defensor de la Revolución en Nicaragua y llamó en reiteradas ocasiones a la no intervención estadounidense en la región centroamericana. Abogó por la independencia diplomática latinoamericana y sentenció que ningún intervencionismo era positivo, fuese de Estados Unidos o de la Unión Soviética.⁶⁶⁶

En su perspectiva de la izquierda del siglo XX, Fuentes sostuvo que ésta cayó en “dogmas, falsificaciones y arbitrariedades”,⁶⁶⁷ por lo que el socialismo real que había fracasado tras el desplome del muro de Berlín en 1989 fue una “fachada totalitaria y dogmática de una economía sin libertad ni eficiencia”.⁶⁶⁸ En el Caribe, de acuerdo con Fuentes, la realidad no era muy distinta. La Revolución Cubana se convirtió en “una dictadura sofocante, sin prensa, opinión, disidencia o asociación libres”⁶⁶⁹

Aquel silencio que había guardado durante la segunda mitad de la década de 1960 poco a poco quedó en el pasado. Resulta difícil identificar la certeza en algunos postulados sobre la Revolución Cubana que Fuentes sostuvo durante el siglo XXI precisamente por el mutismo que guardó durante aquellos años. Por ejemplo, el escritor señaló en el 2002 que la economía de la Revolución Cubana desde sus inicios había sido un desastre y que, por tanto, “la intolerancia, la persecución de disidentes, ‘patria o muerte’, acaso habrían sido tolerables si a la retórica revolucionaria se hubiese añadido un mínimo de eficiencia económica”⁶⁷⁰ Sin embargo, no expuso ese enfoque durante 1960, sino hasta décadas posteriores. Pareciera ser que le resultó más sencillo presentar estos análisis con años y kilómetros de distancia de por medio, y, de alguna manera, para mantener una coherencia aseguró que mantuvo su línea independiente de la Revolución Cubana desde 1966.⁶⁷¹

¿Fue autocensura? ¿O simplemente decepción? Resulta un proceso complejo acercarse a la subjetividad de la memoria como objeto de la historia. Los sujetos resignifican su pasado ante sus necesidades del presente. Cierto es que a través de sus escritos políticos

[fidel_0_rywf7qayAtl.html](#) (consulta: 20 de marzo de 2020) y “Carlos Fuentes: contra Bush y contra Castro”, *Radio Televisión Martí*, mayo 2012, <https://www.radiotelevisionmarti.com/a/cuba-da-breve-espacio-a-muerte-de-carlos-fuentes/11213.html> (consulta: 20 de marzo de 2020).

⁶⁶⁶ “Carlos Fuentes critica la teoría del dominio centroamericano”, “Carlos Fuentes: Nicaragua no constituye una amenaza” y “Carlos Fuentes: prepotencia de Estados Unidos”. Consultados en Archivo Vertical de Casa de las Américas.

⁶⁶⁷ Fuentes, *En esto...*, p. 152.

⁶⁶⁸ *Ibidem*, p. 144.

⁶⁶⁹ Carlos Fuentes “Alta fidelidad”, *El País* (sitio web), https://elpais.com/diario/2003/04/22/opinion/1050962406_850215.html (consulta: 1 de abril de 2020).

⁶⁷⁰ *Idem*.

⁶⁷¹ *Idem*.

es posible encontrar esos puntos de encanto, quiebre y desencanto entre aquel joven Carlos Fuentes que visitó entusiasmado La Habana en 1959, y la Revolución Cubana, uno de los hitos trascendentales de la izquierda latinoamericana. De esa manera, es más sencillo de comprender que detrás de las declaraciones contemporáneas de Fuentes sobre “la política abusiva y totalitaria” de Cuba, existió un entramado histórico complicado que no desapareció tras la muerte del escritor mexicano. En tiempos de la Guerra Fría no hubo espacio para la existencia de una separación entre postura política y creación literaria, y la relación entre Carlos Fuentes y la Revolución Cubana fue prueba fehaciente de ello.

CONCLUSIONES

Cuando se aborda la figura de Carlos Fuentes rara vez se identifica el impacto que tuvo la Revolución Cubana en la conformación de su *ethos* artístico e intelectual. Se asume que el escritor mexicano experimentó un justificable frenesí por la hazaña cubana como el resto de sus camaradas intelectuales durante la década de 1960 y que cuando ésta modificó su ruta al amoldarse al modelo soviético, decidió desmarcarse del proyecto: Carlos Fuentes habría roto con la Revolución Cubana en 1971.

Inicié esta investigación bajo esa suposición. Buscaba narrar la historia de aquella escandalosa ruptura; consideraba que el caso Padilla significaba el momento cumbre de la relación entre Cuba y Carlos Fuentes y que, por tanto, éste sería el episodio trascendental de su vínculo y el que me permitiría explicar las razones de su ruptura. Aunque he demostrado a lo largo de este texto cómo los signos de soviétización de la nueva política cultural cubana fueron el tiro de gracia para las esperanzas que Fuentes depositó en el experimento cubano, también sostengo que el proceso fue más complejo de como lo supuse en un principio. Conforme navegué en los textos políticos y artísticos del escritor mexicano, me percaté de cómo la Revolución Cubana englobaba todos los elementos que conformaban su *ethos* intelectual y artístico. A través de ella, el escritor delimitó su pertenencia a la izquierda —una izquierda dialéctica y heterodoxa—, consolidó su pensamiento antiimperialista e hispanoamericanista, estableció las directrices de su postura artística —la autonomía y libertad creadora—, precisó su crítica hacia el socialismo soviético, descongeló sus esperanzas en la Revolución Mexicana y formuló los lineamientos para un socialismo auténtico —que respetara los derechos fundamentales del hombre y, sobre todo, que sucediera en sociedades altamente industrializadas—. Asimismo, su lectura de la Revolución Cubana le permitió identificar de mejor manera los problemas de la realidad mexicana, así como especificar su lugar con respecto a las necesidades de los sectores de la izquierda mexicana. En síntesis, no es posible comprender la evolución del *ethos* intelectual y artístico de Carlos Fuentes durante las décadas de 1960 y 1970 sin considerar su lectura y vínculo con el proceso revolucionario cubano. La Revolución Cubana fue un proceso inalienable a Carlos Fuentes.

La relación entre Carlos Fuentes y la Revolución Cubana tuvo luces y sombras. A lo largo del texto traté de dilucidar uno a uno los episodios que me permitieran comprender cómo fue el proceso de encanto y desencanto que experimentó el narrador mexicano. ¿Cómo

pasó de aquel entusiasmo juvenil que lo acompañó cuando visitó La Habana en 1959 a esa profunda aversión contemporánea y añoranza melancólica? Aunque el caso Padilla describe gran parte de la respuesta, me parecía que existían algunas piezas faltantes en aquella explicación. La ruptura entre Fuentes y la Revolución Cubana no fue tan abrupta como el campo intelectual cubano y el mismo escritor mexicano señalaron años después.

En realidad, el caso Padilla fue la culminación de un proceso de ruptura más extenso que se puede rastrear desde 1965 tras su participación en “Los narradores ante el público” donde delineó perfectamente su postura acerca de la libertad creadora y el arte comprometido. Es más, me atrevería a decir que su renuncia a *Política* en 1964 también funcionó como un antecedente directo a su ruptura pues en dicha polémica el escritor mexicano delimitó las directrices de su pertenencia a la izquierda y su compromiso intelectual. A partir de ese momento y de su relación con C. Wright Mills, resulta muy clara su cercanía al imaginario de la nueva izquierda que lo llevaría a enfrentarse con la postura ideológica ortodoxa de la Revolución Cubana. Los momentos cumbre como su participación en el PEN de Nueva York en 1966 y su colaboración en *Mundo Nuevo* definirían su maduración ideológica y su posicionamiento en la arena intelectual de la Guerra Fría.

Por otro lado, el proceso clave en la conformación de su *ethos* heterodoxo, no fue necesariamente el caso Padilla, sino el año de 1968. En él, Carlos Fuentes, extasiado por los movimientos parisinos, transformó su perspectiva política y aseguró que el socialismo auténtico sólo podía llevarse a cabo en sociedades altamente industrializadas como las europeas, con lo que descartaba el carácter socialista de la Revolución Cubana. Además, su análisis del mayo francés, del movimiento de 1968 en México y de la invasión soviética a Praga, confirmarían que se encontraba lejano a los preceptos defendidos por los revolucionarios cubanos y que estaba absolutamente decepcionado del socialismo soviético.

Carlos Fuentes sostuvo que se apartó de la Revolución Cubana a partir de 1966 tras su participación en el Congreso del PEN Club de Nueva York. Por su parte, Roberto Fernández Retamar, como representante del campo intelectual cubano, afirmó que el narrador mexicano se desencantó de la Revolución desde su declaración marxista-leninista en 1961 y que fue hasta diez años después cuando hizo pública su postura. Sin embargo, el distanciamiento de Fuentes fue un poco más fragmentado. En 1971, el autor de *Cambio de piel* (1967) rompió con el campo intelectual cubano, pero prolongó su respaldo hacia el

proyecto político y social de la Revolución Cubana un par de años más. La ruptura pública en 1971 fue provocada no sólo por el encarcelamiento y posterior acto de autoinculpación de Heberto Padilla, sino por la desmedida reacción de los intelectuales cubanos y de Fidel Castro contra quienes alzaron su voz ante el episodio. Discursivamente, fue el liderazgo político e intelectual cubano quien puso primero distancia con el escritor mexicano. Antes de que Fuentes hiciera pública su oposición hacia las directrices de la política cultural cubana, intelectuales y políticos cubanos ya habían puesto en entredicho su pertenencia hacia la izquierda y su lealtad hacia la Revolución.

La solidaridad de Carlos Fuentes hacia la Revolución Cubana se basó primordialmente en los extraordinarios logros sociales que los cubanos habían alcanzado en tan pocos años. Los mismos elementos populares que habían simbolizado la lucha revolucionaria mexicana de 1910, un par de décadas más tarde demostraban la trascendencia histórica de la Revolución Cubana para las naciones subdesarrolladas de América Latina y del resto del mundo. Estos logros sociales preexistían con y sin un gobierno con tendencias autoritarias. Por esa razón, de la misma manera que ponderó la figura de Stalin en la URSS, pese a sus políticas represivas, la relevancia histórica de la Revolución Cubana no podía verse opacada por las decisiones políticas del régimen revolucionario. Las críticas contemporáneas de Carlos Fuentes hacia el régimen cubano versarían en torno al castrismo y sus políticas autoritarias, no contra aquella revolución nacionalista que en 1959 habría encumbrado las esperanzas de la izquierda continental e internacional.

A través de la Revolución Cubana, Carlos Fuentes descongeló a la Revolución Mexicana. Rescató sus principios más fundamentales y delimitó sus críticas y esperanzas hacia los gobiernos posrevolucionarios. Su incesante defensa a favor de la diversificación de los métodos revolucionarios no significó su desaprobación hacia la Revolución Cubana, sino su interés por promover la vía mexicana al socialismo. Así como observó que el discurso revolucionario mexicano se había vuelto reiterativo y dogmático, sobre todo en el área cultural, prontamente aquella reflexión también podría aplicarse a Cuba.

Asimismo, su encanto con la Revolución Cubana nació de la postura antiintervencionista y antiimperialista que sostuvo desde 1959 hasta el día de su muerte. La hazaña cubana simbolizó la lucha por la soberanía de los pueblos de América Latina como consecuencia del intervencionismo de las grandes potencias desde su colonización. El

ejemplo de Cuba para el mundo debía ser protegido, pese a todo y pese a todos. De esa manera se puede comprender que el narrador mexicano permaneciera solidario con la Revolución Cubana a pesar de los años y de los traspiés en su relación.

Planteé también que la perspectiva de Fuentes sobre el socialismo, específicamente acerca del realismo socialista, influyó determinantemente en su lectura sobre las transformaciones que experimentó la isla a finales de la década de 1960. Fuentes leyó a la Revolución Cubana a través de su experiencia con la Unión Soviética. Por lo tanto, cuando la adhesión a la órbita soviética era más que evidente, se encendieron las alarmas. El giro político y cultural del régimen cubano no podía darse el lujo de promover más Alexander Solzhenitsyn o Siniavski y Daniel. El caso Padilla parecía demostrar, para 1971, que Cuba se había soviético.

A pesar de que las convicciones de Carlos Fuentes hacia la Revolución Cubana estaban relacionadas con su esperanza por encontrar un modelo común y posible que pudiese resolver los problemas estructurales de los países en subdesarrollo, la raíz de la polémica entre el escritor mexicano y el proyecto revolucionario cubano fue esencialmente creativo. No se consideraba a sí mismo como un militante ni creía en el arte comprometido. Para él, la palabra era revolucionaria no porque se sometiera a los lineamientos de la revolución, sino porque cumplía con su más alto designio, el de la búsqueda de la verdad. Sólo la literatura decía lo que el poder callaba. Los sistemas socialistas debían, desde su perspectiva, garantizar el libre ejercicio de la crítica. No obstante, en la práctica sucedió lo contrario. Tanto en la Unión Soviética como en la Revolución Cubana, el ejercicio creativo del escritor fue sometido a las políticas culturales de los regímenes socialistas, a veces voluntariamente, en otras ocasiones por medio de la fuerza. Quienes sobrevivieron sin obedecer tuvieron la fortuna de estar geográficamente lejos de la órbita socialista. A pesar de la distancia, fueron alcanzados por las flechas socialistas del desprecio y la sospecha; se puso en duda su pertenencia a la izquierda, su lealtad a la revolución e, inclusive, su calidad artística. En el fondo, el liderazgo político cubano menospreciaba la figura del intelectual heterodoxo y crítico, figura que Fuentes representaba hasta la médula.

Es necesario no perder de vista que las tensiones ideológicas provocadas por el contexto de la Guerra Fría motivaron un escrutinio descomunal en las prácticas intelectuales. Por tanto, ante dicha circunstancia y considerando la naturaleza del régimen cubano, resulta

comprensible –aunque discutible desde la perspectiva de la posguerra Fría– las obligaciones que la Revolución Cubana estableció al quehacer intelectual. El régimen cubano se veía amenazado militar, económica, política y culturalmente por Estados Unidos. Asimismo, los problemas estructurales sin resolver de la Revolución, específicamente económicos, provocaron que ésta buscara reinstalarse en la órbita soviética para su protección. Cuba necesitaba cerrar filas hacia adentro y su ejército intelectual resultaba de gran ayuda no solamente para problematizar la revolución sino también como estandarte y mensajero para el mundo. Como el mismo Fuentes sostuvo, los intelectuales debían ser sumamente cuidadosos con sus críticas para no prestarse al juego del enemigo imperialista. Sin embargo, la postura heterodoxa de Fuentes también resulta comprensible en un contexto donde se supeditaba el trabajo creativo a las directrices y necesidades políticas. Consecuentemente, la ruptura era impostergable. Fuentes, coherente con su cosmopolitismo y heterodoxia, no era el intelectual que la Revolución Cubana necesitaba. Y la Revolución Cubana tampoco resultó la revolución socialista que el escritor mexicano imaginaba.

Así como el contexto polarizador de las décadas de 1960 y 1970 redujo la arena intelectual entre quienes estaban a favor y en contra de la Revolución Cubana, sin considerar tintes medios, pareciera que una buena parte de la interpretación histórica de esa época también se hunde en la polarización. Dicha postura imposibilita de muchas maneras comprender objetivamente a los actores y acontecimientos de uno de los periodos más convulsivos del siglo XX. Por esa razón, me pareció necesario, en términos heurísticos y discursivos, intentar despolitizar y desideologizar el vínculo entre Carlos Fuentes y la Revolución Cubana para comprender a la distancia las complejas luces y sombras de su relación.

Los elementos que caracterizaron al *ethos* intelectual de Carlos Fuentes fueron el antiimperialismo, la heterodoxia y la dialéctica. Dichas particularidades articularon la idea que el escritor construyó sobre la Revolución Cubana. El antiimperialismo influyó determinantemente para que el escritor continuara con su respaldo hacia la Revolución Cubana incluso después de 1971. La heterodoxia se presentó como su negativa a aceptar los dogmas de la izquierda y de la gendarmería intelectual. Sin embargo, este elemento fue visto por los grupos más ortodoxos como un síntoma de tibieza o poco compromiso político. La dialéctica, por su parte, fue un rasgo distintivo en su discurso de izquierda; ésta era sinónimo

del movimiento y pluralidad, es decir, la esencia misma de la democracia. En su lógica antimperialista, antidogmática y plural, Fuentes abogó para que las naciones pudiesen optar por una vía propia de desarrollo fuera de los bloques de la Guerra Fría. Así como enterró la Guerra Fría en la literatura, también lo quiso hacer en la política.

Es posible distinguir tres procesos de ruptura de Carlos Fuentes con la Revolución Cubana. El primero fue la columna vertebral de esta investigación y se desarrolló en torno al compromiso intelectual y la autonomía artística: la ruptura con el campo intelectual cubano. Ésta tuvo su punto de inflexión cuando el narrador mexicano comenzó a delinear algunas posturas que ya no coincidían con las directrices culturales cubanas y que, aunque empezó a fraguarse desde 1964, se hizo pública en 1971 tras el caso Padilla. El segundo fue su rompimiento con el proyecto político de la Revolución Cubana encumbrado alrededor de un personaje que había sido vanagloriado por el joven Fuentes en 1960 y que después en 1991 tildaría de caudillo hispano-árabe: Fidel Castro. La tercera ruptura que el autor de *La región más transparente* (1958) experimentó, y que tal vez fue la más íntima, fue con aquella revolución que había imaginado como auténticamente socialista. Las esperanzas de Fuentes sobre la posibilidad de construir un socialismo libre de todo dogma y de la herencia estalinista en América Latina se esfumaron por completo para la década de 1990.

En 1960, el autor de *Cambio de piel* (1967) consideró que la Revolución Cubana era una auténtica revolución socialista que lograría lo que la URSS no había conseguido. Una década más tarde, las similitudes entre ambos regímenes eran indiferenciables y Carlos Fuentes se había convertido para los cubanos en el Próspero de Caliban. En su creencia de que el mérito de una civilización se basaba en su capacidad de retener la unidad al mismo tiempo que la diversidad,⁶⁷² la Revolución Cubana había fallado; no permitía la crítica y aquella libertad del espíritu creador de la que se había jactado en *Palabras a los intelectuales* (1961) había permanecido solamente como una promesa. Así fue como terminó una historia que duró tan sólo una década, pero que en el imaginario de Carlos Fuentes y de la Revolución Cubana fue un recuerdo permanente. Para el escritor mexicano, el derrumbe y autoritarismo de los regímenes socialistas agotó la esperanza histórica en la utopía.

⁶⁷² Entrevista a Carlos Fuentes, Programa A Fondo. (Video), <https://www.youtube.com/watch?v=pB4HwyUuzJc> (consulta: 7 de septiembre de 2019).

ESBOZO BIOGRÁFICO DE CARLOS FUENTES⁶⁷³

Carlos Manuel Fuentes Macías nació el 11 de noviembre de 1928 en Panamá. Fue hijo del diplomático mexicano Rafael Fuentes Boettiger, razón por la cual desde muy pequeño habitó en varios lugares como Ecuador, Uruguay, Brasil, Portugal e Italia. A los seis años, su familia se estableció en Washington, Estados Unidos, donde aprendió el inglés y se acercó a la literatura anglosajona. En Estados Unidos el escritor se percató de su identidad como mexicano. En la década de 1940, su familia se trasladó hacia Sudamérica. Ahí se establecieron en Chile y Argentina. Durante sus estancias en el extranjero, Fuentes visitaba México durante los veranos para estudiar. Se estableció de manera definitiva en la Ciudad de México en 1944, a los 16 años. Su personalidad cosmopolita le permitió desde muy joven observar México de manera distinta y, además, estrechar lazos con diversos autores mexicanos y extranjeros reconocidos.

Gracias a la influencia de Alfonso Reyes, en 1948 Carlos Fuentes ingresó a la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional Autónoma de México. Su carrera literaria inició durante su juventud, cuando publicó diversos cuentos en revistas escolares chilenas y escribió una novela que nunca se imprimió. En 1949 se publicaron sus primeros relatos en *Mañana* e *Ideas de México*. Al siguiente año, para continuar con su tradición paterna diplomática, ingresó al Institut des Hautes Etudes en Ginebra y, posteriormente, trabajó en la delegación mexicana ante la Organización de las Naciones Unidas.

A su regreso a México, se hizo director asistente de la División Cultural en la UNAM y colaboró en la edición de la Revista de la Universidad de México. Posteriormente, junto a sus compañeros de facultad como Porfirio Muñoz Ledo, Víctor Flores Olea, Salvador Elizondo, Sergio Pitlor, entre otros, editaron y publicaron la revista *Medio Siglo*.

En el año de 1954 publicó su primer libro de relatos cortos denominado *Los días enmascarados*. Un año más tarde, fundó con Emmanuel Carballo la *Revista Mexicana de Literatura* con el objetivo de incorporar las influencias universales a la literatura mexicana. En 1958, se publicó su primera novela, *La región más transparente*, la cual recibió críticas favorables y lo colocó frente a los reflectores. En ese mismo año, se casó con la actriz mexicana Rita Macedo. Al año siguiente, publicó *Las buenas conciencias*.

⁶⁷³ Esbozo biográfico obtenido de la Enciclopedia Mexicana de Literatura. Berenice Granados, “Carlos Fuentes”, *Enciclopedia de la literatura en México y Fundación para las Letras Mexicanas*, 2017, <http://www.elem.mx/autor/datos/1162>, (consulta: 18 de mayo de 2021).

A partir de este momento, la carrera literaria de Carlos Fuentes empezaría a consolidarse. La década de 1960 se vería caracterizada por su afianzamiento como escritor a nivel internacional, su acercamiento a la Revolución Cubana y a la izquierda latinoamericana, el nacimiento de su hija Cecilia Fuentes Macedo y su exilio hacia Europa. En 1962, aparecieron sus novelas *La muerte de Artemio Cruz* y *Aura*. Se estableció por largas temporadas en Europa, específicamente en París e Inglaterra. Publicó numerosos artículos en revistas europeas y varios guiones cinematográficos, entre los que destacan *Las dos Elenas* (1964), *El gallo de oro* (1964) y *Los Caifanes* (1965). También durante esta década publicó *Cantar de ciegos* (1964), *Zona sagrada* (1967), *Cambio de piel* (1967), *Cumpleaños* (1969), así como su ensayo *La nueva novela hispanoamericana* (1969). Algunas de sus obras empezaron a ser traducidas en otros idiomas.

Al final de la década en 1969, se separó de Rita Macedo y se estableció definitivamente en Europa. Durante la década de 1970, ya consolidado como autor del boom latinoamericano, recibió varios reconocimientos y nuevos nombramientos en México y en el extranjero. En 1970 escribió su primera obra de teatro *El tuerto es rey*. Publicó también en esta década *Tiempo mexicano* (1971), *Cervantes o la crítica de la lectura* (1976) y los guiones cinematográficos *Las cautivas* (1971) y *¿No oyes ladrar los perros?* (1974). Tras la muerte de su padre y establecido en París, se dio a la tarea de escribir una de sus obras cumbre, *Terra Nostra* (1975). En 1972 se casó con la periodista Silvia Lemus, con quien concibió a sus hijos Carlos Rafael y Natasha. En el años de 1975, fue nombrado embajador de México en Francia por el presidente Luis Echeverría. Renunció al cargo en 1977 como protesta al nombramiento de Gustavo Díaz Ordaz como embajador en España. En 1978 escribió el thriller *La cabeza de hidra*. A finales de esa década se estableció en Princeton.

En la década de 1980, obtuvo el Premio Cervantes de Literatura. Publicó *Una familia lejana* (1980) y *Agua quemada* (1981). En 1985 publicó su ensayo político *Latin America: At War with the Past* y *Gringo Viejo*. Un año más tarde creó *Cristóbal Nonato*. También durante estos años montó algunas de sus obras teatrales en Estados Unidos y recibió algunos doctorados por las universidades de Harvard (1983), Cambridge (1986), Essex (1986), Bard College y del New School for Social Research. En 1984 obtuvo además el Premio Nacional de Literatura de México. Fue nombrado miembro del Consejo de Administración de la Biblioteca Pública de Nueva York en 1987.

Durante los años de 1990, vio la luz su novela *Diana* (1994) y *Nuevo tiempo mexicano* (1995). Fue una de las décadas más prolíficas para el escritor. Además de publicar diversas obras, en la década del 2000, recibió varios premios y condecoraciones, como el Premio Real Academia Española en 2004.

Carlos Fuentes falleció el 15 de mayo de 2012 a los 83 años en la Ciudad de México debido a un padecimiento crónico. Su trayectoria literaria, además de prolífica, fue sumamente reconocida en México y en el mundo.

ÍNDICE HEMEROGRÁFICO DE CARLOS FUENTES

México en la Cultura

Fuentes, Carlos, “Diálogos de sombra” en *México en la Cultura, Novedades*, n. 513, 11 de enero de 1959.

Fuentes, Carlos, “Diálogos de sombra” en *México en la Cultura, Novedades*, n. 514, 18 de enero de 1959.

Fuentes, Carlos, “Diálogos de sombra” en *México en la Cultura, Novedades*, n. 515, 25 de enero de 1959.

Fuentes, Carlos, “Diálogos de sombra” en *México en la Cultura, Novedades*, n. 516, 1 de febrero de 1959.

Fuentes, Carlos, “Diálogos de sombra” en *México en la Cultura, Novedades*, n. 518, 13 de febrero de 1959.

Fuentes, Carlos, “Diálogos de sombra” en *México en la Cultura, Novedades*, n. 520, 1 de marzo de 1959.

Fuentes, Carlos, “Las horas de Cuba” en *México en la Cultura, Novedades*, n. 543, 9 de agosto de 1959.

Moiron, Sara, “Una respuesta a lo que todo el mundo se pregunta sobre Cuba. Entrevista con Fuentes, Carlos” en *México en la Cultura, Novedades*, n. 569, 7 de febrero de 1960.

Política. Quince días de México y del mundo

Fuentes, Carlos, “Revolución sin brújula” en *Política*, n. 1, v. 1, 1 de mayo de 1960.

Fuentes, Carlos, “Un triunfo popular” en *Política*, n. 4, v. 1, 15 de junio de 1960.

Fuentes, Carlos, “El Pueblo puede ‘saltar las trancas’” en *Política*, n. 5, v. 1, 1 de julio de 1960.

Fuentes, Carlos, “¿Dignidad nacional o terrones de azúcar?” en *Política*, n. 6, v. I, 15 de julio de 1960.

Fuentes Carlos, “Requiem por la OEA” en *Política*, n. 10, 15 de septiembre de 1960.

Fuentes Carlos, “De Bandung a Ciudad Acuña” en *Política*, n. 12, v. 1, 15 de octubre de 1960.

Fuentes Carlos, “América Latina y la elección norteamericana” en *Política*, n. 13, v. 1, 1 de noviembre de 1960.

Fuentes Carlos, “Entrevista con Raúl Roa” en *Política*, n. 15, v. 1, 1 de diciembre de 1960.

Fuentes Carlos, “Conversaciones en Nueva York” en *Política*, n. 18, v. 1, 15 de enero de 1961.

Fuentes Carlos, “Cárdenas en su sitio” en *Política*, n. 21, v. 1, 1 de marzo de 1961.

Fuentes Carlos, “La prensa, el PRI y la conferencia latinoamericana” en *Política*, n. 22, v. 1, 15 de marzo de 1961.

Fuentes Carlos, “Siete días con Lázaro Cárdenas” en *Política*, n. 23, v. 1, 1 de abril de 1961.

Fuentes Carlos, “El libro negro” en *Política*, n. 24, v. 1, 15 de abril de 1961.

Fuentes Carlos, “La hora de la definición” en *Política*, n. 25, v. 1, 1 de mayo de 1961.

Fuentes Carlos, “El empedrado del infierno” en *Política*, n. 28, v. 1, 15 de junio de 1961.

Fuentes, Carlos, “De Bandung a Belgrado” en *Política*, n. 34, v. 15 de septiembre de 1961.

Fuentes, Carlos, “Entrevista con el presidente Dorticós” en *Política*, n. 35, 1 de octubre de 1961.

Fuentes Carlos, “Preguntas y respuestas. La Situación Internacional” en *Política*, n. 36, v. 1, 15 de octubre de 1961.

Fuentes, Carlos, “Amos y esclavos” en *Política*, n. 37, 1 de noviembre de 1961.

Fuentes, Carlos, “Carne y cartón de Stalin” en *Política*, n. 38, 5 de noviembre de 1961.

Fuentes, Carlos, “El pueblo mexicano va a Punta del Este” en *Política*, n. 41, 1 de enero de 1962.

Fuentes, Carlos, “La postura de México” en *Política*, n. 43, 1 febrero 1962.

Fuentes, Carlos, “Coexistencia o fascismo” en *Política*, n. 44, 15 de febrero de 1962.

Fuentes, Carlos, “Los culpables” en *Política*, n. 46, 15 de marzo de 1962.

Fuentes, Carlos, “Dos meses después de Punta del Este” en *Política*, n. 47, 1 abril de 1962.

Fuentes, Carlos, “Abrir las ventanas” en *Política*, Volumen III, n. 56, 15 agosto de 1962.

Fuentes Carlos, “Entre hambre y miedo” en *Política*, n. 18, v. V, 1 de mayo de 1963.

Siempre!

Fuentes, Carlos, “Latinoamérica. Tierra Nuestra” en *Siempre!*, n. 457, 28 de marzo de 1962.

Fuentes, Carlos, “América Latina surge a la esencia” en *Siempre!*, n. 458, 4de abril de 1962.

Fuentes, Carlos, “Homenaje a Wright Mills” en *Siempre!*, n. 459, 11 de abril de 1962.

Fuentes, Carlos, “Carta: Fuentes, Carlos sale al paso de su acusación” en *Siempre!*, n. 460, 18 de abril de 1962.

Fuentes, Carlos, “Carta abierta a Richard N. Goodwin, subsecretario de EU” en *Siempre!*, n. 460, 18 de abril de 1962.

Fuentes, Carlos, “López Mateos, Goulart y la izquierda. Una puerta abierta al futuro” en *Siempre!*, n. 465, 23 de mayo de 1962.

Fuentes, Carlos, “Una carrera al abismo y México como árbitro” en *Siempre!*, n. 466, 30 de mayo de 1962.

Fuentes, Carlos, “La visita de Kennedy” en *Siempre!*, n. 467, 6 de junio de 1962.

Fuentes, Carlos, “La sombra de Jaramillo” en *Siempre!*, n. 469, 20 de junio de 1962.

Fuentes, Carlos, “¿Qué hará López Mateos con su fuerza?” en *Siempre!*, n. 474, 25 de julio de 1962.

Fuentes, Carlos, “Golpe a Perú” en *Siempre!*, n. 476, 8 de agosto de 1962.

Fuentes, Carlos, “El frente de Cupatitzio” en *Siempre!*, n. 479, 29 de agosto de 1962.

Fuentes, Carlos, “México ante la agresión a Cuba!” en *Siempre!*, n. 482, 19 de septiembre de 1962.

Fuentes, Carlos, “Escala en Washington” en *Siempre!*, n. 483, 26 de septiembre de 1962.

Fuentes, Carlos, “Atajemos la provocación” en *Siempre!*, n. 484, 3 de octubre de 1962.

Fuentes, Carlos, “¿Agresión en América y paz en Asia?” en *Siempre!*, n. 486, 17 de octubre de 1962.

Fuentes, Carlos, “México ante la crisis” en *Siempre!*, n. 489, 7 de noviembre de 1962.

Fuentes, Carlos, “Socialismo sin tiranía” en *Siempre!*, n. 491, 7 de noviembre de 1962.

Fuentes, Carlos, “Plegaria rusa: Otra Cuba? Ni lo permita Dios!” en *Siempre!*, n. 506, 6 de marzo de 1963.

Fuentes, Carlos, “La visita de Cyrankiewickz!” en *Siempre!*, n. 507, 13 de marzo de 1963.

Fuentes, Carlos, “ALM fija rutas. A su sucesor” en *Siempre!*, n. 508, 20 de marzo de 1963.

Fuentes, Carlos, “A 2 años de Playa Girón” en *Siempre!*, n. 513, 10 de abril de 1963.

Fuentes, Carlos, “El progreso de la Alianza” en *Siempre!*, n. 514, 1 de mayo de 1963.

Fuentes, Carlos, “Moscú en el verano de la paz” en *Siempre!*, n. 534, 18 de septiembre de 1963.

Fuentes, Carlos, “América Latina en la luna” en *Siempre!*, n. 535, 25 de septiembre de 1963.

Fuentes, Carlos, “Detrás de la visita de Tito” en *Siempre!*, n. 537, 9 de octubre de 1963.

Fuentes, Carlos, “México ante su gran responsabilidad” en *Siempre!*, n. 542, 13 de noviembre de 1963.

Fuentes, Carlos, “La nueva Europa y el viejo De Gaulle” en *Siempre!*, n. 559, 11 de marzo de 1964.

Fuentes, Carlos, “De Gaulle: Diálogo final entre periodistas” en *Siempre!*, n. 562, 1 de abril de 1964.

Fuentes, Carlos, “Fullbright inicia el debate” en *Siempre!*, n. 563, 8 de abril de 1964.

Fuentes, Carlos, “Con Goulart ha muerto la Alianza para el Progreso” en *Siempre!*, n. 564, 15 de abril de 1964.

Fuentes, Carlos, “Nos negamos a ser cómplices de una farsa y a vivir bajo el signo del comercio y el alarido” en *Siempre!*, n. 582, 19 de abril de 1964.

Fuentes, Carlos, “México otra vez en el banquillo de los acusados” en *Siempre!*, n. 578, 22 de julio de 1964.

Fuentes, Carlos, *et al.*, “Cinco intelectuales explican por qué han resuelto dejar de escribir en Política” en *Siempre!*, n. 580, 5 de agosto de 1964.

Fuentes, Carlos, “La paz y el orden internacionales: eso defiende México” en *Siempre!*, n. 580, 5 de agosto de 1964.

Fuentes, Carlos, “Bajo el signo del comercio y el alarido” en *Siempre!*, n. 582, 19 de agosto de 1964.

Benítez, Fernando, *et. al.*, “¿Qué hará la izquierda en el futuro?” en *Siempre!*, n. 585, 9 de septiembre de 1964.

Fuentes, Carlos, “El cinco de mayo: la enajenación. Visto en Francia latinoamericana” en *Siempre!*, n. 672, 11 de mayo de 1966.

La Cultura en México

Fuentes, Carlos, “La isla acosada” en *La Cultura en México*, 21 de marzo de 1962.

Fuentes, Carlos, “El ángel exterminador” en *La Cultura en México*, n. 17, 13 de junio de 1962.

Fuentes, Carlos, “¿Existe la libertad de prensa en México?” en *La Cultura en México*, n. 18, 20 de junio de 1962.

Fuentes, Carlos, “Un día en la tierra de Zapata” en *La Cultura en México*, n. 21, 11 de julio de 1962.

Carballo, Emmanuel, “Conversación con Carlos Fuentes” en *La Cultura en México*, n. 14, 23 de mayo de 1962.

Fuentes, Carlos, “Nueve años: 1953: 1962” en *La Cultura en México*, n. 26, 15 de agosto de 1962.

Fuentes, Carlos, “La mascarada de esta década” en *La Cultura en México*, n. 72, 3 de julio de 1963.

Fuentes, Carlos, “La creación artística y literatura en la URSS” en *La Cultura en México*, n. 87, 16 de octubre de 1963.

Fuentes, Carlos, “La nueva novela latinoamericana” en *La Cultura en México*, n. 128, 22 de julio de 1964.

Fuentes, Carlos, “Sólo lo irrepetible es comunicable” en *La Cultura en México*, n. 129, 5 de agosto de 1964.

Fuentes, Carlos, “Un diálogo sobre el futuro de América Latina” en *La Cultura en México*, n. 146, 2 de diciembre de 1964.

Benítez, Fernando, “Carlos Fuentes habla de su vida y de sus libros” en *La Cultura en México*, n. 189, 29 de septiembre de 1965.

Carballo, Emmanuel, “Conversación con Carlos Fuentes” en *La Cultura en México*, n. 14, 23 de mayo de 1962.

Fuentes Carlos, “Mi reino por un título” en *La Cultura en México*, n. 212, 9 de marzo de 1966.

Fuentes Carlos, “Dos chivos expiatorios escogidos para retrasar el inevitable proceso de crítica en la URSS” en *La Cultura en México*, n. 213, 16 de marzo de 1966.

Fuentes Carlos, “Versiones” en *La Cultura en México*, n. 214, 23 de marzo de 1966.

Fuentes Carlos, “Tener sólo historia sagrada es vivir fuera de la historia” en *La Cultura en México*, n. 215, 30 de marzo de 1966.

Fuentes Carlos, “Con Octavio Paz en Roma” en *La Cultura en México*, n. 216, 6 de abril de 1966.

Fuentes Carlos, “Después de la caída” en *La Cultura en México*, n. 217, 13 de abril de 1966.

Fuentes Carlos, “Homenaje a Elio Vittorini” en *La Cultura en México*, n. 216, 20 de abril de 1966.

Díazlastra, Alberto, “Latinoamérica: un mundo que se descompone y transforma. Mesa redonda” en *La Cultura en México*, n. 219, 27 de abril de 1966.

Fuentes Carlos, “Carlos Fuentes presencia la batalla a que dio lugar la obra irritante de Genet” en *La Cultura en México*, n. 223, 1 de junio de 1966.

Fuentes Carlos, “Vientos del oeste” en *La Cultura en México*, n. 226, 15 de junio de 1966.

Fernández Retamar, Roberto, *et. al*, “¿Se han olvidado de Cuba los escritores latinoamericanos?” en *La Cultura en México*, n. 226, 15 de junio de 1966.

Fuentes Carlos, “Luis Buñuel y la libertad insuficiente” en *La Cultura en México*, n. 227, 22 de junio de 1966.

Fuentes Carlos, “García Márquez. Cien años de soledad” en *La Cultura en México*, n. 228, 29 de junio de 1966.

Fuentes Carlos, “Vietnam” en *La Cultura en México*, n. 229, 6 de julio de 1966.

Díazlastra Alberto, “La definición literaria, política y moral de Carlos Fuentes” en *La Cultura en México*, n. 267, 15 de abril de 1967.

Life en español

Fuentes, Carlos, “El PEN: Entierro de la Guerra Fría en la literatura” en *Life en Español*, v. 28, n. 3, 1 de agosto de 1966.

Reforma

Fuentes, Carlos, “Infidelidades”, *Reforma*, 16 de abril de 2003.

Fuentes, Carlos, “Alta fidelidad”, *El País* (sitio web), https://elpais.com/diario/2003/04/22/opinion/1050962406_850215.html (consulta: 1 de abril de 2020).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS Y BIBLIOGRAFÍA

Hemerografía

- *México en la Cultura*
- *Política. Quince días de México y del mundo*
- *Siempre!*
- *La Cultura en México*
- *Life en Español*
- *Reforma*
- *Revista Casa de las Américas*

Archivo

Archivo Memoria de Casa de las Américas

Archivo Vertical de Casa de las Américas

De Carlos Fuentes

Acevedo Escobedo, Antonio (comp.), *Los narradores ante el público. Primera Serie*, México, Ficticia Editorial-Instituto Nacional de Bellas Artes-Universidad Autónoma de Nuevo León, 2012.

Fortson, James R., *Perspectivas mexicanas desde París. Un diálogo con Carlos Fuentes*, México, Corporación Editorial, 1973.

Fuentes Carlos, "Situación del escritor en América Latina", *Mundo Nuevo*, p. 6, <https://anaforas.fic.edu.uy/jspui/handle/123456789/26054> (consulta: 10 de noviembre de 2019).

Fuentes Carlos, *A viva voz. Conferencias culturales*, Alfaguara, México, 2019.

Fuentes Carlos, *Casa con dos puertas*, México, Joaquín Mortiz, 1970.

Fuentes Carlos, *Conferencias políticas. Educación, sociedad y democracia*, México, Fondo de Cultura Económica, 2018.

Fuentes Carlos, *En esto creo*, México, Alfaguara, 2002.

Fuentes Carlos, *La gran novela latinoamericana*, México, Alfaguara, 2011.

Fuentes Carlos, *Personas*, México, Alfaguara, 2012.

Fuentes, Carlos *La nueva novela hispanoamericana*, México, Joaquín Mortiz, 1974.

Fuentes, Carlos y Orfila, Arnaldo, *Cartas cruzadas, 1965-1979*, México, Siglo XXI, 2013.

Fuentes, Carlos, *La nueva novela hispanoamericana*, México, J. Mortiz, 1969.

Fuentes, Carlos, *París, Praga, México, 1968*, México, Ediciones Era, 2005.

Fuentes, Carlos, *Tiempo mexicano*, México, J. Mortiz, 1998.

Fuentes, Cecilia, *Mujer en papel. Memorias inconclusas de Rita Macedo*, México, Trilce Ediciones, 2019.

Hernández, Jorge F., *Carlos Fuentes: Territorios del tiempo. Antología de entrevistas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999.

Entrevista a Carlos Fuentes, *Programa A Fondo* (Video), <https://www.youtube.com/watch?v=pB4HwyUuzJc> (consulta: 7 de septiembre de 2019).

Bibliografía y hemerografía general

Acevedo Escobedo, Antonio (comp.), *Los narradores ante el público. Segunda Serie*, México, Ficticia Editorial-Instituto Nacional de Bellas Artes-Universidad Autónoma de Nuevo León, 2012.

Angell, Alan, “La izquierda en América Latina desde c.1920”, en Leslie Bethell (ed.), *Historia de América Latina*, Tomo 12, Barcelona, Crítica, 1997.

Albuquerque, German, “Escritores políticos: América Latina en los sesenta”, *Revista UNIVERSUM*, Universidad de Talca, n. 18, 2000, p. 273-281.

Albuquerque, Germán, “La red de escritores latinoamericanos de los años sesenta”, *Revista UNIVERSUM*, Universidad de Talca, n. 15, 2000, p. 337-350.

Alburquerque, Germán, “El caso Padilla y las redes de escritores latinoamericanos” en *Revista UNIVERSUM*, No. 16, 2001, p. 307-320.

Arabi, Hassan, “La revista *Libre*, víctima del “caso padilla” en *COLECCIÓN*, v. 30, n. 1, noviembre 2018-abril 2019, p. 117-148.

Arguedas, Sol, *¿Qué es la izquierda mexicana?*, Orfila, México, 2014.

Bacallao -Pino, Lázaro M., “El péndulo de Foucault: los intelectuales y la Revolución Cubana”, *Andamios*, v. 12, n. 27, enero-abril, 2015, p. 53-75.

Benedetti, Mario, *El ejercicio del criterio*, México, Alfaguara, 1995.

Benedetti, Mario, *El escritor latinoamericano y la revolución posible*, México, Editorial Nueva Imagen, 1978.

Benítez, Fernando, “La libertad de prensa no es la libertad de venderse al mejor postor” en *Política*, n. 3, 1 de junio de 1960.

- Benítez, Fernando, *La batalla de Cuba*, México, Era, 1960.
- Bobadilla González, Leticia, *México y la OEA. Los debates diplomáticos, 1959-1964*, Dirección General del Acervo Histórico Diplomático--Secretaría de Relaciones Exteriores, México, 2006.
- Bourdieu, Pierre, *Campo de poder, campo intelectual. Itinerario de un concepto*, Buenos Aires, Eudeba, 1999.
- Caballero, Manuel, “Tormentosa historia de una fidelidad. El comunismo latinoamericano y la URSS”, *Nueva Sociedad*, n. 80, 1985, p. 78-75.
- Cabrera López, Patricia, *Una inquietud de amanecer. Literatura y política en México, 1962-1987*, México, Plaza y Valdés, 2006.
- Cabrera López, Patricia, “Trascendencia del suplemento ‘La Cultura en México’” *Imposibilia. Revista Internacional de Estudios Literarios*, México, n. 6, 2013, p.45-59.
- Calandra, Benedetta y Marina Franco, *La Guerra Fría cultural en América Latina. Desafíos y límites para una nueva mirada de las relaciones interamericanas*, Argentina, Biblos, 2012.
- Camacho Navarro, Enrique, “Imágenes e imaginarios de la Revolución cubana” en *Pensar las revoluciones. Procesos políticos en México y Cuba*, México, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe -Universidad Nacional Autónoma de México, 2011.
- Camacho Navarro, Enrique, “Un nacionalista mexicano y su postura antiimperialista: Gilberto Bosques en Cuba (1953-1964)”, en *Artífices y operadores de la diplomacia mexicana. Siglos XIX y XX*, México, Porrúa-Universidad Michoacán de San Nicolás de Hidalgo-Colegio de San Luis, 2004.
- Camposeco, Víctor Manuel, *México en la Cultura (1949-1961)*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 2015.
- Candiano, Leonardo, Martín, “El congreso cultural de la Habana de 1968. La subversión de la noción de intelectual”, *De Raíz Diversa*, v 5, n. 10, julio-diciembre, 2018, p. 113-140.
- Carballo, Emmanuel, *Diario público 1966-1968*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2005.
- Carpentier, Alejo, “Afirmación literaria americanista (Encuentro con Alejo Carpentier)”, citado en Rama, Ángel, “El boom en perspectiva”, *Signos Literarios*, n. 1, enero-junio, 2005, p. 161-208.

Casals Araya, Marcelo, *Anticomunismos, política e ideología en Chile. La larga duración de la "campana del terror" de 1964*, Chile, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2012. Tesis de Maestría.

Castañeda, Jorge, *La utopía desarmada*, México, Planeta, 1993.

Castro, Fidel, *Palabras a los intelectuales*, México, Ocean Sur, 2011.

Cezar Miskulin, Sílvia, "La Revolución Cubana y el caso Padilla en las revistas Plural y Vuelta" en *ESTUDIOS*, No. 23-24, 2010, p. 159-171.

Chakrabarty, Dipesh, "La poscolonialidad y el artilugio de la historia: ¿quién habla en nombre de los pasados "indios"?" *Pasados Poscoloniales*, El Colegio de México, 1999, p. 87-110.

Clark, Stephen J., "Poesía, política y autobiografía: "La mala memoria" de Heberto Padilla", *Hispanófila*, n. 126, p. 85-99.

Cohn, Deborah, *The Latin American Literary Boom and U.S. Nationalism during the Cold War*, Vanderbilt University Press, 2012.

Cohn, Deborah, "Carlos Fuentes: Fostering Latin American-U.S. Relations during the Boom", *Inti: Revista de literatura hispánica*, n. 75, p. 9-19.

Corona Gómez, Fernando, "La imagen de Fidel Castro en la revista *Life*, 1957-1960", *Cuadernos Americanos*, 150, México, 2014, p. 61-92.

Dalton, Roque, et. al, *El intelectual y la sociedad*, México, Siglo XXI Editores, 1988.

Darnton, Robert, *Censores trabajando. De cómo los Estados dieron forma a la literatura*, México, Fondo de Cultura Económica, 2014.

Demarchi, Rogelio, "Literatura y revolución: la teoría autonómica de Cortázar", *A Contracorriente: Revista de Historia Social y Literatura en América Latina*, v. 15, n. 3, 2018, p. 128-154.

Díaz Fariñas, Lázaro, "A cincuenta años de la alianza para el Progreso: el debate por el socialismo", *Economía y Desarrollo*, v. 149, n. 1, enero-junio, Universidad de La Habana La Habana, Cuba, 2013, p. 139-157.

Dip, Nicolas, "La nueva izquierda en la historia reciente de América Latina. Un diálogo entre Eric Zolov, Rafael Rojas, Elisa Servín, María Cristina Tortti y Aldo Marchesi", *Esriptta. Revista de Historia*, v. 2, n. 4, julio-diciembre 2020, p. 290-323.

- Donoso, Juan, *Historia personal del <<boom>>*, Chile, Alfaguara, 2007.
- Edwards, Jorge, *Persona non grata*, México, Debolsillo, 2013.
- Fernández García, Antonio, “Sobre el terror estalinista: la documentación desclasificada” en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, v. 24, 2002, p- 301-315.
- Fernández Retamar, Roberto, *Todo Caliban*, Colombia, Ocean Sur, 2019.
- Fischer, María Luisa, “La ‘Carta de los cubanos’ a Pablo Neruda de 1966”, A *Contracorriente: Revista de Historia Social y Literatura en América Latina*, v. 12, n. 2, 2015, p. 74-89.
- Fornet, Ambrosio, “New World en español”, *Casa de las Américas*, n. 40, 1967, p. 106-111.
- Foucault, Michel, *La arqueología del saber*, México, Siglo XXI, 2010.
- Fornet, Jorge, *El 71. Anatomía de una crisis*, La Habana, Letras cubanas, 2013
- Franco, Jean, *Decadencia y caída de la ciudad letrada. La literatura latinoamericana durante la Guerra Fría*, España, Debate, 2003.
- Franco, Jean, *La cultura moderna en América Latina*, México, Joaquín Mortiz, 1967.
- Funes, Patricia, *Historia mínima de las ideas políticas en América Latina*, México, El Colegio de México, 2014.
- Gallardo, Emilio J., *El martillo y el espejo. Directrices de la política cultural cubana (1959-1976)*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2009.
- Gilman, Claudia, “El intelectual como problema”, *Prismas Revista de historia intelectual*, número 3, 1999, p. 73-94.
- Gilman, Claudia, *Entre la pluma y el fusil*, Argentina, Siglo XXI Editores, 2003.
- Gilman, Claudia. “Casa de las Américas (1960-1971): un esplendor en dos tiempos”, Altamirano, Carlos (ed.), *Historia de los intelectuales en América Latina II*, Buenos Aires, Editorial Katz, 2008.
- González Pedrero, Enrique, *La revolución cubana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1959.
- Gouldner, A., *El Futuro de los intelectuales y el ascenso de la nueva clase*, McMillan, Londres, 1979.

- Gramsci, Antonio, *La formación de los intelectuales*, México, Grijalbo, 1967.
- Guerrero, Manuel Alejandro, “Los medios de comunicación y el régimen político” en Loaeza, Soledad y Prud'homme, Jean Francois (coords.), *Los grandes problemas de México*, México, Colegio de México, 2010, p. 234.
- Gutiérrez, Alicia B., “El sociólogo y el historiador: el rol del intelectual en la propuesta bourdieusiana”, *Estudios Sociológicos*, v. 34, n. 102, septiembre-diciembre, 2016, p. 477-502.
- Halliday Fred, *Génesis de la Segunda Guerra Fría*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.
- Hilb, Claudia, *¡Silencio, Cuba! La izquierda democrática frente al régimen de la Revolución Cubana*, Edhasa, Buenos Aires, 2010.
- Hobsbawm, Eric, *¡Viva la revolución!*, México, Crítica, 2018.
- Hobsbawm, Eric, *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2014.
- Howard, Dick, “Cuando la Nueva izquierda se encontró con Marx”, *Nueva Sociedad*, n. 277, septiembre-octubre de 2018, p. 138-150.
- Iber, Patrick, *Neither Peace nor Freedom. The cultural cold war in Latin America*, London, Harvard University Press, 2015.
- Iber, Patrick, “El imperialismo de la libertad: el Congreso por la Libertad de la Cultura en América Latina (1953-1971)” en Calandra, Benedetta y Franco, Marina, *La Guerra Fría cultural en América Latina. Desafíos y límites para una nueva mirada de las relaciones interamericanas*, Argentina, Biblos, 2012, p. 117-132.
- Illades, Carlos, *El futuro es nuestro. Historia de la izquierda en México*, México, Océano, 2017.
- Illades, Carlos, *La inteligencia Rebelde. La izquierda en el debate público en México 1968-1989*, México, Océano, 2012.
- Keller, Renata, *Mexico's Cold War: Cuba, the United States, and the Legacy of the Mexican Revolution* (formato EPUB), Cambridge University Press, 2015.
- King, John, *Plural en la cultura literaria y política latinoamericana. De Tlatelolco a el ogro filantrópico*, México, Fondo de Cultura Económica, 2011.
- Knight, Alan, *La Revolución mexicana. Del Porfiriato al nuevo régimen constitucional*, Fondo de Cultura Económica, 2010.

- Lie, Nadia, *Transición y transacción: la revista cubana Casa de las Américas, 1960-1976*, Hispamérica-Leuven University Press, Bélgica, 1996.
- Linares Martínez, Aurilivi, “Lo que revelan los archivos desclasificados sobre la crisis de los misiles en Cuba y la definición de la Guerra Fría”, *Procesos Históricos*, n. 16, julio-diciembre, Universidad de los Andes Mérida, Venezuela, 2009, p. 82-106.
- Lombardo Toledano, Vicente, *¿Moscú o Pekín?, La vía mexicana al socialismo*, Editorial Combatiente, México, 1975.
- López, Gabriel, “Guerra Fría, propaganda y prensa: Cuba y México ante el fantasma del comunismo internacional, 1960-1962”, *Revista mexicana de política exterior*, n. 100, 2014, p. 124-145.
- Lorente Fortes, Xènia, *Análisis y traducción comentada del discurso de Solzhenitsyn Vivir sin mentira*, Barcelona, Universidad de Barcelona, 2017.
- Manjarrez, Héctor, “La revolución y el escritor según Cortázar”, *Cuadernos políticos*, n. 41, México, Era, 1984, p. 89-109.
- Martínez Pérez, Liliana. *Los hijos de Saturno*, México, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales-Porrúa, 2006.
- Morales Aimar, Jorge, “El proceso judicial a los escritores Siniavsky y Daniel. Política, cultura y tensiones entre intelectuales y el poder soviético. Moscú, febrero de 1966”, *CUADERNOS del Ciesal*, n. 16, 2017, p. 165-185.
- Morejón, Idalia, *Política y polémica en América Latina. Las revistas Casa de las Américas y Mundo Nuevo*, México, Alemenara, 2017.
- Mudrovcic, María Eugenia, *Mundo Nuevo. Cultura y Guerra Fría*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 1997.
- Nohlen, Dieter y Stahl, Karin, “El curso del cambio de rumbo de Cuba. un balance del desarrollo económico, social y político”, *Revista de Estudios Políticos (Nueva Época)*, n. 67, enero-marzo, 1990, p. 7-28.
- Pascal, Ory y Sirinelli, Jean-François, *Los intelectuales en Francia. Del caso Dreyfus a nuestros días*, Valencia, Publicacions Universitat de València, 2007.
- Pecourt, Juan, “El intelectual y el campo cultural. Una variación sobre Bourdieu”, *Revista Internacional de Sociología*, v. 65, n. 47, p. 23-43.

Pedemonte, Rafael, *Guerra por las ideas en América Latina, 1959-1973. Presencia soviética en Cuba y Chile* (formato EPUB), Santiago de Chile, Universidad Alberto Hurtado, 2020.

Pellicer Vázquez, Ana, “Radiografía de un desencanto” Carlos Fuentes y la Revolución Cubana” en *Encuentro de la cultura cubana*, 41-42, Madrid, 2006, p. 257-267.

Pereira, Armando, “La generación del medio siglo: un momento de transición de la cultura mexicana”, *Literatura Mexicana*, v. 6, n. 1, 1995, p. 187-212.

Pettiná, Vanni, *Historia mínima de La Guerra Fría en América Latina*, México, El Colegio de México, 2018.

Prieto, Abel y Gómez Triana, Jaime, *Fuera (y dentro) del juego. Una relectura del <<caso Padilla>> cincuenta años después*, Cuba, Casa de las Américas, 2021.

Rama, Ángel, *Más allá del boom: Literatura y mercado*, Buenos Aires, Folios Ediciones, 1984.

Rama, Ángel, “El boom en perspectiva”, *Signos Literarios*, n. 1, (Enero-junio, 2005), p. 61-208.

Reynaga Mejía, Juan Rafael, *La Revolución Cubana en México a través de la revista Política. Construcción imaginaria de un discurso para América Latina*, México, Universidad Autónoma del Estado de México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe, 2007.

Rioux, Jean-Pierre y Sirinelli, Jean-François, *Pour une histoire culturelle*, Paris, Seuil, 1997.

Rodríguez Ledesma, Xavier, *Escritores y poder. La dualidad republicana en México, 1968-1994*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, 2001.

Rodríguez Vázquez, Andoni, *La construcción del combatiente cubano vista a través de Verde Olivo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2018. Tesis de Maestría.

Rojas, Rafael, “Anatomía del entusiasmo: la revolución como espectáculo de ideas”, *América Latina Hoy*, v. 47, España, 2007, p. 39-53.

Rojas, Rafael, “El aparato cultural del imperio. C. Wright Mills, la Revolución Cubana y la Nueva izquierda”, *Perfiles latinoamericanos/ Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales*, México, julio-diciembre, 2014, p. 7-32.

Rojas, Rafael, *Historia mínima de La Revolución Cubana*, México, El Colegio de México, 2018.

- Rojas, Rafael, *La polis literaria. El boom, la Revolución y otras polémicas de la Guerra Fría*, México, Taurus, 2018.
- Rojas, Rafael, *Traductores de la utopía. La Revolución cubana y la nueva izquierda de Nueva York*, México, Fondo de Cultura Económica, 2016.
- Rojas, Rafael. *Tumbas sin sosiego. Revolución, disidencia y exilio del intelectual cubano*, Barcelona, Anagrama, 2006.
- Ruiz Galbete, Marta. “¿“Fidelismo sin Fidel”? El Congreso por la Libertad de la Cultura y la Revolución Cubana”, *Historia Crítica*, n. 67, 2018, p. 111-137.
- Ruiz-Eldredge, Alberto, “Nacionalismo y conflicto en América Latina”, *Nueva Sociedad*, n. 40, 1979, p. 5-18.
- Sánchez Pablo, “Un Conflicto Entre Ciudades Letradas: la Revolución Cubana y la Literatura Mexicana”, *Revista de Literatura Mexicana Contemporánea*, n. 46, v. 17, 2010, p. 7-18.
- Sapiro, Gisele, “Sobre el uso de las categorías de derecha e izquierda en el campo literario”, *DEBATS*, v. 130, 2016, p. 99-124.
- Sartre, Jean -Paul, *¿Qué es la literatura?*, Buenos Aires, Losada, 1981.
- Servín, Elisa, “La experiencia mexicana de Charles Wright Mills”, *Historia Mexicana*, El Colegio de México, v. 69, n. 4 (276), p. 1729-1772.
- Servín, Elisa, “Propaganda y Guerra Fría: la campaña anticomunista en la prensa mexicana del medio siglo”, *Signos Históricos*, México, n. 11, enero-junio, 2004, p. 9-39.
- Scherer, Julio y Monsiváis, Carlos, *Tiempo de saber. Prensa y poder en México*, México, Aguilar, 2003, p. 158.
- Stonor Saunders, Frances, *La CIA y la Guerra Fría cultural*, Madrid, Debate, 2001
- Traverso, Enzo, *Melancolía de izquierda. Marxismo, historia y memoria*, México, Fondo de Cultura Económicas, 2018.
- Urías Horcasitas, Beatriz, “Alianzas efímeras: izquierdas y nacionalismo revolucionario en la revista *Política. Quince días de México y del mundo* (1960-1962)”, *Historia Mexicana*, v. 68, n. 3 (271), enero-marzo 2019, p. 1205-1252.
- Urías Horcasitas, Beatriz, *El nacionalismo revolucionario mexicano y sus críticos (1920-1960)*, Universidad de Alcalá-Instituto de Estudios Latinoamericanos (IELAT), España, 2013.

Uribe Merino, Catalina, “Sartre y la figura del intelectual comprometido”, *Ciencia Política*, v 1, n. 2, 2006, p. 25-52.

Vanden Berghe, Kristine, *La cultura en México (1959-1972) en dos suplementos: "México en la Cultura" de novedades y "La Cultura en México", de Siempre*. México, UNAM, 1989, Tesis de Maestría.

Viglione y María Paula, “En torno a la diferencia entre la dialéctica hegeliana y la dialéctica marxista según Louis Althusser”, *VIII Jornadas de Sociología de la UNLP*, Departamento de Sociología de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, La Plata, 2014.

Volpi, Jorge, *La imaginación y el poder. Una historia intelectual de 1968*, México, Bolsillo, 2008.

Wright, Mills, C., *Escucha, yanqui. La Revolución en Cuba* (formato EPUB), Fondo de Cultura Económica, 2019.

Zaid, Gabriel, *Cómo leer en bicicleta*, México, Random House Mondadori, 2009.

Zaid, Gabriel, *De los libros al poder*, México, Debolsillo, 2011.

Zanetti, Oscar, *Historia mínima de Cuba*, México, El Colegio de México, 2013.

Zárate, Verónica, “La historia intelectual en México y sus conexiones”, *Varia Historia*, v. 31, n. 56, 2015, p. 401-422.

Zolov, Eric, “Expandiendo nuestros horizontes conceptuales: El pasaje de una "vieja" a una "nueva izquierda" en América Latina en los años sesenta”, *Aletheia*, v. 2, n. 4, 2010, p. 1-24.

Recursos electrónicos

“Carlos Fuentes: Casa de las Américas elogia a ‘uno de los grandes’”, *RPP Noticias* (sitio web), mayo 2012, <https://rpp.pe/cultura/literatura/carlos-fuentes-casa-de-las-americas-elogia-a-uno-de-los-mas-grandes-noticia-482270?ref=rpp> (consulta: 15 de marzo de 2020).

“Carlos Fuentes estuvo en la mira del FBI”, *Excelsior* (sitio web), <https://www.excelsior.com.mx/nacional/2013/06/22/905294> (consulta: 10 de agosto de 2019).

“Carlos Fuentes, ‘un peligroso comunista’ para el FBI”, *El País* (sitio web), https://elpais.com/cultura/2013/06/22/actualidad/1371874680_648933.html (consulta: 10 de agosto de 2019).

“Carta abierta a Pablo Neruda”, <https://www.neruda.uchile.cl/critica/cartaabierta.html> (consulta: 3 de noviembre de 2019).

“Carlos Fuentes estuvo en la mira del FBI”, *Excelsior* (sitio web), <https://www.excelsior.com.mx/nacional/2013/06/22/905294> (consulta: 10 de agosto de 2019).

“Carlos Fuentes: contra Bush y contra Castro”, *Radio Televisión Martí*, mayo 2012, <https://www.radiotelevisionmarti.com/a/cuba-da-breve-espacio-a-muerte-de-carlos-fuentes/11213.html> (consulta: 20 de marzo de 2020).

“El escritor mexicano y la situación política en Cuba”, *Clarín*, marzo 2004, https://www.clarin.com/ediciones-anteriores/carlos-fuentes-teme-caos-cuba-sucesion-fidel_0_rywf7qayAtl.html (consulta: 20 de marzo de 2020).

“Estados Unidos espía 20 años a Carlos Fuentes por considerarlo comunista”, *El Universal* (sitio web), <https://www.alcalorpolitico.com/informacion/estados-unidos-espia-20-anos-a-carlos-fuentes-por-considerarlo-comunista-118546.html#.XqtJzahKjIU> (consulta: 10 de agosto de 2019).

“Por qué Cuba ‘ignoró’ la muerte de Carlos Fuentes” *Infobae* (sitio web), <https://www.infobae.com/2012/05/17/1050587-por-que-cuba-ignoro-la-muerte-carlos-fuentes/> (consulta: 15 de marzo de 2020).

Amezcuca Dromundo, Cuauhtémoc, “Lombardo y el debate marxista sobre el socialismo en México”, *Centro de Estudios Filosóficos, Políticos y Sociales Vicente Lombardo Toledano* (sitio web), 2014 <https://www.centrolombardo.edu.mx/lombardo-y-el-debate-marxista-sobre-el-socialismo-en-mexico1/> (consulta: 12 de marzo de 2018).

Basterra, Francisco, “El Congreso anula la ley que permitía impedir la entrada de comunistas en EE UU”, *El País* (sitio web), https://elpais.com/diario/1987/12/19/internacional/566866809_850215.html (consulta: 10 de marzo de 2020).

Carmona, Doralicia, “Se constituye el Movimiento de Liberación Nacional que reúne a casi toda la izquierda mexicana y agrupa a reconocidos luchadores sociales”, *Memoria Política de México* (sitio web), <http://www.memoriapoliticademexico.org/Efemerides/8/04081961.html> (consulta: 10 de enero de 2018).

Candiano Martin, Leonardo, “El Congreso Cultural de La Habana de 1968”, *Marcha* (sitio web), abril 2013, <https://www.marcha.org.ar/el-congreso-cultural-de-la-habana-de-1968/> (consulta: 20 de enero de 2020).

Carta del PEN Club de México a Fidel Castro, *Excélsior*, México, 2 de abril de 1971, <https://rialta.org/carta-del-pen-club-de-mexico-a-fidel-castro/> (consulta: 12 de abril de 2020).

Castro, Fidel, “Discurso en la clausura del Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura”, *Fidel. Soldado de las ideas* (sitio web), el 30 de abril de 1971, <http://www.fidelcastro.cu/es/discursos/discurso-en-la-clausura-del-primer-congreso-nacional-de-educacion-y-cultura> (consulta: 17 de marzo de 2020).

Cubadebate, *Prensa de Cuba elogia figura de Carlos Fuentes, mientras medios aseguran su fallecimiento* (Video), <https://www.youtube.com/watch?app=desktop&v=z6sWrtAAJDc&list=ULGPpnOLEsaSg&index=51> (consulta: 15 de marzo de 2020).

Colmenero, Sergio, “El movimiento de Liberación Nacional, la Central Campesina Independiente y Cárdenas”, *Estudios Políticos*, v. 2, n. 2, <https://repositorio.unam.mx/contenidos/48937> (consulta: 10 de enero de 2018).

Díaz Castro, Tania, “Una vieja carta a Pablo Neruda”, *Cubamet Independiente* (sitio web), 23 de julio de 2001, <https://www.cubamet.org/htdocs/CNews/y01/jul01/23a5.htm> (consulta: 12 de noviembre de 2019).

Enciclopedia de la Literatura en México, *PEN Club de México* (sitio web), México, 2018, <http://www.elem.mx/institucion/datos/289> (consulta: 18 noviembre de 2018).

Enmienda Platt de 1901, Biblioteca Jurídica Virtual del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM (sitio web), <https://archivos.juridicas.unam.mx/www/bjv/libros/6/2525/15.pdf> (consulta: 3 de marzo de 2018).

Entrevista a Jean Paul Sartre (Video), <https://www.youtube.com/watch?v=Iz76Q6O51bI> (consulta: 30 de noviembre de 2018).

Gámez, Silvia Isabel, “Rita Macedo y Carlos Fuentes: La historia borrada”, *Nexos*, mayo 2020, <https://cultura.nexos.com.mx/?p=19883> (consulta: 3 de enero de 2020).

Granados, Berenice, “Carlos Fuentes”, Enciclopedia de la literatura en México y Fundación para las Letras Mexicanas, 2017, <http://www.elem.mx/autor/datos/1162>, (consulta: 18 de mayo de 2021).

Fernández Retamar, Roberto, “Carlos Fuentes: mentiras, ocultamiento, ¿deseo?”, *Rebelión* (sitio web), <https://rebelion.org/carlos-fuentes-mentiras-ocultamiento-deseo/> (consulta: 3 de marzo de 2020).

Ferrero Blanco, María Dolores, Las reacciones en Europa tras la invasión soviética a Checoslovaquia en 1968”, *Cuadernos Const. De la Catedra Fadrique Furió Ceriol*, n. 45/46, Valencia, 2003-2004. <file:///C:/Users/lasso/Downloads/Dialnet-LasReaccionesEnEuropaTrasLaInvasionSoviéticaDeChec-1129454.pdf> (consulta 3 de abril de 2020).

Flores, Malva, “Octavio paz y Carlos Fuentes: un mayo oscuro”, *Latin American Voices* (sitio web), <https://literalmagazine.com/octavio-paz-y-carlos-fuentes-un-mayo-oscuero/> (consulta: 13 de enero de 2020).

Franco, Jean, “Del milenio efímero y la vanguardia que fue”, *Nexos*, enero de 1978, <https://www.nexos.com.mx/?p=46> (consulta: 15 de enero de 2019).

Gámez, Silvia Isabel, “Rita Macedo y Carlos Fuentes: La historia borrada”, mayo 2020, <https://cultura.nexos.com.mx/?p=19883> (consulta: 12 de septiembre 2020).

Hurtado, Guillermo, “Un antecedente de El Espectador: críticas a la Revolución mexicana en 1959”, *Literatura Mexicana*, México, v. 21, n. 2, 2010, http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0188-25462010000200002 (consulta: 23 de marzo de 2018).

Intelectuales y el poder: Una conversación entre Michel Foucault y Gilles Deleuze, <http://www.medicinayarte.com/img/Foucault%20y%20Deleuze%20Intelectuales%20y%20el%20poder.pdf> (consulta 3 de abril de 2019).

Khrushchev, Nikita, *Informe Secreto al XX Congreso del PCUS* (sitio web), 25 de febrero de 1956, <https://www.marxists.org/espanol/khrushchev/1956/febrero25.htm> (consulta: 10 de enero de 2019).

Francisco Marín, “Neruda, “objetivo” de la inteligencia estadounidense”, *Proceso* (sitio web), <https://www.proceso.com.mx/602044/neruda-objetivo-de-la-inteligencia-estadunidense> (consulta: 10 de enero de 2020).

Morales Pérez, Salvador, “La batalla de Girón”, *Archipiélago*, Universidad Nacional Autónoma de México, v. 11, n. 72, 2011, <http://www.revistas.unam.mx/index.php/archipelago/article/view/32084/29561> (consulta: 30 de septiembre de 2018).

Navarro, Desiderio, “Introducción al ciclo ‘La política cultural del período revolucionario: memoria y reflexión’”, *La Jiribilla. Revista de Cultura Cubana* (sitio web), 12 de octubre de 2018, <http://www.lajiribilla.cu/introduccion-al-ciclo-la-politica-cultural-del-periodo-revolucionario-memoria-y-reflexion-2/> (consulta el 7 de abril de 2022).

Olmos Cruz, Alejandro, “Periodismo cultural básico”, *Revista de la Universidad de México*, México, http://www.revistadelauniversidad.unam.mx/ojs_rum/files/journals/1/articles/14084/public/14084-19482-1-PB.pdf (consulta: el 2 de enero de 2018).

Página oficial del PEN Internacional: <https://pen-international.org/es/who-we-are/the-pen-charter> (consulta: 18 noviembre de 2018).

Primera carta de los intelectuales a Fidel Castro, *Rialta* (sitio web), <https://rialta.org/primera-carta-de-los-intelectuales-a-fidel-castro/> (consulta: 6 de abril de 2020).

Rojas, Rafael, “Cuba y la noche de Tlatelolco”, *El Estornudo*, septiembre 2018, <https://www.revistaelestornudo.com/cuba-la-noche-tlatelolco/> (consulta: 15 de enero de 2020).

Ruiz Galbete, Marta, “Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura: anticomunismo y Guerra Fría en América Latina”, *El Argonauta español*, <https://journals.openedition.org/argonauta/1095> (consulta: 5 de diciembre de 2019).

Saramago, José, “Hasta aquí he llegado”, *El País* (sitio web), 13 de abril de 2003, https://elpais.com/diario/2003/04/14/internacional/1050271222_850215.html (consulta: 7 de abril de 2020).

Segunda carta de los intelectuales a Fidel Castro, *Rialta* (sitio web) <https://rialta.org/segunda-carta-de-los-intelectuales-a-fidel-castro/> (consulta: 10 de marzo de 2020).

Sheridan Guillermo, "La CIA planea una revista cultural mexicana", *Letras Libres*, México, junio 2017, <https://www.letraslibres.com/mexico/historia/la-cia-planea-una-revista-cultural-mexicana> (consulta: 4 de abril de 2019).

Sheridan, Guillermo, "Carlos Fuentes: dos encuentros incómodos" en *Letras libres*. Consultado en: <https://www.letraslibres.com/mexico/literatura/carlos-fuentes-dos-encuentros-incomodos> (consulta: 14 de enero 2020).

Sheridan, Guillermo, "Carlos Fuentes: una carta 2 de octubre", *Letras Libres*, <https://www.letraslibres.com/mexico/literatura/carlos-fuentes-una-carta-2-octubre> (consulta: 13 de enero de 2020).

Sheridan, Guillermo, "Fidel le asesta un coscorrón al camarada Neruda", *Letras Libres*, México, <https://www.letraslibres.com/mexico/literatura/fidel-le-asesta-un-coscorrion-al-camarada-neruda> (consulta: 23 de septiembre de 2019).

Sheridan, Guillermo, "La Mexican CIA: negras listas de comunistas" en *Letras Libres*, consultado en <https://www.letraslibres.com/mexico/politica/la-mexican-cia-negras-listas-comunistas> (consulta: el 10 de febrero de 2019).

Sheridan, Guillermo, "Los escritores como congreso", *Letras Libres*, México, enero 2017, <https://www.letraslibres.com/mexico/literatura/los-escritores-como-congreso> (consulta: 10 de abril de 2019).

Sheridan, Guillermo, "Octavio Paz y Carlos Fuentes: el dilema Echeverría", *Letras Libres* (sitio web), marzo 2017, <https://www.letraslibres.com/mexico/historia/octavio-paz-y-carlos-fuentes-el-dilema-echeverria> (consulta: 12 de mayo de 2018).

Sheridan, Guillermo, "Sociedades de escritores (con dama misteriosa)", *Letras Libres*, México, abril 2017, <https://www.letraslibres.com/mexico/libros/sociedades-escritores-dama-misteriosa> (consulta: 18 de agosto de 2019).

Sheridan, Guillermo, "Un 'presidium de totems' ", *Letras Libres*, México, enero 2017, <https://www.letraslibres.com/mexico/literatura/un-presidium-totems> (consulta: 15 de junio de 2019).

Suárez Pérez, Eugenio y Caner Román, Acela, "La conferencia de prensa más grande del mundo", *Granma* (sitio web), Cuba, enero 2016, <http://www.granma.cu/cuba/2016-01-21/la-conferencia-de-prensa-mas-grande-del-mundo-21-01-2016-21-01-04> (consulta: 25 de marzo de 2018).

Vargas Llosa, Mario, “Epitafio para un imperio cultural”, *Marcha*, n. 1354, 27 de mayo de 1967, p. 31. Archivo de Referencias Críticas. Disponible en Biblioteca Nacional Digital de Chile, <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/bnd/628/w3-article-257389.html> (consulta: 17 de marzo de 2020).

Villa y Caña, Pedro, “Espías seguían a Carlos Fuentes”, *El Universal* (sitio web), febrero 2020, <https://www.eluniversal.com.mx/nacion/asi-espiaron-carlos-fuentes-por-apoyar-al-movimiento-de-1968> (consulta: 14 de enero de 2020).

Webster, Justin, *Gabo, la magia de lo real* (Video), 2015, <https://www.netflix.com> (consulta: 3 de abril de 2020).

ANEXOS⁶⁷⁴

Ilustración 1. Correspondencia de Carlos Fuentes a Roberto Fernández Retamar, 22 de febrero de 1967. Consultado en el Archivo Memoria de Casa de las Américas. Expediente Carlos Fuentes. n. 116.

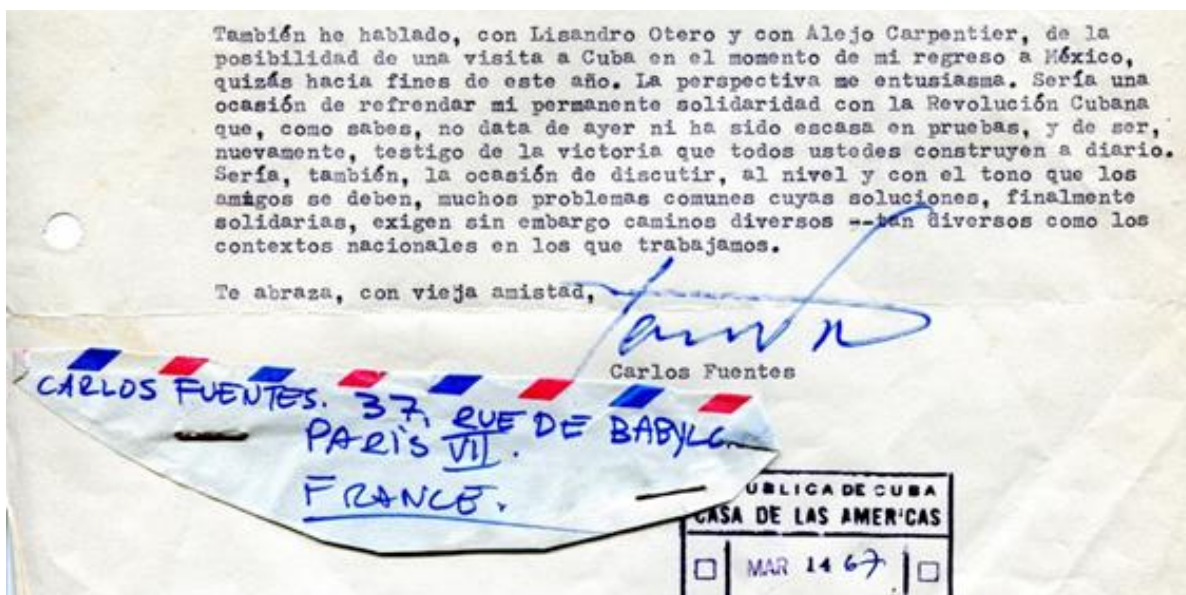


Ilustración 2. Correspondencia de Carlos Fuentes a Roberto Fernández Retamar, 3 de mayo de 1967. Consultado en el Archivo Memoria de Casa de las Américas. Expediente Carlos Fuentes. n. 116.

⁶⁷⁴ Los derechos de autor de las imágenes digitales de correspondencia privada aquí presentadas parcialmente le pertenecen a Casa de las Américas. La institución cubana me otorgó el permiso de citar o reproducir parcialmente los documentos, por lo que el contenido de las cartas está incompleto. Los fines de reproducción parcial de esta correspondencia es propiamente investigativo y académico.

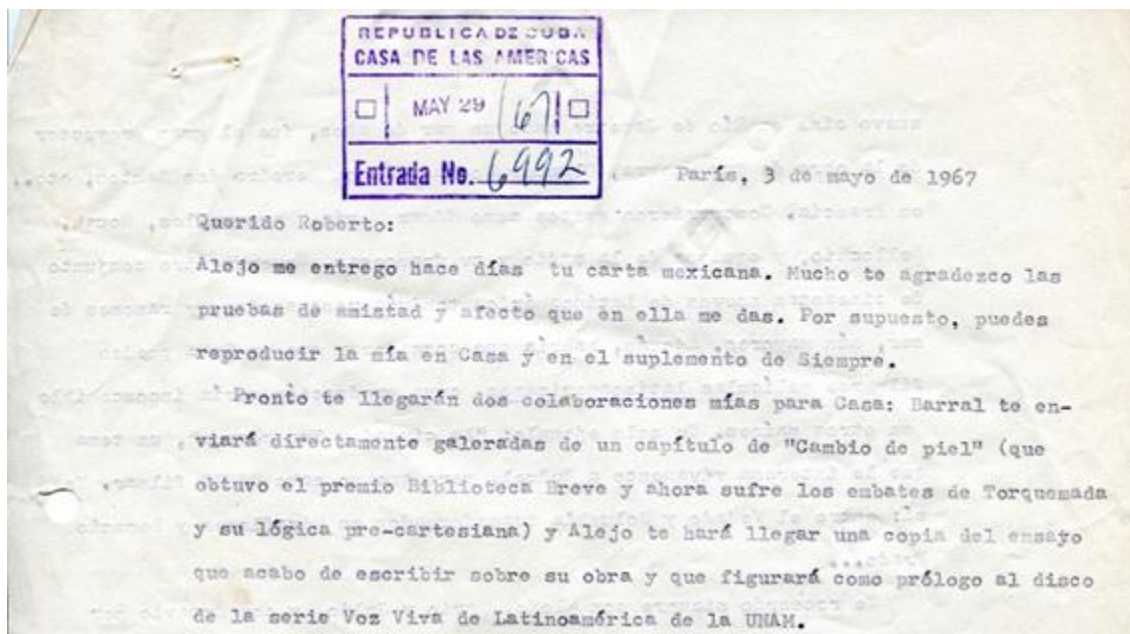


Ilustración 3. Carta de Carlos Fuentes a Fernández Retamar, 1° de enero de 1968. Consultado en el Archivo Memoria de Casa de las Américas. Expediente Carlos Fuentes. n. 116.

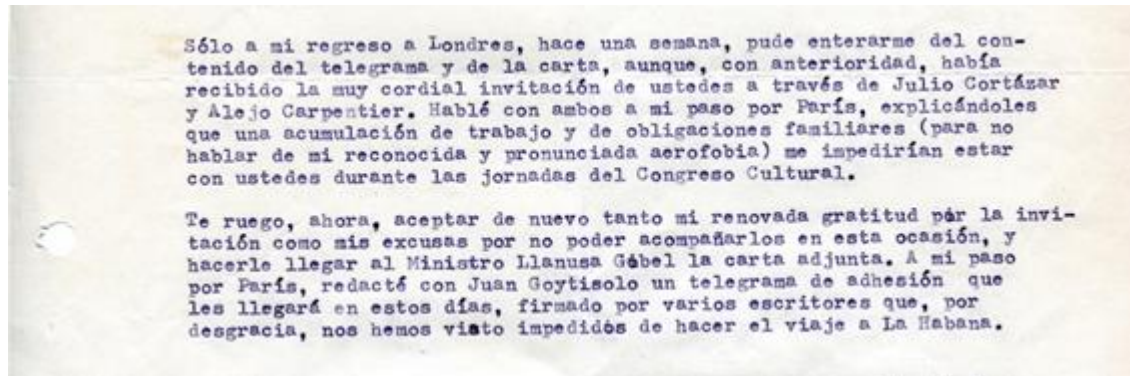


Ilustración 4. Carta de Carlos Fuentes a José Llanues Gobel (ministro de educación de Cuba y presidente del Comité Nacional del Congreso Cultural de La Habana). Consultado en el Archivo Memoria de Casa de las Américas. Expediente Carlos Fuentes. n. 116.

Pero la celebración del Congreso Cultural en La Habana ofrece una segunda oportunidad, de la que en gran medida depende la eficacia de la primera. Cuba es el ejemplo de una revolución socialista que ha sabido conjugar la acción histórica transformadora, inmediata, con las transformaciones mediatas de la libertad cultural. Lejos de cierto fetalismo dogmático que, al desnaturalizar a la cultura, debilitaría y desnaturalizaría a la revolución misma, los revolucionarios cubanos comprueban con los hechos y mantienen con la aspiración la auténtica visión marxista de un hombre plenamente liberado para ser: es decir, para liberar, a su vez, todos los niveles de lo real. Cuba ha triunfado. Quienes, a partir de las condiciones particulares de nuestras respectivas comunidades, luchamos por un cambio revolucionario de la sociedad, nos sentimos liberados y fortalecidos por el ejemplo cubano y por la obligación que entraña: creación política sin sacrificio de la creación cultural y creación cultural sin sacrificio de la creación política. Sólo una cultura libre puede fortalecer a la revolución. Pero sólo una auténtica revolución puede fortalecer a la cultura.

Al repetirle mis sentimientos de gratitud y solidaridad, me permito formular los más fervientes votos por el éxito del Congreso Cultural de La Habana.

Muy cordialmente,
Carlos Fuentes.

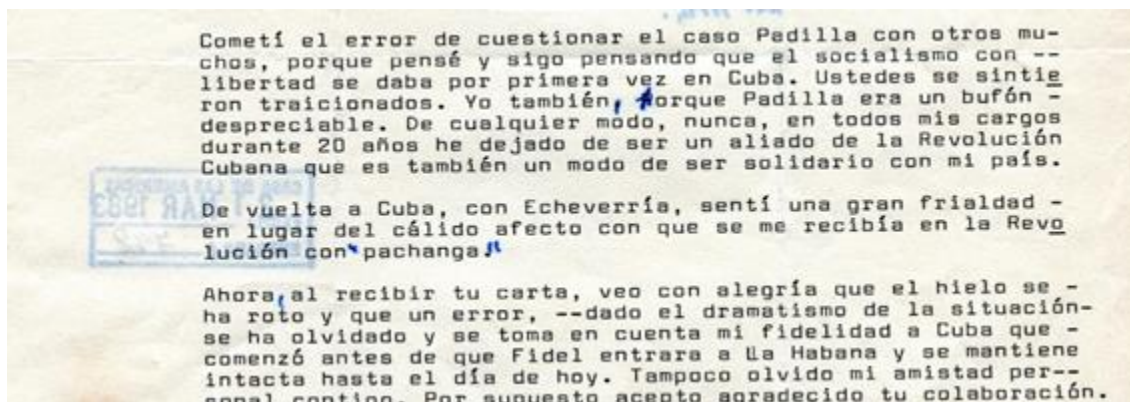
Ilustración 5. Carta de Roberto Fernández Retamar a Carlos Fuentes, 21 de junio de 1968. Consultado en el Archivo Memoria de Casa de las Américas. Expediente Carlos Fuentes. n. 116.

Me sentiría muy contento de que pudiéramos volver a vernos y hablar.

Te quiere tu

Roberto Fernández Retamar

Ilustración 6. Carta de Fernando Benítez a Roberto Fernández Retamar, 15 de febrero de 1983. Consultado en el Archivo Memoria de Casa de las Américas. Expediente Fernando Benítez.

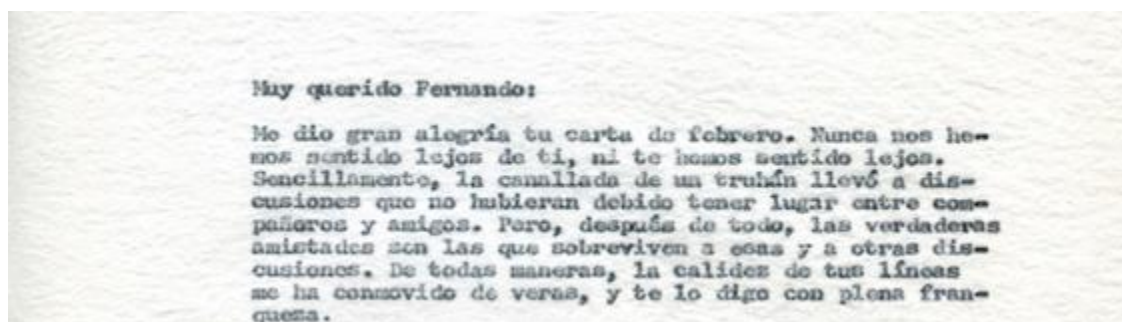


Cometí el error de cuestionar el caso Padilla con otros muchos, porque pensé y sigo pensando que el socialismo con -- libertad se daba por primera vez en Cuba. Ustedes se sintieron traicionados. Yo también, porque Padilla era un bufón -- despreciable. De cualquier modo, nunca, en todos mis cargos durante 20 años he dejado de ser un aliado de la Revolución Cubana que es también un modo de ser solidario con mi país.

De vuelta a Cuba, con Echeverría, sentí una gran frialdad -- en lugar del cálido afecto con que se me recibía en la Revolución con pachanga!

Ahora, al recibir tu carta, veo con alegría que el hielo se -- ha roto y que un error, --dado el dramatismo de la situación-- se ha olvidado y se toma en cuenta mi fidelidad a Cuba que -- comenzó antes de que Fidel entrara a La Habana y se mantiene intacta hasta el día de hoy. Tampoco olvido mi amistad personal contigo. Por supuesto acepto agradecido tu colaboración.

Ilustración 7. Carta de Roberto Fernández Retamar a Fernando Benítez, 23 de marzo de 1983. Consultado en el Archivo Memoria de Casa de las Américas. Expediente Fernando Benítez.



May querido Fernando:

Me dio gran alegría tu carta de febrero. Nunca nos hemos sentido lejos de ti, ni te hemos sentido lejos. Sencillamente, la canallada de un truhán llevó a discusiones que no hubieran debido tener lugar entre compañeros y amigos. Pero, después de todo, las verdaderas amistades son las que sobreviven a cosas y a otras discusiones. De todas maneras, la calidez de tus líneas se ha conocido de veras, y te lo digo con plena franqueza.

Ilustración 8. Fotografía de Carlos Fuentes, Fernando Benítez y Víctor Flores Olea en La Habana, Cuba. Reunión con el director del Instituto Mexicano Cubano de Relaciones Culturales, Manuel Carvallido. Aproximadamente 1959-1960. Agencia EFE.



Ilustración 9. “Carlos Fuentes habla de su vida y de sus libros” en *La Cultura en México*, n.189, 29 de septiembre de 1965. Conferencia en “Los narradores ante el público”.



Ilustración 9. Portada de La cultura en México

Ilustración 10. “Carlos Fuentes habla de su vida y de sus libros” en *La Cultura en México*, n.189, 29 de septiembre de 1965.



Ilustración 10. Fotonovela “Lo que la mafia se llevó”

Ilustración 11. “Carlos Fuentes habla de su vida y de sus libros” en *La Cultura en México*, n.189, 29 de septiembre de 1965.



Ilustración 11. Carlos Fuentes

Ilustración 12. Alberto Diazlastra, “Latinoamérica: un mundo que se descompone y transforma. Mesa redonda” en *La Cultura en México*, n. 219, 27 de abril de 1966.



Ilustración 12. Carlos Fuentes, Claribel Alegria y Mario Vargas Llosa en París, abril de 1966

Ilustración 13. Alberto Diazlastra, “Latinoamérica: un mundo que se descompone y transforma. Mesa redonda” en *La Cultura en México*, n. 219, 27 de abril de 1966.



Fuentes, Benedetti y Vargas Llosa.

Ilustración 13. Carlos Fuentes, Mario Benedetti y Mario Vargas Llosa en París, abril de 1966

Ilustración 14. Participación de Carlos Fuentes en el Congreso del PEN Club de Nueva York, 1966.



Ilustración 14. Carlos Fuentes, Pablo Neruda, Mario Vargas Llosa, Emir Rodríguez Monegal, Arthur Miller, entre otros. Nueva York, 1966.

Ilustración 15. Carlos Fuentes, “El PEN: Entierro de la Guerra Fría en la literatura” en *Life en Español*, 1 de agosto de 1966, v. 28, n. 3.



Ilustración 15. Carlos Fuentes, Emir Rodríguez Monegal, Arthur Miller, entre otros. Nueva York, 1966.

Ilustración 16. Carlos Fuentes, “El PEN: Entierro de la Guerra Fría en la literatura” en *Life en Español*, 1 de agosto de 1966, v. 28, n. 3.



Ilustración 16. Carlos Fuentes durante su participación en el PEN Club de Nueva York, 1966.